OZZY OSBOURNE



Últimos ritos

LIBROS CÚPULA

Índice

Portada

Portadilla

La gente me pregunta...

1. El demonio despierta

2. Un accidente inteligente

3. La mano de la maldición

4. Cuenta atrás

5. Luces fuera

6. Sin opción

7. Con la cabeza bien alta

8. Hasta arriba de mierda

9. Muerto para Navidad

10. Explosión contra gemido

11. Me he tomado unas cuantas

12. Doctor Arreglatodo

13. No puede ser mejor

Abajo el telón

Agradecimientos

Notas

Créditos

Últimos ritos

Ozzy Osbourne

Traducción de Fernando Garí

LIBROS CÚPULA

La gente me pregunta: si pudieras volver a empezar, sabiendo lo que sabes ahora, ¿cambiarías alguna cosa? Y yo digo, joder, no. Si estuviera limpio y sobrio, no sería Ozzy. Si hubiera hecho cosas normales y sensatas, no sería Ozzy.

Me refiero a que es jodido lo que ha pasado.

Pero cuando llegas a los 70 años, ya no es cosa de un resfriado o de un esguince de tobillo. A esta edad, lo que te toca es mierda de la gorda. Y si, además, has llevado la clase de vida que he llevado yo, mierda de la gorda al cuadrado.

Mira, si mañana todo esto se acaba, no me quejaré. He viajado por todo el mundo. He visto un montón de cosas. He conocido a gente fantástica —el rey Carlos, la reina Isabel, presidentes, actores, celebridades, y fans realmente increíbles— . Lo he hecho bien. Y también mal.

Pero ahora, no estoy listo para irme a ninguna parte. He perdido un montón de cosas, pero sigo conservando la cabeza... o la poca cabeza que siempre he tenido. Es bueno estar vivo. Me gusta esto. Quiero estar aquí, con mi familia. Y más que cualquier otra cosa en el mundo, me hace feliz haber vuelto a donde todo empezó, a Aston, en Birmingham.

En 2003, cuando era más famoso por salir en la tele que por ser cantante, me di una hostia monumental mientras hacía el loco con mi *quad* por los campos que hay junto a mi casa, en Buckinghamshire, en Inglaterra.

El *quad* salió volando y me cayó encima. Me rompió el cuello, me fracturó ocho costillas, me perforó un pulmón y me seccionó las arterias del brazo izquierdo.

Estuve ocho días en coma.

Fue la sanidad pública de toda la vida la que me volvió a juntar y convirtió al tío que cantaba «Iron man» (Hombre de hierro) en un hombre de hierro de verdad, gracias a las placas de acero y los tornillos que desde entonces mantienen unidas mi columna y mi hombro.

Durante los dieciséis años siguientes, no pude evitar sonreír cada vez que hacía saltar los detectores de metales de los aeropuertos, pensando en que, una vez más, había vuelto a burlar a la muerte.

Pero nunca engañas a la muerte, no de verdad.
Siempre lleva la cuenta.
Y tarde o temprano, viene a cobrarse su última deuda.

Este libro habla de cómo se cobró la mía.

Alerta, espóiler: le dije que se fuera a la mierda.
Que estoy ocupado.

1

EL DEMONIO DESPIERTA

Justo antes de cumplir setenta tacos, me vino un pensamiento a la cabeza: ¿cuándo es que uno empieza a sentirse viejo?

Quiero decir que ahí estaba yo, con seis años más de los que tenía mi propio padre cuando se largó de este mundo y, en lo que a mí respecta, yo todavía me sentía, básicamente, un chaval.

Vale, sí: las manos y las piernas me temblaban un poco por el párkinson. Estaba quedándome sordo. Mi memoria a corto plazo había dejado de funcionar hacia 1992. Pero aún podía correr por el escenario de Donington Park durante dos horas, disparando espuma al público con una pistola gigante. Podía entonar «War Pigs» y «Crazy Train» sin desafinar una nota. Y, aunque una parte de mí echaba de menos aquellos tiempos salvajes de despertarme en mitad de una autopista de doce carriles o surfear sobre el techo de un teleférico suizo, ahora me conformaba con relajarme en la habitación del hotel, después de un concierto, junto a mis colegas de cuatro patas: *Wesley*, *Pickles*, *Elvis* y *Rocky* (a quien Dios tenga en su gloria).

En muchos sentidos, nunca había estado tan en forma. A veces veía de pasada mi imagen en un espejo y pensaba: «Joder, ¡si estoy mejor ahora que en el vídeo de *Bark at the Moon*... y de eso hace cuarenta años!». Pero, claro, tampoco es difícil superar la pinta de un tío que se bebía cuatro botellas de coñac al día.

El caso es que envejecer no se parecía en nada a lo que yo me había imaginado.

Cuando yo era un crío, en Aston, llegar a la edad de jubilación era casi un milagro. Lo más habitual era caer muerto en pleno turno de la fábrica. Cuando mi padre la espichó, a principios de los sesenta y pocos, ninguno de los Osbourne pusimos el grito en el cielo. Para nosotros, ya era un viejo. En aquellos tiempos, casi nadie alcanzaba los 70 años. Y los pocos que lo lograban estaban tan ajados que hacían que Gandalf, el de *El Señor de los Anillos*, pareciera Timothée Chalamet. Se caían a pedazos mientras se arrastraban hasta el pub.

Pero ese no era mi caso.

A los 79 años seguía saliendo de gira por todo el mundo. Seguía haciendo programas de televisión. Seguía viviendo a lo grande, con casas en Los Ángeles y en Buckinghamshire. Y todas las noches me tiraba a la cama como había hecho desde que era un crío, en el 14 de Lodge Road.

—¡Allá voooy...!

¡PLAF!

—¡¡¡Ozzy!!! —gritaba Sharon— . ¿Es qué no puedes meterte en la cama como una persona normal?

—No te gustaría si fuera normal.

—¡Vas a romper la jodida cama, idiota!

Je, je, je...

Ay, sí... aquellos eran buenos tiempos.

Cuando la muerte todavía parecía algo que solo le pasaba a los demás.

En estos momentos, no soy precisamente el tío más adecuado al que preguntarle sobre fechas y esas cosas. Mi memoria tiene agujeros tan grandes que en ellos se han perdido la mayor parte de

los años ochenta y casi todos los noventa. Aun así, la cadena de acontecimientos de este libro empezó a finales de 2018 —creo que en octubre—, cuando estaba a mitad de lo que se suponía iba a ser mi gira de despedida.

Se llamaba No More Tours II, por cierto. La primera No More Tours fue en los años noventa, antes de que me diera cuenta de que el tiempo que puedes pasar en tu jardín con las botas de goma puestas sin volverte loco tiene un límite. Pero esta vez, con mi setenta aniversario a la vuelta de la esquina, hablaba en serio cuando decía que había que bajar el ritmo. Sharon incluso me decía que podría conseguirme uno de esos contratos fijos en Las Vegas, cuando volviera. Una residencia, creo que lo llaman, pero no es que me apeteciera convertirme en el próximo Barry Manilow, precisamente.

Mirando atrás, es evidente que debería haber sabido que el plan era demasiado ambicioso. Sesenta conciertos en cuatro continentes no es ninguna broma para un cantante, tenga la edad que tenga. Pero, para mí, era la última oportunidad de despedirme de mis fans en lugares donde sabía que no volvería a tocar.

Para serte sincero, antes de empezar la gira me preocupaba que no apareciera nadie en los conciertos. Hacía años que no salía de gira. Por lo que yo sabía, no era capaz de llenar ni un trastero, y mucho menos sesenta estadios. Pero al final, No More Tours II fue un auténtico bombazo. De Ciudad de México a Moscú, de Toronto a São Paulo, todos los conciertos fueron un llenazo absoluto, y se agotaron las entradas. Y no solo eso, el diseño del escenario, el ambiente del público... Fue absolutamente fenomenal.

Cada noche, antes de mi entrada, se proyectaban imágenes de mi vida en una pantalla gigante sobre el escenario: una foto en blanco y negro de cuando era un crío, todavía con pantalones cortos y

asustado de mi propia sombra; otra, en color, de mi época en Black Sabbath, con una camisa de ante con flecos y un collar que, en realidad, era una cucharilla de cocaína en miniatura; en el escenario con el gran Randy Rhoads —Dios te bendiga, Randy, estés donde estés— promocionando el álbum *Blizzard of Ozz*. Todo mezclado con llamaradas y fragmentos del vídeo de *No More Tears*, mientras un coro entonaba el *Carmina Burana* de Carl Orff.

¡Dum, dum, dum-dum!

¡Dum, dum, dum-dum!

¡Dum-dum-duuuuuh duuuuuh, dum!

Y entonces salía corriendo desde las bambalinas, con una capa púrpura, mientras Zakk Wylde destrozaba el *riff* de «Bark at the Moon», con el pelo suelto, las piernas abiertas, como un vikingo a punto de prender fuego a una aldea. Créeme: no hay droga en el mundo que se parezca a ese subidón. Y lo sé porque las he probado todas.

Hasta las críticas fueron buenas, y eso, lo confieso, me dejó un poco acojonado. Los críticos habían detestado todo lo que había hecho hasta la fecha, así que, si ahora cambiaban de opinión, quizá era que estaba haciendo algo mal. Pero me daba igual: me lo estaba pasando en grande.

Lo que lo hacía aún más especial era que no había ninguna tensión detrás del escenario. Quiero decir que Zakk no solo es uno de los mejores guitarristas que existen, sino también uno de los tíos más majos y auténticos que puedas conocer. En este negocio hay mucha gente que solo se acuerda de ti cuando estás en la cima. Zakk, no. Él siempre ha estado ahí para mí, pasara lo que pasara, sin hacer preguntas. En la batería se sentaba Tommy Clufetos, un tío cuya idea de la diversión consiste en ir al gimnasio y acostarse temprano y que, de paso, lleva años manteniéndome lejos de los

problemas. Al bajo, estaba Rob «Blasko» Nicholson, que lleva conmigo desde hace tanto como Tommy. Y a los teclados, Adam Wakeman, a cuyo padre, Rick, conozco desde que tocó «Sabbra Cadabra» de Black Sabbath... a cambio de dos pintas de cerveza Directors. No creo revelar ningún secreto de estado si digo que Rick era un poco bebedor en aquella época. Por eso nos llevábamos tan bien.

Lo que quiero decir es que No More Tours II era como estar en familia. Y los fans parecían disfrutar tanto como nosotros. Cada noche, decenas de miles coreaban conmigo desde «Fairies Wear Boots» hasta «Crazy Train». Mágico, tío. Puta magia.

Pero, como siempre pasa conmigo, el diablo andaba pisándome los talones.

En ese momento llevaba sobrio unos cinco años. No me saco la cifra de la manga: tengo una aplicación en el móvil que me dice exactamente cuánto tiempo ha pasado. Para mí, las cadenas ya estaban rotas. Pero eso es lo que todos los adictos nos decimos a nosotros mismos. Hasta que la voz de la adicción empieza a hablarte con tu misma voz y no puedes distinguir la diferencia. Es raro tener una enfermedad que te susurra que no la tienes. Y lo siguiente es que te convence para que tomes un traguito de esto o un toquecito de aquello... y acabas en la cárcel, o arruinado, o muerto, o con tu mujer dejándote... o todo a la vez.

Ser adicto es como cargar con una bomba sin detonar que no puedes soltar nunca. Mira el caso del tío ese de *Friends*, Matthew Perry. Venía por casa, a reuniones de Alcohólicos Anónimos, o al menos eso me cuenta Sharon. Un tío divertidísimo, con un talento increíble. Y luchaba de verdad por mantenerse en el buen camino. Pero un día escuchó a su adicción decirle que estaba bien colocarse,

y ya está: fin del juego. Me dio una pena enorme cuando dijeron que lo habían encontrado en su *jacuzzi*, inconsciente, con el cuerpo lleno de ketamina. Lo había dado todo y más por quitarse del vicio. Pero no fue suficiente.

En mi caso, la última vez que recaí fue más o menos en 2012, cuando lo del álbum *13*, de Black Sabbath. ¿Por qué pasó? No sabría decirlo, salvo que yo estaba en lo más alto, y mi ego iba al volante. El primer síntoma fue comprarme un Ferrari 458 Italia con una decoración de vinilo que lo hacía parecer uno de esos bombarderos invisibles. Luego me compré otro, un California descapotable en gris metalizado. Coches fabulosos, los dos... salvo por un par de detalles sin importancia, que no tenía carnet y que nunca había aprendido a conducir. Pero con la ayuda de mi asistente de entonces, empecé a pillarle el truco, aunque creo que le causé cierto estrés postraumático por el camino.

No recuerdo exactamente cuándo, pero en algún momento decidí que podía controlar un trago. Seguramente, fue con una pinta de Guinness. Sueño con una Guinness casi todas las noches. Me encanta porque es como beberte un vaso de *pudding*. El problema es que una es demasiado... y diez no son suficientes. Y lo siguiente que me apetece después de una Guinness es ir a buscar coca. La coca es la mejor amiga del alcohólico porque con ella puedes beber sin parar. Si no, el alcohol te pone de rodillas. Claro que cuando el efecto de la coca pasa, te entra el bajón, y la única forma de soportarlo es con pastillas... o con más coca. Pero ese es un bucle del que no se puede salir hasta que por fin te echas esa siesta tan larga.

De lo siguiente que me enteré fue de que ya habíamos vuelto a Buckinghamshire y me había comprado otro cohete con ruedas: un Audi R8. Esta vez sí podía conducir legalmente, porque había

conseguido sacarme el carnet en Los Ángeles. El examen de allí es una broma comparado con el examen de Inglaterra. Allí solo tienes que dar la vuelta a la manzana sin estamparte contra nada. Ni siquiera te hacen aparcar, y mucho menos arrancar en pendiente. Vamos, que ni saben lo que es arrancar en pendiente. En Los Ángeles los coches ni siquiera tienen embrague.

Así que ahí estaba yo, de nuevo en Inglaterra, con mi carnet de California, dándolo todo en el R8 mientras Sharon estaba en Los Ángeles haciendo sus programas de tele. Y, claro, perdí el control. Empecé a irme con mujeres. El lote completo. Y todo se puso muy feo y muy rápido.

Al final, Sharon empezó a sospechar, llamó a mi gran amigo Billy Morrison —que es guitarrista en la banda de Billy Idol y mi padrino en Alcohólicos Anónimos (AA)— . Billy se cogió un vuelo nocturno de Los Ángeles a Heathrow, pilló un coche hasta Buckinghamshire y cuando encontró el R8, dentro había una nota de un camello de High Wycombe.

La verdad es que, a día de hoy, no tengo ni el más mínimo recuerdo de haber ido jamás a High Wycombe, aunque el nombre le viene que ni pintado a un sitio donde ir a comprar coca. Eso es lo que tiene ser adicto: vives en dos mundos. El mundo borracho y el mundo sobrio. Y lo que pasa en uno es como un sueño a medias en el otro.

Me entra un sudor frío y un escalofrío cuando pienso en lo que hice en el mundo borracho. Es como si alguien caminara sobre mi tumba. Como tomar una curva ciega a toda hostia en un Jaguar XJ12, por un camino rural donde solo cabe un coche y medio. Como intentar estrangular a Sharon, la mujer que amo, creyendo que era el diablo. Como prenderme fuego a mí mismo más veces de las que puedo recordar. Como tragarme pastillas de Klonopin como si fueran

caramelos. Como romperle la jarra de una pinta en la cara a un tío (por lo visto, acabó en el hospital, pero se recuperó). Es tan jodidamente fácil matar a alguien en el mundo borracho. Empujas a un tío, le pegas un golpe... No tienes ni idea de qué problemas médicos pueda tener, de cómo va a caer, de contra qué va a darse mientras cae. En ese momento estás temporalmente loco. Y si encima vas al volante, basta un tractor, un ciclista o alguien paseando al perro para que ocurra una tragedia.

He atravesado tejados. Me he caído de tejados. Me he despertado dentro de mi Range Rover, en la entrada de mi casa, con carámbanos colgándome de la nariz y los vaqueros empapados de orín. Había estado en mi pub local, el Hand & Cleaver, que estaba a solo unos cien metros de mi casa de entonces, Bullrush Cottage, en Ranton Green, cerca de Stafford. Una vez, un tío tuvo que echarme por encima un saco de dormir porque no podía sacarme del coche y se me estaban poniendo los labios azules.

Si un gato tiene nueve vidas, yo debo de tener treinta y tres.

Claro que también tuve grandes momentos en el mundo borracho. Y mis amigos de entonces eran el grupo de cabrones más divertido que puedas conocer. Estaba Dave Tangye, soldador reconvertido en *roadie* (o en pipa, como lo llaman ahora) y luego en asistente personal; Charlie Clapham, el de las frutas y verduras; Dennis McCarten, Barry Dunnery, Don McKye, Bobby Thomson, Chris Sedgwick; todos metidos en la música de un modo u otro. Sabías que eras parte de la pandilla cuando te despertabas después de una noche de beber como un animal y descubrías que te faltaba una ceja. Ese momento en que te mirabas al espejo y te veías hecho una mierda, pero sin tener ni idea de por qué... Eso no tenía precio, tío. Gracias a ellos sé exactamente cuánto tarda en crecer esa ceja que alguien te ha afeitado: tres semanas. Y parece más tiempo del que

es, créeme. El más gracioso de todos era mi viejo amigo Pete Mertons. Tenía el humor más seco y afilado que cualquiera que haya conocido.

Ahora está muerto (que Dios lo tenga en su gloria), como todos los demás. Cáncer de garganta. Fallo hepático. Infartos. Lo que quieras. ¿Por qué sigo yo aquí? Ni puta idea.

Yo creía de verdad que había vencido a esa mierda. Después de que Sharon me pillara y vendiera todos mis coches —aquella juerga me costó más de medio millón de libras—, hice lo de «Noventa reuniones en noventa días» en la cabaña de troncos que los de AA tienen en West Hollywood. Y no es un nombre figurado. Se trata literalmente de una cabaña de troncos que lleva allí desde los años treinta. Antes había sido la sede de los Boy Scouts de América, o eso me han dicho. Baden-Powell se revolvería en su tumba si supiera que yo estuve allí.

En esas reuniones de Alcohólicos Anónimos, a veces, te echas unas risas; otras escuchas cosas jodidísimas. Otras veces simplemente dan pena. O das pena. Dicen que la adicción es astuta, poderosa y desconcertante. A mí todo aquello de AA me ayudó. Me puso en el camino para volver a estar sobrio. Cuando estás solo, la voz de tu cabeza es demasiado persuasiva. Pero no quiero que nadie me vea como el santo patrón de los alcohólicos en recuperación. Si quieres beber y crees que puedes controlarlo, bien por ti. Pero yo tuve que ser honesto conmigo mismo: no podía controlarlo.

Ahora el alcohol me da miedo, porque me convierte en otra persona. Un trago, y el demonio despierta. Antes pensaba que era un borracho divertido. Ahora solo discuto. Todas las chorradas que me molestan de la gente, las saco a relucir.

El momento en que pensé que por fin había conseguido librarme de mi personalidad adictiva coincidió con cuando Sharon se sometió a un tratamiento para la ketamina. No me refiero a la chapucilla clandestina que, dicen, estaba haciendo Matthew Perry, sino a algo médico, controlado, con un psiquiatra de por medio. Me contaron que era muy eficaz contra la depresión. Cada vez que ella volvía de una sesión, venía con los ojos hinchados de llorar. Y yo le decía:

—Sharon, ¿qué coño te están haciendo ahí?

Y ella me contestaba que la estaba ayudando a enfrentarse a los demonios de su pasado, y que quizá yo debería probarlo también, porque igual la razón por la que nunca consigo mantenerme sobrio es que tengo un montón de mierdas enterradas.

Así que fui y lo probé. Parecía mejor idea que meterme antidepresivos o lo que fuera que me estaban proponiendo en aquel momento. Me empezaron a dar una dosis diminuta. Una microdosis, la llaman. Pero en cuanto noté el efecto —muy leve, pero inconfundible—, pensé: «Oh, sí... con esto podría pasármelo en grande un buen rato». Y es que Sharon reacciona de manera distinta a las drogas: puede tomarlas cuando las necesita y punto. Yo, en cambio, quiero seguir hasta acabar tirado, babeando en un rincón. Esta vez, sin embargo, me di cuenta de lo que significaba y fue en plan: «Te puedes ir bien a la mierda con esto, sí, pero va a ser que no, absolutamente que no».

Por primera vez en años, fui capaz de ser completamente sincero conmigo mismo.

Dicen que la adicción es física y espiritual. La parte física es el ansia que te provoca el cerebro. Y eso te roba el espíritu. Al ponerte sobrio, recuperas tu espíritu. Cuando salí de aquella clínica de ketamina, me prometí que jamás dejaría que la adicción volviera a robármelo.

Durante mucho tiempo, después de dejar el alcohol, me refugié en adicciones inofensivas: té Yorkshire, pasatiempos de sopas de letras, chucherías inglesas, hacer garabatos, máquinas de ejercicio, mandar mensajes de texto en coña a Billy Morrison y otros amigos. Sin embargo, nada es realmente inofensivo cuando la palabra «moderación» no figura en tu diccionario.

Recuerdo cuando decidí dejar el tabaco y pasarme a fumar un puro de vez en cuando. Fue después de una gira, cuando me empezó a asustar el daño que le estaba haciendo a mis cuerdas vocales. La idea era que, dejando los cigarrillos, mi voz se recuperaría, y con el puro podría disfrutar del sabor del tabaco sin tragar el humo.

La siguiente escena soy yo fumándome treinta Montecristos al día, inhalando cada calada, y con media casa convertida en un fumadero. Cuando llegó el momento de volver a cantar, mi voz estaba tan áspera que hasta me dolía el culo. Así que dije a la mierda y volví a mis cigarrillos. Pero claro, ya estaba acostumbrado a inhalar humo de puro, así que incluso un paquete de Marlboro me sabía a medio polvo. Me llevó años librarme de esa mierda. La nicotina es la sustancia más adictiva que he metido en mi cuerpo, sin duda alguna. Los pobres diablos que van por ahí arrastrando un enfisema o un cáncer de pulmón y que, a pesar de todo siguen fumando, te lo dicen todo acerca de lo potente que es esa droga.

De todas las supuestas adicciones inofensivas que he tenido, las más peligrosas siempre han sido las recetas médicas. Ya fuera Vicodin o jarabe para la tos, siempre han sido una pendiente resbaladiza para mí. Así que, cuando me puse sobrio, me forcé a mantenerme lo más lejos posible de los médicos.

Por desgracia, durante No More Tours II empecé a notar una fatiga vocal que iba a peor cada vez. A ver, prueba tú a gritar durante hora y media cada dos noches, durante meses, con cambios de humedad y temperatura en cada recinto. Y encima con 79 años.

Que sí, que hay cantantes a los que no les da problemas. Elton John, por ejemplo. Un día me dijo que acababa de volver de una gira.

—¿Cuántos conciertos? —le pregunté.

—Cuarenta y ocho —me respondió.

—Eso es un montón, Elton. ¿Cuánto duró la gira?

Se encogió de hombros y respondió:

—Cuarenta y ocho días.

No me lo podía creer. Ese tío es imparable. Establecía su residencia en Las Vegas entre semana, y el fin de semana volaba al otro lado del mundo para hacer un par de shows más. Trabaja todos los días del año. Yo no puedo seguir ese ritmo. Llega un punto en el que mi cuerpo dice que ni hablar. Que hasta aquí.

Desde que tengo uso de razón, la solución había sido un medicamento llamado Decadron, o dexametasona. Es un tipo de esteroide que se usa para tratar inflamaciones. Te da un empujón, ¿sabes? Un chute de esa mierda y puedes cantar más alto que la Luna. No voy a mentir: alguna vez me he pasado de listo con el Decadron. He troleado a un montón de médicos con tal de que me recetaran más de lo que necesitaba, ya fueran pastillas, gotas o inyecciones en la garganta. Pero hasta No More Tours II nunca me había dado problemas serios.

Así que, en cuanto noté que la voz me fallaba, fui directo a mi médico de gira —esta vez sin esconderme y con conocimiento de Sharon— y me agencié un par de botellas de Decadron líquido.

Al principio fue como un elixir mágico. Aguantaba todo el concierto sin problemas. Mi rango y mi resistencia eran tan buenos que podría haber metido un par de temas de los Bee Gees en el repertorio. Pero, como pasa con casi todas las drogas, el rollo era «disfruta ahora, paga después» y no tardó en convertirse en peor el remedio que la enfermedad.

Para ser justos, el médico me dijo que tomara solo dos gotas cada noche, con la cena. Pero esas dos gotas se convirtieron en cinco o seis, con o sin cena. Luego unas cuantas antes de acostarme. Luego otra dosis al despertar. Y vuelta a llamar: «Hola, Doc, soy Ozzy... ¿me puedes dar un poco más?».

Sharon me repetía:

—Ozzy, tu voz está bien, no necesitas esteroides.

—¿Y si deja de estar bien en pleno concierto?

—Por eso haces calentamientos, para saber cómo vas.

—Pero el médico dice...

—Tienes a ese médico comiendo de tu mano. DEJA-DE-TOMARLOS.

Pero Sharon estaba ocupada en Los Ángeles con su programa, y yo iba de ciudad en ciudad al otro lado del mundo, así que lo único que ella podía hacer era echarme una bronca cada vez que hablábamos por teléfono.

En fin, todo bien... hasta que volvió la vieja furia de los esteroides.

Lo siguiente que recuerdo es haberme puesto un ojo tan morado que ni el maquillaje para salir al escenario era capaz de tapar. Sharon se puso seria y contrató a un tipo del ejército, con un cuello más ancho que la M-30, para que me vigilara. No sé de dónde sacó a ese cabrón: un día apareció a mi lado, como una montaña cabreada con forma humana. Y no se fue. Sharon decía que yo tenía alucinaciones por la noche, justo en el momento de dormirme o de despertarme. Según ella, así fue como acabé dándole un cabezazo a

una mesa de café y ganándome el moratón. Yo no recordaba nada de eso. Para Sharon, eso era prueba suficiente. Para mí, solo era que todos se me estaban echando encima sin motivo.

Sharon insistía para que viera a un neurólogo, y mi hijo Jack estaba preocupado de que yo pudiera tener lo mismo que se llevó por delante a ese buen amigo de su madre, ese que respondía al nombre de Robin Williams: demencia con cuerpos de Lewy. No es que yo estuviera viendo marcianos flotando sobre la cama o algo así, pero sí hablaba con gente que no estaba allí o creía que los chicos organizaban fiestas en mi habitación o me daba por romper muebles... y me despertaba sin tener ni idea de qué coño había pasado.

Mi párkinson también jugaba su papel. Cuando la gente piensa en el párkinson, piensa en el de Michael J. Fox, pero el mío es bastante más leve. Aun así, la enfermedad me ha endurecido los músculos, lo que afecta a mi manera de caminar y hablar, y las pastillas que tomo para controlarlo tienen efectos secundarios. Una de las que tomaba entonces, el Sinemet, puede causar confusión, nerviosismo, pesadillas... y todo tipo de mierda. Súmale una botella diaria de esteroides y estaba más enchufado que la red eléctrica nacional.

Además, me había entrado un miedo escénico brutal, en parte por la paranoia de quedarme sin voz. Eso me había provocado insomnio, y el insomnio me tenía hecho polvo. Sharon estaba tan preocupada que organizó turnos para que nuestros hijos cogieran de vez en cuando el avión y vinieran a las giras para vigilarme.

Un fin de semana vino Jack, el siguiente Kelly, después Aimee. Incluso pude pasar tiempo con algunos nietos. Tengo diez, si te lo puedes creer. La hija de Jack, Pearl, que tenía 6 años entonces. Andy, que debía de tener tres. Y Minnie, que era un bebé. (Maple, la otra hija de Jack, aún no había nacido.) Desde entonces, Kelly ha

tenido a su pequeño Sid, un auténtico terremoto. Me canso solo de verle. Los otros nietos son de mi primer matrimonio: Maia y Elijah, hijos de mi hijo Louis; y Harry, Isabelle y Kitty, hijos de mi hija Jessica.

El caso es que funcionó: con todo ese apoyo extra, cuando No More Tours II llegó a Norteamérica, justo antes de mi cumpleaños, me sentía mucho mejor. Y menos mal, porque aún me quedaban treinta estadios donde tocar.

Parecía que todo estaba bien otra vez.

Pero no lo estaba. Iba directo contra un muro de ladrillo.

Porque el Decadron me estaba haciendo un daño que nadie podía ver.

2

UN ACCIDENTE INTELIGENTE

Cuando arrancamos la gira No More Tours II en Jacksonville, Florida, yo ya llevaba a cuestas cincuenta años como cantante. ¿Dónde coño se había ido a parar todo ese tiempo? Nadie te avisa de que un día te despertarás y te darás cuenta de que medio siglo habrá volado, así, por las buenas.

El mundo era totalmente distinto cuando me metí en el negocio de la música. La tele seguía siendo en blanco y negro. Todavía había trenes de vapor que iban desde Snow Hill, en Birmingham, a Paddington, en Londres. Y el futuro rey de Inglaterra era aún un adolescente, como yo... aunque eso era lo único que teníamos en común. Él, desde luego, no acababa de cumplir seis semanas de cárcel por robo.

La pregunta que me repetían constantemente en todas las ruedas de prensa de No More Tours II era: ¿cómo lo has hecho? ¿Cómo has pasado de aquello a esto, a ser un tío famoso que lleva cinco décadas en el candelero?

No tenía una respuesta. Y sigo sin tenerla. Nada estuvo planeado. Cuando estás dentro, metido en la rueda y mirando hacia fuera, solo haces lo tuyo y te dejas llevar por la montaña rusa. No hay una buena razón para que yo siga aquí trabajando —o intentándolo, al menos—, mientras otros no lo han conseguido. Quizá simplemente

tuve suerte. O quizá es que este es mi viaje, y todo estaba escrito para que fuera así.

Supongo que mi primera experiencia como «artista» fue en el colegio, en los tiempos en los que aún era John, no Ozzy. No podía leer bien a causa de mi dislexia, y tampoco concentrarme por culpa del TDAH. Cada vez que me tocaba leer en voz alta, la clase entera se partía de risa. Pero si me lo tomaba a cachondeo, hacía el payaso y montaba algún numerito, no me sentía tan avergonzado.

La primera vez que canté delante de alguien fue en uno de los concursos de talentos que organizaban mis hermanas en el 14 de Lodge Road. Me marqué un tema de Cliff Richard —«Living Doll», para más señas—, y no debió de salir tan mal, porque nadie me abucheó y los cristales de las ventanas siguieron enteros. Pero jamás se me pasó por la cabeza que cantar pudiera convertirse en mi profesión. Vamos, que me veía con más posibilidades de llegar a ser el próximo primer ministro de la puñetera Suecia.

La primera banda de verdad a la que me uní fue una llamada The Polka Tulk Blues Band. Tenía diecinueve años y acababa de salir de prisión. El nombre lo sacamos de la marca de polvos de talco que usaba mi madre. En el grupo estábamos yo como vocalista, Tony Iommi a la guitarra, Geezer Butler al bajo y Bill Ward a la batería. También había un guitarrista de *slide* y un saxofonista, pero duraron un par de conciertos, como mucho. Básicamente, porque no sabían tocar ni el *slide* ni el saxo.

Tras unas semanas tocando por ahí, cambiamos el nombre por el de Earth. El problema era que, dicho con acento de Birmingham, sonaba como si estuvieras vomitando: «UUURRGGHHHFFF». Así que lo cambiamos otra vez, esta vez por el de Black Sabbath, por una vieja peli de terror. Todos estábamos metidos en movidas de magia negra,

sobre todo Geezer, que iba siempre cargado con novelas de Dennis Wheatley con títulos como *The Satanist* o *The Devil Rides Out*.

Al principio, todo giraba en torno a Tony Iommi. El tío iba un curso por delante de mí en el Birchfield Road Secondary Modern, ese que demolieron poco después de que nos marcháramos. Todo el mundo conocía a Tony porque tenía una guitarra eléctrica roja que sus padres le habían regalado por Navidad. Además, era alto, guapo e imbatible en una pelea. Luego perdió las puntas de los dedos en un accidente en la fábrica de metal donde trabajaba. Me enteré después de lo ocurrido: una enorme prensa mecánica le cayó sobre la mano derecha y, al sacarla, se veía el hueso de los dedos asomando. Asqueroso, colega. Eso debería haber puesto fin a su carrera como guitarrista. Pero Tony era un inventor. Se fabricó unas puntas nuevas con un bote viejo de Fairy y volvió a aprender a tocar. A día de hoy sigo sin entender cómo sabe que sus dedos están pisando bien las cuerdas.

Después del accidente, Tony empezó a usar cuerdas más finas —como las de un banjo— para que no le dolieran tanto los dedos. También las dejó más flojas, lo que bajó la afinación. Yo no entendía gran cosa de eso por entonces, pero sus yemas de plástico combinadas con el cambio de la afinación crearon un sonido oscuro y único. Era tan bueno que los de Jethro Tull le ofrecieron un puesto justo cuando Earth empezaba a despegar. Nos quedamos destrozados cuando nos lo contó. Por suerte, a Tony no le gustó eso de ser un empleado en una banda ajena.

Volvió con nosotros al cabo de un par de conciertos.

Con los años, a Black Sabbath nos han colgado la etiqueta de inventores del heavy metal. Incluso me llaman el «Padrino del heavy

metal», sea lo que sea que eso signifique. Pero no estoy del todo seguro de que sea verdad.

Para mí, la primera canción realmente heavy fue «You Really Got Me», de The Kinks, que salió el verano en que dejé la escuela. Cuando escuché por primera vez ese *riff* —¡DUH-N-N-N-NUH! ¡DUH-N-N-N-NUH!— me pasó algo por dentro. Fue como una droga. Oírlo era como tener un maldito orgasmo. Me compré el *single* cinco veces porque no paraba de desgastarlo. Puede que fuera mi primera adicción. A mi viejo casi lo vuelvo loco. El tío me berreaba: «¡si vuelvo a oír eso una vez más, te juro que…!»

Al final dejé de ponerla, pero solo porque reventé el altavoz de su tocadiscos, uno de esos de madera pulida con radio incorporada que ocupaban medio salón. Y claro, no pensaba confesar que había sido yo. Hubo un silencio muy sospechoso, hasta que puso uno de sus discos de Al Jolson y lo único que salió del aparato fue un ruido flojo y pedorro, una especie de «PPFFTTHHHHHH».

Sus gritos se escucharon a kilómetros de distancia.

Años después, tuve la suerte de conocer a Ray Davies, de The Kinks, precisamente. Fue en el concierto del 25.º aniversario del Rock & Roll Hall of Fame, en el Madison Square Garden de Nueva York. Yo estaba tocando con Metallica, saltando por el escenario como un conejo. Le dije que «You Really Got Me» era, básicamente, la canción perfecta. Fue encantador. Incluso me devolvió el cumplido diciendo que le gustaba «Paranoid». No se me borró la sonrisa en todo el día. Habría querido llamar a mi padre para contárselo, pero para entonces ya no estaba entre nosotros.

Sea lo que sea lo que digan los libros de historia sobre el heavy metal, lo cierto es que queríamos que el primer disco de Sabbath fuera más heavy que cualquier cosa que hubiéramos hecho antes. No solo con la música, también con las letras. En aquella época,

nadie cantaba sobre Satanás, demonios o cadáveres. Vale, Fleetwood Mac había sacado «Black Magic Woman», que luego versionó Santana. Pero no veías chicas salir corriendo, aterradas, de los conciertos de Fleetwood Mac. Eso lo veías en los nuestros. Tienes que entender que en esa época había mucha más gente que iba a misa y creía de verdad en el diablo. Así que cuando escuchaban ese *riff* siniestro de tres notas y me oían a mí, aullando acerca de una figura negra de ojos de fuego que venía a llevárseme, todos creían que después vendría a por ellos.

El problema es que la imagen que creó aquel primer álbum fue tan potente que durante mucho tiempo la gente creyó que solo hacíamos música satánica. De ahí que empezaran a llamarme el Príncipe de las Tinieblas, supuestamente a causa de un verso sacado del «Paraíso perdido» de John Milton. Aunque la verdad es que yo no tenía ni puta idea de quién era John Milton.

Lo cierto que, aunque Sabbath siempre tuvo un aire oscuro, «Black Sabbath» fue básicamente la única canción realmente terrorífica que hicimos. Anda, escucha «Changes», una balada de piano sobre un matrimonio que se va a pique; o «Supernaut», con ese ritmazo *funky*; o la psicodélica «Planet Caravan», que dicen que sonó en la nave de SpaceX, Crew Dragon*,* antes de acoplarse a la Estación Espacial Internacional.

En fin, el caso es que no nos ha ido tan mal. Así que no vas a oírnos quejándonos.

Es un milagro que me quedara cualquier tipo de futuro profesional después de Sabbath.

Cuando me echaron —según ellos, por estar jodidamente acabado, pero esa es una historia para más adelante—, acabé viviendo en un apartamentito, con su propia cocina y salón, en un

bloque de alojamiento temporal llamado Le Parc, en West Hollywood.

No tenía ni idea de qué iba a hacer después. El estrés me estaba matando. Me limitaba a pedir alcohol a domicilio de la licorería Gil Turner's, en Sunset Strip, y a pasar todo el día con las persianas bajadas, el aire acondicionado a tope y la chimenea de gas encendida al mismo tiempo, porque me recordaba a casa. Bebía y fumaba hasta perder el conocimiento. Mientras tanto, mi mujer de entonces estaba en Inglaterra con los niños, esperando a que encontrase un nuevo trabajo para no quedarnos sin un duro.

El problema era que yo acababa de cumplir treinta y un tacos y me encontraba peligrosamente cerca de ser demasiado mayor para un rockero. En mi cabeza, había muchas probabilidades de que acabara fundiéndome lo que quedaba de nuestros ahorros y no tuviera más alternativa que ir a buscar trabajo en el ramo de la construcción.

Fue Sharon quien me salvó.

Lo loco es que apenas la conocía por entonces. Trabajaba para su padre, Don Arden, que por aquel entonces era el mánager de Sabbath. Se hacía llamar Mr Big y tenía pinta y maneras de gángster del East End. Se decía que una vez colgó por la ventana a Robert Stigwood, el mánager de los Bee Gees, por intentar robarle a los Small Faces, la banda más importante que Arden tenía entonces. También había historias de que apagaba sus puros en la frente de la gente o sobornaba a DJ para que pusieran sus discos en la radio. No sé cuánto había de cierto en todo eso. Yo prefería mantenerme bien lejos de él.

En los primeros días de Sabbath, por nuestros tratos con Don, yo me había cruzado con Sharon un par de veces. Pero solo al recordarlo más tarde caí en que era ella. Al principio, Sharon trabajó

como recepcionista de su padre. Dice que recuerda haberme visto entrar una vez en las oficinas de Don, en Berkeley Square, no mucho después de que saliera *Paranoid*, descalzo y con un grifo de agua caliente colgado del cuello. Ella no debía de tener más de dieciocho años. Para mí, todo aquello es una nube: estaba fumado como una chimenea. También asistió a uno de nuestros conciertos en el Marquee Club, en el Soho. Estaba acostumbrada a ver a las estrellas del pop americano que representaba su padre, y no podía creer la diferencia que había. El volumen de la música, el sudor goteando por las paredes, yo sobre el escenario, tocando a los fans de las primeras filas. Sabbath era una banda del pueblo. Cuando tocábamos en un concierto, era como si fuéramos parte de nuestro propio público.

La primera vez que vi a Sharon y supe que era Sharon fue cuando la vi salir de un hotel en Copenhague. Don la había enviado para recoger la recaudación de un concierto de la Electric Light Orchestra o algo así. ¡Uau!, pensé, qué tía tan guapa. Y entonces me sonrió. Me dije: no tienes ni una sola posibilidad, ni lo pienses. Me refiero a que Sharon era una mujer educada, de clase alta, vestía a la última moda e iba toda enjoyada. Su padre era un multimillonario famoso. Y, para colmo, yo seguía casado con mi exmujer y no es que aspirara precisamente al título de Marido del Año.

Cuando me echaron de Sabbath, pensé que Don seguiría llevando los asuntos del grupo y que yo me quedaría tirado. Al fin y al cabo, Sabbath tenía un nombre. ¿Quién coño había oído hablar de Ozzy?

Y entonces llegó la llamada a la puerta.

Era el momento que temía. Pero no era el encargado del edificio ni tampoco uno de los matones de Don que llegaba para ponerme de patitas en la calle. Era Sharon, vestida para matar, mirándome, y yo en calzoncillos, sin afeitar, borracho perdido, con latas de cerveza

por todo el suelo. A Sharon le cuesta mucho escandalizarse —cuando creces siendo la hija de Don Arden, ya lo has visto todo—, pero el olor la hizo dar un paso atrás.

—Si pones un poco de orden en toda este mierda —dijo al fin—, nos gustaría representarte.

Me quedé tan sorprendido que lo único que fui capaz de articular fue:

—¿A... A mí?

—No, al otro Ozzy Osbourne que tienes detrás —me contestó— . *¡Por supuesto que a ti!*

Sin Sharon, estaría muerto. De eso estoy cien por cien, seguro. Pero si hablamos de mis dos primeros álbumes en solitario, *Blizzard of Ozz* y *Diary of a Madman*, nada de eso habría sido posible sin Randy Rhoads. Era un regalo de Dios, no hay otra forma de decirlo. Tuve una suerte increíble de cruzarme con él.

Después de que Sharon viniera a Le Parc, me dijo que tenía que empezar a organizar audiciones. Fue un toque de atención. Me refiero a que Sabbath solo tenía que encontrar a un tipo para sustituirme, mientras que yo tenía que buscar una banda entera, empezando por el guitarrista.

Y entonces, las nubes se abrieron, los ángeles cantaron, y de la nada apareció Randy.

No tenía ni idea de quién era —había tantos guitarristas por ahí, y habíamos hecho tantas audiciones que yo ya había perdido la cuenta —, pero luego supe que tocaba en una banda llamada Quiet Riot. Por lo visto, estaban pasando una mala racha y el único contrato que habían conseguido era un concierto en Japón. Por eso Randy estaba tanteando para encontrar algo nuevo.

Lo único que recuerdo de su audición en el estudio es que enchufó la guitarra y empezó a calentar. Para mí, fue suficiente. No es que Randy estuviera en otra liga, es que jugaba a otro deporte. Además, era la viva imagen de una estrella del rock: no debía de pesar más de cuarenta y tres kilos, medía metro cincuenta y ocho —igual que Sharon—, tenía facciones de muñeca, melena rubia, y vestía pantalones de cuero y una camiseta escotada. La primera vez que lo vi, no sabía si era un tío o una tía. Nunca había conocido a alguien tan cuidadoso con su aspecto. Si hacía viento o llovía, no quería salir para no estropearse el pelo. Y era igual de meticuloso con todo, incluida la guitarra. Eso era parte de lo que le hacía un músico tan increíble.

Lo que más me chocaba era lo flaco que estaba. Podía levantarlo con una sola mano. Seguramente por eso no bebía mucho ni se metía muchas drogas. Cuando bebía de verdad, pedía un Ruso Blanco, una de esas cosas con leche. Una bebida de chicas, al menos en aquella época. Como mucho, se tomaba dos o tres, se ponía risueño y se iba a dormir. Y, sin embargo, tenía una voz grave, con un deje casi sureño.

También me di cuenta de que Randy no comía comida de verdad. Solo picoteaba, sin más. Lo único que le gustaba era la piel del pollo. Solo la piel, no la carne.

—¿Por qué te comes eso? —le pregunté una vez, mientras destrozaba un muslo de pollo.

—Me gusta el sabor —respondió encogiéndose de hombros.

Aunque era flaco, tenía el cuerpo de un atleta. Llevaba botas de tacón alto de talla de mujer —las únicas que le servían— y podía correr por un escenario con ellas durante horas.

Le dije que el trabajo era suyo antes de que terminara de calentar. Se sorprendió.

—Pero si aún no he empezado —me dijo.

Si mi carrera después de Sabbath se puede resumir en un momento, ese momento fue el lanzamiento del álbum *Blizzard of Ozz* en Estados Unidos.

Cuando piensas en la cantidad de cantantes de grandes bandas británicas cuyos discos en solitario se fueron a pique en Estados Unidos igual que un zurullo, parece increíble. Y yo era un don nadie comparado con la mayoría. No había motivos para pensar que me iría mejor.

La fecha de lanzamiento fue en marzo de 1981. El disco ya había salido unos meses antes en el Reino Unido, con el sello Jet Records de Don, y le había ido bien, muy bien: llegó al número siete en las listas. Para promocionarlo, habíamos dado conciertos pequeños. De ese modo llenábamos el aforo y hacíamos mucho ruido. Aun así, el *single* «Crazy Train» apenas rozó el top 50. Y no fue una gran sorpresa: en las listas británicas de entonces abundaban los números nuevos de gente como Shakin' Stevens o Bucks Fizz, con algún que otro éxito ocasional de tíos de la nueva ola como Soft Cell o The Human League. El heavy metal iba más de álbumes, no de sencillos. Era un recordatorio de la cuesta arriba que teníamos por delante, sobre todo en Estados Unidos.

Cuando llegamos a Los Ángeles para el lanzamiento en Estados Unidos, la presión era brutal. Y la única forma que yo conocía de afrontarla era beber toda la noche y seguir bebiendo por la mañana. Así que eso hice el día de nuestra gran reunión con el departamento de marketing de nuestra discográfica americana, Epic, que pertenecía a CBS Records. Era no sé qué rollo que todos los fichajes nuevos tenían que hacer al inicio de cada trimestre o algo así.

Cuando Sharon me llevó en coche al edificio de CBS, en Century City, desde la casa de su padre en Benedict Canyon, yo iba ya bastante cocido. En el trayecto, no dejó de repetirme que la reunión era superimportante y que los de Epic no tenían ni idea de qué hacer con un disco de heavy metal, porque sus otros artistas eran The Jacksons y un montón de grupos de *new wave* y *synth pop*.

—Entonces, ¿por qué coño me han fichado? —le pregunté.

—Porque los de CBS ya tienen un acuerdo de distribución enorme con mi padre —me respondió.

El plan era que yo causara impresión sacando dos palomas blancas del bolsillo —alguien de Jet Records las había comprado en una tienda de animales la noche anterior— . Solo tenía que abrir una ventana, decir «paz» o «rock and roll» o algo así, y dejarlas volar.

Sinceramente, no me hacía ninguna gracia la idea, sobre todo porque las jodidas palomas no paraban de cagarse en los bolsillos de mi chaqueta.

Pero Sharon insistía:

—Es tu única oportunidad de causar impresión. Tienes que montarles un buen espectáculo.

La cuestión era que yo ya llevaba en el mundillo de la música el tiempo suficiente como para saber de qué iba el rollo. Si la discográfica estaba montando una reunión de marketing, no iba a ser solo para mí. Habría un rapero delante, un cantautor detrás y, entre medio, un cabrón tocando un jodido *didgeridoo*, mientras los de marketing, con sus trajes y sus Rolex, pasaban de todos nosotros. Allí no había fans. Para ellos no era más que otro día en la oficina.

Fue solo al ver las cámaras que había por toda la sala cuando decidí qué hacer. ¿Quieren espectáculo?, pensé. Pues lo van a tener.

Sabía perfectamente la imagen que quería conseguir: horror, horror absoluto en las caras de todo el mundo. En cuanto a Sharon, ella no tenía ni idea de lo que iba a pasar; si hubiese sospechado que las palomas corrían algún peligro, me las habría quitado de las manos en un segundo.

Entramos en la sala de juntas. Debía de haber por lo menos veinticinco ejecutivos, y acababan de escuchar «Crazy Train» y otras canciones de *Blizzard of Ozz*. Así pues, sin pensarlo, me senté en las rodillas de una chavala que estaba en primera fila, y tras un par de minutos de escuchar toda su palabrería de mierda, saqué una de las palomas, tal y como habíamos quedado, y dije «paz» o «rock and roll» o lo que fuera.

—¡Oooh! —hizo la sala entera.

Entonces respiré hondo, sonreí para la cámara y le arranqué la cabeza de un mordisco a la paloma.

Aquello se convirtió en una puta locura. Gritos. Llantos. Arcadas. Llamadas a seguridad. Llamadas a la policía. Para entonces, yo ya había tirado el cuerpo de la paloma sobre la mesa de reuniones, pero aún tenía la cabeza en la boca, así que la escupí y volví a sonreír para la cámara. Tenía sangre, mierda de pájaro y plumas por todas partes. Fue absolutamente horrendo. A día de hoy sigo sin saber qué coño estaba pensando. Bueno, no estaba pensando nada. Llevaba treinta y seis horas metido en una juerga de setenta y dos.

De repente, unos tipos enormes con pinganillos y pistolas entraron corriendo, nos agarraron a Sharon y a mí, y nos echaron a la calle. Sharon, literalmente, se meaba de la risa, supongo que más por el *shock* que por otra cosa.

Mientras tanto, yo había soltado la otra paloma, así que sabíamos que seguía revoloteando por ahí arriba, mientras media docena de seguratas gigantes intentaban atraparla.

Ese mismo día recibimos una llamada de los abogados de CBS diciendo que, si volvía a montar un número así, enterrarían el disco y no me dejarían rescindir el contrato. Sin embargo, las primeras copias de «Crazy Train» ya habían salido, y para el final del día la estaban poniendo en todas las emisoras de heavy metal del país, una y otra vez. Ese fue el momento en que la discográfica norteamericana pensó: vale, este tío está como una puta cabra, pero quizá venda discos. Quiero decir que a eso se dedicaban los cabrones, a vender discos, a eso y a nada más.

Lo mejor es que yo me dedicaba a lo mismo.

Lo primero que tengo que decir es que la pobre paloma no se lo merecía. Ahora que soy mayor y vivo permanentemente sobrio en un mundo sobrio, no soporto ningún tipo de crueldad hacia los animales. Lo que le pasó a ese pájaro me lo llevaré a la tumba. Pero no puedo cambiar lo que hice. Y la verdad es que, por muy mal que me portara, aquello lo cambió todo para *Blizzard of Ozz.*

Cuando empezó la gira norteamericana, unas semanas después, la gente pensaba que yo era un jodido lunático. Así que decidimos jugar con eso y tirábamos cubos llenos de tripas de cerdo y cosas así al público. Lo que nadie esperaba era que los fans jugaran a lo mismo y me tiraran cosas al escenario. Mientras tanto, las autoridades se volvían locas con las atrocidades que creían que estábamos cometiendo, cuando, en realidad, no era más que restos y casquería que habíamos sacado de la carnicería más próxima.

Cada noche aquello se iba de madre un poco más, hasta que, a principios de enero —ya en 1982—, la gira llegó al Veterans Memorial Auditorium, de Des Moines, Iowa. Esa noche alguien lanzó al escenario lo que yo pensé que era un murciélago de broma. Lo cogí... y no hace falta que cuente lo que ocurrió a continuación. Solo

diré que, en cuanto le mordí el cuello, me di cuenta de que no era de goma.

A partir de ese día, mi reputación me precedía allá donde iba. Y, claro, la naturaleza humana es la que es: la historia del murciélago se fue haciendo cada vez más truculenta a medida que corría de boca en boca. Era como el juego del teléfono roto: empieza con «Johnny se ha cortado el dedo» y acaba con «Johnny se ha cortado la cabeza».

Pero tuve suerte, ¿sabes? Cuando te subes al caballo, tienes que ir a donde te lleve. Hay que estar preparado para lo bueno y para lo malo. No puedes volver atrás y empezar desde cero. Lo más triste para mí, lo que todavía me ronda cada día, es lo que les pasó en esa gira a Randy y a nuestra peluquera y encargada de vestuario, Rachel Youngblood. Si alguien merecía morir, ese era yo. Pero cuando la tragedia nos golpeó, fue de un modo tan jodidamente aleatorio que todavía no lo entiendo. Y no hay día que no me pregunte: ¿por qué sigo yo aquí y ellos no?

Lo que intento decir es que no hubo ningún plan maestro que me llevara de la Polka Tulk Blues Band a la gira No More Tours II. Si acaso, fue todo, una serie de accidentes a cual más afortunado.

Y lo mismo pasó con la única cosa de mi vida que no tuvo nada que ver con la música: el programa de televisión *The Osbournes*.

Durante mucho tiempo, la gente de la tele en Los Ángeles había querido hacer una *sitcom* basada en mi vida, una especie de *La Familia Addams* del rock and roll, pero con un rockero retirado en el papel de padre. Aunque no creían que un programa documental al uso tuviera suficiente trama, a finales del año 2000 hicimos un especial de *Cribs* para la MTV —una especie de *Through the Keyhole*

a lo bestia, pero para rockeros y raperos—, y la cosa explotó. Se convirtió en el episodio más visto de la historia del canal o algo así.

Después de eso, los de la tele dijeron: a la mierda, metamos unas cámaras en su casa y veamos qué pasa.

Con ese programa empezamos algo nuevo. Como bromeó Jack Black en mi ceremonia del Rock & Roll Hall of Fame, quizá fue lo más malvado que hice en mi vida. Antes de nosotros, no había *realities* sobre familias famosas que no tuvieran guion. Ahora, hasta el hámster de tu vecino tiene uno.

Retrospectivamente, puedo asegurar que pasamos buenos ratos haciendo *The Osbournes*. Bueno, durante un tiempo, al menos. Pero ese tipo de fama es imposible de mantener. Me refiero a que yo había sido más o menos famoso la mayor parte de mi vida adulta. Pero ser una estrella de televisión era otra cosa. Era como me imaginaba que debía de ser la vida de Tom Cruise o Meryl Streep.

Me enganché a la fama, si soy sincero.

En un momento dado, Sharon organizó una fiesta en casa y aquello se convirtió en un desfile de quién es quién: George Lucas, Elizabeth Taylor, Robin Williams, Sylvester Stallone, Rod Stewart... Salí al jardín y ahí estaba Elton John, tocando el piano junto a la piscina. Cada día pasaba algo loco. Donny y Marie Osmond rodaron un anuncio conmigo. Fui a la cena de corresponsales de la Casa Blanca, donde el presidente Bush bromeó diciendo que su madre era fan de Sabbath. Quizá no debí beberme tres botellas de vino y subirme a la mesa... pero bueno, se vive y se aprende.

Después de todo, yo soy cantante, no una personalidad televisiva. Me gustó estar en *The Osbournes*, pero odiaba trabajar en televisión. Es un nido de víboras, la tele, de verdad. No es como la música. En la música tienes colegas; en la tele, no. La rivalidad es brutal y todo el mundo quiere lo que tú tienes. Es todo tan falso...

Cuando llegamos a la cuarta temporada de *The Osbournes*, supe que tenía que acabar, como todo. No tengo ni puta idea de cómo las Kardashian han aguantado tanto con sus programas. Deben de ir ya por la temporada sesenta.

En nuestro caso, al final estábamos todos desesperados por recuperar nuestras vidas: Jack se había metido en las drogas, Kelly también, yo me escapaba a mi cuarto para fumar porros cada vez que podía... y entonces Sharon tuvo cáncer. El desgaste fue brutal. Mi pobre mujer estuvo enferma muchísimo tiempo y le costó un montón recuperarse. A todos nos costó mucho bajar del subidón del programa, del estrés, pasar de la telerrealidad a la realidad real.

Cuando desapareció el último cámara, fue una liberación.

Poder cagar sin un micro de pértiga sobre la cabeza.

Poder echar un polvo con tu mujer sin tres productores tomando notas.

Y, lo mejor de todo, salir de casa y volver a la carretera.

3

LA MANO DE LA MALDICIÓN

El último concierto de No More Tours II*,* antes de que el Decadron se apoderara de mí, fue en West Valley City, en Utah.

Para entonces, estábamos casi al final del tramo norteamericano de la gira. Solo nos quedaban Mountain View, San Diego y Las Vegas, más una gran noche en el Hollywood Bowl. Tendría que haber sido pan comido. Los conciertos quedaban tan cerca de mi casa de Los Ángeles que podía dormir en mi propia cama cada noche.

Pero la vida nunca es tan sencilla, ¿verdad? Incluso en el océano más tranquilo y azul, siempre hay una mierda flotando por ahí. Y esta vez venía una enorme directa hacia mí.

La primera señal de problemas me la dieron, ni más ni menos que las uñas. Me las había estado mordiendo como un poseso, porque el Decadron me ponía de los nervios. Un día noté que la cutícula del pulgar derecho estaba enrojecida e hinchada. Y en lugar de hacer lo que tendría que haber hecho —echarle un poco de pomada antibiótica y dejarla en paz— empecé a hurgar en ella. Estaba tan agitado todo el tiempo que aquello se había convertido en un tic nervioso. Y para rematar, me di un golpe contra una puerta y me empezó a sangrar. Mientras tanto, la cutícula del dedo corazón empezaba a ir por el mismo camino. No me habría importado, si no

fuera porque dolía muchísimo: un palpitar constante, como de bajo voltaje, que me impedía concentrarme en cualquier otra cosa.

Lo que yo no sabía era que tenía infecciones bacterianas en las dos uñas. Y, aunque ese tipo de infecciones a veces se curan solas, el Decadron funciona reprimiendo el sistema inmunitario —por eso reduce la inflamación, lo que a su vez hace que notes la voz mucho mejor— . Pero si tomas, suficiente Decadron, pasas de tener el sistema inmunitario debilitado a dejarlo completamente fuera de combate. Y eso era exactamente lo que me había pasado, lo cual no habría sido tan grave si no me hubiera estado exponiendo a todo tipo de virus y bacterias nuevos durante los conciertos que dábamos cada día.

Meet-and-greets,[1] los llamaban.

La dinámica de un *meet-and-greet* es sencilla: si un fan paga más pasta, consigue los mejores asientos, algún recuerdo firmado y unos minutos para charlar y hacerse un selfie antes del concierto. Antes, se quedaban merodeando por detrás del recinto con la esperanza de pillarte al salir y pedirte un autógrafo. Ya no. Como todo en el negocio musical hoy en día, esa parte de las giras se ha convertido en una especie de miniindustria por sí misma.

No voy a mentir: hay una parte de mí a la que todo eso de conocer gente a cambio de dinero le parece inquietante. Además, las entradas ya son bastante caras de por sí. Los contables han inventado tantas tasas absurdas a lo largo de los años que me sorprende que no cobren por salir del concierto cuando este termina. Dicho esto, si los *meet-and-greets* fueran gratis, solo los fans más insistentes llegarían a la primera fila... y seguramente se limitarían a revender en eBay lo que les firmaras. Aun así, cuanto mayor me hago, más disfruto conociendo a los fans y pasándolo bien con ellos, sobre todo cuando aparece entera una familia de

metaleros, desde los niños pequeños hasta los abuelos. Claro que ni la abuela ni el abuelo suelen recordar mucho de los viejos tiempos. Estaban tan colocados como yo.

La verdad, la única preocupación que tenía con los *meet-and-greets* durante la gira No More Tours era que se colara algún chiflado. Quiero decir que es imposible olvidar lo que le pasó a Dimebag Darrell, uno de los grandes de la guitarra metal. Un tipo salido de la nada saltó al escenario y lo mató a tiros, a él y a otras tres personas. Hará ya unos veinte años de aquello, pero todavía me estremezco cuando lo recuerdo. Y para colmo, pasó el 8 de diciembre, la misma fecha en que mataron a John Lennon. Seguramente no fue una coincidencia, pero nunca lo sabremos, porque un policía abatió al tirador antes de que nadie pudiera preguntarle por qué cojones lo hizo.

A mí, desde luego, no me han faltado locos siguiéndome a lo largo de los años. Hubo uno que se presentó en varios conciertos con un colmillo de mamut de cinco millones de años. No tengo ni puta idea de por qué. Otro pintó mi nombre en absolutamente todo lo que tenía en su casa —paredes, sofá, lo que fuera— y me mandó un vídeo para demostrármelo. Muchos de esos chalados salieron de debajo de las piedras después de lo del murciélago. Pero fue cuando los evangelistas empezaron a decir que yo metía mensajes satánicos en mis canciones cuando la cosa se desmadró de verdad. Y en Estados Unidos, cuando alcanzas ese nivel de fama, siempre hay alguien que dirá: voy a acabar con este jueguecito que tienes montado. Bang-bang y estás muerto.

Pero lo cierto es que los locos están en todas partes. Si lo piensas demasiado, no saldrías nunca de casa. Así que pensé: a tomar por culo, si el objetivo de esta gira es despedirme de los fans, ¿por qué no voy a conocer al mayor número posible? Por eso, todas las tardes

antes de un concierto estaba en el recinto, con las cutículas hechas polvo, las infecciones en pleno apogeo, estrechando mano tras mano... para luego volver al hotel y meterme más Decadron.

Y mientras tanto, cada vez estaba más jodido.

—¡Allá voooy!

¡PAF!

—¡Aaagh! ¡Joder! —grité.

—Sea lo que sea que acabas de romper —dijo Sharon desde debajo de las mantas—, te está bien empleado.

Acababa de lanzarme de cabeza a la cama, como hacía todas las noches.

—Creo que me pasa algo raro —me quejé, mirando el dedo malo sobre el que acababa de aterrizar.

—¿Y te ha llevado todo este tiempo darte cuenta?

—Hablo en serio, Sharon. Me está pasando algo raro en la mano.

Suspiró, y escuché un BZZZZZZZZZZZ mientras su lado de la cama empezaba a elevarse. Esa es una de las mejores cosas de ser una estrella del rock: tener todos los cacharros más modernos. Nuestra cama tiene más cerebro que ChatGPT. Cada uno tenemos nuestro mando, y con solo pulsar un botón podemos poner nuestro lado de la cama a la altura que queramos, sin molestar al otro. Mientras tanto, todos los motores, cables y engranajes están escondidos bajo el colchón, dentro de una estructura metálica.

—Más te vale que esto merezca la pena —dijo Sharon cuando ya estaba completamente incorporada.

—Mira —le enseñé el pulgar— . Me está matando. Y el dedo corazón también.

Lo examinó más de cerca.

—Tienes las cutículas inflamadas —dictaminó— . Ponte un poco de crema y deja de morderte las uñas todo el tiempo, que es asqueroso.

—Pero...

BZZZZZZZZZZZ.

Y volvió a tumbarse.

Debí de echarme un par de tubos enteros de pomada antibiótica aquella noche. Pero cuando me desperté a la mañana siguiente, el pulgar latía con tanta fuerza que parecía conectado a un generador diésel. Y al levantarlo para mirarlo, casi me cagué en la cama del susto.

Durante la noche había aumentado al menos diez veces su tamaño normal. Parecía uno de esos dedos gigantes de espuma que se ven en los partidos de béisbol. El dedo corazón también estaba enorme. Apenas podía mover la mano: la hinchazón era tremenda. Y el dolor... El dolor estaba a otro nivel.

—Sharon... —mi voz temblaba. Creo que necesito ir al hospital.

—Ay, por el amor de Dios, Ozzy. No seas tan exagera... ¡¡¡OH, DIOS MÍO!! ¡¡¡TU MANO!!!

No se lo podía creer. Mi pulgar era del tamaño de una bombilla de cien vatios y brillaba casi igual. Ninguno de los dos podía dejar de mirarlo. Parecía sacado de un circo. Podríamos haber cobrado entradas por verlo.

No nos quedó más remedio que llevarlo a que me lo examinaran, aunque el siguiente concierto de la gira era esa misma noche en Mountain View, a solo una hora de vuelo desde el aeropuerto de Van Nuys, en el Valle.

Así que Sharon llamó al mánager de la gira y este se presentó —con cara de pocos amigos, todo hay que decirlo—, y allá que nos fuimos, al centro de Urgencias de Cedars-Sinai, de Wilshire

Boulevard, en Beverly Hills. Está en un edificio separado del servicio de Urgencias principal, porque es para cosas que no ponen en riesgo la vida. Vamos, que no entrarías ahí con un hacha clavada en la cabeza. Si bien para un pulgar tumefacto, era perfecto.

En realidad, lo único que quería era que me dieran algo para el dolor. Por muy fea que estuviera mi mano, yo seguía pensando que se curaría sola. Vamos, que mi hermana Jean tenía las cutículas hinchadas todo el tiempo cuando éramos niños, y no le hacíamos ni caso. Si se le ocurría pedir un día libre en el colegio por eso, le caía una colleja.

Pero cuando el médico me vio la mano, se le borró el color de la cara.

—¿Cómo ha pasado esto? —preguntó, mirándome muy serio.

—Ni idea. Me desperté así.

—¿Has estrechado la mano a alguien últimamente?

—¿Me estás vacilando? —le dije— . ¡Debo de estrechar mil manos cada noche!

—Ya veo —respondió— . ¿Y te has sentido decaído últimamente? ¿Cómo cuando coges un resfriado, por ejemplo?

Negué con la cabeza y puse mi mejor cara de «no he sido yo, agente».

Sharon me dio una patada.

—Díselo de una vez, Ozzy —me susurró.

—Vale —carraspeé—, puede que haya tomado unas gotitas de Decadron.

—¿Esteroides?

—Sí. Para la voz.

—Ya veo. ¿Solo unas gotitas de vez en cuando?

—Sí, yo... ¡Ay! —Sharon me había pegado otra patada, más fuerte que la anterior.

—Bueno, unas cuantas gotitas.

—¿Unas cuantas a la semana?

—Más bien... a diario.

—Señor Osbourne, ¿exactamente cuántas gotas al día?

—No sé. ¿Cuántas entran en uno de esos botecitos pequeños?

El médico se frotó las sienes y murmuró algo que sonó mucho a «Jesucristo bendito». Esperaba una buena bronca, pero cuando llegas a cierta edad, los médicos dejan de sermonearte. Te dan por causa perdida. Y, siendo sinceros, conmigo no iban muy desencaminados. Pero parecía que el buen hombre tenía cosas más urgentes en las que pensar.

—Señor Osbourne —dijo al fin—, parece que tiene una infección avanzada por estafilococos en el pulgar y otra en el dedo. Y se está extendiendo muy rápido porque su sistema inmunitario está destrozado por todos los esteroides que ha estado tomando o, mejor dicho, abusando de ellos.

—Entonces, ¿me da unas pastillas para eso?

—No no. Las pastillas no serán suficientes. Necesitamos llevarle a Urgencias.

—¿Qué? ¡Pero si esta noche tengo un...!

—Le pondrán un gotero de antibióticos para intentar controlar la infección. Y después tendrán que operar. El tiempo corre.

Casi me caí de la silla.

—¡Pero si es solo un puto dedo dolorido!

—Señor Osbourne —me miró directamente a los ojos—, esto es muy serio.

Si algo he aprendido con los años, es que lo peor que puedes hacer cuando te dicen que tienes un problema médico serio es buscarlo en internet. La mitad de lo que hay ahí es inventado, y la

otra mitad, suele estar mal. Lo único que vas a conseguir es acojonarte.

Por eso le pedí a Sharon que lo buscara ella mientras íbamos camino de Urgencias.

—A ver... aquí está: «Infección por estafilococos» —leyó mientras hacía *scroll* en el móvil— . Tiene hasta su propia página de Wikipedia y... ¡Oh!

—¿Qué?

—Nada.

—Sharon, no me jodas...

—Oh, mira, ha salido el sol. Igual no llueve esta tarde...

Le arrebaté el teléfono y entorné los ojos para leer.

La página de Wikipedia resultó ser una lista de personas muy famosas que estaban perfectamente... hasta que cogieron una infección por estafilococos. Y después, muy muertas. Uno de ellos era Alexander Haig, secretario de Estado del presidente Reagan. Otro, Roy Scheider, el actor de *Tiburón* y *French Connection*. Incluso un presidente del Banco Mundial había estirado la pata por lo mismo.

Digamos que, a esas alturas, empecé a preocuparme un poquito.

Lo siguiente que supe fue que me estaban metiendo en una de esas batas de hospital de papel, con el culo al aire. Después, directo al quirófano.

Estaba claro que el concierto de Mountain View no iba a celebrarse. Sharon y el mánager ya estaban al teléfono, intentando mover cielo y tierra para reprogramarlo, algo que es lo último que quieres hacer. No More Tours II daba trabajo a miles de personas: la banda, el equipo técnico y todo el personal de cada recinto. Si cancelas un concierto, todos pierden. Cuando yo era joven y siempre

estaba hecho polvo, no pensaba en esa parte. Pero ahora lo sentía como un peso enorme sobre mis hombros.

Peor aún era la sensación de decepcionar a las veinte mil personas que habían comprado entradas. Seguro que muchos habían buscado una canguro o pedido el día libre para poder ir. Cancelar con antelación es una cosa; hacerlo en el último minuto es un golpe bajo. Pero no teníamos alternativa. Como dijo el médico: el tiempo corría en mi contra.

El *shock* de todo aquello empezó a golpearme de verdad cuando me pusieron el gotero de antibióticos. Luego entró una enfermera y comenzó a anestesiarme el pulgar.

Y lo raro es que, fuera lo que fuera lo que llevaba la anestesia, me puso de repente muy sensible. No sé por qué. Un momento estaba mirándola trabajar y, al siguiente, estaba llorando a mares. Se me vino todo encima. Supongo que fue por lo rápido que había pasado todo. Cuando una infección se complica, es cuestión de horas. Y todo por una cosa tan mundana y estúpida como una cutícula infectada.

Bueno, dos cutículas infectadas.

En el fondo, también me rondaba la idea de que aquello se convirtiera en una de esas bacterias mutantes devoradoras de carne a las que los antibióticos solo les hacen cosquillas. ¿Y si llegaba a los huesos? ¿O a los pulmones? ¿O al corazón?

Cuando el cirujano entró con el bisturí, pensé: «Igual esto es todo, igual así acaba la historia y mañana estarán imprimiendo mi...».

—¡¡¡AAAY!!! ¡Se suponía que me habían anestesiado, joder!

—¿En serio? ¿Lo ha sentido? —preguntó sorprendido el cirujano, que acababa de abrirme el pulgar.

—¡Ni siquiera me has avisado! ¿Qué fue del aviso previo de: «Puede que esto le duela un poco»?

—Señor Osbourne, su mano está completamente dormida. Solo alguien con una tolerancia increíble a... —se detuvo, recordando con qué clase clase de tipo estaba hablando— . ¡Oh! Ya entiendo. Disculpe.

—¡Pues acabe de una vez!

Curiosamente, verlo trabajar me tranquilizó. Siempre me ha gustado un poco de gore en mi vida.

Con el pulgar abierto de par en par, empezó a limpiar todo aquello. Era como pus, pero peor. Dijo que intentaba evitar que las bacterias entraran en el torrente sanguíneo. Después se puso en serio: cortó el tejido muerto, rebajó el hueso por debajo, levantó la uña y raspó más restos infectados. Luego pasó al dedo corazón y repitió el proceso. Fue lo más interesante que había visto desde la retransmisión de mi primera colonoscopia.

En un momento, todo había terminado: pulgar y dedo vendados como si me estuviera preparando para un combate de boxeo. Ni siquiera me había estropeado el esmalte de uñas negro.

Estaba tan aliviado que casi me echo a llorar otra vez. Y entonces alguien me trajo un helado, uno de esos de cucurucho, recubierto de chocolate, y me lo zampé en dos segundos, del hambre que tenía. Claro que eso solo me dio ganas de otro. Si algo me gusta, no sé parar hasta ponerme malo. De hecho, durante un tiempo tuve una adicción total al helado. Siempre Häagen-Dazs o Ben & Jerry's. Vainilla o café. A veces fresa... pero solo si no había de los otros dos. Llegué a comer tanto que decidí ahorrar contratando a una chef que hacía el suyo propio. Gran error. Era tan increíble que me lo habría comido directamente del suelo. Pero después de unas semanas así, me volví prediabético y tuve que parar.

Una cosa más para la lista de cosas divertidas que ya no puedo hacer.

Después del helado, todo fue un poco confuso. Kelly y Jack pasaron a verme. Y, como habíamos cancelado el concierto, no podía faltar la publicación en Instagram. Si eres famoso y te rascas los cojones, hoy en día tienes que ponerlo en redes sociales. Si no lo haces tú, lo hará otro. Antes de los *smartphones*, los *paparazzi* solo aparecían si estabas metido en un lío gordo. Una vez, incluso, me saltaron encima desde unos arbustos, eso sin contar con los que han caído en paracaídas en mi jardín trasero para conseguir una foto. Me parece un abuso, de verdad. Pero ahora todo el mundo es *paparazzi*. No puedes andar por la calle sin que te planten un móvil en la cara.

Ya no me quejo. Pienso: «A la mierda, si no puedes con ellos, únete a ellos». Así que, ahora, cada eructo y cada pedo mío se retransmite a mis seis millones de seguidores.

—«Estoy impaciente por salir de aquí mañana» —escribí en el post, bajo una foto de mi mano vendada. También di las gracias a los médicos y a las enfermeras.

Mientras tanto, Sharon había hecho un milagro con los recintos. Habían aceptado retrasar los conciertos unos días, así que la gira norteamericana podía terminarse antes de fin de año, tal y como estaba previsto. Cerraría 2018 encabezando una *Ozzfest* de Nochevieja a lo grande en Los Ángeles.

No me creía lo cerca que había estado todo de irse al garete. Hubo un momento en que estaba convencido de que iba a tener una charla muy breve con San Pedro, ante las puertas del cielo:

—Osbourne —me diría, sin mirar siquiera su sujetapapeles dorado —, no estás en la puta lista.

Y, CLANK, me daría con la puerta en las narices.

—¡Buaaa!

Pero en esos momentos todo me parecía incluso ridículo, y empecé a reírme. O lo habría hecho de no haber vuelto el cirujano con cara de malas noticias.

—Ya tenemos los resultados —dijo— . Las infecciones son más resistentes de lo que temíamos. Tendremos que dejarle con el gotero al menos cinco días más.

Fue como si se vaciara el aire de la habitación. Me quedé sin palabras.

Y eso no era lo peor.

—Y vamos a tener que operar otra vez, porque la exploración muestra que aún queda tejido muerto. Si no lo eliminamos todo, puede ser mortal.

Miré a Sharon, pensando que aún podríamos hacer los conciertos. Ella tenía la cabeza entre las manos. Cinco días en el hospital eran cinco días de más. Eso arruinaba por completo las nuevas fechas. Todo el encaje de bolillos que acababa de hacer había sido en vano.

Era fin de la partida. Al menos para 2018.

Eso suponiendo que las infecciones no me mataran antes.

4

CUENTA ATRÁS

Me tuvieron en el hospital el resto de la semana. Habría intentado escaparme antes, pero eso es más fácil decirlo que hacerlo cuando tienes un gotero enganchado al brazo y un montón de médicos y enfermeras entrando y saliendo de tu habitación a todas horas. Y tampoco es que yo sea de esos tipos que lo tienen fácil a la hora de pasar inadvertidos, con mi nombre tatuado en los nudillos y esas caritas sonrientes en las rodillas. Además, el médico me dijo que, en realidad, tenía tres infecciones por estafilococos, no dos como habían pensado al principio, así que lo mejor era dejar que la medicina hiciera su trabajo.

Incluso después de volver a casa, parecía que la hinchazón no iba a bajar nunca. Durante un tiempo temí quedarme para siempre con un pulgar como un pimiento, aunque, pensándolo bien, habría sido la hostia para hacer autostop.

Por suerte, para el 3 de diciembre —mi cumpleaños— todo había vuelto a su tamaño normal. Casi empezaba a sentirme otra vez como el viejo capullo que era.

Dado que yo iba a cumplir setenta tacos —una cifra que todavía no lograba encajar en mi cabeza—, Sharon quería montar una fiesta en nuestra casa de Los Ángeles. Es una de esas mansiones españolas de los años veinte, en la zona baja, cerca de los estudios Paramount, que construyeron para algún magnate. La compramos

cuando yo iba sobrado de dinero, después de la última gira que hice con Sabbath. Lo que más me gusta de ese lugar es el cartel de la verja: NO TE PREOCUPES POR EL PERRO, OJO CON EL DUEÑO.

El problema era que, después de todos los conciertos que habíamos tenido que cancelar, yo no estaba para muchas celebraciones.

—No quiero una fiesta —le dije a Sharon— . Solo quiero volver a la carretera.

—Vamos, no seas tan cenizo —me soltó— . Setenta años son una cifra importante y hay que celebrarlo de alguna forma. Al fin y al cabo, es un milagro que sigas aquí.

—Créeme —le dije—, nadie está más sorprendido que yo.

La verdad, claro, es que había otra razón por la que yo no quería un fiestorro para mi setenta cumpleaños. La razón es que soy adicto y, para mí, una fiesta sin un buen colocón no es una fiesta. Acabas sentado al final de la mesa, dando vueltas a los pulgares, mientras notas que el ambiente empieza a subir. Y piensas: ¿será cosa mía o aquí todo el mundo se está poniendo un poco cariñoso? Y luego caes: claro, son ellos los que se están poniendo contentos, y tú no.

A veces incluso Sharon se olvida de que no puedo ni oler una mísera cerveza con limonada, ni siquiera en una ocasión especial.

—¡Oooh!, Tienes que probar esto —me dice cuando alguien le da un cóctel nuevo y espectacular que sabe a chocolate o a fresa o a lo que sea. Entonces, yo me pongo en plan: «¿Lo dices en serio? Un sorbo de eso y tú dormirás tan tranquilamente en nuestra cama esta noche, pero yo seguiré aquí, en este salón, por la mañana, y lo siguiente será que le tires cazos y sartenes a mis camellos, y yo acabe de vuelta en rehabilitación, vomitando en un cubo». Toda mi vida, la misma mierda, una y otra vez.

Lo que nunca he entendido es por qué. ¿Por qué hay gente que cuando bebe es buena compañía y, en cambio, cuando el que bebe soy yo, sí, me lo paso en grande, pero parece que soy el único? Nada vacía una sala más rápidamente que el grito de: «¡Mierda, Ozzy está empinando el codo otra vez!».

Tal como yo lo veo, el problema básico de cuando eres un adicto es que no sabes manejar la realidad. Tu matrimonio se tambalea, pues te pones ciego. Estás sin un céntimo, pues te pones ciego. Alguien te la juega o te traiciona, pues te pones ciego. Eso es lo que tienen las drogas, que te dan una vía de escape de lo que te está jodiendo en el mundo de la sobriedad. O te dan un subidón de confianza cuando lo necesitas. O te ayudan a enterrar alguna mierda oscura de tu pasado.

En mi caso, es todo lo anterior, sumado y multiplicado.

Por culpa de mi dislexia, me pasé la infancia entera viviendo con miedo. Ahora suena absurdo, pero tener que levantarme en clase para leer cuando no entendía lo que ponía en la página era, para mí, peor que la muerte. Me daba una sensación de catástrofe inminente que me acompañaba a todas partes. Caminaba con una nube negra encima, esperando que el mundo se acabara. Y, cuando al fin empezaba con mi tartamudeo y cambiaba palabras y todos se reían, ese miedo se transformaba en una vergüenza insoportable.

A eso se sumaba la vergüenza de no tener dinero para hacer lo que hacían otras familias. Mis padres se esforzaban a su manera, pero siempre teníamos menos que los demás. Éramos seis hermanos Osbourne —yo, mis hermanas mayores, Jean, Iris y Gillian, y mis hermanos pequeños Paul y Tony—, y vivíamos todos apretujados en una casita adosada minúscula y con el aseo en el patio de atrás. Nunca tuvimos coche. Nunca nos fuimos de vacaciones. Veías a otros niños marcharse con sus padres en verano, y tú deseando

hacer lo mismo. Y cuando pasaba el camión de los helados, eras el único crío cuyos padres no tenían ni una moneda para un cucurucho. Igual solo pasó un par de veces, pero dolía como si fuera siempre. Todo parecía un anticlímax, incluso la Navidad. Te ilusionabas durante semanas y, de repente, se acababa, y recordabas que, si tus padres apenas podían alimentar y vestir a seis hijos, mucho menos podían llenar tus calcetines de regalos. Incluso después de haber ganado pasta a raudales, esa inseguridad económica —ese miedo a no poder pagar el alquiler, a esperar el golpe en la puerta del funcionario de desahucios— nunca se me fue del todo.

De niño, la forma que tenía de huir de la realidad era meterme en mi propio mundo de fantasía. Me bastaba con encontrarme un palo en la calle para extraviarme en mi cabeza el resto del día. En cuanto lo cogía, ya no era un palo, era un fusil, una lanza, lo que coño quisiera que fuera. Me da pena por los niños de hoy, que no pueden hacer eso. Un iPad está muy bien, pero no le llega ni a la suela del zapato a la imaginación de un crío.

Que yo sepa, la adicción no era algo que corriera en mi familia. Tampoco es que, en aquellos tiempos, la gente trabajadora supiera hablar de esas cosas.

Mi padre bebía, pero nada fuera de lo normal. Le gustaba la Mackeson Stout, una cerveza negra dulce, más que la amarga habitual. Muy de vez en cuando, estiraba el brazo para alcanzar el ultimo estante, se servía un whisky, se ponía alegre y jugaba un rato al billar. Pero ciego, lo que se dice realmente ciego, solo lo vi un par de veces.

Cuando empecé a beber por mi cuenta, lo primero que descubrí fue que la bebida hacía desaparecer todos los malos sentimientos. Lo mismo con la coca o las pastillas. Pero nadie me advirtió de los peligros. Nunca tuve una charla con mi madre o mi padre en plan

«esto es lo que debes hacer, esto es lo que no». Bueno, aunque lo hubieran intentado, no les habría hecho ni puto caso. El hecho es que aprendí en la calle, que es la peor escuela posible. Me preocupa que pase lo mismo con la marihuana. Ahora que es legal en tantos sitios, parece un desastre anunciado, porque una vez que empiezas con eso, luego quieres algo más fuerte. Es una droga de entrada. O, al menos, lo es para gente como yo. Aunque, pensándolo bien, para mí cualquier cosa podría ser una droga de entrada.

Lo que no entiendo es por qué, cuando me hice famoso y mi vergüenza y mis preocupaciones se esfumaron, mi consumo de alcohol y drogas siguió empeorando.

Si no lo sé a estas alturas, supongo que ya nunca lo sabré.

Al final, pasé la mayor parte de mi fiesta de cumpleaños en la cocina, asomando la cabeza de vez en cuando para saludar a los invitados. Vinieron algunos de Metallica y Faith No More. También viejos colegas como Billy Idol, Slash y Marilyn Manson... y, por supuesto, Billy Morrison, el tipo que me ayudó a dejarlo, algo por lo que siempre le estaré agradecido. Me encantó que vinieran, aunque ojalá hubiéramos estado por ahí, armando jaleo como antes.

Lo curioso es que a la mayoría los conocí en el mismo sitio, en el hotel Sunset Marquis, de West Hollywood. Fue raro verlos juntos en mi casa tantos años después. Durante un tiempo, el Marquis fue el epicentro del universo del rock ’n’ roll. Según Sharon, un día que estábamos alojados allí, cuando Kelly era pequeña, nuestra hija se escapó sin que nos diéramos cuenta y la encontramos metida en el jacuzzi con Cyndi Lauper. Todos los niños acabaron adorando a Cyndi y, con los años, se convirtió en una gran amiga de Sharon.

Ese tipo de cosas pasaban constantemente en el Marquis. Te cruzabas con Keith Richards apoyado en la barra. Con Bruce

Springsteen desayunando. Y, de vez en cuando, con algún chiflado hasta las cejas de coca, lanzándose en bomba desde la azotea a la piscina. No es que yo hiciera esas cosas, claro. Bueno, al menos que recuerde. Me han dicho que Flea, de los Chili Peppers, se tiró en una ocasión, pero yo no estaba para verlo.

La primera vez que conocí a Slash fue en el Marquis. Sharon había organizado una fiesta de cumpleaños por la tarde para Aimee —creo que cumplía cinco— y recuerdo que Zakk Wylde estaba allí. Esto fue justo después de que Zakk empezara a tocar conmigo, durante la gira No Rest for the Wicked. Era esa época en la que no podías ir a ningún sitio sin oír «Sweet Child o' Mine» o «Paradise City» sonando a todo volumen.

No puedo hablar por Zakk, pero yo debía de haber empezado a beber a primera hora... o incluso la noche anterior, no lo sé... y seguí. Y, en algún momento, oí que Slash estaba alojado en el hotel y se me metió en la cabeza que teníamos que ir a buscarlo.

Así que nos fuimos y acabamos irrumpiendo en su habitación mientras estaba en la cama con su chica. Él, medio grogui, dijo que necesitaba dormir un poco más, pero prometió que vendría luego a tomarse algo con nosotros. Yo no lo entendía. Pensaba que todo el mundo era como yo, que bebía o se colocaba, o ambas cosas a la vez, cada hora de cada día.

Slash, de hecho, vino después a buscarnos. Pero para entonces yo ya me había desmayado y el personal de seguridad me había sacado de allí o al menos eso me contaron. Cuando le pregunté a Slash a qué hora me habían echado —pensando que debía de ser ya de madrugada—, me dijo que eran las tres de la tarde. Me lo pasé tan bien preparándome para la fiesta que me perdí la puta fiesta. Pero así eran las cosas entonces. Me iba a un bar y volvía dos o tres días después. Sharon se ponía de los nervios.

Después de eso, nos seguimos cruzando, y, poco a poco, Slash se convirtió en un gran amigo, de las personas más amables que he conocido. Lo raro es que, hasta hace muy poco, nunca había conocido a Axl Rose, aunque siempre lo admiré a distancia. Quiero decir, cuando Axl canta, es imposible confundirlo con nadie más.

Con Metallica también pasé mucho tiempo en el Marquis. Los conocí durante la gira The Ultimate Sin, cuando Sharon los contrató como teloneros. Creo que fue justo después de que saliera *Master of Puppets*. Ya entonces estaba claro que eran algo muy especial. La legión de seguidores que arrastraban cada noche era increíble. Reventaban el aforo de cualquier sitio donde tocábamos. Y, a la vez, eran tíos supermajos y humildes, además de grandes fans de Sabbath, lo que para mí significaba mucho. El único problema era que era dificilísimo estar a su altura. Bueno, eso y que James Hetfield se caía de su monopatín y se rompía algo una noche sí y otra también. Y ni así dejaba de tocar: se subía al escenario escayolado y todo y tiraba *pa'lante*.

A Marilyn Manson, en cambio, nunca lo vi en el Marquis, seguramente porque él era más joven, y yo ya había vuelto a Inglaterra cuando empezó a despegar. Aun así, lo habré visto en cientos de eventos a lo largo de los años.

La primera vez fue cuando se unió a la gira de Ozzfest, a finales de los años noventa. Aquello fue un puto circo cinco estrellas: amenazas de bomba, gente rezando fuera de los recintos para salvar las almas de todos los que estábamos dentro... Incluso tuvimos que llevar a los tribunales a la Autoridad de Deportes y Exposiciones de Nueva Jersey para que nos dejaran dar uno de los conciertos. En aquella época, la gente le tenía pánico a Marilyn. Creían que iba a convertir a sus hijos en asesinos en serie, cuando lo que, en realidad, hacía era darles una vía de escape, una forma de soltar

presión. Eso es sano. Para eso sirve el rock 'n' roll. Pero nadie quería escuchar eso: preferían tener a alguien a quien culpar de todo lo que, según ellos, iba mal en el mundo.

En esa época, Marilyn tenía un ego del tamaño de Texas, lo que tampoco ayudaba. Pero se le pasó. Todos hemos pasado por ahí. Cualquiera que se sube a un escenario tiene ego —de lo contrario, no podrías hacerlo—, pero en este oficio aprendes rápido que tu mierda huele igual que la de los demás, aunque millones de fans te digan lo contrario.

No sé quién o qué metió a Manson en la lista negra en los últimos años, porque no leo esa basura sensacionalista. Pero él llevó el *shock rock* mucho más lejos de lo que yo jamás hice. Las cosas empezaron a ponerse feas para Marilyn después de la matanza en Columbine, lo cual fue tremendamente injusto. Luego llegó el 11S, que hizo que el *shock rock* dejara de impresionar tanto, y más tarde estalló el movimiento MeToo. El ambiente del planeta cambió. La gente se le echó encima. Me da pena, porque no es mala persona. Y, además, he descubierto que es un pintor muy talentoso: Jack tiene varios cuadros suyos. Podría ganarse la vida con eso si no fuera músico.

La verdad es que los dos hemos caminado siempre por una línea muy fina, y cuando te haces famoso por hacer locuras, pasarte de la raya es lo más fácil del mundo. O simplemente equivocarte de momento cuando la sociedad cambia. Cada generación tiene a alguien que cumple ese papel. Francamente, el hecho de que Marilyn y yo sigamos aquí para contarlo es un milagro.

Para ser justo con Sharon, debo decir que se lo curró mucho para animar mi fiesta de cumpleaños: contrató a varios artistas de circo, a

un tipo bajito disfrazado de Donald Trump que iba sirviendo bebidas y a un imitador de Britney Spears que se llamaba Derrick.

Hubo un par de momentos en los que pensé si podría birlarle un par de cócteles a aquel Trump en miniatura, pero después del susto con mi sistema inmune y las tres infecciones de estafilococos, ni de coña iba a jugármela a caer de nuevo justo antes de retomar la gira. Así que esa noche estuve jodidamente sobrio, de principio a fin.

La fiesta terminó con un coro cantando «Mama, I'm Coming Home» mientras entraban un carrito con una tarta que me representaba a mí, sentado en un sillón, mientras un chorro de fuegos artificiales me salía del culo. En resumen, para lo poco que me apetecía, no estuvo tan mal. Yo solo pensaba en volver a la carretera y acabar lo que había empezado antes de que todo se fuera otra vez al carajo.

Sharon y el mánager de la gira habían estado moviendo cielo y tierra entre bambalinas. El siguiente bolo de No More Tours II sería en Dublín, a finales de enero, seguido de media docena más por el Reino Unido, incluyendo una gran noche en el O2 de Londres. Luego vendrían nueve fechas por Europa, dos en Australia, dos en Nueva Zelanda y una en el Download Festival de Japón.

Después, remataría la parte norteamericana: veintisiete conciertos en total, incluyendo el Madison Square Garden, y acabaría con los cuatro que habíamos cancelado. Solo de pensar en todo —los vuelos, los hoteles, los *meet & greets*, los nervios antes del escenario, el agotamiento— me daban ganas de meterme en la cama un año entero. Pero, al mismo tiempo, era para lo que había venido a este mundo, ¿sabes? Así que, por mucho que me quejara y pensara que no podría con ello, en realidad, no lo habría cambiado por nada.

Por culpa de todos mis problemas de salud, solo pudimos salvar un bolo antes de acabar 2018: la Ozzfest en Nochevieja. Como la Ozzfest era independiente de No More Tours II, lo vi como una especie de ensayo general, una forma de asegurarme de que aún podíamos patear culos antes de volver a la carretera de verdad. Además, después de tanta culpa por dejar tirada a la gente con los conciertos cancelados, era increíblemente emocionante volver a tocar en directo.

Mucha gente no quiere trabajar en Navidad ni en Año Nuevo. Para mí es al revés. Cuando eres alcohólico, las fiestas, como las llaman en Estados Unidos, son con diferencia las semanas más duras del año. Quiero decir que, si eres alcohólico y sigues bebiendo, son cojonudas, porque es la excusa perfecta para ponerte hasta las trancas sin que nadie pregunte. En mis tiempos, ni siquiera esperaba a diciembre para encargar los barriles de cerveza. Hoy, en cambio, me paso un mes entero resistiendo mientras todos los demás se ponen hasta arriba de ponche caliente y se dan besitos bajo el muérdago mientras suena en bucle «Jingle Bells» para rematar la tortura.

Aunque pareciera increíble, esa Ozzfest hacía ya el número veintidós, y todo porque en los años noventa Lollapalooza se negó a ponerme a mí o a cualquier otra banda de heavy metal en su cartel, lo que cabreó tanto a Sharon que decidió montar su propio festival. Desde entonces hemos hecho la «Ozzfest» en todas partes, de Japón a Texas. Esta vez el sitio estaba más cerca de casa, por suerte: el Forum, al lado del aeropuerto de Los Ángeles.

A primera hora de la tarde empezaron a dejar entrar a la gente. Lo habitual es que pasen la tarde fuera, en los escenarios pequeños, pillando hamburguesas, cervezas o lo que sea en los *food trucks*, y

luego entren para ver a los grupos grandes. Sharon dijo que había casi quince mil personas, otro lleno absoluto.

Lo que siempre me sorprende en una «Ozzfest» es lo amplio que es el espectro del heavy metal. Me refiero a que oyes cosas en esos escenarios de fuera que suenan a gente siendo torturada. Hasta para mí es demasiado. Me dan ganas de disculparme con los chavales del público. Pero, oye, cada uno con lo suyo: si te mola un ruido que suena como si te arrancaran los ojos con un taladro neumático, adelante, disfruta.

Con la moda pasa igual, sobre todo con los tatuajes, y ya no lo entiendo. En los años ochenta, lo más de lo más era tatuarte todo el brazo, para que pareciera una manga. Eso te daba un aire peligroso, un poco loco. Y, si estabas aún más chiflado, como yo, te tatuabas también el pecho, las piernas o los nudillos.

Hoy, eso ya ni llama la atención. La gente se tatúa toda la cara, y luego se opera para quitarse los labios y las orejas y parecer extraterrestres. Cada vez que veo a uno, pienso: pero ¿en qué coño estabas pensando? ¿Cómo vas a conseguir trabajo un día que no sea Halloween? ¿Y qué va a pensar tu hijo cuando le leas *Harry Potter y el cáliz de fuego* con la cara tatuada de calavera y sin nariz?

Me pregunto qué pasará cuando la ingeniería genética esté al alcance de todos. La gente irá por ahí con dos cabezas y tres pollas. Ser un bicho raro será tan común que destacarán los que parezcan normales. En lo personal, estoy impaciente por verlo.

Decir que estaba nervioso antes del concierto de Nochevieja sería quedarse muy, pero que muy corto. Y no ayudaba nada que me estuviera poniendo sentimental otra vez.

Y entonces, por fin, justo antes de medianoche, llegó mi turno de salir al escenario.

A ver, después de cincuenta años de giras y, probablemente, mil conciertos o más, he tenido tiempo de sobra para reflexionar sobre qué marca la diferencia entre un buen concierto y uno malo.

La primera regla que he aprendido es que jamás debes salir al escenario colocado. Incluso cuando era un alcohólico de campeonato, en eso era bastante estricto. El día de un concierto era el único día en el que tenía que permanecer absolutamente sobrio. El resto del tiempo era mío, y cuando estaba de gira, siempre me aseguraba de incluir un día de recuperación después de cada bolo. Las pocas veces que salí a tocar borracho o drogado me sentí fatal conmigo mismo. Era la única cosa capaz de darme tal sacudida que me hacía meterme en el dique en seco durante una temporada.

Una de las cosas más tristes que vi en mi vida fue a Amy Winehouse en el escenario, borracha perdida. Fue desgarrador. Tenía tanto talento, era tan guapa... y ahí estaba, balbuceando y tambaleándose. Kelly era amiga suya y me dijo que estaba enganchada a la heroína. A esos tíos que se la daban habría que arrearles una buena patada en la cabeza. Qué tragedia tan penosa.

La única otra vez que vi a alguien tirar por la borda de esa manera un concierto fue cuando los de Van Halen tocaron en el US Festival. Era un evento de tres días en San Bernardino, en pleno desierto, cerca de Los Ángeles, organizado por el tipo de Apple, Steve Wozniak, y el promotor Bill Graham, que murió unos años después en un accidente de helicóptero. Debió de ser en 1983. Lo que me contaron es que el mánager de Van Halen había negociado una cláusula en su contrato para que nadie cobrara más que ellos. Así que, cuando a David Bowie le pagaron medio millón de dólares por encabezar el cartel, ellos cobraron lo mismo.

Era como si a unos críos les hubieran dejado saquear una tienda de golosinas. Aquello fue una celebración interminable: caravanas,

bailarinas, camellos, lo que quieras, todo un festival detrás del escenario. Y duró varios días. Para cuando les tocó salir, estaban completamente destrozados. Dave Lee Roth estaba fuera de sí. Y eso, para mí, es una tomadura de pelo. No tengo nada contra Van Halen —eran una banda increíble y a los de Black Sabbath nos dejaron en ridículo cuando salimos de gira por Europa juntos, justo antes de que me pusieran de patitas en la calle—, pero cuando apareces y apenas puedes mantenerte en pie, estás defraudando a los fans.

Aunque, claro siempre hay gente que puede salirse con la suya.

Nunca olvidaré haber visto a Steve Marriott en acción en el Akron Rubber Bowl. No me preguntes el año, porque hablamos de hace mucho tiempo. Entonces estaba en Humble Pie, no en los Small Faces. Y se estaba metiendo cocaína con sus compañeros de banda como si no hubiera un mañana. Yo lo miraba y pensaba: «Vale, no hay manera de que este tío cante una sola nota después de meterse todo eso por la nariz». En mi caso, con una sola raya ya me quedaba la voz hecha polvo para todo el día; no habría podido ni terminar la primera estrofa, y mucho menos el número entero.

Y ahí estaba yo, mirándolo desde un lateral del escenario, y veo que el tío sale, coge la guitarra, ajusta el micro y empieza a cantar como si solo se hubiera tomado una taza de té con limón. El tío estaba afinado como un diapasón y ¡durante todo el concierto! No me lo podía creer. Luego, antes del bis, se baja del escenario, se acerca a una mesita que un *roadie* había preparado con un Quaalude y otra montaña de coca, se mete la raya, se traga la pastilla y vuelve a salir, no para una, sino ¡para tres canciones más!

Podrían haberme tumbado de un plumazo de lo impresionado que me quedé. Hasta hoy, no he visto nada igual. Ese tío debía de tener algún tipo de superpoder cocainómano.

En el otro extremo, hay bandas que tratan un bolo como si fuera un experimento científico. Conozco grupos norteamericanos que, al terminar, se meten en la parte trasera del autobús de gira y ponen la grabación del concierto que acaban de dar. Y la escuchan entera, analizando cada nota. Yo eso no lo haría ni de coña. Cuando el show se acaba, se acaba. ¿Qué sentido tiene quedarse discutiendo sobre quién la cagó y cuándo? Para mí todo se reduce a una pregunta: ¿te lo pasaste bien? Porque lo más probable es que, si tú te lo pasaste bien ahí arriba, el público también. Claro que, a veces, me parece que lo he hecho de puta madre y luego me dicen que ha sido un desastre. En cambio otras, pienso que ha sido un desastre y todo el mundo me asegura que fue genial. No siempre es así, pero por lo general sí.

El mejor concierto que he dado en mi vida —en mi opinión, al menos— fue en el festival Monsters of Rock, de Castle Donington, en 1984. Ni siquiera era cabeza de cartel; estaba tercero, detrás de Van Halen y AC/DC.

La noche anterior, en el hotel, me había puesto como una cuba. Eran mis días en plan bola de demolición humana en estado puro. Y entonces va y se me acerca un alemán —quizá fuera Wolf Hoffmann, de Accept, o alguien más de su grupo— y me suelta:

—Ozzy, ¿por qué te vuelves tan loco antes del show? ¡Tienes una responsabilidad! ¿No quieres prepararte?

Y yo le solté:

—¿Y qué coño crees que estoy haciendo?

El tío negó con la cabeza y se marchó.

Pero es que una cosa es salir a tocar con resaca después de una gran noche, y otra subirte al escenario borracho. Y no tienen nada que ver. Al día siguiente, me levanté por la tarde, me metieron una inyección de Decadron, salí a escena y... lo peté. Es la ley de

Murphy: si te preparas demasiado, la cagas. Si improvisas, incluso con una resaca monumental, resulta increíble.

Hablando de conciertos con resaca, otro enorme fue el Rock in Rio, un año después. Yo acababa de salir de la clínica Betty Ford, en Palm Springs, y pensaba que el vuelo a Río duraría un par de horas. Pero pasadas tres, me di cuenta de que serían nueve o diez. Y para mí, en aquel momento, aguantarlo sin beber era imposible. Cuando estábamos aterrizando, me había desmayado en el pasillo, y Sharon estaba tan cabreada que me estaba pinchando con un tenedor.

Puedes ver el concierto, porque alguien lo colgó en YouTube. Para mí, estuvo casi a la altura del de Donington. Lo único que lo estropeó fue el olor: casi no había baños y la gente llevaba una semana meando y cagando donde estaba, con más de treinta grados de calor. En un momento dado, alguien me lanzó un pollo crudo —era costumbre en aquellos días, no me preguntes por qué— y, cuando me agaché a recogerlo, casi me desmayo del pestazo. Normalmente, habría jugado un rato con él o incluso lo habría mordido, pero incluso mi cerebro empapado en alcohol pensó: «Ni de coña, mala idea». Un murciélago vivo era una cosa; un pollo crudo cubierto de mierda, otra muy distinta.

Los de Queen tocaron después de nosotros, y debían de ir con una buena resaca también. No es que me fuera de juerga con Freddie Mercury, pero él estaba en la *suite* justo encima de la nuestra, y cada vez que íbamos a nuestra habitación, de día o de noche, el ascensor estaba lleno de chavales que subían a su ático. El jaleo nocturno era increíble. La noche en que llegamos, yo estaba en un apagón total por todas las botellitas que me había bebido en el avión, ¡y a pesar de todo me desperté por el trajín! Me preguntaba: «¿Qué cojones está haciendo ahí arriba? ¿Golpeando a la gente con palos?». Todo el puto edificio temblaba.

Aun así, debo decir que Freddie y los suyos lo dieron todo, esa noche. Y unos meses después arrasaron en el Live Aid. Es una sensación sin igual. Cuando pasa eso, es como si los dioses del rock estuvieran de tu lado. No se habían preparado en exceso, no estaban colocados: salieron y disfrutaron como nunca.

Por alguna razón, el pánico escénico que me entró antes de la Ozzfest de Nochevieja fue de los peores de mi vida. Pero al final todo volvió como por instinto. En la pantalla gigante sobre el escenario, mi vida pasó ante mis ojos.

Empezaron a sonar los primeros compases de *Carmina Burana*.

¡DUH, DUH, DUH-DUH!

¡DUH, DUH, DUH-DUH!

¡DUH-DUH-DUDH DUUUUUUH DUUUUUH,

DUH!

Y me lancé, corriendo de un lado a otro por el escenario mientras cantaba «Bark at the Moon», como si lo de la infección de estafilococos nunca hubiera pasado. Mejor aún, mi viejo cañón de espuma había sido reemplazado por otro de nieve. Nieve de verdad, no esa otra cosa blanca que inspiró a Geezer para escribir una letra sobre escalar montañas en la Luna.

Me lo pasé como un crío disparando aquello contra el público. Y, claro, me empapé entero cuando la nieve me cayó encima y se derritió bajo los focos, calándome la camiseta de agua helada.

Ni me enteré. Me lo estaba pasando de miedo.

Hubo un momento, eso sí, durante el solo de batería de Tommy, en el que pensé: «Joder, ¿qué clase de pacto habré hecho con el diablo para seguir aquí arriba?». Era, en muchos sentidos, el último hombre en pie. Bowie ya no estaba. George Michael ya no estaba. Prince ya no estaba. Tom Petty ya no estaba. Michael Jackson ya no

estaba. Todos esos monstruos, esos gigantes de los años setenta y ochenta, se habían ido, y yo seguía de gira. No tenía sentido. Yo, que había pasado por la cárcel. Que había visto cómo un avión se estrellaba contra mi autobús de gira mientras yo iba dentro. Que había perdido a mi guitarrista de forma trágica. Que había sido acusado de intento de asesinato. Que me había roto el cuello y pasado ocho días en coma inducido —técnicamente muerto— tras caerme de un quad. Yo, que había sido drogadicto irrecuperable y alcohólico profesional durante más de medio siglo.

El mayor shock para mí fue la muerte de David Bowie. Creía que me sobreviviría décadas: parecía joven y saludable. La noticia me dejó hecho polvo. No dejaba de pensar en aquella vez que me saludó desde la otra acera, en West Hollywood: «¡¡OZZZZYY!!» —y yo, de tan atontado que estaba por la impresión, apenas pude devolverle el saludo—. Me disponía a entrar en Hugo's, un sitio de desayunos en Santa Mónica Boulevard. Bowie entró detrás de mí y se sentó unas mesas más allá. Para entonces era raro: no habíamos hablado ni nada, y él simplemente se puso a leer el periódico.

Durante años pensé que había perdido mi única oportunidad de darle la mano y decirle cuánto significaba para mí. Pero al final volvimos a coincidir en una reunión de AA, muchos años después. Incluso llegó a llamar a mi casa de Los Ángeles un par de veces para hablar de cosas relacionadas con la recuperación. No tengo ni idea de qué fue lo último que le dije. Cuando eres joven, nunca se te ocurre que quizá no vuelvas a ver o hablar con alguien.

Simplemente sigues adelante, como si todos fuéramos a vivir para siempre.

A mitad del concierto, paramos para ver el reloj en la pantalla iniciar la cuenta atrás hasta medianoche.

DIEZ... NUEVE...

Mientras gritaba los números con el público, pensaba que estaba contando hacia un nuevo comienzo.

...OCHO... SIETE...

Hacia el resto de mi gira de despedida.

...SEIS... CINCO...

Hacia esa residencia tranquila en Las Vegas de la que Sharon no paraba de hablar.

...CUATRO... TRES...

Pero los dioses del rock tenían otros planes.

...DOS... UNO.

De lo que realmente iba esa cuenta atrás...

¡¡¡Feliz año nuevo!!!

Era del final de todo.

5

LUCES FUERA

La gripe.

Por supuesto que tenía que pillar la jodida gripe.

Y una bronquitis, para rematar. Con un toque de neumonía, por si acaso.

Al médico de Urgencias no parecía hacerle mucha gracia verme otra vez.

—Señor Osbourne, tiene que recordar que ya está en la setentena —me dijo— . ¿Se ha asegurado de abrigarse bien ahora que hace frío?

—Claro que sí, doc —gruñí con voz ronca— . No me puedo permitir estar enfermo. Vuelvo a salir de gira en un par de semanas.

—¿Así que me está diciendo que no ha tenido ninguna exposición prolongada a temperaturas frías? —preguntó con esa mirada escéptica.

—No que yo recuerde.

El médico suspiró y se rascó la cabeza.

—Bueno, pues es un misterio cómo ha podido pillar una gripe tan fuerte.

—Ah, espere.

El médico me lanzó una mirada como si quisiera atravesar la pared de un puñetazo.

—¿Sí?

—Es que me empapé con el cañón de nieve.

Misterio resuelto, al parecer. Resulta que corretear por un escenario en Nochevieja, empapado en agua helada y en camiseta, no es buena idea, tengas setenta o diecisiete años. Pero el médico me dijo que, si descansaba y bebía muchos líquidos, en una semana o diez días estaría listo, justo a tiempo para la gira. Así que me volví a casa, me preparé unos cuantos litros de brebaje caliente con limón, eché un buen montón de leños en la chimenea y me senté a ver todos los documentales de Vietnam y de asesinos en serie de Netflix hasta que el virus se largara a tomar por saco.

Estaba que echaba humo, tío. Siempre pasaba algo. Y 2019 había empezado tan bien... Después de la Ozzfest —que había sido un concierto de los que hacen historia— Sharon y yo pasamos unos días viendo a viejos amigos y recordando viejos tiempos.

Pero lo más alucinante que hice antes de que la gripe me diera una patada en los cojones, fue ir a DreamWorks, en Glendale, para ponerle voz al rey Thrash en *Trolls World Tour*. Vale, no es que hiciera falta un Daniel Day-Lewis para el par de frases que me dieron. Pero que un estudio de Hollywood quisiera meterme en una superproducción, dedicada al público familiar, era algo que me costaba asimilar. Todavía me parece que fue ayer cuando esa misma gente pensaba que yo era Satanás, el enemigo de la civilización occidental... o ambas cosas.

Pero que me echen lo que sea, que yo puedo. Eso digo yo.

Si Disney necesita alguna vez una nueva Blancanieves, ya saben dónde encontrarme.

Por mucho que descansara y bebiera líquidos, la gripe no se iba. Mientras tanto, estaba tomando antibióticos para intentar acabar con

mi bronquitis y mi neumonía. Incluso terminé pasando una noche en el hospital para que me revisaran de arriba abajo.

Me estaba empezando a agobiar.

Cada día que pasaba tiritando en el sofá, era un día menos para que se reanudara la gira No More Tours II, esta vez en Dublín. No tocaba en Irlanda desde la gira The End, con Black Sabbath, en 2017, y estaba deseando volver. Si cerraba los ojos, casi podía saborear la Guinness irlandesa. También me ilusionaba reencontrarme con mis viejos amigos de Judas Priest, que abrirían mis conciertos. Entre «Diary of a Madman» y «You've Got Another Thing Comin'», aquello iba a parecer como si estuviéramos otra vez en 1982. Iba a ser la leche.

Pero, a medida que pasaban los días y el virus no captaba mis insinuaciones de largarse, la realidad se hizo imposible de ignorar: no solo íbamos a tener que cancelar el concierto de Dublín, sino también todos los del Reino Unido que venían a continuación.

Normalmente, habría intentado poner buena cara para los fans. Pero entre el agotamiento, la niebla mental de la gripe, el coste de las cancelaciones, la decepción y el sentimiento de culpa por volver a fallarles —otra vez—, no me veía capaz. «Parece que desde octubre todo lo que toco se convierte en mierda», escribí en el comunicado que publicamos en redes sociales.

Me sentía tan hecho polvo, tío. Cuando era joven y estaba saturado de tanta gira y tanta hostia que buscaba la forma de librarme de los conciertos, me rapaba la cabeza, desaparecía diez días de juerga o me internaba en un psiquiátrico. Pero, aunque suene cursi, ahora, a mis setenta tacos, me daba cuenta de que cada concierto era un regalo.

Lo peor era la sensación que tenía de que el universo intentaba decirme algo.

Tal vez ya no estaba para esos trotes.

Tal vez no volvería a vivir nada como lo del show de Nochevieja.

Tal vez mis días de gira habían terminado y yo aún no lo sabía.

Sharon hacía todo lo posible por tranquilizarme. Cualquiera puede pillar una gripe, decía. Cualquiera puede pillar una infección. Yo simplemente había tenido mala suerte... dos veces seguidas. Además, ya se habían vendido cientos de miles de entradas. Tenía que terminar lo que había empezado. Luego ya decidiría qué hacer después.

Tras unos días más de frenéticas llamadas, trazamos un plan: retomaríamos la gira en marzo, dándome tiempo de sobra para recuperarme. En lugar de intentar reprogramar los conciertos perdidos, saltaríamos directamente a las fechas de Australia, Nueva Zelanda y Japón, seguidas de las veintisiete que quedaban en Norteamérica —la mayoría en verano, con menos posibilidades de que me enfermara— . Mientras tanto, Sharon buscaría la forma de volver a poner Dublín y el Reino Unido en el calendario.

Debería haber sido un alivio.

Pero algo seguía sin cuadrar.

Me dije que era solo esa sensación pesada y horrible que tienes cuando estás congestionado hasta las cejas.

Decir que no tenía grandes esperanzas para febrero sería quedarse corto. A esas alturas, ya había aprendido a esperar lo peor. Y menos mal, porque eso fue exactamente lo que febrero estaba a punto de ponerme en el plato.

A ver... ¿Por dónde empiezo?

Vale.

Esto es lo que recuerdo.

Era sábado por la noche, creo. El primer fin de semana del mes.

No tengo ni idea de qué estuve haciendo ese día, pero no sería gran cosa, porque seguía sintiéndome como el culo. Probablemente, tomé un poco de sopa para comer, si es que comí algo. Me tomé mi medicina para la gripe. Puse un documental de guerra. Tomé más medicina. Terminé el documental. Terminé la medicina. Y sobre medianoche, supongo, apagué la tele, reuní a mi pequeño séquito de amigos de cuatro patas, me metí en mi ascensor privado —no es broma, mi casa tiene un ascensor privado— y me fui a la cama.

Sharon ya estaba metida bajo las sábanas, dando vueltas e intentando dormir, con la cara iluminada de vez en cuando por el móvil al mirar mensajes.

Cuando tienes setenta tacos, es ley de vida que sea imposible acostarse y dormir de un tirón. Cada dos por tres, el cerebro te manda un aviso urgente de la vejiga diciendo que, si no te levantas a mear ya, vas a explotar. Pero como es un coñazo levantarse, lo dejas más de la cuenta, hasta que de pronto tienes que hacer un esprint en plan Usain Bolt hacia el váter.

Eso fue exactamente lo que pasó esa noche. Tenía que mear, pero la habitación estaba a oscuras y mi cabeza flotaba en un océano de mocos. Así que esperé... y esperé... hasta que por fin —¡por el amor de Dios!— me arrastré fuera de la cama y me fui tambaleando a soltar la manguera.

¡Aaaaaaahhhh!

Mucho mejor.

Y volví, chocando con las paredes, tanteando en la oscuridad.

Podría haber encendido la luz, supongo, pero no quería despertar a Sharon, que ya dormía profundamente. Y, a menos que fuera a buscar mis gafas de leer —una operación complicada, porque nunca recuerdo dónde demonios las he dejado— no había forma de encontrar la linterna del móvil.

Pero bueno.

Fui avanzando, murmurando y soltando tacos.

Y entonces, cuando estaba a unos pasos de la cama, hice lo que siempre hacía:

¡Allá voooy!

¡PATAPLAF!

—¿Ozzy...? ¿Ozzy?? ¡¿Ozzy!!? ¿Qué coño te ha pasado?

A lo máximo que llegué fue a emitir un gorgoteo.

Lo primero que sentí fue un dolor agudísimo en los ojos.

Era Sharon, encendiendo todas las luces.

Todavía medio dormida, miraba alrededor, sin verme por ninguna parte.

—¡Ozzy! ¡Ozzy, dónde estás! ¿Qué demonios...?

Entonces me vio.

—¡Oh, Dios mío!

Yo estaba tirado en el suelo. Y a años luz de distancia de mi cama. A día de hoy no entiendo cómo coño pude fallar. Mi cama es más que grande. Es como tener un tanque Sherman aparcado en medio de la habitación.

Había tantas cosas que quería decir.

Que no sentía nada.

Que no podía ponerme en pie.

Que no recordaba qué había ocurrido hacía apenas unos segundos.

Que el dolor era peor que cualquier cosa que hubiera sentido antes.

Por fin, cuando terminé de gorgotear, solo pude articular tres palabras:

—¡Mi puto cuello!

En cuanto toqué el suelo, mi mente volvió a los años noventa, justo después de la gira original de No More Tours.

A la venerable edad de cuarenta y cinco años, me había comprado un regalo de «jubilación»: un quad Yamaha Banshee 350. Tenía guardabarros rojos y llantas doradas.

Me encantaba ese cacharro, tío. Era como una bala con ruedas. Podía pasarme días recorriendo a toda velocidad las 120 hectáreas que había detrás de Welders House, la antigua residencia de oficiales de la Segunda Guerra Mundial que acabábamos de comprar en Buckinghamshire. Fueron muchos muchos años disfrutando de ese quad, hasta el punto de que casi había olvidado lo potente que era.

Entonces, el 8 de diciembre de 2003, lo saqué mientras grabábamos *The Osbournes*. El equipo estaba quejándose por algo, así que me adelanté y me lancé cuesta abajo, derrapando por un talud embarrado. Al llegar abajo, las ruedas delanteras se metieron en un bache enorme. Luego supe que era uno de los cráteres que dejaron los pilotos de la Luftwaffe que no querían arriesgarse a ser derribados sobre Londres. Los muy cabrones vaciaban las bodegas de bombas sobre los campos, daban media vuelta y se piraban a casa.

De todos modos, el cráter no era el problema. La Banshee estaba hecha para eso. El problema era que el acelerador tenía un diseño realmente estúpido. No era de los de girar el puño, sino una palanca que podías empujar sin querer si resbalabas. Exactamente lo que me pasó.

El motor hizo WAAAAAAAAAAHHH, la moto salió disparada de debajo de mi culo y dio una voltereta en el aire, mientras yo salía despedido hacia atrás y caía de espaldas en el barro.

Aparte de sentirme un poco idiota, estaba bien.

Hasta que la moto aterrizó encima de mí.

Y dejé de estar bien.

Resumiendo, cuando desperté de un coma de ocho días, tenía más tornillos y placas en el cuerpo que el puto quad de los cojones. Los médicos del Hospital Wexham Park, en Berkshire —a donde me habían trasladado en helicóptero—, habían hecho un trabajo increíble: me repararon un pulmón perforado, me salvaron un brazo de la amputación después de que se me seccionara la arteria principal y me reconstruyeron la clavícula con varillas, placas y tornillos.

Después tuve que viajar a Estados Unidos.

Meses más tarde, uno de mis médicos en Beverly Hills echó un vistazo al trabajo y silbó entre dientes.

—¿Cuánto le costó todo eso, señor Osbourne?

—Ni un puto penique.

—Muy gracioso. Ahora en serio, ¿cuánto?

—Bueno, pagamos 50 peniques por el aparcamiento —le dije— . Lo cual ya me pareció un abuso.

No se lo podía creer cuando le expliqué que, con nuestro sistema sanitario, incluso las operaciones más complicadas, con la tecnología más puntera, las pagaba el Gobierno de Su Majestad (como se decía entonces).

—Ustedes, los británicos, son unos suertudos —me dijo— . Aquí le estarían mandando facturas hasta el día en que se muriera.

Sharon dice que yo todavía tenía las manos pegadas al cuerpo cuando me vio hecho un ovillo en el suelo. Desde que me lancé de cabeza, creyendo que caía sobre la cama hasta que di contra el suelo, no cambié de postura. Estaba seguro de que me esperaba un colchón blandito.

¿Qué demonios estaba pensando? ¿Por qué las manos a los lados? ¿Me había creído que era Batman o algo así? Sharon cree que me resbalé con la alfombra al saltar, que me golpeé la cabeza con el marco de la cama o la mesilla, y que así terminé en medio del suelo. No tengo ni idea.

No tiene sentido. Y sigue sin tenerlo a día de hoy.

En cuanto Sharon me tocó, recuperé la voz.

—¡No me muevas! —grité— . ¡Llama a una ambulancia! ¡Es el cuello! ¡Me he roto el puto cuello!

Sharon no quería creerlo, pero conocía mi historial médico mejor que nadie. Yo estaba sujeto con tornillos... O al menos lo estaba, hasta la caída.

Más que un médico, necesitaba un mecánico.

En pocos minutos, la brigada de bomberos estaba en casa. Tíos grandes, todos. Serían una docena. Me pusieron uno de esos collarines enormes que parecen como si Drácula te hubiera arrancado medio cuello, y después, contando hasta tres, me levantaron y me bajaron por la escalera hasta la ambulancia, con las luces encendidas.

La brigada de Los Ángeles no se anda con tonterías. Tampoco con rollos de famosetes. Si sabían quién era —o les importaba—, no lo demostraron, aunque tampoco estaba yo como para firmar copias de *Paranoid*.

Salimos a toda pastilla, sirena sonando, saltándonos todos los semáforos de Beverly Boulevard, de vuelta al Cedars-Sinai, el mismo hospital donde me habían operado de la infección de estafilococo en la mano.

Lo que no se me había ocurrido era lo lleno que estaría un sábado por la noche. Tiene lógica: es el hospital más grande de Los Ángeles, y Los Ángeles es una de las ciudades más grandes del

mundo. Y el sábado por la noche es cuando la mierda golpea el ventilador: accidentes de tráfico, tiroteos, peleas de bar, accidentes domésticos... Si tienes pulso, también tienes muchos números para acabar en Urgencias. Aquello era mitad carnicería, mitad zoológico.

En mi imaginación, veía a médicos con batas blancas saliendo a recibirme nada más llegar, tomándome las constantes, haciendo preguntas, poniéndome morfina.

No es para decepcionaros, chicos, pero ni hablar, la vida real no funciona así.

Si no estás sangrando por los ojos y a segundos de palmarla, no eres una prioridad. Me dejaron en una camilla en un pasillo. A Sharon le dijeron que fuera a Admisión, cogiera un número y se preparara para esperar. Mientras tanto, entraba gente con heridas de bala o miembros amputados, lo que hacía que mi cuello roto pareciera una insignificancia.

No me quejo. En mis tiempos hice algunos trabajos duros —en una cadena de montaje de una fábrica de bocinas o en un matadero, matando vacas con una pistola neumática—, pero si no eres médico o enfermero, no tienes ni idea de lo que es currar doce horas en un servicio de Urgencias, con decisiones de vida o muerte a cada minuto. Tengo el mayor respeto por los profesionales que son capaces de aguantar esa presión.

Por la cara de Sharon, vi que ni siquiera ella podía conseguir favores allí. Aunque lo intentó.

—¿SABE QUIÉN ES MI MARIDO? —oí que gritaba.

—No, señora —contestó una voz cansada.

—¡Es el condenado Ozzy Osbourne!

—Podría ser Papá Noel, señora. Tiene que esperar su turno igual que los demás.

—¡Se ha roto el puto cuello!

—Señora, esto es un centro de trauma de nivel uno. Aquí todos tienen algo roto.

Lo curioso fue que me invadió una extraña calma mientras esperaba en el pasillo. Me fascinan los hospitales, esas puertas que dan al otro barrio y frente a las cuales pasamos de largo cada día, sin pensar. De joven solía visitarlos mucho durante las giras, sobre todo para ver a soldados heridos.

Nunca olvidaré la visita que en su día hice al Walter Reed National Military Medical Center, en Maryland, donde le practicaron la autopsia a John F. Kennedy. Estaba lleno de chavales jovencísimos, con ojos brillantes, a los que les faltaban partes del cuerpo, rebotando por los pasillos. Una locura. Si quieres ver lo que la guerra hace de verdad, no mires películas de Hollywood: visita ese lugar.

Recuerdo que abrí la puerta de una habitación completamente a oscuras y dentro alcancé a ver la silueta de un tipo en la cama. Alguien me dijo:

—Señor, mejor no entre ahí.

Por supuesto, eso solo me dio más ganas de entrar. Y me arrepentí en cuanto vi bien al hombre: le faltaba medio cráneo, como si lo hubieran vaciado y cosido de nuevo. Estaba en muerte cerebral. Lo peor era que no debía de tener más de dieciocho o diecinueve años. Cuando eres padre, eso te golpea fuerte. Fue tristísimo. Hay heridas que son un final peor que la muerte.

En Inglaterra, en cambio, cuando visitaba soldados en el hospital, no estaban en edificios especiales: se mezclaban con pacientes normales. Una vez hablé con un soldado destrozado por una bomba que había estallado a su paso por una carretera. Luego pasé a la cama de al lado, y aquel pobre diablo estaba aún peor: brazos rotos, una pierna colgando de un armazón de alambres y poleas, y la cara

destrozada. Me preocupaba que sufriera estrés postraumático, pero le pregunté qué misión cumplía cuando le pasó.

Me miró extrañado.

—¿Misión? —dijo.

—Sí... bueno, si no quiere hablar o es confidencial, no pasa nada. Solo tenía curiosidad.

—Ah... —respondió, aturdido por la medicación— . Pues... me caí de la escalera.

—¿De la escalera? ¿Qué coño hacía en una escalera en zona de guerra?

Entonces un médico me susurró al oído:

—Señor Osbourne, ese paciente no es un soldado. Se cayó de una escalera pintando su cobertizo.

Sharon intentó un par de veces más su: «¿Sabe usted quién es mi marido?», pero al final desistió. Serían las dos o las tres de la mañana y estábamos destrozados. Para el hospital, yo no era más que un tipo de 70 años, con pelo largo y canoso, en pijama, que había tenido una mala caída, pero estaba estable.

En algún momento llegaron Kelly y Aimee. Ninguna entendía cómo una visita al váter en mitad de la noche me había mandado al hospital, y yo no es que fuera de mucha ayuda, porque no tenía ni puta idea.

Al final, a saber a qué hora, me encontraron habitación. Pero el médico no sabía qué hacer conmigo. Mi historial, con todas las operaciones de cuello que me habían hecho, estaba en Wexham Park, así que el pobre hombre no tenía nada con qué trabajar. La verdad es que ni teniendo un plano técnico completo, con el tamaño de los tornillos y su manual de montaje habría podido hacer nada.

Cuando me pasaron por rayos X, solo se veía una hinchazón enorme. Lo que fuera que me hubiera roto, estaba escondido detrás.

Cuando todo terminó, nos dijeron que lo principal era una contusión y que todo estaba bien. Me mandaron a casa con dos paracetamoles y el número de un especialista en cervicales para que lo llamara el lunes por la mañana.

Había entrado a medianoche en camilla y salí al amanecer en silla de ruedas. Eso sí, conseguí ponerme de pie y dar los últimos pasos hasta el coche.

Seguía con el collarín de Drácula. Tenía la cara llena de moratones que empezaban a salir y llevaba una manta del hospital sobre los hombros para no helarme, porque había bajado la temperatura y soplaba viento.

Debía de tener un aspecto lamentable.

Al menos, me dije, así ya puedes dejar de preguntarte cuándo vas a empezar a sentirte un viejo.

La respuesta era: en ese preciso instante.

6

SIN OPCIÓN

Las enfermeras debían de preguntarse qué coño estaba pasando cada vez que pasaban delante de mi habitación. «Electric Avenue», de Eddy Grant, tronaba desde el altavoz del portátil de Jack. Sharon bailaba como una loca, cantando el estribillo a voz en cuello. Jack se partía de risa mientras lo grababa todo con el móvil. Y yo me había incorporado en la cama, con el collarín puesto en la cabeza como si fuera un sombrero, balanceándome hacia adelante y hacia atrás al ritmo de la música, lo cual, créeme, no es tarea fácil con las cervicales echas papilla.

Esto fue seis días después del accidente. El viernes 8 de febrero, o eso me dijeron.

Cuando volví a casa tras pasar por las Urgencias del Cedars, me sentía tan agotado que casi ni me fijé en lo mal que estaba. El brazo derecho se me estaba quedando dormido. Tenía una sensación rara en las piernas. No podía ponerme totalmente erguido, caminaba encorvado, mi paso era menos estable de lo normal y, por si fuera poco, me habían ordenado no quitarme el collarín hasta que me viera un especialista.

Sharon mandó a alguien a comprar un andador para que pudiera moverme por la casa con seguridad, pero yo no quería ni oír hablar del tema. Le dije que caminaría con mis propios pies, aunque eso me costara la puta vida. Sharon no quería ni mirarme. Estaba

aterrada pensando que iba a darme una hostia monumental y acabar paralítico del cuello para abajo, como Christopher Reeve.

Yo no quería creer que fuera tan grave. Supongo que me negaba a afrontar la realidad.

Zakk fue una de las pocas personas ajenas a la familia a quien le contamos lo del accidente. Bueno, en realidad, Zakk es prácticamente de la familia. No paraba de insistirme en que llamara a no sé quién, un tal doctor Arreglatodo o algo así. Y yo pensaba: Zakk es uno de mis amigos más cercanos, la primera persona a la que acudiría con cualquier pregunta sobre guitarras. Pero ¿qué coño sabe de problemas de cervicales? Además, lo del doctor Arreglatodo sonaba a uno de esos tipos sospechosos que ponen anuncios en la parte trasera de los autobuses de Los Ángeles: ¿TE HAS LESIONADO? ¡LLAMA AL DOCTOR ARREGLATODO!

—Mira, te agradezco la recomendación —le dije—, pero voy a llamar al médico que me aconsejó el de Urgencias.

—Solo prométeme una cosa —me dijo Zakk— . Sea lo que sea lo que te digan, pide una segunda opinión.

El problema era que yo estaba tan asustado por todo el asunto que ni siquiera prestaba atención. Para ser sincero, no quería creer que la cirugía fuera necesaria. En mi cabeza, seguía pensando que en unas semanas volvería a salir de gira.

El lunes por la mañana, Sharon llamó al número que nos habían dado en el Cedars. No sé con quién habló, pero le dijeron que tenían que examinarme de inmediato. Al parecer, me iban a ver dos médicos. Uno era un cirujano especializado en lesiones de cervicales; el otro, un experto en párkinson. Llegados a este momento, creo necesario mencionar que no creía tener párkinson en estado avanzado. Lo único que sabía era que padecía algo hereditario llamado «síndrome parkinsoniano», que me provocaba

ciertos temblores musculares y rigidez. Aunque llevaba años tomando pastillas para controlar esos síntomas, supongo que, en el fondo, sabía que era una forma de párkinson, pero como era tan leve, no me gustaba llamarlo así.

En fin, allá fuimos con el coche, hasta un enorme complejo médico. Era como una miniciudad de edificios clínicos, conectados por pasarelas cubiertas, dispuestos alrededor de un patio con césped y caminos para visitantes.

Lloviznaba cuando llegamos —y hacía un frío que, para tratarse de Los Ángeles, era tremendo—, y empecé a sentir esa sensación horrible que te da cuando entras en un lugar desconocido para someterte a un examen médico por algo grave. De pronto no importa quién seas, a quién conozcas ni cuánto dinero tengas en el banco. Te sientes como un número en una pulsera de hospital.

Al subir en el ascensor, me vino a la cabeza cuando era niño y me llevaban a la consulta que el doctor Rosenfield tenía en Aston. Estaba en la esquina de Fentham Road, frente a una tienda de casquería, justo al lado del campo del Aston Villa. Yo odiaba aquel lugar, tío. Era lúgubre y oscuro, y el doctor Rosenfield olía a cuero viejo. Solo ibas allí cuando estabas jodido de verdad. Lo último que querían tus padres era llevarte al médico. Antes probaban de todo, normalmente Vicks VapoRub o algún ungüento casero, de esos que hoy en día estarían prohibidos.

El doctor Rosenfield también hacía visitas a domicilio. Pero cuando iba a verte a casa, era porque estabas prácticamente muerto. La única vez que apareció por el 14 de Lodge Road fue cuando tuve la tos ferina. Yo tendría unos 6 años. No había vacuna entonces, así que cuando un niño empezaba a toser como si se le fueran a salirse los pulmones, la cosa era grave. Me puse enfermo la misma semana en que se incendió la sede central de Halfords, lo que fue un

desastre enorme porque estaba llena de productos químicos. Ardió durante toda una semana. Llamaron a todos los bomberos de Midlands. Mi padre decía que era el peor incendio que había visto desde los Blitz alemanes sobre Birmingham.

La tos era tan mala que me mandaron a un hospital especializado en cuarentenas. Lo único que recuerdo es que estaba junto a un campo de golf. Cuando me asomaba a la ventana, veía pasar bolas blancas por el aire. Debí de estar muy enfermo, porque no recuerdo haber llorado por echar de menos a mis padres. Lo que sí recuerdo es cuando mi padre vino a recogerme. Su olor, la sensación de alivio... Fue algo cojonudo. Luego cogimos juntos el autobús de vuelta a casa, y fue el mejor viaje en autobús de mi vida. Yo era su primer hijo varón, así que teníamos un vínculo especial. Y supongo que él también debía de sentirse aliviado. Al fin y al cabo, venía de una época en la que lo normal era que se te murieran uno o dos hijos. Esa es una de las razones por la que mis padres tuvieron seis. Bueno, eso y que mi madre era católica... aunque nunca iba a misa ni nos hizo prepararnos para la confirmación ni nada de eso.

Mi padre no quería saber nada de médicos. Pasara lo que le pasara, apretaba los dientes y tiraba *p'alante*. O al menos eso fue lo que hizo hasta que el cáncer se le extendió tanto que mi madre tuvo que llamar a una ambulancia. Con los curas tenía la misma actitud. Se cambiaba de acera cuando se cruzaba con uno. En su cabeza, si te encontrabas con un cura o con un médico, ya estabas a un paso de la tumba.

Y al final, para él, así fue.

Los médicos que me atendieron eran un par de tipos curiosos. El especialista en cervicales tenía pinta de vendedor de Range Rover: traje reluciente, mocasines con borlas, pañuelo en el bolsillo y una manicura perfecta. Sharon le colgó el mote de «doctor Sin

Calcetines» porque realmente no llevaba. El especialista en párkinson, en cambio, parecía recién bajado de un crucero para turistas ricos. Imagino que, habiendo pasado mi infancia en Inglaterra, me esperaba un par de tíos con traje de *tweed* y acento pijo. Pero en Los Ángeles, vale todo. El tipo que está a punto de taladrarte el cráneo puede entrar en chanclas y con una camiseta de Jimmy Buffett, y a nadie le sorprenderá.

Aun así, estaba claro que sabían de lo que hablaban.

Les conté lo del accidente con el quad en 2003 y mi condición de medio hombre, medio remache. Les conté cómo me tiré de cabeza a la cama con la luz apagada y fallé el salto. Les conté mi noche entera en las Urgencias del Cedars.

Tras muchos «aaah» y «mmm», ambos me preguntaron si podían echarme un vistazo. Así que me quitaron el collarín y se pusieron a palpar bien la zona del cuello y los hombros, para ver si podían hacerse una idea de a qué clase de desastre se enfrentaban. En algunos puntos, cuando apretaban o hurgaban, veía las estrellas, pero por lo demás no estaba tan mal porque mi adicción ya me susurraba al oído que este sería un momento perfecto para conseguir algunas de esas pastillitas tan chulas.

—Bueno —dijo el doctor Sin Calcetines—, parece que se han soltado algunos de los tornillos metálicos que te pusieron en la clavícula hace quince años. Eso podemos arreglarlo ahora mismo. Es una intervención ambulatoria, muy sencilla. Pero aún hay demasiada inflamación para saber qué pasa con tu cuello. Y con una lesión así, tenemos que ser extremadamente cautos.

Sharon me lanzó una de sus miradas de: «Te lo dije».

—¿Qué significa eso de «cautos»? —pregunté.

—Pues, para empezar, tenemos que ingresarte en cuidados intensivos ahora mismo —dijo— . Con una lesión de esta naturaleza,

el mayor riesgo con diferencia es que empeore. Una vez estés en la UCI, podremos controlar la inflamación hasta que baje lo suficiente para hacerte una resonancia magnética. Después podremos evaluar qué está pasando y qué tipo de cirugía de columna necesitarás.

—¿¡Cirugía de columna!? —solté, atragantándome— . ¿Quién ha dicho nada de cirugía de columna?

—Bueno, como seguro ya sabe, señor Osbourne, el cuello está formado por las siete vértebras superiores de la columna, las llamamos de C1 a C7 —me explicó— . Y es muy probable que se haya dañado más de una.

No quería oírlo. Me refiero a que sabía que la caída había sido grave, pero me había convencido de que no era para tanto. Y desde luego, no tan grave como para acabar necesitando que me abrieran la columna.

—¿No puedo irme a casa y ver cómo me encuentro en unos días? —pregunté.

Hubo un silencio incómodo, mientras el médico ponía cara seria y miraba al suelo. Sharon tampoco me ayudó. Mierda, pensé, de esta no me libro. Me esperan Dios sabe cuántos días en cama, con un tubo metido por el culo, comiendo comida de hospital, hasta que decidan que estoy listo para la resonancia.

¿Y después de eso?

La verdad, ni quería saberlo.

Aparte de aburrirme como una ostra, no recuerdo gran cosa del resto de la semana. La operación de la clavícula me la hicieron el mismo día que ingresé. Luego, uno o dos días después, vinieron los niños a visitarme, lo cual fue una buena distracción. Zakk también se pasó con su encantadora esposa, Barbaranne. Me repitió que me asegurara de pedir una segunda opinión, y yo pensé: ¿segunda

opinión sobre qué? Los médicos no me habían dicho nada aparte de que me quedara en la cama.

Para el viernes ya me sentía mucho mejor. Los moratones de los hombros habían pasado del negro al verde. El brazo derecho estaba algo menos entumecido, aunque apenas podía moverlo. Estaba desesperado por salir de la cama y volver a andar. Pero los médicos decían que primero tenían que hacer la resonancia. La buena noticia era que, por fin, ya estaba listo para ella.

Eso sí, las resonancias son una cosa rara. Te tumbas en una especie de cama de rayos UVA, que luego se desliza dentro de un tubo luminoso con un imán enorme alrededor. Mucha gente lo pasa mal por la claustrofobia, así que te dan un botoncito del pánico, para que lo aprietes si no puedes soportarlo. Pero si lo aprietas, se fastidia todo y tienen que empezar de nuevo. Así que más te vale dejarles terminar. En mi caso, lo que más me preocupaba era todo el metal del hombro. Si alguna pieza era de acero, el imán me la arrancaría del cuerpo. Entraría entero y saldría hecho trocitos. Pero el técnico me aseguró que los implantes son de titanio, que no es magnético, precisamente, para evitar eso. Incluso lo son los que me puso la seguridad social quince años antes.

Aun así, contuve la respiración y todo lo demás, cuando pulsó el gran botón rojo de ENCENDIDO.

Estuve tanto tiempo dentro de aquel condenado tubo que llegué a pensar que se habían ido a comer. Pero al final vino alguien, me sacó y me llevó de nuevo a la habitación, a esperar a que el doctor Sin Calcetines me dijera de qué iba el asunto.

Puesto que me encontraba mucho mejor, lo que estaba esperando oír era algo así como: «En realidad, su cuello está curándose bien, señor Osbourne, solo necesita un poco de fisioterapia y ya podrá volver a la gira. Ah, y aquí tiene un bote de Vicodin».

Pero no. No era ese tipo de día.

Ni de semana.

Ni de año.

—Ojalá tuviera mejores noticias —dijo el médico, con una expresión muy seria.

«Dios, aquí vamos», pensé.

—Esto es lo que más me preocupa —dijo, pasándome una imagen en blanco y negro que, supuestamente, era la parte trasera de mi cabeza. Para mí solo eran manchas. Entonces señaló una zona y me explicó que no tenía líquido cefalorraquídeo entre cinco de las vértebras justo debajo del cráneo. Ese líquido debería fluir libremente entre ellas, me dijo. Pero el impacto de la caída había comprimido la columna o la había jodido de alguna manera —no tengo ni idea del término técnico—, y había bloqueado el flujo. Sin el líquido, mi médula espinal y mi cerebro no tenían protección. Lo cual, según él, era muy mala noticia.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Sharon— . ¿Cómo hacemos para que el líquido vuelva a circular?

—Bueno, esto..., hay unas cuantas opciones —dijo el médico, de una manera que a mis oídos sonó sospechosamente a «ni puta idea». Luego añadió que la única forma de saber exactamente qué hacer era «entrar y echar un vistazo».

—¿Entrar... Cómo? —preguntó Sharon, y yo noté que empezaba a cabrearse.

—Pues hacemos una incisión en la garganta y...

—¿¡En la garganta!? ¡Es un jodido cantante! ¿Y si le corta una cuerda vocal? No volvería a can...

—Señora Osbourne —intervino el médico con voz firme—, ninguna operación de este tipo está exenta de riesgos. Pero sin líquido cefalorraquídeo entre esas cinco vértebras del cuello de su marido,

su querido Ozzie está a un simple traspié de quedar paralizado del cuello para abajo.

Todo pasó muy deprisa.

La peor parte de la charla con el médico fue mirar a Sharon y ver el miedo en su cara. Y Sharon no es fácil de asustar, precisamente. Es una guerrera, mi Sharon. Quiero decir que los dos sabíamos lo peligrosa que podía ser una lesión de cervicales como esa. Pero nadie había dicho nada sobre no volver a caminar jamás, o sobre una cirugía que pudiera afectar a mi voz. Era demasiado para asimilarlo de golpe. En el momento en que don Sin Calcetines dijo aquello, me sentí como en una de esas escenas de las películas, en las que el sonido se corta y solo oyes un pitido agudo.

Cuando logré reaccionar, el médico estaba explicando que había otra manera de llevar a cabo la intervención, pero que implicaba todo tipo de posibles complicaciones. En vez de hacer la incisión en la garganta, dijo, podían entrar por la parte trasera del cuello. En cuanto a las complicaciones... La verdad, no me enteré de ninguna, porque mi cabeza iba a mil por hora. Lo único que recuerdo es a Sharon preguntándole cuándo querría hacer la operación, y él mirando el reloj y diciendo: «Podemos tener el quirófano listo en una hora».

Ni siquiera recuerdo si lo comentamos después de que el médico se marchara. Me refiero a que no creo que quedara nada por decir. No iba a largarme de allí sin líquido cefalorraquídeo corriendo por mis vértebras. Habría sido como conducir un coche con ruedas de madera y con el cerebro en el asiento del copiloto. Si tropezaba o me resbalaba, acabaría alimentándome mediante una pajita y cagando en una bolsa de plástico el resto de mi vida. Comparado con eso, el riesgo de una operación de cervicales no parecía gran

cosa. Y más si podían entrar por detrás del cuello en lugar de cortarme la garganta.

Aunque el médico dijo que no sabía exactamente qué iba a encontrar hasta que me abriera, sí tenía una idea general. Lo principal sería ensanchar la zona alrededor de la médula espinal —al parecer había una herramienta especial para esa tarea—, para permitir que el líquido cefalorraquídeo volviera a fluir. La operación duraría unas dos horas, y tendría que pasar una semana ingresado para recuperarme.

Vamos, que no es física cuántica, me dije. Además, seguro que el tío lo hacía a diario.

En el fondo, supongo que también pensaba que no podría ser peor que lo que me pasó después del accidente con el quad. Quiero decir que, técnicamente, estuve muerto —o en coma inducido, sí— ocho días, con ocho costillas rotas, un pulmón perforado y la clavícula partida de tal forma que había seccionado la arteria principal del brazo, cortando el riego sanguíneo hasta el punto de que casi lo pierdo.

Pero los de la sanidad británica me arreglaron sin problema. Y, encima, cuando desperté del coma, me dieron unas cuantas pastillas estupendas para el dolor y me mandaron a casa. Yo mismo me di el alta antes de tiempo, aunque ellos querían que me quedara.

Vale, estuve dolorido una temporada. Y tuve que ir con cuidado unos meses para no volver a romperme nada. Pero aquello fue algo temporal. Así que, en mi cabeza, podía afrontar sin problema una cirugía de columna, aunque ya estuviera en los 70 años. De hecho, me sentía tan confiado que estuve a punto de llamar al doctor Sin Calcetines para decirle que se diera prisa y me abriera ya.

Mientras las enfermeras preparaban el quirófano, mi hijo Jack se pasó por el hospital para animarnos un poco. Es un tío estupendo, Jack. Hemos vivido muchas cosas divertidas juntos, incluyendo recorrer el mundo durante tres temporadas de nuestro programa de televisión *Ozzy & Jack's World Detour*. Si Kelly es mucho más «hija de su padre», Jack ha salido a su madre. Tuvo problemas con las drogas cuando tenía 17 años, pero desde entonces está limpio, y lo admiro profundamente por eso. Ojalá yo tuviera esa fuerza de voluntad. También es muy bueno para los negocios. Pero, sobre todo, es un tío con el que da gusto estar, y siempre logra hacerme reír. Y eso fue justo lo que empezó a hacer, poniendo música en su portátil y montando una fiesta improvisada de baile.

Las miradas que nos lanzaban a través de la puerta abierta no tenían precio.

Tiene gracia porque la gente se cree que, dado que me llaman el Príncipe de las Tinieblas, solo debo de escuchar música de órgano mientras estoy colgado boca abajo del techo o algo así. Pero a mí me encanta todo tipo de música. De chaval, estaba loco por los Beatles. Cuando descubrí su música, fue como si me hubiera acostado en blanco y negro y despertado en color. Nada volvió a ser igual. Llevaba mi copia de «Please Please Me» a todas partes. Incluso fantaseaba con que alguna de mis hermanas se casara con Paul McCartney. En cuanto a melodías, nadie ha estado jamás a la altura de los Beatles. Y eso incluye las líneas de bajo de McCartney: son tan ingeniosas y juguetonas que parecen una segunda melodía escondida en cada canción.

Más tarde, justo después de grabar el primer disco de Sabbath, me dio por Elton John. Llegaba a casa después de cantar sobre brujas y Satanás y me ponía a llorar con «Your Song». Adoraba aquel álbum entero.

En los años ochenta, el álbum que no podía dejar de escuchar era *So,* de Peter Gabriel. No tiene una sola canción mala. «In Your Eyes», «Red Rain», «Mercy Street» suenan hoy tan frescas como entonces. Durante un año entero, lo puse en todas partes. Al final, se convirtió en un problema, porque coincidió con la época en que me enfrentaba a un montón de demandas por supuestos mensajes subliminales, y llevaba un guardaespaldas pegado a mi culo las veinticuatro horas, un tipo al que resultaba que Peter Gabriel no le gustaba nada. No era su estilo de música, pero no podía escapar de ella. Cuando se me gastó el casete, le tocó acompañarme a comprar el CD. Yo lo ponía todo el día en el autobús, durante la gira. Lo ponía toda la noche, en el hotel donde estuviéramos. Lo ponía a tope en el radiocasete si estaba en la piscina. Y siempre iba por ahí —menos cuando estaba en el escenario— cantando a voz en grito alguna de sus canciones. Hasta que llegó un momento en que el pobre tipo ya no pudo más e hizo pedazos el disco en un ataque de furia. Tuvo que tomarse un descanso con tal de no tener que pasar un día más escuchando «Sledgehammer».

Y mira por dónde, cuando el tío volvió, después de desintoxicarse de Peter Gabriel y sacarse el álbum de la cabeza, ocurrió que yo estaba en un hotel del centro de Manhattan. Aquella mañana, nos encontramos en mi *suite*, entramos juntos en el ascensor y yo le di al botón de la planta baja. Empezamos a bajar y vi que respiraba, aliviado, porque yo no estaba cantando ni poniendo nada de Peter Gabriel. El pobre diablo debía de pensar que había tenido suerte y se había roto la maldición.

Entonces el ascensor se detuvo en el entresuelo, se abrieron las puertas y... ¿quién entró?

Pues el mismísimo Peter Gabriel.

No me lo podía creer.

—Joder, Peter —le solté—, tengo que decirte que adoro tu álbum, es una obra maestra de cabo a rabo. Solo con verte aquí, en persona, me dan ganas de escucharlo mil veces más.

La verdad es que Peter se mostró encantador. Antes de irse, le pregunté cuánto había tardado en grabarlo, y me dijo: «Pues, bastante, al menos tres meses». Y yo pensé: «Joder, si yo intentara hacer un disco así, tardaría treinta años». Luego nos despedimos y se fue. Cuando miré alrededor, el guardaespaldas estaba en una esquina, temblando y sudando. El pobre no pudo aguantar el resto del día.

También me encantaba Phil Collins, claro. Y me sigue encantando. Cada vez que escucho «In the Air Tonight» me recorre un escalofrío. Ese redoble de batería... Joder, es uno de los mejores momentos de cualquier canción de la historia. También conocí a Phil, pero no en un ascensor. Él era el batería de la banda que tocaba en la fiesta «Party at the Palace», para celebrar el Jubileo de Oro de la Reina. Yo estaba nerviosísimo, porque pensaba que la voz me iba a fallar. Estaba seguro de que Su Majestad no se tomaría a bien que yo destrozara «Paranoid», pero Phil me puso en contacto con su preparador vocal, y me arregló el problema. Le quedé tan agradecido que le envié un gran regalo. Luego, cuando me lo encontré en Las Vegas, para un evento de la historia esa de VH1, un fotógrafo de la alfombra roja pidió una foto de los dos juntos. Yo le dije: «Pregúntale a Phil». Y cuando Phil vio que era yo, aceptó encantado y me dio un gran abrazo. Adoro esa foto.

Es curioso: cuando pienso en todos los discos a los que me he enganchado a lo largo de los años, la mayoría son de pop o electrónica. Me encantan todos los álbumes de Kraftwerk. *Rock Me Amadeus*, de Falco, me parece increíble; *1999*, de Prince, otro tanto. Y, por supuesto, Eddy Grant lo clavó con «Electric Avenue».

El único tipo de música que me deja frío, o casi, es el hip hop. Quiero decir, ¿es música... o es poesía? Nunca lo tengo claro. Para mí, una vez que has oído una canción, ya las has oído todas. Pero intenté meterme en ello. De hecho, en 2001 me llamó Busta Rhymes para decirme que quería hacer una versión de «Iron Man» y preguntarme si quería cantarla con él. Me pareció bien. Si servía para que más gente conociera a Black Sabbath, perfecto. Además, rap y heavy metal siempre han tenido una conexión extraña. Me dio una dirección en Manhattan, me dijo qué día ir y que grabaríamos juntos las voces.

Cuando llegué, no podía entrar. La puerta estaba atrancada por dentro o algo así. Llamé a Sharon, y me dijo: «Busta dice que tienes que golpear muy fuerte con los nudillos». Así que allí estaba yo, en una acera de Nueva York, aporreando la puerta, hasta que al final se abrió una mirilla y una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Ozzy.

—Ozzy, ¿quién?

—¡El jodido Ozzy Osbourne! ¿Quién coño crees que soy?

—Ah. Vale.

La puerta se abrió y detrás había un tío con un pistolón enorme. Y detrás de él, otros dos tíos, también con sus pistolones. Y yo pensando: «Joder, tendrías que haber sido un poco más educado».

Era uno de esos edificios sin ascensor, y el estudio estaba en el último piso. Cuando llegué arriba, me sentía como si hubiera corrido diez maratones.

Al principio solo estábamos Busta, un técnico de sonido y yo. Muy amables, muy respetuosos. Pero antes de grabar la primera toma, van y me pasan la letra impresa en un papel. Y yo les suelto: «Tíos,

llevo cantando "Iron Man" desde antes de que nacierais, creo que me sé la letra».

—Ah, es que la he reescrito —me dice Busta.

—Vale... —respondí, un poco confuso, porque nadie me había dicho nada— . ¿Y de qué va ahora?

—De lealtad y venganza.

—Pero ¿la gente no pensará que una canción llamada «Iron Man» va de un tío hecho de hierro?

—Sí. Por eso voy a cambiar el título también.

—¿Qué?

—La voy a llamar «This Means War».

—Entonces, ¿para qué coño me necesitas?

—Para cantar el estribillo. Misma melodía, letra distinta. Confía en mí, va a molar.

No tardamos mucho en terminar. Después de la última toma, recuerdo que miré por la ventana de la cabina y no me lo podía creer. Cuando entré, el estudio estaba vacío. Ahora había unas trescientas personas, todas con porros gigantes. Me habría quedado a fumar un poco, pero allí había suficientes armas como para empezar la Tercera Guerra Mundial, y aquello me estaba poniendo nervioso. Así que bajé las quinientas escaleras y me volví al hotel.

En cuanto a la canción, acabó titulándose «Iron Man: This Means War» (con la participación de Ozzy Osbourne). Es una de las pocas canciones de hip hop que me gustan, la verdad.

Pero no le llega ni de lejos al original.

Nuestra fiesta de baile en el hospital terminó pronto, en cuanto echaron a Sharon y a Jack de la habitación. Entonces llegó el momento de que empezara otro tipo de fiesta y las enfermeras me

enchufaron un gotero de Propofol para dejarme grogui antes de la operación.

Mentiría si dijera que no llevaba un buen rato deseando secretamente que llegara ese momento.

El Propofol es increíble. En mis años más salvajes con el alcohol, me lo pusieron una vez que tuvieron que operarme el dedo del pie. Es como estar jodidamente muerto. Un minuto estás pensando: me pregunto cuándo me pondrán la... y, ¡ZAS!, te quedas frito.

Pero tengo que decir que el Propofol es una de las pocas drogas que jamás tomaría por diversión. Hay cosas con las que no se juega. Que Michael Jackson lo usara cada noche para dormir me parece una auténtica locura. Por lo visto lo llamaba su «leche». Decían que llevaba haciéndolo todas las noches durante diez años hasta que finalmente lo mató. El médico que se lo administraba salió muy bien parado, en mi opinión. Vale que era cardiólogo o algo así, pero no era anestesista. Estaba totalmente fuera de su terreno. Sería como si tú o yo se lo hubiéramos dado. Solo que, si yo hubiera matado al Rey del Pop, me habrían encerrado para siempre.

En fin, mientras esperaba a que empezara a hacer efecto, desbloquearon las ruedas de mi cama del hospital y empezaron a empujarla hacia el quirófano.

Sharon y Jack me esperaban fuera. Jack estaba grabando con su móvil.

—Nos vemos en un par de horas —le dije, levantando el pulgar y dedicándole una gran sonrisa a la cámara.

—Ha llamado Zakk —dijo Sharon, besándome en la frente— . Le he dicho que le devolverías la llamada después.

—Estamos listos —dijo una voz desde algún lugar.

Entonces me vino un pensamiento sobre Zakk. ¿No me había dicho que debía pedir una segunda...?

¡ZAS! Frito.

Dos horas más tarde...

Dos días más tarde...

Dos semanas más tarde...

Otra semana más tarde...

7

CON LA CABEZA BIEN ALTA

Me desperté desesperado por echar una meada.

No tenía ni idea de qué hora del día era ni cuánto tiempo había estado inconsciente ni de si habían conseguido arreglarme el cuello o no. No veía a Sharon ni a Jack por ninguna parte, pero supuse que seguirían esperando fuera, en el pasillo.

Lo único que recuerdo es intentar llamar la atención de una enfermera que estaba al otro extremo de la habitación, inclinada sobre un pequeño lavabo, con el grifo abierto. Pero yo apenas podía hablar. Tenía la boca seca, los músculos de la garganta no funcionaban bien, y mi cabeza era como un barco dando vueltas en la bruma. Recuerdo que pensé que debía ser culpa del zumo de Jackson. Además, tenía el brazo derecho tan dormido que apenas lo sentía, y tampoco podía incorporarme, por más que lo intentara. Y, por si fuera poco, el nuevo collarín del Conde Drácula que me habían puesto estaba tan apretado que me sentía como si me hubieran metido el cuello en un bloque de hormigón.

Pensé en gritar del pánico, pero no tenía fuerzas. Jamás en mi vida me había sentido tan destrozado.

Al fin, conseguí carraspear lo bastante fuerte como para que la enfermera se diera la vuelta.

—Oh, señor Osbourne, qué bien que esté despierto —dijo, antes de acercarse, mojarme los labios y darme un vaso de agua— .

¿Cómo nos encontramos hoy?

—¿Dónde está el trono? —gruñí.

—¿Perdón?

Había olvidado que aquello era Estados Unidos.

—El váter —dije— . El baño.

—¿Nota que tiene ganas de orinar? —preguntó— . Oh, eso es estupendo. ¿Quiere que le traiga una botella de orina o prefiere el catéter? Justo lo están limpiando ahora, pero puedo ponerle uno nuevo enseguida.

—¡Solo quiero mear! —le solté. No entendía por qué resultaba tan difícil de comprender.

—Le traeré una botella.

En ese momento estaba tan frustrado que intenté levantarme de la cama. Lo cual fue un problema, porque las piernas no me respondían. Las tenía casi tan dormidas como el brazo.

Ahí sí que me entró el pánico. Recuerdo quedarme tumbado, paralizado, con el corazón desbocado y pensando: ¿Qué coño me ha pasado?

Lo que yo no sabía entonces es que llevaba ya varias semanas en estado crítico. Después de sacarme del quirófano me habían trasladado a la UCI, donde mi estado había ido empeorando cada vez más.

La operación, según me contó después Sharon, había durado mucho más de lo previsto. Cinco horas, dijo ella, no las dos que esperábamos. El médico había entrado por la parte de atrás del cuello, como había prometido, así no corría el riesgo de fastidiar mis cuerdas vocales. Pero lo que yo no había entendido era que, para llegar a la columna, tuvo que atravesar los músculos del cuello, los que sostienen la cabeza y te permiten moverla de lado a lado. Son

como un manojo de gomas elásticas, o al menos así me lo explicaron. Algunos los pudo apartar mientras trabajaba. Otros, tuvo que cortarlos. Lo que significaba que luego tuvo que volver a coserlos.

La buena noticia, al parecer, fue que el doctor Sin Calcetines había conseguido que el líquido cefalorraquídeo volviera a fluir, rascando alrededor de la columna para abrir un poco de espacio extra. Pero luego fue más allá y me plantó otras dos putas placas metálicas, sujetándolas con tornillos a ambos lados. Y eso encima de todas las varillas, placas y tornillos que ya me había metido la sanidad británica. Con tantos hierros dentro, pensé, el día que me muera no van a necesitar ataúd: el enterrador podrá meterme directamente en el contenedor de reciclaje.

Fuera lo que fuese lo que el médico había hecho, mi cuerpo no lo aguantó. Se suponía que después de la operación, yo debía comenzar mi recuperación. En vez de eso, terminé conectado a un respirador. Y por supuesto, mi larga estancia en la UCI me provocó todo tipo de problemas adicionales.

Tras un par de semanas, mis músculos empezaron a atrofiarse. Por eso mis piernas no funcionaban al despertar. También desarrollé coágulos de sangre, que pueden ser mortales si llegan a los pulmones. Así que me pusieron medicación anticoagulante. Pero esas pastillas hicieron que los pulmones se me llenaran de líquido. Y eso significaba diuréticos y oxigenoterapia. Hubo un momento en que me estaban administrando hasta sesenta y cuatro medicamentos distintos al día. Nunca en mi vida había tomado tantas drogas, lo cual, en mi caso, ya es decir. Y claro, todos esos medicamentos interactuaban entre sí, causando otros problemas, y esos otros problemas también había que tratarlos.

Fue un efecto dominó. Una cosa detrás de otra, detrás de otra. Mientras tanto, el cuello se me había hinchado tanto que el médico ni siquiera podía comprobar si la operación había funcionado.

Según Sharon, una de las pocas cosas que le dije durante los primeros días, después de la operación, fue que había recibido la visita de Elvis. Ella no le dio importancia. Pensó que me refería a mi perro *Elvis*. Tenía sentido que Jack lo hubiera llevado. Quiero decir que adoro a mis amigos de cuatro patas, a *Elvis*, *Pickles*, *Wesley* y, por supuesto, mi favorito, *Rocky*, que en paz descanse. Pero cuando se lo mencioné varias veces más, Sharon empezó a sospechar.

—Ozzy, ¿por qué no paras de hablar de Elvis? —me preguntó.

—Es que ha venido a verme.

—¿Quieres decir que Jack lo trajo?

—No no, vino solo —respondí— . ¿Qué iba a saber Jack de Elvis?

—A ver, estamos hablando del perro ¿verdad?

—¿Qué perro?

—Oh, Dios.

—Fue un detalle que el bueno de Elvis viniera a ver cómo me encuentro —dije.

—Sí, lo fue. Muy amable de su parte. Sobre todo, teniendo en cuenta que lleva muerto cuarenta y dos putos años.

¿Por qué estaba yo pensando en Elvis? Ni idea. No es que hubiera sido nunca muy fan. Cuando sacó «Heartbreak Hotel», yo era demasiado joven para apreciar la canción. Quienes se volvieron locos con él fueron los chavales cinco o seis años mayores que yo. Dicho esto, sí recuerdo que mi madre me llevó a ver *El rock de la cárcel,* al cine Orient, cuando tenía unos 9 o 10 años. Luego, durante la primera gira de Sabbath por América —a finales de noviembre de 1970— tocamos cuatro noches en el Whisky a Go Go de Los Ángeles, justo cuando Elvis hacía su concierto de regreso en el

Forum. Decían en la prensa que era su primer show en Los Ángeles en trece años, porque se había pasado los años sesenta rodando películas. Así que, por supuesto, Tony, Geezer, Bill y yo no pudimos resistirnos y compramos entradas para ir a verlo.

Cuando por fin terminaron los teloneros, recuerdo que la banda empezó.

Primero la guitarra.

Luego la batería.

Luego aparecieron las coristas, bailando.

Y aquello seguía, y seguía... y seguía...

Nos mirábamos entre nosotros pensando: vale, cojonudo, pero ¿este tío no va a...? Y, de repente:

¡¡¡¡¡¡YYYYEEEEEEAAAAAAAAAAEEAARAAAAAGGGGGGGGGGGGGGHHHHHHHHHHHHHHH!!!!!!

El público casi hizo saltar el techo del recinto cuando una figura vestida con un mono blanco lleno de flecos apareció a lo lejos. Estábamos sentados tan atrás que, para nosotros bien podría haber sido un imitador. Apenas distinguíamos sus patillas de chulo de barrio. Pero se movía igual que el auténtico. Los giros de cadera. Los temblores de pierna. Ese golpe de kárate con el que terminaba de rodillas. En un momento dado, se desplomó en medio del escenario, boca arriba, como si no pudiera seguir, pero luego pegó un salto, entró la orquesta y se marcó un «Love Me Tender» de lo más meloso.

Parecía que apenas acababa de empezar cuando se largó. No estuvo en escena más de cuarenta y cinco minutos. Fue increíble. Y por supuesto, la banda siguió tocando incluso después de que se hubiera ido. Luego, unos minutos más tarde, por los altavoces se oyó: «Damas y caballeros, Elvis ha abandonado el edificio», y el público volvió a enloquecer.

Lo que de verdad hizo que todo mereciera la pena, sinceramente, fue el batería. Ronnie Tutt, me dijeron que se llamaba. Tendría unos treinta y pocos años por entonces, así que nos sacaba al menos diez. Jodidamente increíble. Si no hubiera estado tocando «Polk Salad Annie», podría haber pateado culos de verdad en una banda de heavy metal.

Cuando dejé de alucinar en la UCI, me volví increíblemente paranoico. Aunque empezaba a recuperar algo de sensibilidad en las piernas, se me quedaban heladas —heladas de verdad— y aquello me sacaba de quicio. Mientras tanto, el brazo derecho lo tenía tan dormido que apenas podía usarlo. Estaba convencido de que el doctor Sin Calcetines había metido la pata en el quirófano y yo me encontraba en mi lecho de muerte.

—Si la operación ha ido tan bien, ¿cómo es que no noto las piernas? —le repetía una y otra vez a Sharon.

—Porque llevas demasiado tiempo en la cama —me contestaba— . Necesitas darle tiempo. El doctor dice que...

—La cagaron, ¿verdad? ¡Dímelo de una vez! ¿Qué pasó? ¿Qué me hicieron?

—¡Ozzy! Esto va para largo, no puedes simplemente...

—¡Me estoy muriendo, ¿verdad que sí?! ¿Por qué no me lo dices sin más rodeos? ¡Si voy a quedarme clavado a esta cama el resto de mi vida, quiero que apagues la puta máquina!

—¡Ozzy, basta! ¡Para ya!

El problema era que nada de lo que Sharon ni nadie más me dijera lograba convencerme. La presioné tanto un par de veces que ambos acabamos llorando, hasta que finalmente me di cuenta de que tenía que aflojar.

Mientras tanto, había un elefante en la habitación del que nadie quería hablar. Aparte de la familia y los amigos más cercanos —incluidos Zakk y los demás del grupo—, nadie sabía nada de mi caída ni de la operación de cervicales. Lo único que habíamos dicho públicamente era que había pillado la gripe. Tal vez también añadimos algo acerca de una bronquitis y una neumonía, pero no lo recuerdo. Sin embargo, eso había sido en enero. Ahora estábamos en marzo, cuando estaba a punto de arrancar de nuevo la gira No More Tours II, y no había ni la más remota posibilidad de que tal cosa fuera a ocurrir. Ni entonces ni el mes siguiente ni seguramente durante lo que quedaba de año. Quizá nunca, siendo sincero conmigo mismo.

—La gente empieza a hacer preguntas —dijo Sharon— . Ya no se creen lo de la gripe. Según Reddit, te han encontrado muerto al menos seis veces. Tenemos que emitir un comunicado. No hace falta entrar en detalles, pero sí dejar claro que la gira se pospone.

—No vamos a cancelarla —repliqué.

—Ozzy...

—¡Voy a terminar esa puta gira, aunque me cueste la vida!

No había querido gritar, pero de pronto me invadió una furia tremenda. Desde que me recuperé de aquella estúpida infección de estafilococos, todo había sido un paso adelante y ocho atrás. No quería estar en una cama de hospital. Quería poder mear solo. Quería que me devolvieran mi vida de siempre.

—La gira casi te mata —me recordó Sharon.

—Bueno, pero sigo aquí, ¿no? —dije. Y no me da vergüenza admitir que tuve que contener unas lágrimas.

Estar enfermo es lo que más te jode la cabeza, tío. Crees que eres fuerte hasta que te rompes.

Entonces recordé lo que había querido decir antes de entrar al quirófano.

—¿Por qué no escuchamos a Zakk? —pregunté— . ¿Por qué no pedimos una segunda opinión?

Sharon también tenía lágrimas en los ojos.

—Me habré hecho esa pregunta mil jodidas veces —dijo— . Tenía miedo, Ozzy. Pensaba que darías un traspié y acabarías como Christopher Reeve. Nunca se me pasó por la cabeza que pudiéramos traer a otro para que revisara tu cuello.

—A mí tampoco —admití.

—Está claro que nos dejamos llevar por el pánico —se lamentó Sharon— . No me puedo creer que nos dejáramos llevar por el pánico.

Durante un rato nos quedamos sentados, compadeciéndonos de nosotros mismos. Luego la miré a los ojos... y no pude evitar sonreír. Quiero decir, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Todo aquello era tan jodidamente ridículo.

Lo siguiente que supe es que me estaba riendo. Lo cual dolía, y mucho.

A Sharon le costó un poco más que a mí verle la gracia. Pero al final logré sacarle una sonrisa. Y, aunque suene cursi, me sentí profundamente agradecido de que estuviera ahí, conmigo. Casi cuarenta años después de habernos conocido y enamorado, seguíamos siendo los dos contra el mundo. Y ¿sabes qué? Ya habíamos sobrevivido a todo tipo de accidentes, cagadas y tragedias, así que podíamos hacerlo otra vez.

—De acuerdo —dijo Sharon, recomponiéndose— . Si no vamos a cancelar la gira, al menos tenemos que contarles a los fans qué pasa. ¿Qué les decimos?

Entre los dos acordamos posponer los conciertos en el Reino Unido y Europa hasta enero del año siguiente —2020—, mientras que los de Estados Unidos se reprogramarían para la primavera y el verano.

Pocos días después publiqué este mensaje en Instagram:

> No me puedo creer que tenga que reprogramar más fechas de la gira. No hay palabras para expresar lo frustrado, enfadado y deprimido que estoy por no poder salir de gira ahora mismo. Estoy agradecido por el amor y el apoyo que recibo de mi familia, mi banda, mis amigos y mis fans, es realmente lo que me mantiene en pie. Solo quiero que sepáis que cada día estoy mejor, me recuperaré por completo, terminaré mi gira... ¡Volveré!

Nunca había dicho algo con tanto convencimiento en mi vida.

Cuando por fin llegó el momento de empezar la rehabilitación, apareció el doctor Sin Calcetines para levantarme la moral. Pero, a esas alturas, debo decir, el tío ya empezaba a tocarme los cojones.

—Se lo voy a decir claro, señor Osbourne —me dijo— . Esto no va a ser fácil. Pero conseguirá tanto como ponga de su parte. Si está decidido, verá los resultados. Pero tiene que trabajar, y ser constante en el esfuerzo.

Yo pensé: ya verás lo constante que estoy, cabrón.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Sharon.

—¿Perdón? —replicó el médico.

—¿Cuánto tiempo antes de saber cuánto movimiento podrá recuperar?

—Oh, yo diría que... eh... bueno... entre tres y cuatro meses.

A mí me sonó a otro «ni puta idea». Lo que empezaba a comprender era que los médicos no son dioses. Ojo, que les tengo un respeto enorme. Pero no lo saben todo.

Dicho esto, en cuanto oí lo de tres a cuatro meses pensé: a la mierda, lo haré en dos. Estaba tan chulito que hasta le dije a Sharon

que encargara nuevo equipo para el gimnasio de casa y donara el viejo al hospital.

Y entonces empezaron las sesiones de tortura.

Comenzamos con ejercicios para el cuello.

Cuando me quitaron el collarín, intentar simplemente mantener la cabeza erguida era como si me arrancaran las cervicales. El dolor más diabólico que he sentido en mi vida. Casi vomito de lo bestia era. Sabía que no podía ser, pero me daba la sensación de que me estaba lesionando otra vez solo por intentar levantar la barbilla un par de centímetros. En cuanto a girar la cabeza de un lado a otro, ni hablar: sin el collarín, se me caía como si fuera la de un muñeco de trapo.

—Cuando se corta un músculo, se dañan los nervios —me explicó la fisio— . Y sin esos nervios, el cerebro no puede decirle al músculo qué hacer. Pero con tiempo y ejercicios, los nervios volverán a crecer.

—Pero, ¿cuándo crecerán? —le pregunté— . No puedo llevar un collarín el resto de mi vida. Me siento como si estuviera metido en un traje de desactivador de bombas.

—Aún no lo sabemos —me contestó.

«Joder —pensé—, aquí nadie sabe nada.»

Intentar caminar era otro tipo de infierno. No había manera de que me levantara solo de la cama, así que me sentaron en una silla de ruedas y me llevaron hasta el final de un pasillo. Entonces las enfermeras me cogieron por los brazos, me pusieron en pie y me dieron un andador.

—Solo tiene que ir poniendo un pie delante del otro —me dijeron — . Sin prisa, lo está haciendo muy bien.

«¿Que lo estoy haciendo bien? —pensé—. ¡Si ni siquiera he empezado!»

Cuando por fin logré dar un par de pasos, fue como empujar una roca cuesta arriba, pero con pies de pato y una bola de hierro atada a los tobillos. Nunca esperé que fuera fácil. Pero eso... Eso era duro de verdad, tío. Por primera vez pensé: «Quizá deberías volver a la cama». Pero en mi cabeza resonaba la voz del doctor Sin Calcetines diciéndome una y otra vez: «Conseguirá tanto como ponga de su parte».

Al final conseguí llegar hasta el final del pasillo. Me llevó casi toda una tarde. Las placas tectónicas se movían más rápido que yo. Al día siguiente abrieron la puerta de incendios y me dejaron arrastrarme hasta el patio interior.

Después de Dios sabe cuánto tiempo, con ayuda de un andador, ya podía recorrer todo el pasillo, salir por la puerta, cruzar el patio y volver por la entrada del otro lado. Cuando terminaba, me sentía como si me hubiera arrollado un tren y después un camión, pero al menos era una pequeña victoria.

Unos días después me dijeron que podía irme a casa y continuar el tratamiento allí.

El día del alta querían sacarme en silla de ruedas. Les dije: «Ni de coña, yo no salgo en eso». Entonces trajeron un andador. Cuando les dije que tampoco, se pusieron histéricos, diciéndome que podía caerme y hacerme más daño. Pero en mi cabeza necesitaba atravesar la barrera del dolor, seguir ganando fuerza. «¡Puedo hacerlo, puedo hacerlo!», me repetía.

Lo único que recuerdo es ir tambaleándome pasillo abajo con unos diez médicos corriendo detrás de mí, con las batas ondeando, listos para agarrarme en cuanto me cayera.

Para entonces ya estaba hasta las narices, tío. Entré aquí con dolor de cuello y voy a salir hecho un inválido, pensaba.

Menuda puta mierda.

Nada más llegar a casa me convertí en prisionero.

Tenía enfermeras conmigo las veinticuatro horas del día, incluso sentadas en mi cuarto por la noche. No podía rascarme las pelotas sin que alguna corriera a pulsar el botón de alarma. Era demasiado. ¿Qué pensaban que iba a hacer? Apenas podía sostenerme la polla, como para lanzarme otra vez de cabeza a la cama.

Lo único que me obligaba a hacer cada día, por muy mal que me sintiera, era dar la vuelta a la manzana. Una de las enfermeras venía conmigo, pero yo, aparte de un bastón, no quería ayuda. Al principio apenas podía dar una vuelta. Luego fueron dos, tres, cinco... hasta que finalmente logré llegar a ocho.

Acababa tan cansado que, literalmente, tenía que arrastrarme a cuatro patas por el umbral de la puerta trasera. Pero seguí empujándome, cada vez más fuerte, con las palabras del doctor Sin Calcetines repitiéndose en mi cabeza: «Conseguirá tanto como ponga de su parte».

Fortalecer el cuello era otra parte de mi rutina diaria. Venía un fisioterapeuta y me colocaba una goma alrededor de la cabeza. La idea era que, si asentía arriba y abajo con la banda puesta, la resistencia reforzaría los músculos. Dolía tanto que ni puedo describirlo. Pero quería librarme de aquel collarín con tantas ganas, tío, que habría soportado lo que fuera.

También tenía que recuperar las cuerdas vocales. Antes del accidente solía dar clases de canto para que el párkinson no debilitara los músculos de mi garganta. Pero todo aquello se fue al carajo mientras estuve en la UCI. Para cuando salí, era chocante ver

cuánto había retrocedido. Sentía que balbuceaba y arrastraba las palabras cada vez que hablaba. Así pues, además de mi profesor de canto de siempre, tuvo que venir un logopeda a trabajar conmigo.

El mayor problema era el dolor constante. Y no se parecía a ningún otro dolor que hubiera tenido antes. Recuerdo preguntarle al doctor Sin Calcetines en una revisión a la que fui con Sharon:

—Vale, ¿tiene usted sensación de entumecimiento? —me preguntó.

—¡Eso es lo que intento decirle! ¡No siento el brazo derecho!

—Bien. ¿Alguna sensación de ardor u hormigueo?

—Sí y sí.

—¿Dolores punzantes?

—Sí, todo el puto... ¡Arrrgh! ¡Ahí está otra vez!

—¿Y empeora por la noche o cuando se mueve?

—Sí y sí.

—¿Alguna hipersensibilidad al tacto o cambios de temperatura?

—Sí y sí.

Finalmente dijo:

—¿Espasmos, temblores o debilidad en los músculos?

—¿En serio me está preguntando eso? —le solté.

—Señor Osbourne —dijo—, lo que está experimentando es casi con toda seguridad dolor nervioso, o neuralgia. Es por los daños en los nervios durante la cirugía. Ya le tenemos con varios medicamentos para ello. Lo único que puedo decirle es que continúe con la fisioterapia. Ya sabe, lo que siempre digo a mis pacientes es que...

—No me diga, que: «Conseguiré tanto como ponga de mi parte» —lo interrumpí— . Ya lo sé, doctor. Me lo ha dicho mil putas veces. Pero necesito algo más fuerte para el dolor. Es demasiado. ¿No puede darme más de lo mismo que me pusieron en la UCI?

El médico dudó un momento y luego miró a Sharon. Reconocí el muro de ladrillo en cuanto lo vi.

—Ozzy —dijo Sharon—, no puede darte nada más fuerte. Es demasiado peligroso. Lo siento. Pero no tengo que recordarte que fuiste tú el que gritaste lo de que viene el lobo.

Lo triste es que sabía que tenía razón.

Cuando eres adicto, cada lesión es una oportunidad. Lo que aprendes rápido es que, cada vez que te quejas de ciertos tipos de dolor, solo un telépata es capaz de saber si estás mintiendo o no. Los adictos somos de los mejores mentirosos que hay, tío. Tan buenos, que hasta nos convencemos de que decimos la pura verdad de Dios.

Durante mucho tiempo, los dolores de muelas fueron mi manera de conseguir esas pastillas traviesas.

Sabía en menos de cinco minutos si un dentista iba a sacar la libreta de recetas. Algunos olían a un adicto a kilómetros. A otros les daba igual que vivieras o murieras, era solo negocio.

Cuando salió el OxyContin a finales de los años noventa, fue una locura la cantidad de «dentistas del dolor» que brotaron de repente en Florida. Cada vez que daba un concierto en el Estado del Sol, me programaba cita tras cita. Era como ir de compras. No sé cómo se las apañaban para salirse con la suya.

Antes del Oxy, lo mejor era solicitar algún trabajito de endodoncia y hacerte colega del anestesista. Hubo un tiempo en que tenía más amigos anestesistas dentales que los propios anestesistas dentales. Uno me pasaba Vicodin, Percocet, Demerol, inyecciones de morfina, lo que me diera la gana. Me lo mandaba por correo... hasta que Sharon se dio cuenta.

—Ya sé qué te estaba causando todos esos dolores de muelas —me soltó un día.

—Ah, ¿sí? —contesté yo, poniendo cara de inocente, esperando que se refiriera a mi bolsita secreta de caramelos ingleses.

—Sí —dijo— . Lo conocí en el dentista. Tuvimos una charla muy agradable sobre su licencia médica, y me aseguró que ya no te dolerán más los dientes.

Y ahí terminó aquella pequeña estafa.

Los dolores de espalda eran el segundo mejor truco después del de las muelas, pero los cirujanos de columna eran más duros de pelar que los dentistas, y lo último que querías era acabar en una mesa de operaciones por un dolor inventado. Una vez tuve un golpe de suerte, eso sí. Tenía un Learjet en aquel entonces y volaba hacia... bueno, digamos Milwaukee, Wisconsin, para no meter a nadie en líos. Y en el camino empecé a charlar con la azafata, y resultó que su viejo era el cirujano de espalda más famoso de Milwaukee. Así que en cuanto oí eso, empecé a contarle mis supuestos problemas de espalda, lo insoportable que era el dolor y cómo iba a tener que cancelar conciertos por su culpa. Y claro, ella me dijo:

—Oh, pues deberías ir a ver a mi padre.

Estaba en el despacho de ese tipo casi antes de aterrizar.

Después de examinarme, me dice:

—Entonces, señor Osbourne, ¿cuánto tiempo le queda de gira?

—¿Seis meses? —contesté. La verdad es que eran más bien tres, pero pensé que mejor doblar la cifra, por si era tacaño con lo que fuera a recetarme.

—Bien —dijo, garabateando en su bloc—, esto debería bastarle.

Cuando vi lo que había escrito, no me lo podía creer. Me había recetado quinientos Vicodin de máxima potencia. Fue uno de esos

momentos en los que piensas: cuidado con lo que deseas, que puede que lo consigas.

Cuando fui a la farmacia, la mujer del mostrador echó un vistazo a la receta, se puso pálida y me llamó aparte para hablar en privado. Me dijo:

—Señor, esto es... una barbaridad de pastillas. No sé cómo consiguió esta receta, ni para qué es, pero si va a tomárselas usted mismo, le sugiero que le dispense solo el narcótico, no el combinado.

El combinado era Tylenol, explicó. En esa cantidad, me habría destrozado el hígado en dos segundos. Suponiendo que no hubiera palmado antes de sobredosis con el Vicodin.

Me ventilé doscientas cincuenta antes de asustarme. El resto las tiré por el váter. Pero claro, a los pocos días ya estaba buscando más.

El truco que usaba era guardar un bote viejo del año anterior —con cuatro o cinco pastillas aún dentro—, de manera que, cuando hacía un concierto, podía ir al médico local y decirle: «Mire, me estoy quedando sin pastillas, y estando de gira, ¿no podría recetarme más?». El bote llevaba fecha de la farmacia, lo que en teoría significaba que no estabas haciendo nada malo. En realidad, por supuesto, ya habría pasado por al menos diez botes más.

Los médicos de gira no son tontos, claro. Conocen los juegos de los rockeros. Pero a veces, si les das la cobertura suficiente, están encantados de participar.

Mi única suerte en todo esto de la adicción fue que nunca, jamás, quise pincharme. Eso dejaba la heroína de la calle fuera del menú. Las agujas me daban pánico, tío. Todos tenemos un límite. Ese era el mío. Si alguna vez me inyectaban algo, tenía que ser con un médico delante que se quedara a mi lado todo el tiempo, por si

pasaba algo. Con lo que me gustan los opiáceos, probablemente sea la única razón por la que sigo aquí.

Ahora que estoy sobrio y limpio, he aprendido a pensar en una cita médica como si entrara a un pub. Lo primero que digo es: mire, soy adicto, por mucho que le suplique, no me dé ninguna sustancia controlada. Mejor aún, llevo a Sharon conmigo y ella les mete el miedo de Dios en el cuerpo. Claro que hay veces —como en la UCI después de la operación— en que tienen que darme algo. Pero es como una broma, porque tengo tanta tolerancia que necesito ocho veces más dosis que la persona promedio. Y eso solo para empezar. En la subida, todo es luz y rosas. Pero al bajar otra vez, ya no hace tanta gracia. El mono. Los antojos. Darse cuenta de que tienes que volver a matar al dragón una y otra vez.

Si soy sincero, debo admitir que mi naturaleza adictiva me asusta mucho más ahora que antes. Soy más viejo. No estoy tan fuerte como solía estar. Si vuelvo a trepar por la vieja escalera de la recaída, estoy bastante seguro de que será un viaje sin vuelta atrás.

Cuando llegó la primavera pasó algo que jamás me habría esperado: perdí la esperanza. En esa época estaba arrastrándome para andar lo desandado, sudando y maldiciendo, y de repente pensé... ¿a quién quiero engañar? Esto no va a ningún lado.

Hay que recordar que llevaba tres meses forzado a mantener la cabeza en una posición completamente rígida —salvo en los ratos en que hacía los ejercicios con la goma elástica— . No tenía ni una pizca de intimidad. Incluso cuando estaba cagando, había una enfermera rondando fuera, preguntándome los detalles de la deposición. Se me entumecían las piernas. El brazo seguía sin sensibilidad. Y estaba con dolores constantes. Ni siquiera un «bloqueo nervioso» —cuando un anestesista vino y me inyectó una

mierda antiinflamatoria en la columna, como una epidural— sirvió de mucho.

Mientras tanto, el neurólogo del párkinson, que había revisado mis antiguos historiales, me hizo unas cuantas pruebas más y me confirmó que mi síndrome parkinsoniano lo provocaba un gen chungo llamado PARK2. Por lo visto, había heredado una copia defectuosa tanto de mi padre como de mi madre. Lo que hacía ese gen mutado era cargarse las células nerviosas productoras de dopamina en el cerebro que controlan los músculos. Por eso, cuando el párkinson lo provoca el PARK2, tienes temblores y rigidez, que te joden el equilibrio y la coordinación. Pero claro, esos son los mismos problemas que provoca una cirugía de columna que ha salido mal, así que era imposible saber qué era culpa de qué. Y como el párkinson empeora con el tiempo, el hecho de que pudiera andar antes de la operación no significaba que no hubiese avanzado después. Yo, personalmente, no creía ni por un segundo que fuera culpa del párkinson. Pero ¿qué podía decir? Era una situación sin salida.

Más que nada, me sentía gilipollas por haberme creído todo lo que los médicos me habían contado. Llevaba meses de fisioterapia y seguía hecho un inválido. Continuaba con el collarín. Seguía necesitando cuidados veinticuatro horas al día. Antes de la operación, podía andar como una persona normal. Ahora caminaba como el jodido Gollum. Estaba desencantado, tío.

¿Por qué cojones había dejado que me operaran? No lo entendía. Si los médicos me hubieran dicho: «Mire, señor Osbourne, la recuperación de esta operación puede implicar semanas en la UCI y, ah, por cierto, puede que acabe más o menos paralizado de cintura para abajo —con el brazo derecho entumecido— y, si se queja, le

echaremos la culpa a su párkinson», los habría mandado a la mierda.

No digo que el médico hiciera nada turbio. O que no creyera de verdad que la operación iba a salir bien —obviamente, teniendo párkinson, todo se complica.—, pero cuando se trata de la columna, lo que te dicen que tienes y lo que necesitas no son más que opiniones. Y no hay dos médicos que digan lo mismo. Es frustrante de cojones, especialmente cuando lo único que quieres es ponerte de pie y volver a trabajar.

Al mismo tiempo, tras la operación no podía evitar pensar que la sanidad norteamericana va de dinero. Intervenciones como la mía cuestan cientos de miles de dólares, quizá hasta un millón o más, sin contar las revisiones y la medicación. Pero si todo sale como el culo y acabas peor que cuando entraste, todos cobran igual.

Si alguien debería haberlo sabido de antemano, ese era yo. Quiero decir que yo era el que se había pasado décadas aprovechándose de ese mismo cochino sistema para conseguir que médicos y dentistas me recetaran pastillas que no necesitaba.

La patada en los cojones definitiva fue saber que Zakk me había dicho al menos dos veces que pidiera una segunda opinión. Si le hubiera hecho caso, quién sabe qué habría pasado. Cuesta imaginar que hubiera acabado peor.

Lo único que me mantenía en pie después de la operación era mi determinación de volver a salir de gira. Pero mi recuperación —si es que podía llamarse recuperación— era tan lenta que empezaba a temer que tuviera que volver a aplazar incluso las fechas reprogramadas para 2020. Mientras tanto, hubo que cancelar del todo la cuarta temporada de *Ozzy & Jack's World Detour*. Sentía que

no tenía nada que esperar. Que no volvería a trabajar jamás. Estaba en un lugar oscuro, tío.

Sharon supo que era grave cuando me metí en la cama y me quedé allí. Lo único que quería era dormir y olvidar que habían pasado seis meses de mierda.

Pero entonces apareció un rayo de luz. Uno muy pequeño.

Una mañana, cuando estaba en uno de mis momentos más bajos, Sharon irrumpió para decirme que habían puesto el nombre de Black Sabbath a un puente en Birmingham. Pensé que me estaba tomando el pelo. Para mí, un puente es una cosa enorme, como el Golden Gate o el de la bahía de Sídney. En Birmingham no había nada parecido. Además, estaba convencido de que la ciudad ya había pasado página respecto a todo lo que Sabbath había hecho. En nuestros tiempos era una ciudad totalmente distinta: fábricas por todas partes y tipos con la cara tiznada yéndose al pub. Ahora son todo cafeterías y centros comerciales pijos. Y mientras tanto, medio mundo se ha mudado allí. La última vez que volví a Lodge Road, uno de mis antiguos vecinos era un musulmán con acento de Birmingham. Buen tipo, en realidad. Me hizo un té y me dio una galleta. Fue raro. Pero qué más da, las cosas cambian. En nuestros tiempos, eran los irlandeses católicos los que llegaban para instalarse allí.

Al final resultó que el puente no era ninguna obra colosal. Según Sharon, era un pequeño tramo de Broad Street que cruzaba el viejo canal, en lo que hoy es el centro de la ciudad. Incluso habían puesto un banco con retratos a tamaño natural de mí, de Geezer, de Tony y de Bill en el respaldo, todos vestidos de negro, con las cruces de hierro que mi padre nos hacía en sus descansos en la fábrica de GEC. Nuestros nombres estaban en letras de bronce debajo, junto con el lema «Made in Birmingham».

Era surrealista de cojones, tumbado en mi cama en Los Ángeles, escuchando esa noticia.

Y todavía se volvió más raro.

—¿Y de quién ha sido la idea? —le pregunté a Sharon.

—De un promotor local, un tal Mike Olley, y de otro tío llamado Mohammed Osama —dijo— . Al parecer es un arquitecto egipcio.

—¿Estoy alucinando otra vez? —pregunté— . ¿Va a aparecer Elvis en cualquier momento?

—No, eso es lo que pone aquí —dijo Sharon, mirando más de cerca lo que tenía en el móvil— . El arquitecto vive ahora en Dubái. Dice que es un superfan y que ha estado en más de cincuenta conciertos desde que tenía 8 años. ¿Qué te parece, Ozzy? Hoy hay más gente que nunca en el mundo escuchando tu música.

—Nosotros nunca tocamos en Dubái, ¿no?

—No, pero sí tocaste en Abu Dabi. Y ni siquiera te he contado lo mejor.

—¿Qué?

—Que por el orden de los retratos en el banco, los fans tienen que sentarse en la cara de Geezer si quieren sacarse una foto abrazados contigo. Y todos lo hacen.

Fue la primera vez que solté una carcajada en lo que parecía un milenio. Fue una sensación tan agradable, aunque me doliera todo el cuerpo. Además, pensar en el puente ese me devolvió de golpe un montón de recuerdos.

Estaba bastante seguro de saber qué tramo de Broad Street era. Yo y mi colega Patrick Murphy solíamos recorrer kilómetros y kilómetros en bici por las veredas del canal. Birmingham tiene más canales que Venecia, créetelo. Pero cuando éramos críos, las barcazas de carbón acababan de dejar de funcionar porque el transporte se hacía por carretera, y los canales quedaron

abandonados. Algunos los rellenaron, pero la mayoría se quedaron tal cual. Y para nosotros eran un paraíso: nuestro patio de juegos.

Pat era un buen tipo. Vivía en el 30 de Lodge Road, a pocas casas de la nuestra. Era católico, como yo, si bien de los de verdad, de misa. Yo estaba convencido de que llegaría lejos y de que yo no llegaría a nada. Pero con el tiempo se fue metiendo en todo tipo de líos hasta que decidió dedicarse muy en serio al narcotráfico. Yo le decía: «Pat, ¿qué coño estás haciendo, tío?». Al final su mujer pidió el divorcio porque no aguantaba verlo entrar y salir de la cárcel. Eso lo destrozó. Un día se metió en el garaje, encendió el motor y se suicidó con los gases del tubo de escape. Me dejó destrozado cuando me enteré. Recuerdo que llamé a su madre y me dijo: «Solo quiero a mi Pat de vuelta». Al final perdió a tres de sus seis hijos. Fue desolador.

Me acordaba de Pat después de que saliera *Paranoid*, porque viví un tiempo en una barcaza de un canal de Londres. Era en Little Venice, no muy lejos de Paddington. La barcaza era del buscavidas de nuestro mánager de entonces, Patrick Meehan, que había sustituido a Jim Simpson. No sé por qué la compró. Ganaba tanta pasta con las ventas y las giras que seguramente ya no sabía en qué gastársela. Desde luego no le faltaban Rolls ni anillos de diamantes.

Yo adoraba esa casa-barco, tío. Me ponía hasta arriba de coca todas las noches y hablaba tanto que el tipo del barco de al lado acababa golpeando la escotilla para que me callara. Creo que el barco de Richard Branson estaba unos cuantos amarres más allá. Lo sé porque, después de dejar Sabbath, Sharon y yo le vendimos los derechos de *Blizzard of Ozz* y *Diary of a Madman* —o a Virgin, en todo caso—, y se empeñó en que fuéramos allí a firmar el contrato.

Esto fue diez o quince años después de que yo hubiera vivido en aquel barco, y me esperaba que el de Branson fuera como el de

Meehan: acogedor, recién pintado, con su cocinita. Pero era la chatarra más cutre que había visto en mi vida. Para empezar, alguien se había dedicado a dispararle con una escopeta de perdigones, y tenía todas las ventanas con los cristales rotos y cagadas de pájaro por todas partes.

—¿Esto es una broma? —le pregunté a Sharon, después de subir a bordo y esperar en aquel tugurio inmundo a uno de los hombres más ricos de Inglaterra.

Pensé de verdad que era una cámara oculta, que Jeremy Beadle[1] iba a saltar de un armario.

—Ozzy, que esto no es una broma —me susurró Sharon—, y más te vale ser amable con él, porque estamos en la ruina y está a punto de darnos medio millón de libras.

—Pues debería gastárselas en este puto barco —dije—, porque parece que se va a hundir...

—¡Oh, Richard! —exclamó Sharon en cuanto apareció el propio Branson— . ¡Qué alegría verte...!

Branson también estuvo en lo del «Party at the Palace». Fui a darle la mano y me miró por encima, como si nunca nos hubiéramos visto, aunque habíamos firmado aquel contrato. Supongo que es lo que pasa con ese tipo de ricachones de alta cuna. Yo no estoy en su mundo, y él no está en el mío. Al menos Sharon pudo recuperar con el tiempo los derechos que le vendimos.

Cuando al fin dejé de divagar tras oír lo del puente, mis pensamientos volvieron a Tony, Geezer y Bill. Todo lo que habíamos pasado juntos. Los discos geniales que habíamos hecho. Lo mucho que los echaba de menos.

En cierto modo, sentía como si hubiera sido ayer cuando montamos nuestro equipo en el Newtown Community Centre —a dos calles del estadio Villa Park— después de cambiar nuestro nombre

de Earth por el de Black Sabbath. Fue entonces cuando Tony empezó a tocar aquel *riff* escalofriante de tres notas, Bill se soltó con su rollo jazzístico en los platillos, Geezer se metió ahí con su bajo, haciendo vibrar las ventanas... y yo empecé a aullar sobre ser el elegido. Qué momento aquel. Lo que tocábamos estaba cerca del blues, pero no lo era. Era otra cosa. Algo que nadie había hecho antes. No es que lo supiéramos entonces. Lo único que sabíamos era que teníamos la piel de gallina y debíamos seguir tocando hasta acabar la canción.

Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que teníamos que reunirnos una vez más. Aunque tuvieran que subirme al escenario en camilla.

Nos lo debíamos a nosotros mismos. A los fans. A la gente que había puesto el nombre de Black Sabbath en ese puente.

Solo había un problema.

No hablaba con Bill desde hacía casi diez años.

8

HASTA ARRIBA DE MIERDA

Cuando una banda se separa, es como un divorcio. Se mezclan las emociones, el dinero, la custodia del nombre y del catálogo, toda la mierda legal que viene a continuación... Es feo, tío.

En un divorcio, al menos, solo hay dos personas implicadas, pero en el caso de Sabbath, éramos cuatro. Así que cuando todo se vino abajo fue el doble de jodido.

Habíamos estado juntos diez años cuando llegamos al final del camino. La chispa se había apagado. Eran las drogas, era el alcohol... Grabábamos discos y dábamos conciertos no porque nos ilusionara, sino porque teníamos abogados y deudas con Hacienda que pagar. Algo tenía que romperse. Nadie quería admitirlo, pero nos habíamos quemado, física y mentalmente.

Yo había intentado dejar la banda un año antes, aunque de manera medio chapucera. Habíamos estado intentando escribir material nuevo en los estudios Rockfield, en el valle del Wye —que básicamente era una granja con un estudio de grabación adjunto, rodeada de prados ondulantes y un olor insoportable a estiércol— y un día simplemente cogí el coche y me fui a casa. Fue por Navidad de 1977, más o menos. Mi padre acababa de morir tras descubrir que tenía un cáncer incurable, y yo estaba hecho una mierda. Pero al final el álbum salió adelante y volví para la gira. Fue el último disco de estudio que hicimos juntos Tony, Geezer, Bill y yo.

El título, *Never Say Die!*, se suponía que sonaba desafiante. Pero viéndolo ahora, parece más bien cuatro tipos intentando convencerse a sí mismos de que aún tenían ganas. Quiero decir que no éramos más que unos críos recién salidos del colegio cuando empezamos. Estábamos tan tiesos que apenas podíamos comprar comida. Y luego, ya en la treintena, teníamos esposas, exesposas, hijos, casas, de todo, y habíamos dado tantas vueltas al mundo que ya habíamos perdido la cuenta.

Lo que de verdad nos remató, en mi opinión, fue nuestro telonero en aquella gira.

Es curioso, porque pensábamos que ya habíamos aprendido la lección un par de años antes, cuando habíamos tenido a KISS. El problema era que eran demasiado distintos de nosotros. Quiero decir que nosotros éramos el tipo de banda que salía al escenario con vaqueros y chaquetas de cuero, enchufábamos nuestros instrumentos, tocábamos nuestro número entero y a tomar por culo. Los de KISS, en cambio, se embutían en esos trajes de licra con los pezones al aire, se pintaban la cara con unos patrones de payaso japonés en blanco y negro y hacían estallar media tonelada de explosivos cada noche. Una locura lo que montaban. No fueron los primeros en usar pirotecnia, pero la llevaron a otro nivel, y lo hacían mucho antes de que existieran normas de seguridad. Es un milagro que no quemaran cada recinto de aquella gira. Mientras tanto, Gene Simmons debía de medir como dos metros con sus botas de plataforma, y se dedicaba a sacar la lengua para asustar a la peña. Una vez se lo hizo a Geezer y al pobre casi le da un infarto. Luego, tras los conciertos, tenían a un ejército de tías esperando para pasar la noche de juerga en sus habitaciones... mientras que a nosotros solo nos tocaba un puñado de tíos que querían beber cerveza y hablar de *Spiral Architect*. Sabbath era una banda de hombres para

un público de hombres. Nunca tuvimos muchas mujeres en nuestros conciertos. Y lo mismo me pasó después en mis giras en solitario.

Después de KISS dijimos que nunca más. Queríamos que nuestro telonero fuera bueno, pero no que nos eclipsara. Lo que queríamos, básicamente, era a Status Quo.

Fuimos muy claros con nuestros mánagers cuando nos tocó elegir telonero para la gira de *Never Say Die!* Les dijimos: «Mirad, tiene que ser una banda que tenga nuestro mismo rollo, nada de collares con pinchos ni botas de tacón ni llamas saliéndoles del culo». Así que se pusieron a buscar, y luego volvieron y nos dijeron: «Vale, chicos, hemos encontrado una banda pequeña, pero muy buena en un bar de Los Ángeles. Dos hermanos, uno a la guitarra y otro a la batería, más un cantante y un bajista. No han hecho gran cosa todavía, pero su primer disco está a punto de salir, y hacen una versión cojonuda de "You Really Got Me", de The Kinks. Ah, y tienen los papeles en regla para viajar a Europa, así que los podemos contratar para toda la gira, no solo para las fechas en Estados Unidos».

—Nos suena bien —recuerdo que dijo Tony— . ¿Cómo se llama la banda?

—A ver... dejad que lo mire —dijo uno de nuestros mánagers— . Ah, sí, aquí está: Van Halen.

Tony se encogió de hombros.

—Nunca he oído hablar de ellos.

—Nadie ha oído hablar de ellos —respondió otro de los mánagers.

—Pues perfecto —dijo Tony.

Cuando llegó el primer concierto de la gira. Sheffield City Hall, nosotros teníamos curiosidad por ver cómo sonaba esa banda desconocida de Los Ángeles, de modo que nos acercamos a verlos cuando iban por la mitad de su número. Y justo en ese momento,

Eddie Van Halen —que por aquel entonces tenía 23 años— sale solo al escenario, se arrodilla y empieza a tocar «Eruption».

Así que ahí estamos nosotros, al fondo del auditorio, y Eddie bajo los focos, moviendo los dedos por el mástil de la guitarra a la velocidad de la luz, creando con la palanca de trémolo esos ruidos como de bomba cayendo, y todo eso sin despeinarse. Entonces miramos al público a nuestro alrededor y lo que vimos fue a veinte mil personas con la mandíbula en el suelo.

Eddie llegó al final de su solo, tocando las notas tan rápido que no había oído humano que pudiera seguirlo, y entonces entró Alex a la batería, y la multitud despertó de su trance y soltó un rugido como si Inglaterra acabara de marcar en la prórroga contra Alemania.

Lo único que recuerdo es que salimos del auditorio en silencio, volvimos a nuestro camerino en silencio y nos quedamos allí sentados, mirando fijamente la pared en silencio.

Diez o veinte minutos después, oímos otra ovación cuando Eddie terminó. Entonces llamaron a la puerta y entró un tío que parecía una valla publicitaria andante. «Hola, chicos, solo quería vatios— dijo con una sonrisa de un millón de vatios—. Soy Dave Lee Roth.» Era el cantante de Van Halen.

Todos nos miramos y pensamos exactamente lo mismo.

Joder.

Porque, vamos a ver..., había que reconocerlo: estábamos en 1978, pero los de Van Halen habían encontrado la manera de viajar en el tiempo hasta mediados de los años ochenta. Eddie estaba revolucionando la forma de tocar la guitarra. Y lo hacía parecer fácil. Hay que recordar que, en ese momento, la guitarra eléctrica se estaba volviendo un instrumento aburrido. Por eso los sintetizadores estaban tan de moda. Pero cuando apareció Eddie, fue como un chute de adrenalina directo al corazón. De pronto, todo el mundo

quería volver a tocar la guitarra. Y todos querían sonar como él. Pero con esa técnica de *tapping* que hacía con los dedos, nadie se le acercaba, tío.

Van Halen no pudo haber explotado en peor momento para Sabbath. Durante esa gira, noche tras noche, nos pasaron por encima y nos trituraron. Salían al escenario y se llevaban toda la energía, y luego podíamos sentir cómo decaía el público cuando nosotros salíamos y nos arrastrábamos con nuestro repertorio. Dimos algunos buenos conciertos, no digo que no. Pero el heavy metal se hallaba en plena evolución, y daba la sensación de que nosotros nos estábamos quedando atrás.

Aun así, nos divertimos con ellos en la carretera. Eddie y Tony se hicieron buenos amigos y creo que siguieron en contacto hasta que Eddie, murió con solo 65 años. Fue muy triste y una pérdida terrible. Era uno de los grandes. En cuanto a Dave Lee Roth, nunca terminé de conectar con él. Era Míster Espectáculo. Siempre sonriendo. Nunca una mala cara. Creo que venía de una familia acomodada, tal vez por eso no teníamos nada en común. Además, nunca sabías si te estaba contando una milonga o algo real. En un momento dado te decía que estaba estudiando Derecho, y al siguiente que era paramédico a tiempo parcial. Por ahí circula una historia de que, durante aquella gira, tuvimos una especie de duelo de cocaína, a ver quién podía esnifar más antes de caer redondo. No sé, es posible que pasara. Pero lo dudo. No era el tipo de cosas que yo hacía con Dave.

Por muy feo que fuera el final, no hay duda de que Sabbath tuvo una racha increíble. Me refiero a que algo debimos de hacer bien durante esos diez años que pasamos juntos, sacando discos, porque hoy en día la gente todavía los escucha en *streaming* y los compra en vinilo. En mi cabeza, éramos una banda destinada a existir. Y,

aunque llevo mucho más tiempo trabajando como solista del que estuve en Sabbath, siempre será una parte muy importante de mí.

Recuerdo perfectamente el momento en que me di cuenta de que Sabbath estaba llegando a algún sitio. Estaba en un club de Birmingham —probablemente el Henry's Blues House— con un paquete de cigarrillos en una mano y una cerveza en la otra. Nuestro primer álbum había salido unos días antes. Y entre la multitud aparece Jim Simpson, que no solo fue nuestro primer mánager, sino que también era el dueño del club que estaba en el piso de arriba del pub Crown, en Station Street, y tenía como logotipo un perro azul psicodélico.

—¡Estáis en las listas!—, me dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo estaba confundido, porque las listas aún no habían salido. Pero él ya las había visto.

—¡Estáis en el número diecisiete! —insistió.

Fue uno de esos momentos en los que has deseado algo con tantas ganas, durante tanto tiempo que, cuando al fin sucede, te da miedo creer que pueda ser real.

Pero lo era. Vale, *Black Sabbath* no estaba vendiendo las cifras de *Bridge Over Troubled Water*, pero iba lo bastante bien como para que nuestro sello, Vertigo Records, quisiera otro disco en cuanto tuviéramos material. Mientras tanto, ya nos estaban promocionando en Estados Unidos con un anuncio en *Rolling Stone*. «MÁS ATRONADORES QUE LED ZEPPELIN», era todo lo que decía.

Nos partimos el culo promocionando ese primer disco, y aun así, nos parecía algo puntual, una de esas cosas que pasan sola vez. Solo cuando salió el segundo álbum, *Paranoid*, recuerdo haber pensado: «Vale, esto igual me da de comer unos cuantos años». Ese disco acabó vendiendo más de doce millones de copias...Y aún sigue. Lo que todavía me cuesta entender es que lo escribimos y

grabamos en apenas unos días. Íbamos lanzados, tío. Terminamos la canción «Paranoid», la que daba título al álbum, en unos veinticinco minutos.

Con los años, he pensado mucho en por qué nuestra música ha perdurado y la de otros no.

Como con cualquier banda, nunca se trata de una sola persona ni de una sola cosa. Eres parte de un rompecabezas y, cuando todas las piezas encajan, es la mejor sensación del mundo. Es muy distinto de cuando eres solista. Si alguien empieza a tocarme las narices en mi propia banda, lo echo. O si no me gusta cómo suena algo, se lo digo: «Oye, eso es una mierda y no me gusta». Pero eso no funciona cuando todos somos iguales y hemos empezado en esto juntos.

Aunque Tony era nuestro líder no oficial, la manera en que componíamos era que cada uno hacía lo suyo, y su territorio era intocable. Nadie le decía a Bill dónde poner un redoble, ni a Geezer qué línea de bajo debía tocar porque te mandaban a la mierda —si tenías suerte— . En un mal día te ibas con un ojo morado. Para mí eso significaba que, cuando Tony me daba un *riff* para ponerle voz, yo podía inventar la melodía que quisiera. Eso sí, si no estaba en mi registro, no había manera de que pudiera pedir otra tonalidad. Hasta que conocí a Randy ni siquiera sabía que eso se podía hacer. Nunca nadie me había enseñado a hablar en esos términos musicales.

Otra cosa de nuestra forma de trabajar era que —al menos al principio— nunca tuvimos un local de ensayo propio, ni un estudio con nuestro propio equipo. Teníamos que colarnos en salones parroquiales o centros comunitarios, dondequiera que pudiéramos montar los instrumentos y tocar el tiempo suficiente para sacar una canción. Luego la probábamos esa misma noche en un concierto. Así se escribió la mayor parte de *Black Sabbath*. Nos obligaba a ser

espontáneos. Y como no había un contador de estudio corriendo, podíamos arriesgar más. Si algo no funcionaba, lo sabías enseguida porque veías al público empezar a ponerse inquieto.

En cuanto a las letras, casi siempre empezaban improvisadas. Hay un antiguo vídeo nuestro en YouTube de nosotros tocando en París, en 1970, por Navidad. Fue en L'Olympia, donde los Beatles habían dado una serie de conciertos antes de irse a Norteamérica. Cuando veo esa actuación, sé que me estoy inventando las palabras sobre la marcha. En «Fairies Wear Boots», muchas de las frases que se me ocurrieron frente al micro acabaron en la versión final de la canción. La mayoría de las veces, sin embargo, una vez tenía la melodía con lo que se me ocurriera en el momento, Geezer se las llevaba y escribía algo mucho más serio, convirtiéndolas en poemas increíbles. Y menos mal, porque si no, la entrada de «War Pigs» aún diría: «Satanás busca a sus pecadores / después de mirar en los contenedores».

A lo largo de los años, mucha gente me ha preguntado: ¿por qué no escribir primero las letras? Pero la verdad es que resulta mucho más fácil encajar palabras en una melodía que al revés. Para mí, cuando alguien escribe una novela y luego intenta ponerle música, se nota. Suena forzado, o como si intentaras parecer ingenioso. Las palabras de Geezer siempre sonaban naturales, por eso nunca envejecieron.

Siempre me asombraron los colores abstractos y los estados de ánimo que Geezer era capaz de crear con sus palabras. Los primeros versos de «Behind the Wall of Sleep» me ponen la piel de gallina cada vez que los escucho. A veces, me leía sus letras por teléfono, y yo me quedaba en plan: Geezer, ¿qué coño fumas?

La manera en que juzgábamos si una canción valía era: si te recorría un cosquilleo por la espalda mientras la tocabas, sabíamos

que teníamos un temazo. Y una y otra vez, Tony sacaba *riffs* que lograban eso. Después de que nos enseñara «Iron Man», recuerdo que le dijimos: «Vale, no hay forma de que superes esto». Y al día siguiente se sacó de la manga «War Pigs», y al otro «Hand of Doom». Y así, disco tras disco.

La batería de Bill también fue una gran parte de lo que nos hacía especiales. De chaval, creo que la tocaba mientras escuchaba los discos de las big bands —Count Basie y ese rollo— y nunca dejó de aportar esas influencias a Sabbath. Se nota en «Wicked World», cuando está a los *charles*, antes del *riff* inicial. La gente piensa que el jazz y Sabbath no tienen nada en común, pero si pones atención, está ahí. Incluso hay una banda de jazz que hace versiones de Sabbath ahora. No es coña. Se llaman Jazz Sabbath.

Lo único que más diré sobre la música de Sabbath es que nunca tuvimos una fórmula. No había un verso—estribillo, verso—estribillo. Cuando nos juntábamos en una sala, íbamos donde nos llevaran las sensaciones. Nuestra música era más pesada que la de cualquier otro grupo anterior a nosotros. Teníamos partes acústicas, psicodélicas, con orquestas, piano, un poco de sintetizador. Empezábamos una canción de una manera, nos íbamos a algo totalmente distinto y diez minutos después volvíamos al *riff* original.

Y funcionaba, tío. Simplemente funcionaba.

Bueno... hasta que dejó de hacerlo.

No quiero dedicar mucho tiempo a hablar de cómo me echaron de Sabbath. Fue hace mucho, estábamos todos muy jodidos y cada uno tiene su propia versión de lo que pasó. Sea como fuere, también tuvimos momentos geniales, así que, ¿para qué recrearse en lo malo?

Lo único que recuerdo de aquellos últimos días es volar de Londres a Nueva York, que me retuvieran en aduanas porque iba ciego, perderme algunas sesiones, soltarle a un periodista lo cabreado que estaba con la banda y, finalmente, llegar a aquella casa enorme de Los Ángeles donde íbamos a trabajar en el siguiente disco.

El ambiente lo noté raro en cuanto crucé la puerta. Y durante los días siguientes, por mucho que me levantara temprano y trabajara duro, nada de lo que hacía les gustaba..., hasta que al final entró Bill y me dijo que me largara, que estaba despedido. La razón, pues que bebía demasiado y tomaba demasiadas drogas. Lo cual tenía cojones, viendo cómo estaban los demás. Todo me pareció muy preparado de antemano, como si hubiera caído en una trampa. Y pensé: «Vale, que os jodan, me largo». Total, la música ya ni me llegaba. En mi opinión, estaban llevando lo del rollo *jazzy* demasiado lejos y eso, a mí, me dejaba frío, aunque lo cierto era que ya estaba quemado y desesperado por tomar un rumbo nuevo, por mi cuenta.

Aunque fue Bill quien me echó, era evidente que lo habían empujado a hacerlo. Lo triste es que, de todos los miembros de la banda, él era con quien más tiempo había pasado. Siempre que salíamos de gira por Estados Unidos, Tony y Geezer volaban de un lado a otro, mientras Bill y yo alquilábamos una de esas autocaravanas GMC y conducíamos de un bolo al siguiente. No era un autobús de gira de verdad, más bien el típico cacharro que alquilaría una familia para hacer un viaje por carretera. Nos lo pasábamos de puta madre en aquellos cacharros, tío. Fueron de los días más despreocupados de mi vida. Eso sí, glamuroso no era. Una de las GMC que pillamos tenía un agujero en el depósito de gasolina y el retrete químico no tragaba ni a tiros. Difícil saber qué olía peor,

si el combustible o los zurullos de Birmingham macerando durante semanas.

Todas las mañanas Bill tenía el mismo ritual. Se tomaba una taza de café, un vaso de zumo de naranja, una pinta de leche y luego una cerveza. Siempre en ese orden. Decía que el café era para despertarse, el zumo le daba las vitaminas del día, la leche le forraba el estómago para todo el alcohol que vendría después, y la cerveza era para volver a dormirse. Y no bromeaba con lo de la cerveza. Se la bebía de un trago después del desayuno. Luego, se tumbaba de nuevo en la litera y no se despertaba hasta que llegábamos al siguiente bolo, salvo que la GMC se averiara, claro, lo cual pasaba un día sí y otro también.

Probablemente, uno de los peores momentos viajando de esa manera ocurrió en pleno invierno. Debíamos de estar cerca de la frontera canadiense. Jamás he pasado tanto frío ni me he mojado tanto en mi vida. Durante el día había caído una ventisca que se había convertido en lluvia helada. Así que allí estábamos, tiritando al borde de la carretera, intentando arrancar la GMC, cuando se para un hombre mayor con un Jeep y nos dice: «Me parece que voy en vuestra dirección, ¿queréis que os lleve?». Así que claro, nos subimos pensando que sería una hora hasta el bolo, pero resultaron ser cuatro o cinco. Y para colmo, el Jeep tenía la capota de lona rota, así que era como estar a la intemperie. Para cuando llegamos, rozábamos la hipotermia. No tengo ni puta idea de cómo fuimos capaces de tocar ese concierto.

Otra vez, estábamos en un bar antes de un concierto, y Bill decidió que ya era hora de irse. Así que empezó a darme golpecitos en la nuca, diciendo: «¡Vámonos, Ozzy, vámonos!». Pero yo estaba a gusto con mi cerveza y quería quedarme, así que aquello acabó en una pelea a puñetazos. En cuanto el camarero nos vio forcejeando,

nos separó y nos echó a los dos. Y claro, seguimos la pelea en el aparcamiento. Y Bill iba tan borracho que, mientras yo le soltaba hostias, se puso a hacer una imitación ridícula de Harry Carpenter:[1]

— ¡Y AQUÍ ESTAMOS EN… DONDE COJONES SEA… CON EL INVICTO WILLIAM WARD ENFRENTÁNDOSE AL ASPIRANTE, JOHN OSBOURNE!

¡Paf! Conseguí meterle un derechazo, pero Bill apenas se inmutó. Seguía esquivando y cabeceando, con la cara ensangrentada, diciendo:

—¡Y OSBOURNE CONECTA UN DIRECTO, PERO FALLA EL CRUZADO DE DERECHA, Y WARD SIGUE EN PIE. ESTO SÍ QUE ESTÁ REÑID…!

¡Paf! Otro.

Esa vez, Bill cayó redondo.

«Por fin —pensé—. Por fin he conseguido callar a este cabrón.» Pero de repente se levantó de un salto, gritando:

—¡¡¡Y WARD SIGUE EN LA PELEA!!! ¡¡¡PERO PODRÁ RESISTIR LA…!!!

¡Paf! Otro más.

Y ya no se volvió a levantar.

Una hora después estábamos tocando en el concierto, los dos con los ojos morados y con un par de dientes menos.

Estábamos chiflados, los dos. Completamente zumbados.

Mi último recuerdo de la GMC fue de cuando, por fin, convencí a Bill de que había que vaciar el depósito de mierda. Estábamos en uno de esos campings para autocaravanas y me negaba a volver a subir hasta que hiciéramos algo con aquel olor. Me estaban saliendo llagas en la cara por culpa de aquel pestazo. Además, estábamos ya casi al final de la gira, y la empresa de alquiler había sido clarísima al decirnos que querían la GMC en perfecto estado. Incluso nos habían dado una pequeña lección sobre cómo usar la bomba séptica, pero claro, ninguno de los dos les hizo caso.

Bill estaba medio pedo, como siempre, pero su hermano Jim andaba por allí, porque nos estaba ayudando a conducir. El camping estaba vacío, de manera que no había nadie que pudiera echarnos una mano. Al final encontramos la estación de vaciado y la manguera industrial que necesitábamos para succionar los zurullos. El problema era que no sabíamos dónde estaba la conexión de la camioneta. ¿En la cabina? ¿Bajo el capó? ¿Junto al depósito de gasolina?

—¿Por dónde coño sale la mierda? —no paraba yo de preguntar.

—¿Dónde coño está Bill? —era todo lo que repetía Jim— . Pero si estaba aquí hace un minuto.

Al final, encontramos lo que creíamos que era la conexión en el suelo de la GMC, así que desenroscamos el tapón y metimos la manguera a la fuerza. Jim se subió al asiento del conductor, arrancó el motor y tiró de la palanca de «Vaciar depósito séptico». De repente, el motor empezó a rugir y oímos un zumbido, como cuando se activa una bomba, pero estaba claro que no salía nada por la manguera. Jim apagó el motor y nos quedamos mirándonos como bobos.

Y entonces, desde algún lugar bajo la GMC, se oyó una voz ahogada, como gorgoteante.

—¡Bill!

—¡Ozzy! —me gritó— . ¡Dile a Jim que estoy de mierda hasta el cuello!

Resultó que Bill se había metido debajo de la GMC para buscar la salida del depósito y había estado ahí todo el tiempo. También había encontrado la puta conexión y había desenroscado el tapón, listo para conectar la manguera. Pero la manguera la teníamos nosotros, no él. Y como iba pedo, debió quedarse dormido un momento. Mientras tanto, nosotros habíamos enchufado la manguera al

depósito del limpiaparabrisas o yo qué sé. El caso es que, cuando vaciamos el séptico, lo vaciamos encima de Bill.

Cuando por fin salió de debajo de la GMC, estaba cubierto de pies a cabeza de aquella mierda azul del váter químico, escupiendo trozos de no quieras saber qué. Pero no parecía importarle demasiado porque se lavó con una manguera y se quedó tan pancho.

«Bueno, al menos hemos vaciado el depósito», pensé.

Cuando nos marchamos y miramos por el retrovisor vimos que había una silueta azul de donde Bill había estado tumbado, y que estaba rodeada de un charco azul, lleno de grumos asquerosos.

A estas alturas, el pobre Bill debe de llevar sus buenos cuarenta años sobrio. Que Dios lo bendiga.

Pero, joder, tío. Qué bien nos lo pasamos.

Bill no aguantó mucho más que yo en Sabbath. Por lo que sé, estaba en un momento muy jodido con la bebida, y un día simplemente desapareció antes de un concierto. Durante mucho tiempo me molestó que siguieran adelante con el mismo nombre, pero con otro cantante. Ojalá lo hubieran llamado Black Sabbath II o algo así. Para mí, la voz es la parte más obvia del sonido de una banda, así que no es lo mismo sustituir al cantante solista que a cualquier otro miembro. Vale, a veces funciona. Brian Johnson hizo un trabajo cojonudo al sustituir a Bon Scott en AC/DC. Pero nunca es lo mismo. Si has sido fan de una banda desde el principio, lo más probable es que prefieras al cantante original. Incluso cuando un grupo cambia de nombre después de mandar a la mierda a su vocalista, la cosa puede resultar rara. Me acuerdo cuando Slash y los de Guns N' Roses se separaron de Axl Rose y formaron Velvet Revolver con Scott Weiland, de los Stone Temple Pilots. Sería a principios de

2.000, justo cuando *The Osbournes* empezaba a despegar. Un día entré en el Polo Lounge, en Beverly Hills, y allí estaban todos. Yo no conocía demasiado a Slash en aquel entonces, y como estaba tan jodido porque una de mis bandas favoritas se había separado, metí bien la pata. Les solté:

—¿Sabéis? En toda mi carrera, solo ha habido un puñado de grupos que hayan llegado al nivel de Guns N' Roses. Son los Beatles, los Stones, Led Zeppelin... y poco más. ¿De verdad no podíais haber arreglado las cosas?

No gané ninguna medalla diplomática con ese comentario, desde luego. Pero es que yo amaba *Appetite for Destruction* con toda mi alma, ¿sabes? Para mí era uno de esos discos perfectos que solo aparecen unas pocas veces en cada generación. Recuerdo escucharlo por primera vez y pensar: «Vale, aquí está todo lo que hace falta». Cuando se separaron, pensé que era definitivo, que jamás volverían a reunirse. Me quedé alucinado cuando regresó con *Chinese Democracy*, veinte años después o así. Al parecer, fue el disco más caro de la historia. Pero cuando dejas pasar tanto tiempo, es difícil recuperar la chispa. La gente suele tener la cabeza en otro sitio.

Ahora que lo pienso, Axl Rose también cambió de banda más tarde, sustituyendo a Brian Johnson en AC/DC durante algunos conciertos. Me quito el sombrero ante él por eso. Para reemplazar a Brian, tienes que meterte los cojones en un tornillo de banco y ponerte un cohete en el culo. Cantar así, noche tras noche... No sé, tiene que ser una tortura, colega. Necesitas ropa ignífuga y un aparato de respiración.

La única vez que me pidieron sustituir a otro cantante fue más o menos por la misma época en que le solté la burrada esa a Slash

sobre la ruptura de Guns N' Roses. Estaba en casa, en la cocina, y sonó el teléfono. Lo cojo, y al otro lado una voz dice:

—¿Oigaaa?

Fuera quien fuese, sonaba como si llevara unas cuantas copas de más.

—¿Quién coño crees que es? —le solté— . ¿Y tú quién cojones eres?

—Oh, hola, Ozzy —me dice— . Soy Eddie. ¿Quieres cantar unas cuantas canciones con nosotros?

—¿Eddie? —dije— . No conozco a ningún Eddie...

—Sí que me conoces, tío. Soy Eddie. ¡Eddie Van Halen!

No me lo podía creer. Hacía años que no lo veía. Nos pusimos a charlar, y resulta que Dave Lee Roth había dejado el grupo —o tal vez fuera Sammy Hagar el que estaba a la voz en ese momento, no lo recuerdo— y Eddie quería que yo lo sustituyera. Pensé que estaba de coña. Si solo oírlo por teléfono ya sabías que estaba medio ido de la olla. En cualquier caso, en cuanto Sharon se enteró, se montó en el coche y se fue directa a su casa. Y muy amablemente le dijo que yo no podía hacerlo, porque tenía mi propia carrera.

Lo que quiero decir, supongo, es que en los años desde que me largaron de Sabbath he aprendido que, en este negocio de la música, si aguantas lo suficiente, pasan cosas de todo tipo. Y, viéndolo en retrospectiva, que me echaran de Sabbath fue lo mejor que me pudo haber pasado. Y desde luego también lo mejor que les pasó a ellos. Cuando contrataron a Ronnie James Dio para sustituirme, se encontraron con que tenían algo que demostrar. Y yo también. Y eso nos devolvió el hambre justo cuando más necesitábamos sentirla.

Vale, he dicho muchas cosas feas sobre Dio a lo largo de los años, y nunca he sido capaz de sentarme a escuchar ninguno de los discos

que grabaron con él. Sabbath está demasiado cerca de mi corazón, ¿entiendes? Pero la verdad es que era un buen cantante. Él no era yo, y yo no era él. Pero no fue como si de repente hubieran perdido el rumbo tras mi marcha porque no lo perdieron. Lo cierto es que hay gente que ha descubierto a Sabbath gracias a los discos con Dio, y luego ha ido retrocediendo hasta *Paranoid* y *Black Sabbath*. Así que sí, me ha costado un tiempo. Pero a la venerable edad de 76 años, creo que por fin he hecho las paces con todo aquello.

Siempre me fastidió que *Never Say Die!* fuera mi último álbum con Sabbath. Por eso, volver con ellos para grabar *13* fue algo que sentí que debía hacer. Sabía que aún nos quedaba un último gran disco dentro. Y en 2011, aquello era un ahora o nunca. Ninguno estábamos rejuveneciendo, precisamente.

Ya habíamos tenido algunas reuniones a lo largo de los años, claro. Unas más exitosas que otras. La primera fue en la cita de Filadelfia del Live Aid*,* en 1985. Me alegro de haberlo hecho, porque era por una buena causa. Pero no fue precisamente un reencuentro feliz. Para empezar, nos pusieron a las diez de la mañana, entre Billy Ocean y los Four Tops. Y encima era mi época de alcohólico a pleno rendimiento, así que no estaba en mi mejor momento y, además, estaba gordísimo. Para colmo, me notificaron una demanda al entrar en el recinto. ¿Quién coño hace eso, y encima en un concierto benéfico? Tenía que ver con mi ruptura con Jet Records. No recuerdo los detalles. Un tío salió de la nada y me plantó los papeles en la cara. Don y Sharon llevaban años peleando por aquello.

En cambio, la reunión de finales de los años noventa fue mucho más feliz, cuando nos juntamos para hacer unos conciertos en el NEC de Birmingham, que salieron en el doble álbum *Reunion*.

También hicimos unas cuantas Ozzfests en la época de *The Osbournes*.

De todas maneras, cuando intentamos grabar un nuevo disco nunca llegó a cuajar. Lo intentamos una vez, después de *Reunion*, pero durante una de las primeras sesiones en los estudios Rockfield —los mismos de donde me largué en 1977, antes de volver para *Never Say Die!*—, Bill sufrió un problema cardíaco grave. Siempre nos habíamos cachondeado de su salud, y Bill era un bromista empedernido, así que cuando empezó a quejarse de que le dolía la mano —incluso me pidió que se la masajease—, pensamos que estaba tomándonos el pelo. Luego apareció una ambulancia —pasó a toda hostia junto a nosotros, con la sirena a tope, mientras nos fumábamos un cigarrillo bajo la lluvia— y nos dijimos: joder, este tío se está tomando la broma demasiado en serio. Pero era grave de verdad. Casi lo perdemos.

Cuando Bill salió por fin del hospital, los médicos le dijeron que no podría trabajar durante un año. Y para cuando volvimos a pensar en lo del álbum, ya todos estábamos liados con otros proyectos, y la cosa simplemente se diluyó.

Por raro que suene, el álbum que acabaría siendo *13*, en realidad, empezó a gestarse a finales de los años ochenta, cuando el productor Rick Rubin me llamó un día, como caído del cielo. No mencionó nada de grabar un disco, simplemente me invitó a su casa en Laurel Canyon, en las colinas de Hollywood, para pasar el rato. La verdad, yo no sabía gran cosa de Rick, más allá de que era el tipo que había producido *Walk This Way* de Run-D.M.C. y Aerosmith, y también aquel primer disco de los Beastie Boys. Ambos habían sido éxitos enormes, así que Rick estaba en la cresta de la ola en aquel momento. Todo el mundo quería trabajar con él.

No tardé en darme cuenta de que Rick estaba obsesionado con Sabbath. Recuerdo llegar a su mansión de estilo español, escondida en una calle estrecha, con unas vistas épicas de Los Ángeles. Tenía unos altavoces enormes y estaba poniendo temas de nuestro primer disco. Lo raro era que también había estatuas de Buda por todas partes, y un cartel que decía: SILENCIO, POR FAVOR: MEDITACIÓN EN CURSO. Pensé: «A este tío le falta un tornillo».

Rick estaba gordo por aquel entonces, como un luchador de sumo, con el pelo largo y la barba aún más, aunque no toda plateada como ahora. Y, como siempre, iba descalzo. Jamás lo he visto con zapatos. Lo primero que le solté, lo recuerdo muy bien, fue:

—Hola, Rick, ¿qué tal una buena esnifada?

Era finales de los años ochenta, hay que tenerlo en cuenta. Cada vez que conocía a alguien, fuese quien fuese, daba por hecho que estaba hasta arriba de coca, a punto de meterse coca o de bajón, lo que significaba que se le había acabado la coca y necesitaba más coca. Pero Rick era distinto.

—Deberías dejar esa mierda, colega, te va a matar —me dijo.

—Ah... vale —le respondí, intentando no sorberme los mocos demasiado fuerte, aunque la nariz me goteaba como un grifo roto por toda la pólvora que le había metido— . Perdona, Rick: ¿dónde está el baño?

—Al fondo del pasillo.

—Ahora vuelvo.

Y allá que me fui, esnifando todo el camino.

Nunca había conocido a nadie como Rick. No fumaba. No bebía. No se metía cocaína ni ninguna otra droga. Aunque alguna hamburguesa se metería de vez en cuando, supongo. Vamos, para

un tipo de clase obrera como yo, era difícil de entender. Aparte de escuchar música, ¿qué hacía este tío para divertirse?

De todos modos, el problema entre nosotros no era ese. El problema era que Rick quería que los de Sabbath nos juntáramos para grabar un disco nuevo, y yo todavía tenía la espina clavada de que me hubieran echado, aunque de eso ya hubiese pasado casi una década.

—Ozzy, dime una cosa —me dijo Rick— . ¿Hay alguna posibilidad de que podáis arreglar las cosas entre vosotros?

—Ni de puta coña —le respondí.

—Vale —dijo—, ¿entonces me haces un favor?

—Claro.

—Si algún día llegáis a reuniros, ¿me llamarás?

—Rick —le dije—, es que no va a pasar.

—Lo entiendo, Ozzy, lo entiendo perfectamente —insistió— . Pero si ocurre, ¿me llamarás?

—Vale, pero como te digo...

—Eso es todo lo que necesito.

Cada vez que veía a Rick después de aquello, me cogía y me susurraba: «¡No olvides nuestro trato!». Literalmente, cada puta vez, durante los siguientes veinticinco años o así. Hubo un par de intentos fallidos por el camino, como cuando nos juntamos en el estudio antes y después del problema cardíaco de Bill, pero parecía que el momento nunca iba a llegar. Y al fin, cuando *The Osbournes* terminó su última temporada, y Tony acabó su última gira con Dio y su banda, Heaven & Hell, parecía que había llegado el momento. También ayudó el hecho de que por fin resolviéramos quién controlaba el nombre de Black Sabbath: Tony y yo nos lo repartimos a medias.

Por supuesto, tardaron como cuatro segundos en aparecer las primeras grietas.

El primer problema era que mi ego estaba desbocado y yo empezaba a recaer en mis viejos hábitos. El segundo problema era que, como en su día nos habían estafado tanto, Bill tardaba muchísimo en aceptar cualquier trato. Además, quería ir a partes iguales, lo cual me parecía un poco descarado, porque llevaba mucho tiempo sin tocar en directo. Luego solté algún comentario a la prensa sobre eso, hubo una bronca con Sharon, todo se puso feo y al final seguimos adelante sin él. Aquello dañó mucho mi relación con Bill, tanto que dejamos de hablarnos. Lo he lamentado profundamente.

El caso es que, cuando empezamos a discutir, Bill se lo tomó muy a pecho. Y era comprensible. Los sentimientos en una banda son profundos, sobre todo cuando se ha empezado siendo poco más que críos. Sin embargo, con Tony era distinto, se ponía muy serio y me decía: «Ozzy, no es tu puta banda». Y con eso me dejaba seco. Aunque Sabbath nunca tuvo un líder oficial, extraoficialmente siempre fue Tony. En cuanto a Geezer, la verdad es que no sé qué pasó con su contrato, pero llegó a un acuerdo. Seguramente, lo dejó en manos de su mánager.

La cuestión es que, con los años, Tony se ha hartado de mí, y yo de él. Y lo mismo ha pasado con Geezer y con Bill. Aun así, siempre hemos vuelto a juntarnos. Y siempre lo haremos.

Con *13*, sin embargo, Bill se quedó fuera.

Fue una pena para todos, y creo que ninguno deseaba que hubiese sido así.

Una vez cerrados los acuerdos y con Bill oficialmente fuera, llegó el momento de empezar a escribir material. Por suerte, mi buen amigo

Tommy Clufetos estaba disponible, así que se encargó de la batería mientras ensayábamos juntos y dábamos forma a nuestras ideas. Empezamos en mi estudio de casa, en Los Ángeles. En esa época yo vivía en un sitio llamado Hidden Hills, una urbanización cerrada cerca de Calabasas, entre las colinas al oeste de la ciudad, justo al otro lado de la montaña, al otro lado de Malibú. Lo primero que noté cuando Tony voló a verme fue lo delgado que estaba. Él decía que no era nada. Pero yo le dije: «Tony, cuando vuelvas a Inglaterra, tienes que ir al médico». Fue entonces cuando descubrió que tenía linfoma. Pero no hay quien tumbe a Tony, colega. Es un luchador, como todos nosotros. Simplemente, trasladamos los ensayos a Inglaterra mientras él pasaba por la quimio y la radio. Incluso diré que todo eso nos dio aún más ganas de terminar el disco y que fuese la hostia.

Cuando Rick se involucró de lleno, dijo que quería probar con otro batería, alguien que no fuera tan de «rock puro y duro», según sus palabras. No paraba de sugerir a Ginger Baker, que había estado en Cream y también en Hawkwind, un tiempo, con mi gran amigo Lemmy Kilmister, que en paz descanse. Pero Baker estaba aún más loco que yo. Vamos, que hay un documental sobre él, titulado *Beware of Mr. Baker*, donde sale rompiéndole la nariz al director con un bastón metálico, en su casa de Sudáfrica. Y eso fue después de que lo hubieran echado de todos los demás países. Tampoco creo que hubiese aceptado el curro. Estaba chiflado. En una gira habría sido una bomba de relojería.

Al final nos quedamos con Brad Wilk, de Rage Against the Machine. Para mí, Brad es todo lo rockero que se puede ser, pero Rick decía que tenía un aire más *jazzy*, más *swing*. Nunca me sentí cómodo con esa decisión. Todo el mundo estaba encantado con

Tommy hasta que Rick apareció con otras ideas, así que, durante un tiempo estuve bastante mosqueado por eso.

Las sesiones de grabación de *13* empezaron en agosto de 2012 en los Shangri-La Studios, junto a la carretera del Pacífico, en Malibú.

Por lo que oí, Rick acababa de comprar el estudio y había pintado todas las habitaciones de blanco, antes de nuestra llegada, para que aparentara que empezábamos de cero. Al parecer, había sido el estudio de Bob Dylan y, antes de eso, un burdel. Supongo que por eso las habitaciones seguían teniendo paredes de espejos, y también conservaba el bar tapizado en cuero donde los clientes elegían a la chica que querían. Mientras tanto, el viejo autobús de gira de Dylan seguía aparcado en el césped de delante. Según Rick, Dylan lo había dejado allí tras una gira en los años sesenta, y ahora servía de sala de control del estudio, lo cual era bastante guay. Incluso tenía un pequeño espacio acolchado al fondo para escuchar las mezclas. Detrás de la finca, me enteré después, había un granero donde vivía, ya retirado, el protagonista de una telecomedia llamada *Mister Ed*. Yo pensaba que el pobre tipo debía de estar arruinado para acabar viviendo en un establo, pero alguien me explicó que *Mister Ed* era un caballo. Debe de ser que en Inglaterra nunca emitieron esa serie.

Cuando ya nos habíamos instalado del todo y empezamos a grabar, Rick se convirtió en nuestra especie de gurú oficial. Siempre andaba descalzo, en camiseta blanca y pantalones cortos negros. Todo aquello era rarísimo, tío. Mientras trabajábamos en los temas, él se tumbaba en una esquina y decía: «Esto me gusta..., esto no». No tenía pelos en la lengua. A veces, me preocupaba la reacción de Tony. Le mosquea que le digan lo que tiene que hacer. Y desde luego no soporta que nadie se meta con su guitarra. He visto a

gente intentarlo a lo largo de los años, y casi siempre terminaban recibiendo un gancho de izquierdas.

Rick no paraba de repetir que quería que volviéramos al primer álbum de Black Sabbath. Pero *Black Sabbath* y *Paranoid* eran básicamente discos en directo. Tenían esa soltura, esa frescura. En esa época, nos limitábamos a montar los equipos y a darle al «Rec». También insistía en: «No quiero que escribáis nada alegre». Eso me tocaba un poco los cojones. Me recordaba a cuando la gente no entendía a Black Sabbath y pensaban que éramos una especie de grupo de Halloween.

El caso es que solo puedes hacer cierto número de canciones como «Iron Man» antes de que cansen. El error de muchas bandas es decir: «Aquel tema, "Smoke on the Water", fue un exitazo, vamos a hacer otro igual, pero con un *riff* un pelín distinto». Y eso caduca, y muy rápido. Hay que seguir adelante.

El cáncer de Tony no facilitaba las cosas. Pero él seguía, incluso durante los tratamientos, que al final se alargaron unos cuantos años hasta que la enfermedad empezó a remitir. Mientras tanto, Geezer trabajaba las letras día y noche. Y cumplió. No había perdido ni un gramo de su talento con las palabras.

La primera vez que me llevé las mezclas en bruto a casa pensé: «Rick está chiflado». Aquello no sonaba bien. Me dije: «Tengo que hablar con él, necesitamos un cambio de dirección». Pero con el tiempo me di cuenta de que lo que tenía que hacer era dejar mi ego en la puta puerta. El caso es que los discos son algo muy personal. Son como tus hijos, en cierto modo. Cuando tienes una visión en la cabeza, puedes volverte loco intentando que salga exactamente como la imaginas. Es agotador. Te drena por completo. Al final tuve que soltarlo, sobre todo porque era un disco de Sabbath, y había más gente implicada.

Me pasaba todo el tiempo en la cabina. Me curraba una canción quinientas veces, y Rick decía: «La última ha estado genial, Ozzy. Dame una más». Y yo pensaba: «Pues no será tan genial si todavía quieres otra». Pero así era Rick. Llegó un punto en que decidí dejar de luchar contra él y le dije: «Vale, Rick, lo que tú digas. Si quieres otra, tendrás otra».

Y no se puede discutir lo bien que salió *13*. Fue el primer álbum de nuestra carrera que entró directo al número uno en el Reino Unido y Estados Unidos, además de un montón de países más. Ganamos un Grammy. Incluso las críticas fueron buenísimas, y eso que yo no las leo. Sin embargo, cuando salimos de gira con el álbum, ya no fue como en los viejos tiempos. Llegábamos al recinto, probábamos el sonido, y luego cada uno se iba a su camerino. Yo tenía a mi gente conmigo. Ellos tenían la suya. Nada de almuerzos juntos ni de rollos divertidos en plan banda. Te sentías como un mercenario al que hubieran contratado. No había sensación de camaradería. A Geezer no le vi el pelo. Su mujer tenía algún problema con Sharon, así que estuvo muy frío conmigo en casi toda la gira. A Tony lo veía de vez en cuando. Pero la mayoría de las veces parecía que lo único que queríamos todos solo era acabar y largarnos.

Supongo que tampoco ayudó que, una vez terminado el álbum, yo dijera: «Si Tommy no está en la batería para la gira, no contéis conmigo». Provoqué un montón de mal rollo cuando solté eso. Brad incluso me llamó y me preguntó:

—¿Por qué no quieres que salga de gira con vosotros?

Y lo único que pude contestarle fue:

—Brad, si tú fueras Tommy, y hubieras participado en la composición de las canciones y luego Rick te hubiera dicho que te quería fuera, ¿cómo te sentirías?

No tuvo respuesta. Porque no la había. La verdad es que Brad hizo un buen trabajo en el disco. Pero en mi cabeza, Tommy debía haber estado ahí desde el principio, y se merecía estar en la gira.

Al mismo tiempo, reconozco que yo estaba tan acostumbrado a hacer lo mío y a tener mi propia banda que me resultaba muy difícil no tener el control. Quizá por eso el ambiente en el escenario nunca fue del todo bueno.

Viéndolo ahora, mi manera de comportarme también tenía que ver con que mis viejas inseguridades habían vuelto a morderme el culo. Nunca había tenido la paciencia de aprender a tocar un instrumento —aparte de la armónica—, de modo que siempre me había sentido inferior, ¿sabes? Como si yo no fuera más que el cantante, y Tony, Geezer y Bill fueran los músicos de verdad, así que no tenía mucho que decir sobre lo que pasaba.

Eso no era así —o al menos no lo era todo el tiempo—, pero es como me había sentido desde los 20 años. Cuando me echaron de Sabbath y me convertí en solista, me libré de esos fantasmas. Pero estando juntos otra vez, era como si nunca me hubiera ido, y todas esas viejas tensiones regresaran de golpe.

No quiero que suene como si me arrepintiera de haberlo hecho. No me arrepiento. El álbum y la gira tuvieron más éxito del que cualquiera de nosotros habría podido soñar jamás. Pero habría sido mucho mejor si hubiese habido buen rollo, y si Bill hubiera estado allí. Tommy hizo un gran trabajo a la batería, que nadie me malinterprete. Pero él mismo sería el primero en admitir que no era Bill y nunca podría serlo.

9

MUERTO PARA NAVIDAD

Cuando tiré la toalla con mi recuperación, fue Kelly quien se dio cuenta de lo que yo tenía que hacer. Tenía que levantar el culo del sofá y volver al trabajo. Y si no podía salir de gira, eso significaba meterme en el estudio. Cantar también ayudaría a mis cuerdas vocales. Y sería mucho más divertido que pasarme el día haciendo una y mil veces «ba, ba, ba» y «la, la, la» con mi logopeda. Pero lo cierto era que no me interesaba.

—Si no voy a hacer un disco, ¿qué sentido tiene? —le dije— . Solo haría perder el tiempo a todo el mundo.

—En realidad —me dijo Kelly—, conozco a alguien que quiere cantar contigo.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es ese?

—Post Malone.

Lo pensé un segundo.

—Eso suena interesante —dije— . Solo tengo una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Quién coño es Post Malone?

—¡Ay, por el amor de Dios, papá! —exclamó, sacando el móvil y poniéndome «Sunflower».

Vale, ya sabía quién era. Esa canción me encantaba. Como casi todo el mundo, la había escuchado en la banda sonora de *Spider-Man: Into the Spider-Verse*. Fue uno de esos éxitos descomunales,

tipo «Sweet Child O' Mine», que no podías evitar durante dos años seguidos. Vendió como veinte millones de copias o algo así. Post era claramente un tío con mucho talento, y uno de los nombres más importantes del momento. Pero yo estaba tan jodido que no creía que de verdad quisiera que hiciéramos algo juntos.

—¿De veras quiere cantar conmigo? —pregunté.

—¡Sí! Es fan tuyo desde niño, de todo: de Sabbath, de *Blizzard of Ozz*. Tenemos un amigo en común que es productor, y todo el mundo piensa que sería increíble. Papá, tienes que hacerlo.

—Bueno, está bien —dije, empezando a calentarme con la idea— . Pero ¿antes no tendríamos que escribir una can...?

No terminé la frase porque Kelly ya me estaba abrazando, saltando de alegría con lágrimas en los ojos.

Era un cambio de papeles extraño eso de que Kelly cuidara de mí. Porque, vale, yo habré sido un padre bastante ausente en muchos sentidos, pero cuando Kelly era adolescente, nos dio a Sharon y a mí más de un quebradero de cabeza. Recuerdo una época en que me llegaban facturas de treinta y cinco o cuarenta mil dólares del hotel Beverly Hills. Aterrizaban todos los meses, una tras otra, y yo simplemente las pagaba. Hasta que al final pensé: «Esto no puede ser solo por las comidas ocasionales con Sharon en el Polo Lounge». Así que me acerqué al hotel, hablé con el director y me dijo:

—Ah, sí, Kelly trae aquí a todos sus amigos después del colegio y les invita a cenar con su cuenta.

Y yo le solté:

—Pero ¿qué coño comen, lingotes de oro?

Sí, Kelly es igualita a su padre. Ni me imagino el calvario que debí de hacer pasar a mis propios padres, sobre todo cuando acabé en la cárcel.

Y ahora ahí estaba yo, clavado en casa, en la cama o tumbado en una camilla de tracción, mientras Kelly, Jack y Aimee salían a ganarse la vida y a la vez hacían el papel de cuidadores. Lo mismo que Sharon, que trabajaba en aquel programa de televisión suyo, *The Talk*, cinco días a la semana, un ritmo agotador. Llegaba al fin de semana destrozada, pero, aun así, encontraba tiempo para organizarme todos los tratamientos. Me sentía culpable, ¿sabes? Como si no estuviera cumpliendo con mi papel, que siempre había sido mantener a mi familia, sin importar el estado en que me encontrara. Era como si le estuviera fallando a todo el mundo: a mi familia, a mi banda, al equipo. Y, sobre todo, a los fans. Lo peor era sentirme una carga para todos a mi alrededor. Cuando eres de clase obrera, si no estás fichando, sientes que los demás tienen que doblar turnos para cubrir tu vagancia.

Mientras tanto, mis cuidados a tiempo completo estaban drenando la cuenta del banco como nunca antes. Y todavía no le habíamos contado a los fans qué cojones pasaba con mi salud. Por extraño que suene, viniendo de un tío que ha mentido toda su vida sobre sus adicciones, detesto los secretos. Los odio. Te pesan como una losa. Y la verdad era que se me estaban acabando las excusas para no salir de gira. Por eso medio internet estaba convencido de que ya había palmado.

No podía creer lo rápido que salió lo de la canción con Post Malone.

Lo primero que hizo Kelly fue presentarme a su amigo productor, Andrew Watt. Tenía veintitantos por entonces, pero ya había estado en una banda con Glenn Hughes, de Deep Purple. También había trabajado con Lana Del Rey y con Post en su álbum *Beerbongs & Bentleys*. No sé cómo se hizo amigo de Kelly, creo que se conocieron en una fiesta. Y como Andrew sabía que Post era un loco del *heavy*

metal, y obviamente sabía que Kelly era mi hija, un día la llamó y le dijo:

—¡Ozzy y Post deberían trabajar juntos!

Con Andrew conecté de inmediato. Es un apasionado de la música y toca la guitarra como los mejores. Aunque no voy a fingir que no parecía un crío. Nació en 1990. Tengo calcetines perdidos detrás del sofá que son más viejos que él. Además, tiene una capacidad de atención que me hace parecer el tipo más paciente del mundo. Cuando fui al estudio que tenía en su casa de Beverly Hills —en el sótano, con gruesas alfombras persas en el suelo, guitarras en la pared, teclados *vintage* por todas partes y un montón de pantallas de ordenador—, no paró quieto: tocaba la batería en el aire, seguía el ritmo con la cabeza y era incapaz de estar sentado dos minutos Y cuando se sentaba, se quedaba pegado al móvil, como todo el mundo de su edad. Por un momento pensé que era un colgado. Ya te digo. Me alegro infinito de haber crecido sin esos cacharros. Puede que la vida fuera más despacio, pero al menos podías detenerte a oler las rosas de vez en cuando, en lugar de estar todo el rato mirando una pantallita. Bueno, la verdad es que en Aston no había muchas rosas. Lo que olíamos era carbón y amoníaco.

En algún momento, Andrew me mandó por correo una versión preliminar del tema. Me encantó la vibra desde el principio: una canción oscura de desamor, con un estribillo enorme y un solo de guitarra de auténtico dios del rock. Se llamaba «Take What You Want». Andrew llevaba tiempo trabajando en ella con Post y con otro tipo, Billy Walsh, creo. Solo faltaba añadir las melodías vocales. Andrew también comentó que intentarían que el rapero Travis Scott hiciera un verso. De Travis tampoco sabía gran cosa entonces, y el hip hop no es lo mío, pero al investigarlo vi que era más que un rapero: tenía un sonido oscuro y futurista, con esa energía

característica de la primera fila de los conciertos. Kelly me contó que su vídeo de «Sicko Mode» tenía más de mil millones de visitas.

Cuando llegó el momento de grabar, Post no pudo estar en persona porque acababa de terminar una gira, pero se conectó por FaceTime con Andrew mientras trabajábamos. Y claro, yo siendo como soy, empecé a vacilarle llamándole «Postman» (cartero) a cada rato. Nos reímos mucho, la verdad. Estuve allí cuatro o cinco horas. La ventaja de trabajar con Andrew es que, una vez teníamos definida la melodía vocal, no necesitaba cincuenta tomas como Rick Rubin. Si sabes lo que buscas, no hace falta. Lo sacamos en dos o tres tomas, creo.

Después, o quizá fue otra noche, Kelly y yo llevamos a Andrew a celebrarlo a un italiano. Por algún motivo quiso pedir lo mismo que yo, así que le pedí comida de auténtica estrella del rock: espaguetis con una salsa de nata absurdamente pesada y dos cucharadas de caviar.

—¿Y se puede saber por qué llaman a esto comida de estrella del rock? —me preguntó a mitad del plato.

—Porque cuesta un ojo de la cara y, además, te mata —le solté.

En serio, estaré siempre agradecido a Andrew —y a Post— por devolverme al mundo real en uno de los peores momentos de mi vida. Llevaba demasiado tiempo revolcándome en mi autocompasión, pero en cuanto volví a trabajar sentí que la oscuridad empezaba a disiparse. Seguía con dolores. Seguía sin poder caminar solo. Seguía necesitando el jodido collarín. Pero al tener una distracción, un propósito, todo cambió. Incluso me animé a empezar a hacer pilates tres veces por semana. Además, dormía mucho mejor gracias a un poco de aceite de cannabis.

—¿Sabes?, me cuesta creer que lo hayas hecho —me dijo Kelly en el coche, de vuelta del restaurante.

—¿El qué? —pregunté.

—Sonreír.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—No te habrás dado cuenta —me dijo—, pero es la primera vez que te veo sonreír en al menos seis meses. —Entonces se le iluminó la cara y añadió—: ¿Sabes qué? ¡Tú y Andrew deberíais hacer un disco!

No se me ocurrió discutírselo.

Si estás en racha, ¿para qué parar?

Una vez que el plan del disco se hizo oficial, Andrew se juntó con Duff McKagan, de Guns N' Roses, y Chad Smith, de los Chili Peppers, para improvisar doce ideas de canciones. Al parecer, acababan de tocar juntos en un concierto benéfico, así que ya tenían cierta química entre ellos. Aun así, me costó creerlo cuando, apenas cuatro días después, regresaron diciendo que ya tenían los cimientos del material. Quiero decir que yo me he pasado meses encerrado en casas de campo, sin que se me ocurriera una sola idea, hasta que, de repente, ¡zas!, surgía la primera chispa.

Así que me fui de nuevo al estudio de Andrew para terminar la composición y hacer la grabación. Estuvimos allí unas tres semanas. Como tenía que estar sentado la mayor parte del tiempo, Andrew me compró un fabuloso sillón orejero de terciopelo estampado con un psicodélico motivo floral. A cambio, yo llevé mi viejo sintetizador ARP 2600, el mismo que usamos en los discos de Sabbath, *Vol. 4* y *Sabotage*. Ese trasto es del tamaño de una casa adosada, con todos esos cables colgando, y todavía conserva una pegatina original de Black Sabbath en la parte trasera. No tengo ni idea de cómo coño funciona. Ni siquiera lo sabía en los años setenta: siempre estaba colocado con ácido cada vez que lo tocaba.

Sinceramente, no me había sentido tan emocionado grabando un disco desde *Blizzard of Ozz*. Andrew entendía de maravilla ese equilibrio entre contundencia y melodía que yo buscaba. Él lo llamaba «los Beatles malvados». Y lo más loco fue que, después de nuestro primer día en el estudio, antes incluso de tener títulos de canciones, letras o música acabada, tanto Andrew como yo nos fuimos a casa y apuntamos algunas ideas para los conceptos. Al día siguiente, cuando volvimos al estudio, yo había escrito la frase «I'm just an ordinary man» (soy un hombre normal), mientras que Andrew había escrito «I don't want to die an ordinary man» (no quiero morir siendo un hombre normal).

Era una canción que iba a salirnos, sí o sí.

A medida que trabajábamos en ella, nos vino la idea de un tipo como yo: alguien que había crecido en un barrio obrero, que se había hecho famoso muy rápido, y que cantaba la canción al final de su vida, mirando atrás, sin tener claro cómo ni por qué seguía vivo, pero con la esperanza de no morir pobre y desconocido, como cuando empezó. Mientras tanto, la melodía giraba en torno a un *riff* de piano solemne, muy de los años setenta. Y mientras Andrew lo tocaba, yo pensé: «¿Sabes quién sería perfecto aquí? El hombre cohete: Elton John». Me refiero a que la canción podía haber tratado de la vida de cualquiera de nosotros dos. Ambos habíamos crecido en barrios miserables de Inglaterra después de la guerra, y ambos pasamos en un abrir y cerrar de ojos de no tener absolutamente nada a tener más de lo que jamás habríamos podido imaginar. Es un club muy reducido el de quienes han vivido esos extremos.

Cuando se lo mencioné a Sharon, me dijo simplemente:

—¿Y por qué no se lo pides?

Unos días después, Elton estaba en un estudio de Atlanta con Andrew, Slash se encargaba del solo de guitarra, y yo no me lo

podía creer. No puedo describir con palabras lo que significó para mí hacer una canción con Elton. Ese tío es una jodida leyenda viviente. Cuando la versión final estuvo terminada —el último paso fue que Andrew volara a los estudios Abbey Road, de Londres, para añadir una orquesta—, todo el que la escuchaba se echaba a llorar. Yo decía:

—No será para tanto, ¿no?

El título de la canción, «Ordinary Man», se convirtió también en el título del álbum.

Estoy agradecidísimo a todos los que participaron en *Ordinary Man*. Mi viejo amigo Tom Morello, de Rage Against the Machine, también estuvo ahí, tocando la guitarra en «Scary Little Green Men» y en «It's a Raid», otro tema con Post Malone. Como Post era tan fan de Sabbath —y habíamos rescatado el viejo ARP 2600—, «It's a Raid» se inspiró en la grabación de *Vol. 4,* en Bel Air. Fue en el verano de 1972, en el apogeo absoluto de nuestro periodo cocainómano, cuando recibíamos la mercancía de Pablo Escobar en viales sellados con cera, a través de un aduanero corrupto de Los Ángeles.

Un día, estaba yo sentado en aquella mansión que habíamos alquilado, con un porro en una mano, una cerveza en la otra y un enorme cuenco de cristal lleno de cocaína sobre la mesa del salón. Y como hacía un poco de calor, me levanté para ajustar el aire acondicionado. Pero justo cuando volvía a sentarme, escuché el inconfundible ulular de sirenas resonando por la carretera, y al momento, cinco coches patrulla, entraron derrapando en la entrada. Yo pensé: «Joder, nos han pillado».

—¡Es una redada! ¡Es una redada! —empecé a gritar.

De pronto, estábamos todos corriendo en calzoncillos, con los pelos de punta, intentando esconder todo el material. Tony salió

disparado escaleras arriba. Bill y Geezer se largaron por la puerta trasera. Y yo y un técnico de sonido agarramos el cuenco de coca y nos encerramos en el váter de abajo. Pero mientras intentábamos tirar la mercancía por el retrete, la tubería se atascó, y lo único que pudimos hacer fue ponernos a cuatro patas y esnifar las pruebas.

Mientras tanto, los polis aporreaban la puerta, gritando que abriéramos. Unos segundos después, la asistenta les abría la puerta. Oí que uno de los agentes le decía:

—¿Todo bien, señora? Alguien ha pulsado el botón de llamada de emergencia.

En ese momento yo tenía la nariz sangrando y los ojos me latían con tanta fuerza que pensé que se me iban a reventar. Pero al oír las palabras «botón de llamada de emergencia», me quedé helado. De repente supe exactamente lo que había pasado. En lugar de ajustar el aire acondicionado, había pulsado sin querer el botón del pánico de la pared, y el sistema de seguridad había llamado automáticamente a la policía. Pensaron que estábamos en medio de un atraco o algo así.

Recuerdo quedarme quieto, petrificado —con la cara cubierta de polvo blanco, igual que el técnico—, hasta que oí al agente disculparse con la asistenta por las molestias, seguido por el sonido de los coches patrulla alejándose.

Cuánta cocaína nos metimos esa tarde, ni idea. Pero no conseguí pegar ojo en lo que me parecieron años.

Fue toda una lección volver al estudio. Incluso comparado con la forma en que grabamos *13* en 2012, joder, era un mundo distinto. Ahora todo se hace con una sola aplicación, Pro Tools. Es en plan pim-pam y ya está. Yo lo llamo música McDonald's. Vi a Andrew hacer en segundos cosas que a Sabbath nos habrían costado tres

años, un millón de libras y medio kilo de cocaína. Y, aun así, probablemente no lo habríamos conseguido, porque habríamos estado demasiado ocupados haciendo el gilipollas, intentando pintarnos mutuamente las pollas de azul con espray o lo que se nos ocurriera.

La situación me hizo pensar en todas las veces que había estado en un estudio a lo largo de los años: las cosas que hice bien, las que cagué, lo que repetiría si pudiera.

Creo que los discos que grabé más deprisa, como *Blizzard of Ozz* y *Diary of a Madman*, fueron también los mejores. *Bark at the Moon* tampoco estuvo mal y me dio un par de éxitos. Lo que más recuerdo de *Bark at the Moon*, sin embargo, fue el entrenamiento para la gira. Corría todos los días, me ponía en forma, comía mejor, bebía menos. Me dio por ser un fanático de la salud durante una temporada. Y cuando veo ahora las cintas de esos conciertos, estaba en una forma increíble. Bueno, durante los tres o cuatro primeros bolos, al menos. El problema es que no se puede mantener. O yo no puedo, desde luego. Me marco un objetivo, lo cumplo y luego pienso: vale... ¿y ahora qué? En el caso de *Bark at the Moon*, la respuesta fue ponerme hasta las cejas de todo y zampar pizza. Y eso fue exactamente lo que hice. Al final de la gira, estaba en la clínica Betty Ford.

Hay un límite a la velocidad con la que puedes trabajar en el estudio, claro. Si vas demasiado deprisa, la cagas. Esa lección la aprendí por las malas con «S.A.T.O.» en *Diary of a Madman*.

Aquel día me había dado por la vagancia, así, sin más. No recuerdo por qué tenía tantas ganas de largarme del estudio. Seguramente solo quería volver al Plough, aquel pub inglés tan acogedor de la esquina. Así que hice un par de tomas y las di por buenas a pesar de que estaba cantando un poco detrás del *riff*. Lo

que no entendí, claro, es que si haces una toma a medias, cada vez que escuches esa canción, el resto de tu vida, vas a pensar: «Joder, podía haberlo hecho mucho mejor». Y eso es exactamente lo que me pasa con «S.A.T.O.»: me da vergüenza cada vez que suena.

Desde entonces, siempre he procurado no largarme antes de hora del estudio cuando estoy grabando y le digo al productor: aquí me quedo, no voy a ninguna parte, y seguiré hasta que me digas que lo tienes.

Dicho esto, a veces la voz no es el problema. A veces, por muchas horas que pases en la cabina, no sirve de nada. Eso siento con *The Ultimate Sin*, el álbum que incluía «Shot in the Dark». Lo produjo Ron Nevison, justo después de encargarse del regreso de Heart. Podría haber sido un buen álbum, pero no tenía personalidad. No tenía garra. Cada tema llevaba ese mismo tratamiento ochentero: le faltaba imaginación. Además, me daba la sensación de que Ron lo producía a ratos, entre proyectos de otros artistas. Lo único bueno fue la colaboración de Jake E. Lee, que hizo un gran trabajo a la guitarra. Comercialmente funcionó, o eso me han dicho. Pero para mí es, de lejos, el peor álbum que he hecho.

En cuanto al álbum más difícil —o el más irritante—, ese fue *Ozzmosis*. Era la continuación de *No More Tears*, que había salido en 1991 y había sido un exitazo. Así que había mucha presión por estar a la altura. Además, era mi disco de «regreso de mi retiro», lo que hacía aún más importante que no resultara un truño monumental.

El productor fue Michael Beinhorn, conocido entonces por su trabajo con los Chili Peppers y Soundgarden. Era como trabajar con un torturador. Recuerdo que tenía una fila de micros y me decía: «Vale, Ozzy, canta en ese, ahora en ese, ahora en ese». Para cada línea. De cada canción. Estábamos en los Electric Lady Studios, en Greenwich Village, y luego en Bearsville, en Woodstock. Las

exigencias del tipo eran de locos. Al final de la jornada te convencía de hacer diez tomas más y después decía: «¿Sabes qué? Suenas cansado, mejor probamos mañana». Pero ya sabías que al día siguiente te soltaría: «Ozzy, tu voz no suena como ayer, tenemos que empezar de nuevo». Al final, lo único que deseaba era volver a retirarme de una puñetera vez.

Siendo justo, me gusta *Ozzmosis*. Geezer tocó el bajo —la única vez que apareció en uno de mis discos en solitario, que yo recuerde —, e incluía la canción «See You on the Other Side», con letra de Lemmy. Vendió millones de copias, lo cual fue un alivio, porque hubo un momento durante la grabación en que casi me mata, literalmente.

El problema era que me había aficionado a beber vodka a palo seco para soportar las sesiones de tortura de Beinhorn. Y cuanto más se alargaban, más bebía. Fácil, una botella al día. Luego, de vuelta al hotel —me alojaba en mi sitio de siempre, el Peninsula, en Midtown—, me atizaba un frasco de codeína líquida pura que le había sonsacado a un otorrino. Estaba convencido de que era la única forma de calmar mi mente y poder dormir.

Claro que no son la combinación más inteligente, el vodka y la codeína. Pero como todo adicto, pensaba que podía controlarlo... Hasta que una noche, tumbado en la cama, me di cuenta de repente de que no podía respirar.

Fue absolutamente aterrador. Allí estaba yo, jadeando, atragantándome, con el corazón latiéndome a mil por hora, mientras en mi cabeza suplicaba: «Dios, si estás ahí, por favor no me dejes asfixiarme, no dejes que esta sea mi manera de salir de este mundo». Sabía que el colapso respiratorio figuraba entre los efectos secundarios de la codeína, pero nunca me había pasado y daba por hecho que nunca me pasaría. Estuve en un tris de palmarla, tío.

Me cagué vivo.

Si Sharon estaba conmigo ese día, no lo recuerdo. Pero sí estaba mi asistente de entonces. Cuando vio lo que me pasaba —le había pedido que viniera a echarme un vistazo de vez en cuando—, llamó al médico que me había recetado la codeína y lo tuvo al teléfono casi toda la noche. Si el tipo vino y me inyectó algo para despertarme, no lo sé. Lo único que sé es que nunca más mezclé vodka y codeína.

La verdad es que yo abusaba diariamente de los opiáceos y podía haberla palmado en cualquier momento. Llegó un punto en que había desarrollado tanta tolerancia que me tomaba nueve Lorcet de golpe para pillar un colocón. Y vaya si funcionaba. Después del susto con la codeína, me pasé a los barbitúricos porque pensé que eran más seguros. Son los mismos fármacos que se usan para la eutanasia y las inyecciones letales, lo cual da una idea de lo jodida que era mi definición de «seguro». Sobre todo, porque mi tolerancia a los barbitúricos era casi tan alta como a los opiáceos.

Cuando terminamos *Ozzmosis*, había llegado a tal punto que hasta los médicos más turbios se mostraban reacios a darme las cantidades de pastillas que les pedía. No pensaban que quisiera colocarme. Pensaban que quería matarme. Recuerdo que uno me miró a los ojos y me dijo:

—Señor Osbourne, me está pidiendo cien píldoras de Seconal. Necesito que me diga con sinceridad: ¿está intentando suicidarse?

—Si quisiera matarme, ya estaría muerto —le respondí— . Lo que intento es relajarme.

«Take What You Want» salió a finales de octubre. Yo ya sabía que era un temazo. Pero nunca puedes saber cómo le va a ir a un *single* una vez que está en la calle. No tendría que haberme preocupado, en cualquier caso. Fue un éxito de verdad: llegó al número ocho en

la lista de Estados Unidos y vendió dos millones de copias, o lo que coño cuenten ahora como una venta, porque ahora todo el mundo se mete la música directamente en el lóbulo frontal por *streaming*. Según Sharon, era mi primer Top Ten americano en treinta años, lo que batió algún tipo de récord. La última vez había sido con «Close My Eyes Forever», el dueto que hice con Lita Ford. En el Reino Unido, mientras tanto, la canción alcanzó el número veintidós.

Con la canción sonando por todas partes, parecía el momento ideal para dar una actualización a los fans. Esta vez, sin embargo, en lugar de un comunicado de prensa, lancé un vídeo. «Como probablemente sepáis, o puede que no, a principios de este año tuve una caída muy fea —dije— . Me jodí todas las vértebras del cuello y tuvieron que operarme. No me estoy muriendo, me estoy recuperando; solo está tardando un poco más de lo que todo el mundo pensaba. Estoy hasta la polla de estar clavado en la cama todo el día. No veo la hora de mover el culo y volver a la acción. Pero vais a tener que tener un poco más de paciencia. No me voy a retirar, todavía tengo conciertos pendientes, pero cuando vuelva de gira quiero estar al cien por cien, listo para arrancaros los putos calcetines de un sopapo. Además..., hay un nuevo disco en camino.»

Terminé el mensaje dando las gracias a mi banda, a mi equipo, a los promotores de Live Nation y a Judas Priest, que habían sido increíblemente comprensivos con los retrasos sin fin. Anuncié que los conciertos en Norteamérica seguían previstos para mayo de 2020 —faltaban solo unos meses—, pero dije que la gira europea se pospondría de enero a octubre. Cerré diciendo: «Solo quiero decir una cosa a los fans: os agradezco de corazón vuestra paciencia y vuestra lealtad. Os quiero. Y ahora, haced el favor de largaros y dejar que me recupere».

Lo mejor de publicar «Take What You Want» fue volver a un escenario por primera vez desde mi concierto de Nochevieja en el Forum, aunque fuera solo unos minutos. Eso fue gracias a Post, que me invitó a hacer una aparición especial cuando tocó allí a finales de noviembre.

Fue raro volver a Forum como un hombre muy distinto al que había sido diez meses antes. Cuando entré tambaleándome con el bastón y la enfermera a mi lado, haciendo todo lo posible por poner un pie delante del otro, se me hizo difícil no pensar en todo lo que había perdido en tan poco tiempo. Aun así, fue un honor que me invitaran, de verdad. Y sabía que nos iba a dar un metraje cojonudo para el videoclip oficial.

Fue una locura volver a la acción después de haber tenido que pasar tanto tiempo en casa o en una cama de hospital. Me había olvidado de la cantidad de ruido y caos que hay entre bastidores en un concierto. Debía de haber mil personas pululando por allí. Pensé: «¿Por qué coño querría alguien un pase de *backstage* cuando puede estar ahí delante, con un buen asiento y un bar al lado?».

Post vino a saludarme nada más llegar yo, y me enteré de que su verdadero nombre era Austin. Hasta entonces solo nos habíamos visto por FaceTime. Andrew también estaba allí.

En realidad, Austin es un tío muy tranquilo, muy respetuoso, fácil de tratar. Vale, lo de los tatuajes en la cara es un poco excesivo, pero ahora todo el mundo hace esa mierda. Como ya he dicho, ya no basta con hacerse un tatuaje en el brazo. Ahora todos quieren la siguiente locura. La ventaja con Austin es que no hay manera de confundirle con otro. También llevaba un traje rosa chillón, de manga corta, con murciélagos estampados, lo cual me pareció un buen detalle.

Me entró un miedo escénico del carajo antes de salir, pero no podría haber ido mejor. Llevaba un collarín, aunque bien disimulado, y me colocaron en una especie de trono gigante con ruedas para que no tuviera que caminar. Aun así, conseguí ponerme en pie un par de veces.

Fue una noche increíble. Me emocionó estar ahí arriba, de verdad. Creo que para Post también significó mucho. Y, por supuesto, el solo de guitarra de Andrew fue fenomenal. Al final, los dos me abrazaron justo cuando estallaban los fuegos artificiales.

Unos días después, repetimos la jugada, pero en los American Music Awards. Para esa ocasión también estuvo Travis Scott, aunque no coincidimos. A diferencia del show con Post, en esta entrega todo fue *playback*, lo cual no me entusiasma.

Lo curioso es que, cuando la gente se enteró de que había hecho un tema con Post y Travis —los dos son cuarenta años más jóvenes que yo—, no paraban de preguntarme qué consejos de vida les había dado. Supongo que era porque ambos habían tenido su buena dosis de polémicas en la prensa, como yo a lo largo de los años.

Pero vamos a ver, colega: ¿por qué iba nadie a querer un puto consejo mío? Además, la gente hace lo que le da la gana, digas lo que digas. Cuando uno está a gusto, pasándolo bien con tus compadres, y alguien viene y te suelta: «Si fuera tú, chaval, no tomaría tantas drogas ni fumaría tantos cigarrillos», nunca vas a contestar: «Ah, pues sí, tienes razón».

No sé mucho de Travis, pero he visto fotos de Post saliendo por ahí y parece que se lo pasa en grande. Si yo fuera él, haría exactamente lo mismo. Para ser sincero, hasta que cumplí 70 años tuve la mejor vida del mundo. No puedo quejarme. Fueron 70 años de puta madre, mucho mejores de lo que jamás pensé o merecí.

Lo que quiero decir con esto es que la gente debe hacer lo que tenga que hacer, tío. Y, más importante aún, asegurarse de divertirse mientras lo hace, porque nunca sabes cuándo ni cómo se va a acabar el viaje.

Cuando llegó el nuevo año —enero de 2020—, supe que tenía que explicarles las cosas a los fans de una vez por todas, porque, a pesar de mi aparición en el Forum, los rumores sobre mi salud eran cada vez más disparatados. La web RadarOnline decía que iba en un «tren enloquecido, un "Crazy Train" hacia la muerte», mientras que un periódico de toda la vida y, no precisamente famoso por la sutileza de sus titulares, como el *National Enquirer*, había anunciado que estaría «muerto para Navidad».

Supongo que una parte de mí había esperado una recuperación milagrosa, reaparecer de nuevo más en forma que nunca. Pero ya estaba claro que eso no iba a pasar. Hasta mi fisioterapeuta me había dicho que no podía hacer mucho más. El problema de mis cervicales podía disimularse en parte con un collarín más pequeño, pero aún no podía levantar bien la cabeza porque el dolor era insoportable. Lo peor era que no tenía manera de ocultar que apenas podía andar más de unos pasos, especialmente porque tenía que acudir a los Grammy con Sharon para anunciar a uno de los ganadores, y después tendría que promocionar *Ordinary Man*, cuando saliera un mes más tarde. La campaña de lanzamiento incluía una fiesta en el Rainbow Bar and Grill, de Sunset Strip, y una firma en Amoeba Records, la enorme tienda de Hollywood Boulevard.

Había llegado el momento de decir la verdad. O parte de ella, al menos, porque no me apetecía de ninguna manera entrar en detalles sobre mi fallido salto a la cama en mitad de la noche.

Otra cosa que quería dejar clara era que tengo párkinson. Aunque ya había mencionado que sufría un «síndrome parkinsoniano», mucha gente todavía no lo sabía. Creían que mi manera de andar y hablar era solo por el alcohol y las drogas, lo cual supongo que no era una suposición descabellada: pero no era cierta. Del mismo modo en que hubo momentos en que la gente pensó que estaba colocado o medio senil cuando, en realidad, no lo estaba.

El peor ejemplo de lo que digo ocurrió durante los Grammy de 2014, cuando Sabbath ganó el premio a la mejor actuación de heavy metal. Ese galardón significó mucho para nosotros, porque nos habían despreciado y ninguneado desde que salió *Black Sabbath*, y por fin recibíamos el reconocimiento que nos merecíamos. El caso es que Tony, Geezer y yo acordamos subir juntos al escenario a recoger el premio. Y, ya que íbamos a subir todos al escenario, la gente de los Grammy nos pidió que presentáramos la actuación en directo de Ringo Starr cantando «Photograph», el gran éxito de los años setenta que compuso con George Harrison. La idea era que yo dijera una frase, luego Geezer otra, luego Tony otra. Pero repetí mi frase tres veces sin darme cuenta, lo que hizo que Geezer se partiera de risa. Cuando lo vi después, me dije que parecía un puto idiota. Y lo peor es que estaba presentando a uno de los Beatles, a uno de mis héroes.

No fue el párkinson lo que me hizo quedarme en blanco, sino la medicación que tomo para controlarlo. Es muy eficaz para los temblores, pero el efecto secundario es la pérdida de memoria a corto plazo. Juro que allí arriba no tenía ni puta idea de por qué se descojonaba Geezer. Si lo miras de cerca, se nota perfectamente ese momento de confusión total en mi cara. Eso es lo que pasa: olvido lo que estoy diciendo a mitad de frase. Da la impresión de que estoy majara, que lo estoy, vale. Pero no en ese sentido.

Me dio una vergüenza terrible al bajar del escenario. Y también rabia, porque había sabido que algo así iba a pasar. Se lo había dicho a Sharon antes de salir: «Ya no puedo dar discursos, soy incapaz de hacer esto». Pero ella me contestó, en plan: «Claro que puedes, solo es una frase. Todo irá bien». Creo que Sharon esperaba que montara en cólera después. Pero no dije nada. El vídeo, que se volvió viral al día siguiente, hablaba por sí solo. Estoy seguro de que Sharon lo entendió, porque nunca más intentó convencerme de dar un discurso.

En fin, habían pasado seis años desde aquella cagada y, como volvía a los Grammy, Sharon pensó que debíamos anunciar mi estado de salud unos días antes. Así que fuimos juntos al plató de *Good Morning America,* en Times Square, Nueva York, para que Robin Roberts me entrevistara sobre mis problemas de columna y el dichoso gen PARK2.

«Hace un año, por estas fechas, estaba hecho polvo —le conté a Robin cuando las cámaras empezaron a grabar— . Había sufrido una caída y luego tuvieron que operarme de las cervicales, lo que me jodió los nervios. También descubrí que tengo un caso leve de...»

«EL PÁRKINSON ES UNA ENFERMEDAD NEURODEGENERATIVA QUE AVANZA LENTAMENTE EN LA MAYORÍA DE LAS PERSONAS, PERO, A DÍA DE HOY, NO TIENE CURA», tronó una voz en off. Yo pensé: «Vale, sí. Muchas gracias».

Me alegró que Sharon estuviera allí, porque pudo dar más detalles. Explicó que la investigación sobre la mutación del gen PARK2 que tengo es limitada, porque cada persona vive la enfermedad de manera distinta y, como es bastante rara, a las farmacéuticas no les compensa gastar mucho dinero en investigar nuevos tratamientos. «Hay muchísimos tipos diferentes de párkinson —dijo— . No es en absoluto una sentencia de muerte, pero sí afecta a determinados nervios del cuerpo. Es como que tienes un buen día,

otro buen día... y de repente uno malísimo.» En ese momento se emocionó mucho y casi rompió a llorar. «A Ozzy le encanta actuar —dijo— . Para él, es como el aire que respira. Y este es el periodo más largo que ha estado en casa. Ya es hora de que vuelva a la carretera, porque me está volviendo loca.» Eso al menos la hizo reír. «Tiene que volver a la carretera ya —remató—, lo digo en serio.»

No siempre estamos de acuerdo, mi mujer y yo.

Pero créeme: en eso, sí lo estábamos.

El día de los Grammy comenzó con una noticia terrible. Un helicóptero en el que viajaba el jugador de baloncesto Kobe Bryant se había estrellado en las colinas, cerca de mi antigua casa en Hidden Hills. Había nueve desaparecidos, incluida su hija de 13 años. El helicóptero se había precipitado en medio de una densa niebla e incendió medio monte. Según decían las noticias locales, la única manera de llegar al lugar del siniestro era a pie. Más tarde, el Departamento de Bomberos de Los Ángeles informó de que no había supervivientes.

Fue tristísimo, tío. Kobe era como la imagen pública de Los Ángeles, porque había sido la estrella de los Lakers durante mucho tiempo. La ciudad entera estaba en estado de *shock*. Incluso hoy, cada vez que un helicóptero policial pasa sobre mi casa, lo primero en lo que pienso es en Kobe.

Cuando llegamos al Staples Center, hacia las cuatro de la tarde para la alfombra roja, aquello era de lo único que se hablaba. Era increíble que hubiera pasado solo unas horas antes. Más increíble aún, el Staples Center —o el Crypto.com Arena, como se llama ahora — había sido la cancha de Kobe durante más de veinte años. Cuando Alicia Keys abrió la gala diciendo que todos estaban «con el corazón roto en la casa que construyó Kobe», no quedó un ojo seco

en todo el recinto. Mientras tanto, bastantes personas se pusieron la camiseta con el número 24 al subir al escenario.

Pero entonces la ceremonia pasó de la tristeza a lo surrealista.

A Sharon y a mí nos habían pedido que anunciáramos el ganador del premio a la Mejor Interpretación Rap/Cantada. No sé por qué coño nos adjudicaron esa categoría. Ni idea. Quizá porque acababa de grabar la canción con Post y Travis Scott. O quizá porque querían oír a Sharon leer la lista de raperos con su acento inglés tan estirado. Mi único papel en todo aquello era quedarme allí de pie y no hacer el ridículo. La mayoría de los nominados ni me sonaban. ¿Lil Baby? ¿Young Thug? ¿Mustard? A los ganadores sí los conocía: DJ Khaled, John Legend y un rapero llamado Nipsey Hussle, que había sido asesinado en Los Ángeles el año anterior, según me dijo Sharon.

Me alegró ver a Legend cuando subió al escenario. Sabía que Kelly era amiga suya y recordaba que incluso me había mandado un mensaje por mi setenta cumpleaños. Pero fue de lo más raro porque no nos hizo ni puñetero caso. Me quedé de piedra.

Al final resultó que estaba cabreado con Sharon porque ella lo había criticado por reescribir la letra de aquella canción navideña de Dean Martin, «Baby, It's Cold Outside». La versión original —que, según me han contado, la escribió Frank Loesser, el viejo compositor de Tin Pan Alley— habla de un tío ligando con una chica al final de la noche, intentando convencerla para que se quede, y ella sigue el juego. Pero la forma en que Legend la reescribió, inspirándose en todo el movimiento MeToo, hablaba básicamente de que el tipo se ofrecía a pedirle un Uber para que se volviera a casa.

Ahora bien, hablando en lo personal, me importa una mierda que cambiara la letra. ¿Qué más da? Es una canción navideña, y todas son cursis. Cuando Busta Rhymes me dijo que había cambiado la

letra de «Iron Man», no salí corriendo del estudio. Simplemente canté el nuevo estribillo con él. Aunque es posible que aquello era distinto, porque yo era el cantante original y él me había pedido permiso.

Pero bueno, a Sharon no le gustaba la idea de que alguien toqueteara un clásico cuando el tipo que lo había escrito llevaba cincuenta años muerto. Tenía derecho a su opinión. Además, estaba en un programa de tele en el que su trabajo era precisamente dar su opinión. Así pues, cuando me di cuenta de que Legend nos estaba haciendo el vacío por eso, pensé: «¿Este tío va en serio?». Si tenía algo en contra de Sharon, ¿por qué no tuvo las pelotas de decírselo? El caso es que llevo en este negocio más que él y he visto a un montón de gente convertirse en la celebridad del mes y empezar a mirar por encima del hombro a los demás. Y aprendí a las malas que nunca hay que olvidar esta vieja regla: «Sé amable con la gente cuando subes, porque te los vas a volver a encontrar cuando bajes».

Al llegar a cierta edad, te das cuenta de que cada pocos años, como un reloj, cambia el humor del planeta. Nunca sabes exactamente cuándo o cómo va a pasar, pero pasa. Y, de pronto, una canción que había estado bien durante sesenta años —como la versión de Dean Martin de «Baby, It's Cold Outside»— se convierte en lo peor que se ha hecho jamás.

Eso sí, tengo que decir que me alegro de no ser joven y estar ligando en 2025. Es un juego completamente distinto ahora. Para ser sincero, ya no sé cómo la gente se enamora y se casa. Todo son normas. Tienes que vigilar lo que dices, cuándo lo dices y cómo lo dices. Y si ligas con alguien, que Dios te ayude, sobre todo si eres alguien conocido. Un paso en falso y estás acabado. De todas maneras, me parece cojonudo que algunos monstruos hayan salido

a la luz. Piensa en Jimmy Savile. En los viejos tiempos, se suponía que tenías que mirar para otro lado mientras hacía esos ruiditos idiotas de yodel y lamía brazos, o lo que coño hiciera para excitarse. Ahora no puedo ni mirar las fotos de Savile. Solo verlo me pone la piel de gallina. Y pensar que Margaret Thatcher comía con él en Chequers, y que al parecer lo invitaba a cenar en Navidad todos los años. Y que hay de todas esas funciones de la realeza a las que iba, cuando nadie sabía lo que hacía debajo de la mesa. *Jim'll Fix It*[1] ... Sí, lo arreglaba todo, el muy cabrón.

Qué asco de tipo.

Pero claro, luego la policía se volvió loca durante un tiempo, arrestando a gente por todas partes. Siempre es un extremo o el otro. Al pobre Freddie Starr se lo cargaron por estar relacionado con el caso de Savile. Aunque al final se retiraron los cargos, ya nunca volvió a ser el mismo, y lo encontraron muerto en su casa de España por un infarto. Me contaron que estaba tan arruinado que ni siquiera había dinero para repatriar el cuerpo. Fue un fan suyo, el dueño de una funeraria, quien corrió con los gastos. En cualquier caso, Freddie mantuvo su sentido del humor hasta el final: en su ataúd ponía «Devolver al remitente». Mientras tanto, la BBC tuvo que pedir disculpas a Cliff Richard y pagarle una indemnización por cómo lo habían tratado, lo cual fue también increíble. Conocí a Cliff una vez, con ocasión de aquella movida del «Party at the Palace». Para mí fue uno de esos momentos de círculo completo, porque la primera canción que canté en mi vida fue «Living Doll». No recuerdo si se lo conté o no; lo que sí recuerdo es que era un tipo increíblemente agradable.

Está claro que, a algunos del mundo del heavy metal, les costó más que a otros adaptarse cuando toda esa mierda sexista pasó de moda. Yo, personalmente, nunca estuve en ese rollo. No cantaba

sobre tirarme a *strippers*; cantaba acerca de Aleister Crowley, el suicidio y la guerra nuclear. Lo más «sexy» que llegué a salir en la portada de un álbum fue disfrazado de hombre lobo.

Tentaciones, las había, claro, y algunas tías se me acercaban y me decían que querían acostarse con una estrella del rock, pero no hay que olvidar que yo era un borracho. Las mujeres más bien huían de mí. No intento cubrirme: cuando estaba puesto, daba miedo. Además, Sharon estaba en la carretera conmigo la mayoría de las veces, así que tampoco es que hubiera muchas oportunidades. La mayoría de las noches, mi única amante era la botella.

Lo único que añadiré sobre cómo han cambiado los tiempos es que los que más te señalan con el dedo suelen ser los mayores hipócritas.

En la época de mayor éxito de *The Osbournes*, por ejemplo, Bill Cosby salió en *Access Hollywood* diciendo: «Déjenme decirles algo sobre Ozzy Osbourne. Esta es una familia triste, muy triste. Es un caso triste. Los hijos son tristes y los padres son tristes. Y esto no es entretenimiento». Luego dijo que reírse con *The Osbournes* era como reírse de Tiny Tim, el niño cojo de *Cuento de Navidad*. Incluso nos escribió una carta diciendo que nuestro lenguaje soez daba mal ejemplo a los niños. Y yo pensaba: «¡Pero si este era Bill Cosby!». Que tuviera los cojones de darnos lecciones sobre lenguaje mientras se dedicaba a drogar y abusar sexualmente de un montón de mujeres a lo largo de casi medio siglo es para no creérselo.

Tal como yo lo veo, si llevas en la música el tiempo suficiente, la mejor manera de sobrevivir es: uno, mantener tu sentido del humor; y dos, nunca, jamás, caer en la trampa de creerte tu propia mierda. Porque eso es letal, siempre.

Para mí, la película *This Is Spinal Tap*[2] fue un toque de atención. Salió en 1984, creo, justo después del álbum *Bark at the Moon*. No

recuerdo dónde la vi, pero sí recuerdo pensar: «Uau, este es el documental más interesante y en el que más me reconozco de los que he visto en mi vida». Y cuando alguien me dijo que era una parodia, pensé: «¿Qué? ¿Y qué coño tiene de gracioso todo esto?».

Estaba muy bien hecha, tío.

Y lo juro por Dios que yo he vivido en mis propias carnes prácticamente todas las escenas de esa película.

El caso es que, si creces en una vivienda de protección oficial, en Inglaterra, sin mucha educación, y te lanzas a ese mundo siendo joven, te acabas creyendo que lo sabes todo. Pero, por supuesto, no tienes ni puta idea.

Piensa en los decorados de un escenario. Justo después de que yo dejara Sabbath, a Tony y a los demás se les ocurrió sacar una réplica de Stonehenge durante sus giras. Pero su mánager les dio las medidas en metros, no en pies. Y nadie comprobó nada, porque no tenían un doctorado en escenografía, como tienen ahora. Al final, les salió un Stonehenge tan grande —unos quince metros de alto, al parecer— que apenas podían meterlo por las puertas de los pabellones más grandes. El guionista de *This Is Spinal Tap* cogió esa historia, pero le dio la vuelta, de modo que el Stonehedge de película salía en miniatura.

Lo de los amplis que llegan al once[3] me recordó a la primera gira de Sabbath por Estados Unidos. Por alguna razón, pensábamos que allí no tendrían sistemas de altavoces como en Inglaterra, así que llevamos unas cincuenta columnas de altavoces, pero no las embalamos en cajas de vuelo, sino que las facturamos como exceso de equipaje. Y, claro, la mitad acabó en las ciudades equivocadas y la otra mitad llegó a Nueva York hecha pedazos. Aunque daba igual, porque cuando llegamos al primer concierto y enchufamos nuestros amplis, no pasó nada. Ahí fue cuando nos dimos cuenta de que la

electricidad en América funciona a la mitad de voltaje que en Inglaterra. No llegamos ni a tocar una nota antes de tener que alquilar un sistema nuevo entero.

De todas las escenas de *This Is Spinal Tap*, la que de verdad me tocó fue la de «Hello Cleveland». Esa parte en la que la banda recorre un laberinto de túneles, tomando giros equivocados una y otra vez, topándose con callejones sin salida, acabando en una obra en construcción, todo mientras intentan encontrar el escenario. Créeme: no hay nada como ese pánico cuando te das cuenta de que estás perdido bajo algún pabellón, corriendo sudoroso y sin aire por pasillos, mientras la multitud ahí fuera se pregunta cuándo demonios vas a aparecer en el escenario. Yo he estado ahí mil veces, tío. También me he quedado atascado dentro de equipos que no funcionaban, y me he perdido en medio de montañas de hielo seco. Prácticamente todas las escenas de *This Is Spinal Tap* eran para mí como un día de curro normal.

Así pues, sí. A muchos de nosotros del heavy metal nos llevó un tiempo pillar la gracia a *This Is Spinal Tap*. Sobre todo, porque lo del falso documental era algo bastante nuevo entonces. Pero tienes que reírte, la verdad. Porque si te tomas demasiado en serio este negocio, acabas perdiendo la cabeza.

Tres días antes del lanzamiento de *Ordinary Man*, cancelamos oficialmente la etapa norteamericana de No More Tours II. No la pospusimos. La cancelamos. No tengo palabras para explicar cuánto me jodió que tuviéramos que hacerlo. Pero, si hubiéramos retrasado los conciertos, habría sido la tercera vez seguida. Y eso no me parecía justo con los fans. Por mucho que no quisiera aceptar que mi etapa de dar giras había terminado, tampoco quería que la gente pensara que los estábamos engañando.

Después de mi aparición en el show de Post, y de lo agotado que acabé tras la noche de los Grammy con Sharon, estaba claro que no tenía fuerzas para dar un concierto de dos horas cada noche, durante semanas o meses. Mi movilidad seguía siendo demasiado limitada. Seguía con demasiados dolores. Y la fisioterapia simplemente no parecía funcionar. Había días en que tenía la sensación de que empeoraba en lugar de mejorar. Cada vez que intentaba mover la cabeza, en lugar de fortalecer mi musculatura, sentía que me estaba volviendo a lesionar.

Yo lo veía así: las fechas canceladas en Norteamérica me daban unos ocho meses, más o menos, para recuperarme antes de la etapa europea de la gira, que seguía prevista para inicios de octubre. La idea era aprovechar ese parón para pedir la segunda opinión sobre mis cervicales que debería haber pedido un año antes. Luego, si necesitaba cirugía correctiva, tendría tiempo de hacérmela y someterme a la nueva rehabilitación que hiciera falta. Mientras tanto, podía ocuparme de controlar mi párkinson. Sharon me había reservado una clínica de alta tecnología en Panamá para hacerme un tratamiento con células madre. Después de eso, en abril, iría a Suiza, a ver a un profesor que había inventado un tipo de inmunoterapia para la mutación del gen PARK2. Según decían, duraría entre seis y ocho semanas, e implicaba usar un gotero para inundar mi sistema con unos anticuerpos especiales creados en laboratorio.

Sinceramente, fue un alivio tener por fin un plan. Y, aunque me sentía fatal por cancelar una etapa entera de la gira, al menos ya no estaba fingiendo. A partir de ahí, no habría más secretos sobre mi salud.

En Instagram escribí:

> Estoy muy agradecido a todos por vuestra paciencia, porque he tenido un año de mierda. Pero no quiero empezar una gira y luego cancelar conciertos en el último minuto. Prefiero que la gente reciba su reembolso ahora, de modo que, cuando empiece la gira, más adelante, todos los que compraron entradas para estos conciertos tendrán preferencia en la cola para comprar las entradas de los nuevos.

En cuanto salió el comunicado, el apoyo de los fans fue abrumador. Me emocionó de verdad y me hizo estar aún más decidido a recuperarme para octubre y poder tocar los diecinueve conciertos que teníamos previstos en Europa, incluyendo una noche en el O2 de Londres, que llevaba esperando desde que empezó No More Tours II.

Además pensé: «¡A tomar por culo! Si *Ordinary Man* ha salido tan bien, ¿por qué no hacer otro?». La gente dice que escribes el mejor material cuando estás jodido, y en mi caso había sido cierto. El último año había sido el peor de mi vida, y *Ordinary Man* había sido mi mejor disco en siglos. Así que le pregunté a Andrew si estaba dispuesto. Y lo estaba. De modo que trato hecho. Teníamos tanto impulso del último disco y tantas ideas guardadas para canciones nuevas, que seguimos justo donde lo habíamos dejado.

Lo que sí me sorprendió mucho fue lo que se dijo en la prensa acerca de los conciertos cancelados. La CNN lo puso como noticia de última hora. En la BBC, en Inglaterra, también. Incluso *Variety* y *The Hollywood Reporter* lo publicaron. Y por supuesto, todas las webs de música dieron la noticia mientras todo el mundo opinaba. Fue una locura. Me refiero a que, por mucho que me jodiera ver por todas partes «Ozzy cancela gira», me reconfortaba saber que la gente aún se preocupaba.

Mientras tanto, no se me había pasado por la cabeza que los chicos de Sabbath no sabían nada de mis problemas hasta la entrevista en *Good Morning America* y lo de la gira. Como todos,

pensaban que solo había pillado una gripe fuerte después de la Ozzfest de Nochevieja. Pero ahora veían todas esas noticias sobre mi párkinson, mi caída en casa y los conciertos cancelados, y estaban en plan, ¿qué coño le pasa a Ozzy? Así que, uno por uno, fueron contactándome. No recuerdo en qué orden. Pero Tony llamó. Geezer se puso en contacto a través del contable que compartimos en Londres, aunque sus mensajes tardaron en llegarme. Y lo mejor de todo: recibí un mensaje de Bill.

Hacía años que Bill y yo no hablábamos. Casi una década. La bronca por el disco *13* había sido la mayor pelea que habíamos tenido nunca.

Fue la mejor sensación del mundo tener noticias de mis viejos compañeros. Puede que sea de una manera muy loca, pero esos tíos me importan más que mis propios hermanos y hermanas. Cuando hay problemas, hacemos piña. Después de que me echaran, estuvimos mucho tiempo sin hablarnos. Pero luego hubo una urgencia médica en la familia de Geezer y, de repente, todas las discusiones pasaron a segundo plano y estuvimos ahí para acompañarlo, como hermanos otra vez. Siempre que sentimos que alguno de nosotros necesita a los demás, automáticamente surge esa camaradería. Nadie recibe un trato especial. Somos todos iguales en este club. Y vamos a estar en él hasta el final. Llegar a los 70 años y tener ese vínculo irrompible con gente que conoces desde que eras un crío es algo muy especial.

No me avergüenza decir que solté una lagrimita cuando hablé con Bill.

—Puede que nos hayan jodido a todos, Bill —le dije—, pero nuestras vidas cambiaron para siempre con lo que hicimos.

—Lo sé, Ozzy, lo sé —me contestó— . Somos unos tíos con suerte. No podemos quejarnos.

—Te quiero, ¿sabes? —le solté.

Hubo un silencio en la línea.

—Yo también te quiero, Ozzy, puto chiflado.

Esa es una de las grandes cosas de hacerse viejo. Aunque seas un tío de clase obrera de Aston, dejas de tener tanto miedo a mostrar tus emociones. Porque sabes que, si esperas demasiado para decirle a alguien lo mucho que significa para ti, puede que la oportunidad no vuelva nunca.

Ahora, Bill y yo hablamos muy a menudo.

Y nos decimos «te quiero» antes de colgar.

10

EXPLOSIÓN CONTRA GEMIDO

Una pandemia mundial.

Claro que tenía que haber una pandemia mundial.

Y que no solo te prohibieran viajar, sino que encima te confinaran en casa durante casi un año.

Y todo porque, supuestamente, alguien en la ciudad de Wuhan, en China, se comió un puto...

Joder, macho. De todas las balas que he esquivado en mi vida, no pillar un virus mutante de aquel murciélago que me mordió en Des Moines debe de figurar en lo más alto de la lista. Hasta que apareció el COVID-19, ni se me había pasado por la cabeza que eso fuera posible. Pensaba que lo peor que podías pillar era la rabia. Se me hiela la sangre solo de pensarlo. ¿Te imaginas que yo hubiera sido el causante de una pandemia mundial en 1982? En lugar de quemar muñecos de Guy Fawkes[1] , la peña estaría quemando efigies mías.

Dicho lo cual, me cuesta creer que la pandemia empezara de verdad porque alguien se comiera un murciélago. O sea, vale, que había un mercado en Wuhan donde, al parecer, la gente compraba murciélagos vivos, pangolines y lo que sea que necesitan para prepararse sus sopas chungas. Pero es que, en Wuhan, justo al otro lado del río, también había un laboratorio secreto donde desarrollaban virus. ¿Y me quieres hacer creer que la culpa la tuvo el

mercado ese? A otro perro con ese hueso. Pero, claro, ¿qué coño sabré yo?

La primera orden de confinamiento llegó siete días después de que volviéramos a nuestra casa de Los Ángeles, desde la clínica en Panamá. Como todo el mundo, pensamos que duraría una o dos semanas, como mucho. Y de repente, los supermercados estaban arrasados y el mundo entero se había encerrado a cal y canto. Durante un rato tuvo hasta su punto de emoción rara, como vivir en una peli apocalíptica. Pero cuando empezaron a llegar noticias de que la gente se moría como moscas, el ambiente en casa se volvió lúgubre.

Lo que yo no lograba entender era por qué la peña se lanzaba a comprar papel higiénico en lugar de comida. «¿Qué pasa, creen que nos va a atacar un ejército de culos?», le dije a Sharon. No tenía ningún puto sentido.

Gracias a mi párkinson, yo me hallaba en situación de alto riesgo en aquellos primeros tiempos del COVID-19. Si hubiera pillado la cepa original, la que te atacaba directo a los pulmones, habría tenido muchas papeletas de acabar intubado o peor. El párkinson afecta los músculos de la respiración —además de a todos los otros—, lo que te hace más propenso a pillar una neumonía, incluso en circunstancias normales. A eso súmale que tengo un principio de enfisema por culpa de mis años de fumador, y te puedes hacer una idea de lo negro del panorama. Por otra parte, en esos momentos no había vacunas, y nadie tenía defensas naturales. Hoy en día, por lo que me dicen, el COVID-19 es más flojo, pero se contagia con más facilidad, y suele atacar las vías respiratorias altas, lo que lo hace menos letal.

En cuanto conseguimos un equipo de protección, nuestra casa empezó a parecerse al decorado de *La amenaza de Andrómeda*.[2]

Todo el mundo iba con mascarillas, guantes, incluso pantallas faciales. Con tantos palitos de algodón y test constantes, acabé metiéndome más mierdas por la nariz que cuando grabamos el álbum *Vol. 4*. Una de las primeras veces me salió un falso positivo. Primero decía que estaba contagiado, diez minutos después, el siguiente test decía que estaba limpio.

He tenido mañanas mejores, no te voy a mentir.

A medida que iban pasando las semanas, quedó dolorosamente claro lo devastadores que eran los confinamientos para los locales de conciertos, los músicos y los equipos técnicos. Además de pillar el virus, la gente se estaba arruinando por todas partes. Yo intenté echar una mano colaborando con un grupo llamado Sweet Relief para recaudar pasta y ayudar a la gente del mundo de la música que lo estaba pasando mal. No te imaginas lo afortunado que me sentía por no tener que estar de gira para ganarme el pan. Si la pandemia nos hubiera pillado en los primeros tiempos de Sabbath, antes de haber ganado un duro, nos habría jodido vivos.

Obviamente, lo de volar a Suiza para el tratamiento de inmunoterapia estaba descartado. Aunque nos hubieran dejado, no queríamos arriesgarnos a pillar el COVID-19 en el extranjero y que después no nos dejaran entrar de nuevo en el país. Lo mismo ocurrió con la segunda opinión sobre mis cervicales. Todo lo relacionado con la salud que no fuera sumamente urgente, olvídate. Había cosas más importantes. Recuerdo estar viendo la tele con Sharon y ver camiones frigoríficos aparcados frente a un hospital en Nueva York porque no tenían dónde meter los cadáveres. Es fácil olvidarlo ahora, pero aquello fue aterrador. Tiempos muy oscuros, colega.

Para principios del verano, más o menos nos habíamos instalado en una rutina pandémica. Tengo que admitir que, en cierto modo,

disfruté del silencio que se apoderó de Los Ángeles. Por primera vez, podías ver las estrellas de noche. El *smog* desapareció. No se oía tráfico. Ni siquiera pasaban aviones.

En algún momento, Andrew y yo nos pusimos de nuevo a trabajar en el álbum que debía salir después de *Ordinary Man*. Le pusimos de título *Patient Number 9*. Queríamos darle un aire de hospital psiquiátrico, porque siempre me han fascinado esos sitios. Además, he pasado por unas cuantas instituciones de esas a lo largo de mi vida. Y, claro, entre la lesión de cervicales y el párkinson, me sentía como un experimento médico ambulante, lo cual encajaba de lleno en la idea.

Me resultaba muy agradable trabajar con Andrew. Y debía de ser lo mismo para él, porque que empezó a llamarnos a Sharon y a mí «mamá» y ««papá», lo cual me parecía un poco descarado por su parte. Al menos, Andrew mantenía el sentido del humor; salvo cuando él y Sharon se enzarzaban en broncas a gritos —y más de una hubo—, pero al final siempre hacían las paces. La pandemia fue una prueba dura para todos. Era muy fácil venirse abajo, sobre todo si te pasabas el día viendo las noticias.

Mientras tanto, el programa de Sharon pasó a emitirse en directo por Instagram, así que volvió a trabajar. A las pocas semanas, empezó a usar Zoom y hacía cada episodio desde casa. En septiembre ya estaba otra vez en el plató.

Extrañamente, los confinamientos no cambiaron demasiado mi vida. Entre la UCI y estar clavado en la cama en casa, yo ya llevaba más de un año y medio confinado. Y, aunque suene a egoísta, me alivió un poco el sentimiento de culpa por haber cancelado las giras, porque nadie podía trabajar. Aunque, obviamente, no le deseo eso a nadie: la gente estaba perdiendo su modo de ganarse la vida.

Para pasar el rato entre sesión y sesión de grabación con Andrew, volví a aficionarme a las carabinas de aire comprimido. Siempre he tenido escopetas de esas. Sin embargo, las que se venden en Estados Unidos no tienen nada que ver con una BSA de calibre. 177. (Por si no lo sabes, BSA son las siglas de Birmingham Small Arms Company, aunque tengo entendido que ahora es de una empresa americana.) Vi en YouTube a un tío cargarse un bisonte de novecientos kilos en Texas con una de esas. Ni de coña te venden algo así en Inglaterra. Y si intentas meter una en el país, acabas en la cárcel.

El tiro siempre me ha parecido terapéutico, desde que vivía en Bullrush Cottage. Por ahí debe andar una foto mía en el campo, detrás de la casa, con cara de fumado total, un rifle cargado en la mano y el cinturón de munición colgado del hombro. En los años setenta, las leyes de armas en Inglaterra eran mucho menos estrictas si eras propietario de una finca. En aquellos tiempos, yo le disparaba a cualquier cosa. Mandé unas cuantas gallinas al otro barrio, de lo cual no estoy nada orgulloso. También le volé la cabeza a un oso pardo disecado de dos metros que me regaló mi antiguo mánager. Compraba maniquíes de grandes almacenes, los ataba a un árbol del jardín y los ejecutaba al amanecer. Estaba borracho la mayor parte del tiempo. Era un peligro para mí mismo y para los demás, la verdad. Una vez intenté saltar una valla con una escopeta cargada en la mano y casi me vuelo la pierna. Otra, estando de ácido hasta arriba, encañoné a Bill. La recámara estaba vacía, creo, pero él no lo sabía. Luego me fui dando tumbos por el campo y me puse a charlar con un caballo.

El hecho de que Bill y yo sobreviviéramos a los años setenta sigue pareciéndome un milagro.

Ahora solo practico tiro al blanco. Ya no mato seres vivos. Lo cierto es que me he vuelto un gran amante de los animales. He hecho cosas horribles en mi vida a todo tipo de criaturas, pero cuando te haces mayor, entiendes que todo ser vivo tiene derecho a vivir. Ahora rescato animales, como un bulldog al que su anterior dueño prendió fuego. Se llama *Walter*, y está fenomenal. No sabes la felicidad que me da poder darle una buena vida.

Durante aquel primer verano de pandemia, me monté un campo de tiro completo en el jardín trasero. Me fabriqué mis propias dianas: recortaba círculos grandes, les pintaba los puntos en el centro, los montaba en cartón y los ponía en soportes. Me pasaba el día allí. A mi vecino lo tenía frito. El pobre hombre estaba en su piscina o almorzando en el patio, y de pronto le silbaban balines de los gordos por encima de la cabeza. Seguro que se sentía como en plena guerra. Aunque bueno, en el resto de Los Ángeles la gente estaba tan aburrida durante los confinamientos que tiraban fuegos artificiales a todas horas. Al menos yo no le disparaba cohetes

Cuando nos quisimos dar cuenta, habían pasado seis meses desde el inicio del confinamiento. Ya casi era octubre, y se acercaban las fechas europeas del arranque de No More Tours II. Pero con la distancia social todavía vigente y la falta de vacunas, era impensable que hubiera conciertos en directo. Aunque tampoco se puede decir que yo estuviera en condiciones de viajar, vamos.

No queríamos cancelar los conciertos, como hicimos con la gira norteamericana. Pero tampoco tenía sentido reprogramarlos, porque nadie sabía cómo ni cuándo volvería el mundo a la normalidad. Al final, dijimos que la gira arrancaría en enero de 2022. Faltaba más de un año. «Seguro que no pueden durar tanto los confinamientos», pensé. La gente ya estaba empezando a perder la paciencia y a hacer locuras para desahogarse. Parecía que en cualquier momento

podía haber una revolución, si no dejaban a todo el mundo retomar su vida normal. Y con dieciséis meses por delante para recuperarme —si seguía con la fisioterapia—, me parecía imposible no estar listo para salir a la carretera entonces. Pero claro, después de toda la mierda que habíamos pasado, mentiría si dijera que no tenía dudas en el fondo de mi cabeza.

Todos esos meses cojeando por mi jardín me dieron mucho tiempo para pensar. Y no me quitaba de la cabeza lo que solía decir mi viejo amigo Lemmy Kilmister: «Prefiero largarme en medio de una gran explosión que llegar a viejo».

—¿Lo dices en serio, Lemmy? —le pregunté una vez.

—Claro que lo digo en serio —contestó— . ¿Qué sentido tiene llegar a los noventa y cinco si no puedes llevar una vida de verdad?

Entendía lo que quería decir. Pero no estaba de acuerdo. Yo era feliz envejeciendo mientras tuviera a Sharon y mientras mi familia quisiera que siguiera aquí.

Pero en esos momentos, con mi lesión, el párkinson y todos los dolores nerviosos que sufría —por no hablar de los conciertos cancelados—, hubo momentos en los que me pregunté si Lemmy no tendría razón. Porque, vamos a ver, ¿qué sentido tiene estar vivo si no puedes disfrutarlo? Durante mucho tiempo después de la primera operación no viví en el sentido pleno de la palabra, simplemente iba sobreviviendo día a día. Lo único que me preocupaba era cuándo me tocaba la siguiente pastilla. En mis horas más oscuras, hubo muchos momentos en los que desee poder largarme con una gran explosión en lugar de acabar semiparalizado y atrapado en casa. Si no hubiera sido por Sharon y por mi familia, sinceramente no sé cómo habría aguantado. Creo que me habría rendido.

Aunque mi situación había mejorado, aún había veces en que me derrumbaba por culpa de la depresión. El caso es que no te das cuenta de lo afortunado que has sido hasta que pierdes las cosas que dabas por hechas. Como poder usar el brazo derecho. O salir a dar un paseo alrededor de la manzana, solo.

Aun así, pensar en Lemmy siempre conseguía animarme.

Lo conocí cuando él estaba en Hawkwind. Tocaba el bajo y cantaba. Mucha gente no conoce a fondo a Hawkwind porque, como grupo, nunca llegaron del todo al gran público. Aun así, tenían seguidores muy muy devotos. Usaban un montón de efectos de *phaser* y toda esa movida psicodélica de *space rock*. Pero gracias a Lemmy también tenían un toque prepunk. Sabbath compartió local de ensayo con ellos durante un tiempo en los estudios Rockfield, del valle del Wye. Debió de ser hacia 1973, un par de años antes de que Queen fuera allí a grabar *Bohemian Rhapsody*, que fue lo que puso realmente a Rockfield en el mapa.

Lo bueno de Rockfield era que, como estaba en una granja perdida en lo más profundo del sur de Gales, a kilómetros de todo, acababas conociendo muy bien a la gente que se instalaba una temporada allí. Lemmy y yo pasábamos horas fuera, bajo la lluvia, entre el ganado, fumando pitos y charlando mientras él se bebía lo que fuera que llevaba en la petaca, combustible para aviones o lo que demonios fuese. Incluso entonces tenía una voz tan áspera que sonaba como si hubiera hecho gárgaras con papel de lija y gasolina de mechero. Y eso en un buen día. Lemmy era único. La camiseta negra manchada de grasa, la chupa de cuero de motorista, las patillas descomunales y el bigote, los cinturones de balas, las botas vaqueras. No creo haberlo visto nunca vestido de otra manera.

Un par de años después lo pillaron en la frontera canadiense por drogas —al parecer confundieron su *speed* con cocaína—, y

entonces dejó o lo echaron de Hawkwind. Fue cuando montó Motörhead. Según parece, quería llamar al grupo Bastard, pero su mánager no se lo permitió porque así nunca saldrían en *Top of the Pops*. No es que Lemmy fuera precisamente material para *Top of the Pops*. El nombre Motörhead lo sacó de una canción que había escrito para Hawkwind. Significaba loco por la velocidad o algo así, pero Lemmy daba por hecho que los de la BBC no iban a enterarse de eso.

Y tenía razón: ni se enteraron.

Los mejores momentos que viví con Lemmy fueron cuando los de Motörhead hicieron de teloneros durante mi primera gira en solitario, en 1980. Yo acababa de salir de Sabbath, de modo que me estaba jugando el todo por el todo y tocaba dónde y cómo fuera: en El Poole Arts Centre, en el Nottingham Boat Club o en el West Runton Pavilion, donde cojones estuviera eso. Y arrasábamos en todas partes, porque teníamos algo que demostrar y también porque contábamos con Randy Rhoads, que entonces era un desconocido. Aunque no lo sería durante mucho tiempo, claro.

Motörhead también estaba en racha, porque acababa de sacar «Ace of Spades», que para ellos fue como «Paranoid» para nosotros, en mi opinión. Incluso entraron en el *Top of the Pops*, así que menos mal que Lemmy no llegó a bautizar al grupo Bastard. «Ace of Spades» es uno de los grandes himnos del heavy metal de todos los tiempos. Cuando salió, pensé: «Vale, lo han logrado. Estos van a estar aquí para siempre».

Los de Motörhead vivían como piratas. Solo eran tres. Lemmy al bajo y a la voz. *Fast* Eddie Clarke a la guitarra solista. Phil *Philthy Animal* Taylor a la batería. Su material de gira era una caja de Jack Daniel's, otra de vodka y un cargamento de Coca-Cola y zumo de naranja. El equipo que llevaban costaba más que lo que les pagaban

por actuar. Y bastante más, además. Lo primero que descubrí de esos tíos es que simplemente no dormían. Terminaban un bolo empapados en sudor, sin duchas, sin toallas, nada, y se subían al bus, abrían la caja de Jack y a seguir. Conducían las horas que hiciera falta hasta el otro extremo del país, bajaban, tocaban y continuaban como si nada. Una vez le pregunté a Lemmy: «¿Cuándo fue la última vez que te metiste en la cama, colega?». Y él me contestó: «Ni idea... ¿hace diez días?».

Una locura. Yo era incapaz de hacer algo parecido. Lemmy era el único al que simplemente no podía seguir el ritmo. Ni siquiera intentarlo. Era un nivel de juerga catastrófico.

Bueno... había otro tipo al que tampoco podía seguirle el ritmo: André el Gigante. Pero eso era distinto. Si has visto *La princesa prometida*,[3] él interpretaba a Fezzik, el personaje de dos metros veinticinco. Lo conocí cuando participé con el equipo de lucha libre British Bulldogs en el programa *WrestleMania*, unos años después de *Blizzard of Ozz*. André sufría una dolencia llamada acromegalia, que básicamente hace que no dejes de crecer. No solo era alto, también era enorme, como doscientos veinticinco kilos o algo así. El tío se bebía jarras enteras de vodka con zumo de arándanos, y mientras se las preparaban, se zampaba un pack de seis cervezas. Sin embargo, era físicamente incapaz de emborracharse. Dicen que una vez se bebió dieciséis botellas de vino de ciruela en un trayecto de autobús de cuatro horas, y al bajarse disputó tres combates seguidos. Después de haber salido con él un par de veces, no lo dudo. Por desgracia no vivió mucho: murió de un fallo cardiaco a los cuarenta y seis años.

Con Lemmy, en cambio, su arma secreta era el *speed*. *Speed* y metanfetamina, que es veneno, colega. Te deja sin dientes. Una vez le pregunté:

—¿Por qué te metes todo ese *speed* y todas esas metanfetaminas?

—Porque me gusta —me contestó.

—Eso te va a matar, ¿lo sabes?

—La vida te mata —me contestó, encogiéndose de hombros y encendiendo otro pitillo.

Lemmy siempre estaba encendiendo otro pitillo. Probablemente, fue lo primero que hizo al nacer. «Vale —admitió—, quizá las drogas me maten un poco antes. Pero ¿para qué me valen diez años más si los paso aburrido de la hostia?

En cuanto a por qué elegía el *speed*, decía que, si ibas a colocarte, mejor hacerlo con algo que, además, te ayudara a seguir currando. La verdad es que nadie salvo Lemmy podía hacer nada bajo los efectos de esa mierda.

Lo probé una vez. Estaba yo en un club de Londres, con un pedal de aúpa, y Noddy Holder, de Slade, tocaba en el escenario. Lo conocía desde hacía años. Había sido técnico de sonido de Robert Plant en sus inicios, y Geezer también lo conocía bien. Era una de esas noches que no quieres que terminen. Y allí estaba yo, dando saltos por el club a las dos de la mañana después de Dios sabe cuántas horas bebiendo, ya agotado. Y de entre las sombras aparece un cuchillo con un poco de polvo en la punta. Era Lemmy. «Te vendrá bien un poco de esto», me dice.

«Bah, qué coño, no puede ser tan malo», pensé.

Nunca más. Fue como esnifar limaduras de hierro. Tuve la sensación de que iba a sufrir hemorragias nasales el resto de mi vida. Y no dormí durante días. No sé cómo demonios podía meterse esa mierda por la nariz todas las noches y seguir currando.

Pero la gente subestimaba a Lemmy. Como tenía pinta de motero, creían que era un macarra, el típico que se mete en peleas de bar o

te roba la cartera para pillar droga. Pero era un hombre pacífico, culto e increíblemente inteligente. En aquella primera gira que hicimos llevaba una maletita de cuadros, y dentro lo único que había era un calzoncillo, un par de calcetines y una pila de libros sobre todos los temas que puedas imaginar. Al bueno de Lemmy le encantaba leer. Era la puta *Enciclopedia Británica* andante.

Hicimos tan buenas migas con Motörhead durante las giras británica y europea de *Blizzard of Ozz* que se unieron también a la parte americana. Cuando llegamos a Los Ángeles, todos nos alojamos en casa de Don Arden, una gran mansión de estilo español en lo alto de Benedict Canyon. Al parecer había pertenecido a Howard Hughes, y Cary Grant vivía al lado. La finca tenía un montón de bungalows alrededor para los invitados, como un resort. A Lemmy no había manera de sacarlo de la biblioteca. Se quedaba ahí toda la noche, metiéndose *speed* y leyendo. Don se desesperaba: «¿Quién coño es ese cavernícola y qué hace en mi biblioteca? ¡Sacadlo de mi casa!». Y Sharon tuvo que explicarle que era el cantante del grupo telonero.

Por otro lado, cuando Lemmy tenía resaca —lo cual no era muy habitual, porque su tolerancia al alcohol era estratosférica—, te decía que había tenido «una noche dura en el laboratorio de química». En la casa de Don lo vi salir de su habitación después de una de esas noches. Parecía recién desenterrado tras quinientos años bajo tierra. Apestaba. Tenía los ojos más rojos que un bulldog. Y lo primero que me dijo al verme fue: «Joder, Ozzy, si estoy la mitad de mal que tú, me vuelvo a la cama».

Estuve a punto de llamar a una ambulancia para los dos.

Muchos años después de aquella gira de *Blizzard of Ozz*, me crucé con Lemmy en Japón. Debíamos de estar los dos de gira allí. Ya era

hacia finales de los años ochenta, y yo estaba empezando a escribir canciones para el que sería el álbum *No More Tears*.

—¿Cómo va todo, Ozzy? —me preguntó.

—No muy bien —dije.

—¿Cómo es eso?

—Es por las letras del nuevo disco —me quejé.

—¿Qué quieres decir?

—Sé de qué quiero que vaya una canción —le expliqué—, pero nunca consigo pasar de la primera línea.

—Bueno, si quieres te ayudo —dijo.

No pude aceptar más rápido. Lo bueno con Lemmy era que, como había leído tantísimos libros, las palabras le salían solas. Tenía un don, de verdad. Además, yo sabía que ya había escrito temas para otros artistas, como «Can't Catch Me», para Lita Ford. Esa canción figuraba en el mismo disco que el dúo que hice con ella, «Close My Eyes Forever».

En el avión de vuelta a Los Ángeles, después de aquella primera conversación, un tipo se me acercó en primera clase y me dio un libro sobre un general alemán. No tuve corazón para decirle que jamás lo leería. No porque no me interesara —a mí me encanta la historia, sobre todo cualquier cosa que tenga que ver con la guerra; creo que me he visto todos los documentales de la Segunda Guerra Mundial que existen—, sino porque con mi dislexia y mi TDAH leer es una tortura. Entonces pensé: «Ya sé a quién le va a gustar esto: a Lemmy».

Unos días más tarde fui a su casa para darle una de las maquetas de las canciones que necesitaban letra. Lemmy tenía un piso de soltero en West Hollywood, justo a la vuelta de la esquina de su local favorito, el Rainbow, en Sunset Strip. Era como el alcalde de aquel bar. Tenía su propio asiento en la barra, con una placa que

decía *Lemmy's Chair*. Pasaba horas allí bebiendo sus Jack con Coca-Cola y jugando en la máquina de póker del rincón. Y cuando cerraban a las dos de la madrugada, se tambaleaba cuesta abajo hasta su piso.

Su apartamento era un espectáculo, colega. Estaba un paso por encima del piso de un okupa, y uno por debajo de una residencia universitaria. Nunca abría las cortinas. Había ceniceros y botellas vacías por todas partes. Y tenía cosas nazis por todo el salón: dagas de las Juventudes Hitlerianas, banderas con cruces de hierro, uniformes de las SS. Era como un cruce entre el plató de *The Young Ones*[4] y el Imperial War Museum.

Obviamente, no era nazi. «Solo colecciono los objetos, no las ideas», solía decir. Lo que pasa es que estaba fascinado por ese periodo de la historia, lo mismo que yo. Y yo estoy casado con una mujer judía, así que no es que comparta precisamente la ideología de Adolf Hitler. Hay que recordar que crecimos justo después de la guerra, y esta seguía siendo un recuerdo muy reciente para nosotros. Cuando yo era niño en Aston, había calles enteras todavía en ruinas tras los bombardeos de Birmingham. En los campos aún quedaban fortines de hormigón para que la Guardia Territorial pudiera defender el país en caso de invasión. Y todos tenían un amigo cuyo padre había combatido en algún frente. En definitiva, si te interesan los temas oscuros, los nazis y las atrocidades que cometieron son lo más oscuro de todo. Pero eso no significaba que Lemmy anduviera por ahí haciendo saludos nazis ni marchando al paso de la oca.

La primera maqueta que le di fue la de «Mama, I'm Coming Home». Llevaba años con la melodía en la cabeza. Luego me senté con Zakk al piano y terminamos de darle forma a la canción entera. Pero no tenía ni idea de qué letra ponerle.

—Escucha esto —le dije—, a ver si se te ocurre algo.

Entonces me acordé del libro que me habían dado en el avión.

—Ah, oye, ¿quieres esto? —le dije, enseñándole la portada— . Va de un tipo alemán.

—Vale —contestó Lemmy, encendiendo el pito número setecientos del día— . Déjame la maqueta, y sí, me quedo con el libro, gracias. ¿Para cuándo quieres la letra?

—Lo antes posible —dije.

—Perfecto. Vuelve en un par de horas.

—¿Estás de coña?

—¿Qué pasa, que la necesitas antes?

—¿Qué? ¡No! Joder, Lemmy. ¿Cómo coño vas a escribir una letra en un par de horas?

—No es *Guerra y paz*, Ozzy. Es solo una canción. Dame dos horas.

—Vale, si tú lo dices —respondí.

No me lo creía. Estaba convencido de que volvería y me lo encontraría con medio verso escrito y luego se habría largado al Rainbow.

Así que lo dejé y volví cuatro o cinco horas más tarde, por si acaso.

Nada más entrar por la puerta me suelta:

—¿Dónde coño te habías metido? —Y me da una hoja de papel rayado con la letra cuidadosamente escrita a mano, con un par de quemaduras de cigarrillo en la esquina— . Toma.

Miré lo que había escrito y me quedé con la boca abierta:

Times have changed and times are strange,
Here I come but I ain't the same,
Mama, I'm coming home...

Como saben todos mis íntimos, «Mama» es uno de mis nombres cariñosos para Sharon. Y de algún modo Lemmy había conseguido resumir en esas palabras la hermosa y jodida locura de nuestra relación y de mi vida en la carretera. Una relación que acababa de llevar al límite tras una noche de alcohol y pastillas en la que agredí a Sharon. Se me puso la piel de gallina al leerlo. Era como si hubiera podido asomarse a mi alma. Y más tarde, cada vez que cantaba esa canción en directo, me pasaba lo mismo.

Tenía las lágrimas corriéndome por la cara al llegar al final.

—Lemmy..., yo..., no sé ni qué decir —farfullé.

—¿No te gustan? —se encogió de hombros— . No pasa nada, he escrito otras dos versiones.

Y me dio otras dos versiones manuscritas que había hecho para la misma canción.

Me quedé allí, mirándolas, completamente aturdido. Entonces me dijo:

—Ah, y lo del libro que me diste...

—¿Sí?

—Es una mierda.

—¿Qué? ¡No puedes haber tenido tiempo de...!

—Toma —dijo, sacudiéndole la ceniza de encima y devolviéndomelo.

Ya lo había terminado.

Al final, Lemmy escribió cuatro canciones para *No More Tears*: «Mama, I'm Coming Home», «I Don't Want to Change the World», «Desire» y «Hellraiser». Más tarde dijo que había ganado más en regalías de edición con esas cuatro canciones que en toda su carrera con Motörhead. Eso me produce sentimientos encontrados. Por un lado, me alegra mucho que pudiera ganar pasta. Pero por otro, de

ser cierto, Motörhead era un grupo que merecía muchísimo más reconocimiento.

Una de las muchas cosas que me gustaba de trabajar con Lemmy era que siempre se mostraba totalmente sincero con sus opiniones. Le ponías algo y, si no le gustaba, te soltaba: «¡Eso es una mierda!». Te lo decía de frente. Con Lemmy no había azúcar. Y, además, tenía uno de los mejores sentidos del humor que recuerdo. Por ejemplo, una de sus canciones se llama «Killed by Death». Como título, es genial y está al nivel de *Death at a Funeral*, la peli de Frank Oz.

Después de *No More Tears* volvimos a trabajar juntos algunas veces. Aparte de «Mama, I'm Coming Home», la otra canción nuestra que me encanta —y que también hicimos con ayuda de Zakk — es «See You on the Other Side», del álbum *Ozzmosis*. El título hacía referencia a una coña que teníamos siempre que nos poníamos hasta arriba: «¿Cuál de los dos vivirá para ver el próximo amanecer?». Claro que, por entonces, mucha gente pensaba que viviríamos para siempre. Hasta los cómicos lo decían: «¿Qué clase de mundo les vamos a dejar a Lemmy, a Ozzy y a Keith Richards?».

Al final, tengo que decirlo: no me sorprendió del todo sobrevivir a Lemmy. Llegó un punto en que yo levanté el pie del acelerador. Él nunca lo hizo. Mantuvo el pedal a fondo, incluso viendo venir el muro delante. Su último concierto fue en Berlín, apenas un par de semanas antes de morir en Los Ángeles.

La última vez que lo vi fue en un avión rumbo a Río. Sería en abril de 2015. Estábamos haciendo la gira Ozzy & Friends en Sudamérica, y Motörhead formaba parte del cartel. Geezer y Slash también estaban. Lemmy iba sentado unas filas más adelante, así que apenas hablamos. Había perdido un montón de peso, tío. Recuerdo verlo bajar por la pasarela al salir del avión, y sus piernas parecían palillos dentro de sus botas vaqueras.

«Sí, probablemente voy a morir —me dijo en algún momento de aquel viaje— . Pero nunca pensé que llegaría tan lejos, así que me parece que no me ha ido tan mal.»

Tenía 69 años en ese momento, y cumplía 70 en Nochebuena.

Fue el cáncer lo que se lo llevó. Una metástasis total, joder. Le pasó lo mismo a mi padre, después de toda una vida respirando mierdas tóxicas en la fábrica de GEC donde trabajaba. Pero, como decía el propio Lemmy, el hecho de que hubiera llegado tan lejos, viviendo toda su vida como si tuviera 20 años, ya era todo un logro.

Cuando volvimos a Los Ángeles, me llegaron noticias de que su salud estaba empeorando. Le mandaba mensajes todo el tiempo. «Si necesitas algo, llámame.» Él respondía enseguida: «Gracias por preocuparte».

Una semana antes de cumplir 70 años, justo al volver de Berlín, le organizaron un concierto en el Whisky a Go-Go. Estuvieron Slash, Billy Idol, Lars Ulrich, de Metallica... Después de eso, prácticamente quedó postrado en cama. Al parecer, los del Rainbow desenchufaron la máquina de póker del bar y se la llevaron a su piso. Mientras tanto, había reducido el tabaco. Y había cambiado el Jack con Coca-Cola por vodka con naranja. Pero seguía con el *speed*.

Y llegó a los 70, bendito sea. Pero cuatro días más tarde, se fue.

Lo llamé el mismo día en que murió. Quería hablar con alguien que estuviera con él, pero quien fuera que estaba allí se limitaba a pasarme con Lemmy. Ya no podía hablar. Lo único que hacía era gemir al otro lado del teléfono. Yo no paraba de preguntar: «¿Está bien Lemmy? ¿Alguien puede darme alguna información?». Pero lo único que recibía eran aquellos gemidos. Fue horrible. De verdad espero que no sufriera demasiado. Al final tuve que colgar. Pensé: «Prefiero recordarlo como yo quiero recordarlo». Fue tan frustrante

y tan triste... Unas horas después, llegó la noticia: lo habíamos perdido.

Pero dejó huella, colega. La terraza del Rainbow ahora se llama Lemmy's Lounge y, según me han dicho, hay una estatua suya allí. Por su parte, «Ace of Spades» nunca nunca envejecerá. Cuando murió, sus cenizas se repartieron en casquillos de bala que se enviaron a todos sus amigos.

Dios te bendiga, Lemmy. Fuiste un guerrero y toda una leyenda. Nos veremos al otro lado.

Aparte de Lemmy, he tenido el privilegio de codearme con algunos de los mayores juerguistas de la historia del rock. Pero lo que de verdad la gente no se imagina es que, en los primeros tiempos de Sabbath, yo era el sensato del grupo. Bueno, relativamente hablando.

Como aquella única vez en que coincidí con Keith Moon, el batería de The Who. Me habían invitado a un concierto benéfico en Coventry que Tony había ayudado a organizar. Moon estaba allí porque Tony se había hecho colega suyo cuando ambos tocaron en el *Rolling Stones Rock and Roll Circus*, en 1968. Eso fue durante los cinco minutos que Tony estuvo en Jethro Tull.

Mi prenda favorita por entonces era una camisa de ante con flecos que me había traído de Estados Unidos. Para mí, era lo más de lo más. La llevaba con una bolsita de tabaco también de ante enganchada al cinturón, y un colgante con una diminuta cucharilla de cocaína. Yo no tendría más de 23 años y ya me creía toda una estrella del rock, sofisticada y viajada. Pero, en realidad, seguía siendo un chaval ingenuo y descerebrado.

Moon ya estaba bastante ciego cuando llegamos, aunque era temprano. Y hay que tener en cuenta que, además de ser un par de

años mayor que yo, estaba en otra liga completamente distinta. The Who llevaban ya cinco años funcionando y acababan de sacar el álbum *Who's Next*, con «Won't Get Fooled Again». Vamos, que estaban en la cima. Y encima Moon era conocido por ser uno de los cabrones más chalados del planeta. Un par de años antes, en su fiesta de cumpleaños, había estampado un Lincoln Continental —el equivalente a un Rolls-Royce de entonces— en la piscina de un Holiday Inn. Así, por las risas.

Moon no había venido solo al evento. Se había traído a su colega Viv Stanshall, de la Bonzo Dog Doo-Dah Band. Otro chiflado de nivel cinco. Esto debería de ser justo antes de que grabara para el «Tubular Bells» de Mike Oldfield en el que iba por una casa de campo puesto hasta las trancas.

Todo lo que recuerdo es estar en el comedor de aquel sitio, lleno de críos correteando —supongo que sería un acto benéfico infantil—, y ver a Moon y a Stanshall tirados por el suelo, completamente pedos, partiéndose de risa y tomando el pelo a cualquiera que pasara por allí. Yo me sentía superintimidado. Ellos eran unas superestrellas, y yo, solo un novato.

Y claro, en cuanto entré, Moon se fijó en mi camisa. No paraba de acercarse y decirme: «Hey, tío —con acento de *hippie* de pega— .Tío, esa camisa te queda de puta madre, de verdad que sí, tío».

Una y otra vez. No me dejaba en paz. Y Stanshall tampoco. Mientras tanto, yo estaba sobrio, porque por entonces no me daba por ponerme ciego en un acto benéfico para niños a las once de la mañana.

Al final conseguí zafarme de ellos. Pero durante el ensayo del bolo, yo estaba en un lateral del escenario y Moon me vio. «Joder», pensé. Y entonces, además del «hey, tío» empezó a meter la mano en mi bolsita. La primera vez me lo tomé a broma. Pero seguía y

seguía —cada vez le parecía más gracioso— hasta que empezó a tocarme las narices.

—Hey, tío...

—¡PERO QUIERES IRTE A LA MIERDA YA!

Estuve a punto de soltarle un guantazo.

Eran un par de payasos, Moon y Stanshall. Ahora lo veo. Y supongo que me estaban dando a probar un poco de mi propia medicina futura, porque no pasaría mucho hasta que yo mismo me convirtiera en un payaso. Ellos hacían todo tipo de locuras, como vestirse de nazis para salir por la noche. Moon incluso intentó meter su cama de agua en un ascensor, para que explotara al llegar al vestíbulo. Le encantaban las guerras de comida, tirar teles por la ventana de los hoteles o volar váteres con petardos M-80, algo que yo también acabaría disfrutando... Os hablaré de eso en un momento. Pero aquel día no me hizo ninguna gracia. Y menos mal. Porque, imagínate: si Moon the Loon, Stanshall y yo hubiéramos acabado de colegas de borrachera. Habríamos sido el Trío Dinámico y ninguno de nosotros habría llegado vivo a 1973.

Eso sí, Moon era un batería electrizante. O sea, «My Generation», es la hostia. En 1965 nadie tocaba la batería así. Era como un animal salvaje, pero preciso al mismo tiempo. Nunca fui un fan loco de The Who, pero Pete Townshend siempre me cayó bien. Llegué a conocerlo en la ceremonia de ingreso de Sabbath en el Rock & Roll Hall of Fame. Nos lo pasamos de miedo, llorando de risa juntos.

Moon, trágicamente, no sobrevivió a los años setenta porque murió por culpa de una sobredosis accidental. Pero en cierto modo es un milagro que The Who aguantaran siquiera los sesenta. Pocas bandas llegaron a ser tan famosas en esa década y consiguieron mantenerse tanto tiempo. Y los años sesenta le costaron la cabeza a mucha gente. Nunca conocí a Syd Barrett, de Pink Floyd —que se

hizo famoso por perder la chaveta y por el homenaje que sus compañeros le rindieron con el álbum *Wish You Were Here*—, pero jamás olvidaré cuando me crucé con Peter Green, que había sido el guitarrista de los John Mayall & The Bluesbreakers y luego de Fleetwood Mac, en una entrega de premios en Londres. No sabría decirte en qué año fue. Nadie había visto a Green en público en años. Al parecer se había retirado de la música y se había hecho sepulturero porque no quería saber nada más del mundo de la música, de modo que no sé qué hacía en aquel evento. El caso es que apareció por allí con un pañuelo en la cabeza, anudado en las cuatro esquinas.

Fue rarísimo. Me contaron que seguía recibiendo cheques de *royalties* bastante sustanciosos, pero que se los devolvía a la discográfica con una nota diciendo: «No quiero esta mierda, dejadme en paz». Incluso devolvió uno de cuarenta mil libras. Iba en plan, «en serio, dejad de mandarme estas cosas»

Debió de ser muy triste para sus amigos, su familia y sus compañeros de banda. Estaba ahí, pero ya no estaba.

Un par de años después de aquel acto benéfico, yo ya había empezado a beber mucho más y mucho más a menudo. Cualquier evento, fuera a la hora que fuera, era excusa para ponerme hasta arriba. Y, aunque no volví a ver a Moon ni a Stanshall, sí me crucé con John Entwistle, el bajista de The Who.

Me acuerdo que yo estaba en Londres. Por entonces yo era bastante amigo del cómico Billy Connolly, al que había conocido en la carretera, porque a menudo coincidíamos en los mismos hoteles. En esa época, Billy aún bebía y se metía polvo, pero lo dejó todo a principios de los años ochenta, cuando conoció a su mujer, Pam. Aquella vez yo estaba en una gran fiesta de presentación de un libro

suyo, *The Big Yin*, que, si no me equivoco, debía de ser una recopilación de tiras cómicas que hacía entonces.

En esa época, yo solía matar algunas tardes en la oficina de nuestro mánager, metiéndome rayas y bebiendo birra. Así que cuando llegué a la fiesta —que empezaba a las cinco de la tarde— iba como una cuba. El evento era en el sótano de un bar o de un restaurante, no recuerdo, y yo bajaba tambaleándome justo cuando Entwistle subía.

Me paró en escalera y me preguntó:

—¿Te conozco de algo?

—Puede —le dije— . Soy el cantante de un grupo que se llama Black Sabbath

—Ah, sí —respondió, y siguió subiendo.

Ese fue todo mi encuentro con Entwistle.

Lo siguiente que recuerdo es que entré en aquel sótano, ruidoso y abarrotado de periodistas y famosos, sudando, reventado y más pedo que Alfredo. De repente me dio como un mareo, y me apoyé en un panel enorme que había cerca —no sé, una especie de friso, que incluso mostraba páginas del libro, pero no estoy seguro—, pensando que era parte de la pared. Y, claro, acabé atravesándolo de golpe. Me caí al suelo con estrépito y se me vino todo encima y quedé sepultado bajo trozos de cartón y espuma de poliuretano, mientras los tubos metálicos del armazón rodaban por todas partes.

Recuerdo mirar hacia arriba y ver cómo se formaba un corro alrededor de mí, todos tan tranquilos, charlando, con sus copas de champán y sus canapés. Y de repente, entre la multitud, apareció uno de los tipos más famosos del mundo: Bobby Moore, el capitán de la selección inglesa que ganó a Alemania en el Mundial de Fútbol.

—Oh, hola —me dijo y se largó.

Y mientras, yo ahí, tirado en el suelo, intentando incorporarme.

Esa fue la primera vez que el bebercio empezó a causarme problemas de verdad en público.

A partir de ahí, ya no hubo vuelta atrás. Estaba lanzado. Sin embargo, en los años setenta, más que la bebida en sí, lo que daba problemas eran las cosas que hacía estando borracho. Y fue en las giras norteamericanas cuando todo se descontroló.

Lo que no podíamos creernos en Sabbath era lo fácil que resultaba comprar petardos tipo traca en Estados Unidos, o M-80, como los llamaban allí. Pero, como todo en ese país, los M-80 eran muchísimo más potentes que cualquier cohete que pudieras comprar en Inglaterra. Los usaba el ejército como bombas de prácticas, de tanto que reventaban. Y podías comprarlos en cualquier sitio. La única limitación era cuánto dinero llevases en el bolsillo y cuántos quedasen en la tienda.

Tipos como Keith Moon se llevaban quinientos de golpe. Hoy te detendrían por terrorista. De hecho, ya ni se pueden comprar, son ilegales. Y con razón. Podían ser seguros si los usabas con cuidado, pero nadie lo hacía: se usaban para hacer el cabra.

El primer truco que aprendí con un M-80 fue alargar la mecha y empalmarla a otra cosa, para que explotara con retardo. Por ejemplo: agujereabas un cigarrillo a la mitad, metías dentro la mecha, lo dejabas en un cenicero encendido... y cuando el cigarro se consumía hasta llegar al punto de la mecha, ¡BOOM! La explosión era brutal, sonaba como una bomba de verdad. Imagina la escena: la peña en plan setentero, fumando porros y hablando de paz y amor y las vibraciones del universo, y de repente la habitación entera retumbaba como si hubiera estallado un artefacto nuclear debajo de la mesa.

Me partía de la risa, colega. Pero, viéndolo ahora... ¿en qué coño estaba pensando?

Seguro que dejé a más de uno con estrés postraumático.

Por no hablar de los daños en los tímpanos.

Y encima yo manipulaba toda esa pólvora estando pedo perdido.

Las bombas de humo eran otra manera muy divertida de gastar bromas. En aquella época no había nada más divertido que lanzar una bomba de humo dentro de la ducha mientras un pipa estaba allí, cantando a pleno pulmón y enjabonándose el pelo. Al principio pensaban que era vapor normal, pero de repente se daban cuenta de que no veían un carajo, y trataban de salir, pero acababan dándose contra las paredes mientras tragaban humo en pleno ataque de pánico.

Siempre se lo hacíamos al mismo pobre diablo. Cada vez que se duchaba. Y cada vez nos parecía más gracioso. Le metimos tanto humo que hasta las sortijas se le pusieron negras. Ahí fue cuando nos dimos cuenta de que quizá deberíamos parar.

Una vez más, no sé qué coño pensábamos. Podíamos haber matado al pobre cabrón.

Y no nos olvidemos de los cohetes que metíamos en botellas. Eran de muerte. Unos simples cohetes baratos que se metían en una botella vacía, se encendían y... ¡SWOOOSH!, salían disparados al cielo, y unos segundos después, estallaban. ¡BANG! Imagínate lo que nos divertíamos con ellos, sobre todo disparándolos en horizontal por los pasillos de los hoteles. Entre los cohetes de botella, los M-80 y las bombas de humo, cada hotel en el que nos alojábamos acababa pareciendo Beirut en plena guerra.

Claro que no todo el mundo le veía la gracia.

Recuerdo una vez en un hotel: tenía un cohete de botella en la mano y estaba a punto de lanzarlo por el pasillo hacia la habitación de Bill cuando escuché:

—¡QUIETO, HIJO DE PUTA!

Cuando giré la cabeza vi a un poli apuntándome con su pistola... pero ya era tarde: la mecha estaba encendida y el cohete salió disparado.

¡SWOOOSH!

Lo único que pude hacer fue disculparme:

—¡Lo siento mucho, agen...!

¡BANG!

Al oír la explosión, Bill salió disparado de su cuarto, gritando, y chocó de lleno contra la pared porque no veía nada entre el humo. Entonces saltaron todas las alarmas contra incendios.

Pasé la noche en el calabozo.

Pero la vez que más cerca estuve de palmarla fue en Honolulu, Hawái.

Había comprado una bolsa llena de M-80 y la llevaba a mis pies en un coche de alquiler, mientras conducía un técnico de sonido. No íbamos a ningún sitio concreto, solo matábamos el tiempo antes de un bolo, viendo el paisaje, fumando un poco de hierba local y bebiendo cervezas de una caja que tenía en el asiento trasero. Mientras tanto, para entretenerme, iba encendiendo un puñado de M-80 y tirándolos por la ventanilla. No era la idea más brillante, pero me partía de risa viendo cómo los coches de atrás pitaban y daban volantazos cuando esas minibombas explotaban en medio de la carretera.

—¡Ozzy, deja de hacer eso! —me repetía el técnico— . ¡Vas a provocar un accidente!

—No, qué va —decía yo. ¡BANG!— . Nadie va tan deprisa. —¡BANG! — ¡Jajaja!

—En serio, Ozzy. Para de una puta vez.

—Vale, vale. —¡BANG! ¡BANG!

—¡¡Ozzy!!

— ¡Jajaja! —¡BANG!

Ya me estaba cansando, así que me dije: «Venga, el último». Pero justo después de encender la mecha y tirar el M-80 por la ventanilla, el técnico pisó el freno y detuvo el coche.

—¿¡Qué cojones haces!?? —le solté, girándome para ver cómo el M-80 rebotaba contra la acera y rodaba bajo un larguísimo pedazo de sedán americano cromado, que se había parado detrás de nosotros.

Lo malo era que dentro del sedán había cuatro hawaianos enormes, con melenas, sin camiseta, tatuados hasta las cejas, que fumaban y charlaban sin sospechar lo que estaba a punto de pasar.

—¡¡ARRANCA!! —grité— . ¡¡¡ARRANCA DE UNA PUTA VEZ!!!

—¡Es un semáforo en rojo! —dijo el técnico— . ¡Te dije que dejaras de tirar esas mierdas!

—¡Pues sáltatelo! ¡Sáltatelo antes de que explote el petardo!

¡ARRANCA DE UNA PUTA VEZ!

—¡¡Joder!!

Yo sudaba a chorros mientras veía por el retrovisor cómo una nube de humo blanco cubría el sedán entero. En segundos, los cuatro ocupantes salieron del coche, y estaban cabreadísimos.

—¡Agáchate! —le ordené al técnico.

Ellos empezaron a inspeccionar el coche, agachándose para mirar el tubo de escape, preguntándose qué coño había pasado.

Durante un momento pensé que nos librábamos. Pero entonces una rubia americana salió de un centro comercial, agitó los brazos para llamar su atención y empezó a señalarme:

—¡Ha sido él! ¡Él ha tirado una bomba bajo vuestro coche!

Y claro, los cuatro hawaianos me vieron que los estaba mirando por el retrovisor. Intercambiaron una mirada y se acercaron lentamente hacia nosotros.

No sabía si llevaban armas, pero tampoco me apetecía averiguarlo.

—¡¡ARRANCA, ARRANCA, ARRANCA!! —le grité al pipa, que seguía paralizado, mirando fijamente al frente.

—¡¡ESTÁ EN ROJO!!

—¡SÁLTATE EL SEMÁFORO, COÑO! ¡¡DA IGUAL!!

—¡¡NOS VAMOS A MATAR!!

Y no le faltaba razón. ¡ZUM, ZUM! Coches, camiones y motos pasaban a toda hostia en las dos direcciones. Pero vi un par de huecos.

—¡¡NOS VAN A MATAR DE TODAS FORMAS!! ¡¡PISA A FONDO!!

Los hawaianos ya nos rodeaban para abordarnos desde ambos lados.

—¡EH, CABRÓN! ¿¡QUÉ COÑO LE HAS TIRADO A NUESTRO…!?

¡VROOOM!

Por fin el técnico cerró los ojos, pisó a fondo y el coche salió catapultado hacia delante. Y por un milagro de la suerte más suertuda que puede haber, nos lanzamos hacia el cruce justo cuando el semáforo se ponía en verde.

Casi lloro de alivio.

Cuando miré atrás, los hawaianos estaban plantados en medio de la carretera, tragándose nuestro humo, mientras los coches de atrás les pitaban para pasar.

Decidí tranquilizarme un poco con los M-80 después de eso.

Si hubo un momento en que de verdad me di cuenta de lo fácil que era matarse viviendo como yo vivía, fue en 1980, cuando Bon Scott y John Bonham murieron con apenas unos meses de diferencia. No es que dejara de beber o de meterme rayas cada cinco minutos, pero sí me volví más cuidadoso.

Nunca llegué a salir de copas con Bon, lo cual seguramente fue lo mejor. Pero Sabbath solía salir de gira con AC/DC, así que lo conocí bastante bien en la carretera. Para ser sinceros, algunos cantantes podían ser un auténtico dolor de huevos, pero Bon era todo lo contrario: un tío simpático, gracioso, muy de andar por casa. Y qué gran cantante. Aunque Brian Johnson hizo un estupendo trabajo sustituyéndolo, para mí Bon siempre será la voz de AC/DC.

Los conocimos en Australia, en 1974, cuando abrían para nosotros en un evento llamado «British Rock 'n' Roll Month». También estaban los de Uriah Heep y Status Quo.

Al principio, no sabía qué pensar de AC/DC. Cuando vi a Angus Young salir al escenario con sus pantalones cortos de colegial, la gorra escolar, la guitarra colgada y una mochila a la espalda, pensé: «Qué cosa tan rara». Me recordaba a Jimmy Clitheroe, un cómico de mi infancia que se disfrazaba de colegial, aunque era adulto. Tenía una enfermedad genética, creo, y realmente parecía un chaval de 11 años. Angus también era bajito, claro, pero no tanto.

Pero, en cuanto Angus empezó a tocar, todo encajó. Lo que hace con la guitarra es brillante. Parece sencillo, pero no lo es. Sabe exprimir cada cuerda, machacándola como un martillo neumático. Y cuando se lanza en escena, qué cojones, no me extraña que no creciera más. Acaba los conciertos empapado, como si hubiera corrido un maratón. Lo adoro, como músico y como persona. Es un grande.

Lo único chungo que pasó con AC/DC fue unos años después, cuando nos teloneaban en Suiza durante la gira de *Technical Ecstasy*. Geezer se había comprado una navaja automática y no paraba de abrirla y cerrarla, todo el rato. Le dije:

—Geezer, ten cuidado. Como lo hagas delante de la persona equivocada, en el momento equivocado, puede que no le guste.

Pero ya se había convertido en un tic. Y claro, una noche en mi habitación, mientras bebíamos unas cervezas con Malcolm Young —el hermano mayor de Angus, guitarra rítmica y líder oficioso de la banda—, Geezer empezó con el jueguecito de la navaja y Malcolm se cabreó.

Fue instantáneo. De estar charlando, pasaron a las manos. Tuve que separarlos porque, como le dije a Geezer, AC/DC serán australianos, pero los Young vienen de Glasgow, y eso significa que son escoceses hasta la médula. Y los escoceses pelean de verdad. Malcolm, a pesar de su metro y medio, podía darse de hostias con cualquiera y jamás se echaba atrás.

No sé dónde estaba Bon aquella noche —ni tampoco el resto de Sabbath—, pero los AC/DC tuvieron que abandonar la gira después de eso. No sé quién tomó la decisión. Pero Malcolm nunca lo olvidó. Bueno, al final sí lo olvidó, lo olvidó todo. Muchos años después de esa gira, se mudó cerca de mi casa en Buckinghamshire, y venía a verme de vez en cuando. Sin embargo, con el tiempo empecé a notar que en su cabeza las luces estaban encendidas, pero no había nadie dentro. Fue triste. La demencia se lo había llevado. Me preocupaba tanto que una vez le pregunté a Angus cómo estaba, y se enfadó. No sabía que Malcolm vivía junto a mí, pensó que la noticia se había filtrado. Son una familia muy cerrada y protectora.

En cuanto a Bon, la última vez que lo vi fue en su camerino del Bingley Hall, en Stafford. Era el 8 de noviembre de 1979. A mí me acababan de echar de Sabbath y apenas estaba arrancando mi carrera en solitario. AC/DC estaban de gira con *Highway to Hell*, el disco que los catapultó, y tenían a Def Leppard como teloneros.

Estábamos de palique y alguien gritó: «¡Salís en cinco minutos!». Bon tenía un vaso enorme delante, un vaso alto, de los más

grandes. Pensé que era Coca-Cola. Se lo bebió de un trago y se estremeció.

—¿No te van a entrar ganas de mear después de meterte tanto refresco de golpe? —le pregunté.

—No es Coca-Cola. Es Jack con Coca-Cola —me dijo.

Increíble. Esa era una barbaridad de Jack Daniel's para meterte justo antes de salir al escenario. Y, en general, una barbaridad de alcohol en un solo trago. Incluso yo lo habría dosificado más.

Pero no le di más vueltas. Estaba demasiado ocupado yendo hacia el lateral del escenario para escuchar a Angus arrancar con el *riff* de «Highway to Hell», de esos que te revientan los tímpanos.

¡Duh-nun-nuh!

¡Duh-nun-nuh!

¡Duh-nun-nuh, duh-nun-nuh-DUH!

¡DUH-DUH!

Todo un himno, colega.

Cuando Bon salió a escena, recuerdo que pensé: «Este tío tiene el mundo a sus pies».

Yo estaba mucho más unido a John Bonham que a Bon. De hecho, conocía a todos los de Zeppelin desde hacía tiempo. Fue Geezer quien primero me presentó a Robert Plant, cuando este aún se preguntaba si debía unirse a Zeppelin —o a los New Yardbirds, como se llamaban entonces— o seguir con su propia banda, una banda que, por increíble que parezca, respondía al extraño nombre de Obbs-Tweedle.

Una noche, en el Henry's Blues House —el club de nuestro primer mánager, Jim Simpson— vi a Plant tocar con Bonham. Esto debió de ser a principios de 1968. Se me pusieron los pelos de punta, tío. Ya entonces, el pie derecho de Bonham tenía tanta velocidad y fuerza

que parecía que disparaba proyectiles de artillería con un cañón de repetición. Un año más tarde, el resto del mundo pudo escucharlo en «Good Times Bad Times». Lo que hacía con un solo bombo rozaba lo físicamente imposible.

Y la voz de Plant era de otro planeta. El registro, los alaridos que soltaba, el volumen brutal. Podías intuir ya los cimientos de «Dazed and Confused» aquella misma noche. Además, encajaba con la imagen: su melena rubia rizada y esos pantalones ajustadísimos que, probablemente, le daban una octava extra. Él y Bonham estaban llevando el blues a un territorio completamente nuevo, mucho más heavy, y era una de las cosas más emocionantes que había escuchado en mi vida.

Y eso antes siquiera de sumar a Jimmy Page a la guitarra y a John Paul Jones al bajo.

Con el paso de los años, y a medida que Zeppelin y Sabbath iban despegando, descubrí que Bonham vivía a menos de una hora de mi casa, y empezamos a salir de copas juntos. John no se había comprado solo una casa. Se había comprado una granja entera. Una auténtica, con caballos, gallinas y hasta un premiadísimo toro Hereford llamado Bruno. El sitio se llamaba Old Hyde Farm, y estaba cerca de Cutnall Green, en Worcestershire. Tendría unas cuarenta hectáreas o así, en lo alto de una colina, con unas vistas increíbles de la campiña. Era un lugar pacífico, precioso. Me encantaba ir por allí. John era feliz de verdad cuando se paseaba en su tractor, con su gorra de granjero. Su padre, Jacko, también estaba mucho por allí. Era albañil, y siempre andaba reformando las viejas dependencias de la granja. Más tarde me contaron que una de las razones por las que John bebía tanto era porque, cuando estaba de gira por el otro lado del mundo, se moría de nostalgia por estar en su granja y con su familia.

Para llegar a la casa principal, había un camino largo y sinuoso con una valla blanca a un lado. Y justo al final del camino, donde se juntaba con la carretera, había un pub. John no era dueño del pub, pero como si lo hubiera sido, porque lo dejaban entrar a cualquier hora del día o de la noche.

El caso con John es que, sobrio, era un tío estupendo. Pero cuando se pasaba con el alcohol, se volvía absoluta y jodidamente loco. Se mataba a beber. También le daba fuerte a los Quaalude, que en Inglaterra llamábamos *mandrakes*. Tenía una bolsa de plástico llena de pastillas. En aquellos tiempos la gente se las tomaba para relajarse.

Su asistente se llamaba Matthew, recuerdo, y a menudo lo reclutábamos para que nos llevara a los clubes de Birmingham en mi Jaguar XJ12. Una noche, John iba tan borracho que, al salir de un club, pensó que el coche era suyo e intentó largarse sin mí. Solo me acuerdo de golpear la ventanilla y gritarle:

—¡John, este es mi puto coche!

Pero él cerró los seguros desde dentro y me contestó:

—¡Vete a la mierda, me voy a casa!

Durante un momento pensé que iba a tener que coger un taxi de vuelta a Stafford. Eso o dormir bajo un seto, así que me puse a berrear.

—¡JOHN, ESTE ES MI PUTO COCHE!

Y de repente, algo hizo clic en su cabeza.

—Bueno, entonces será mejor que subas, ¿no? —me dijo al fin, abriendo las puertas.

Era tan amigo de John que, en una ocasión, incluso llegué a confiarle toda mi reserva de coca.

Iba a salir del país para irme de vacaciones con mi mujer y mis hijos, a un resort carísimo de las Islas Canarias, y no quería dejar la

droga en casa, donde la asistenta o algún pipa espabilado que siempre andaba entrando y saliendo pudiera encontrarla. Así pues, antes de irme, metí en el maletero del Jaguar una bolsa enorme de plástico llena de coca y conduje hasta Old Hyde Farm. Encontré a John en uno de los talleres, al lado del granero que había convertido en garaje para su colección de coches antiguos.

—¿Puedes guardarme esto? —le dije, mostrándole la bolsa.

—¿Qué coño llevas ahí? —preguntó.

—Polvo de largar —le contesté.

Así lo llamábamos entonces, porque te hacía hablar sin parar.

—Joder, Ozzy. Eso es MUCHO polvo de largar.

—Lo sé. ¿Puedo meterlo en ese armario con llave que tienes ahí? Me tengo que ir fuera un tiempo.

—Vale —dijo—, ya sabes dónde está. Yo me encargo de que nadie lo toque.

—Gracias, John. Te debo una.

Recuerdo que me quedé un poco intranquilo mientras volvía a Stafford por la M6. Pero nada comparado con lo que sentí al llegar al aeropuerto con mi entonces mujer y los niños. De repente me entró el canguelo: «Ese cabrón se va a meter mi coca; no me va a quedar nada cuando vuelva». Era una cantidad que hoy equivaldría a diez o quince mil libras. Y más allá del dinero, conseguir coca en Inglaterra en aquella época era dificilísimo. ¿Cómo coño se me había ocurrido pensar que John Bonham era la persona adecuada para custodiar una montaña de cocaína suficiente para enviar al Ejército boliviano de ida y vuelta a la Luna? Y pensé: «En cuanto se haya tomado unas pintas, ya me lo veo abriendo la bolsa y yéndose al pueblo con ella para repartirla como si fuera confeti, compartiéndola con las ovejas». Medio Cutnall Green estaba a punto de dar saltos hasta el techo gracias a mi coca.

Pensé que me tranquilizaría al llegar a Canarias.

Pero no.

Por alguna razón, la situación me preocupaba cada vez más. Pensaba en mi bolsa en el tobogán acuático, con los críos. Pensaba en ella mientras apuraba daiquiris y botellas de Guinness en la piscina. Pensaba en ella durante una cena romántica en la playa con mi mujer. Al final, Sharon me preguntó qué me pasaba. Yo no sabía qué decir:

—Estoy preocupado por mi... Bueno, por el futuro del mundo, ¿sabes?

El caso es que acabé volviendo a casa antes de tiempo, de tan mal que estaba. En cuanto el avión aterrizó en Heathrow, salí corriendo del aparcamiento de larga estancia, y conduje a 180 km/h de vuelta a Old Hyde Farm. Durante todo el camino, solo podía pensar: «Ya no estará, ya no estará, seguro que se la ha metido toda».

Dos horas después, subía rugiendo por la entrada de casa de John. Ni apagué el motor ni cerré la puerta al llegar al granero. Fui directo al armario con llave de la esquina y casi arranqué las puertas de cuajo. Tiré martillos y destornilladores por los aires, hasta que... ¡Ahí estaba! Vi la esquina de la bolsa. La saqué. ¡Ja, lo sabía!

Entonces...

Espera un momento.

La bolsa seguía llena.

La sopesé con la mano.

Miré dentro.

La volví a sopesar, para asegurarme.

Sí.

No había tocado ni un gramo.

No me lo podía creer.

John, amigo mío, si me lees desde allá arriba, perdona por haber dudado de ti.

Tres meses después de aquella noche con Bon en Bingley Hall, yo estaba en Stafford, a punto de largarme a los Ridge Farm Studios para empezar a grabar *Blizzard of Ozz*. No recuerdo si Randy ya estaba allí o todavía estaba peleándose con el visado. El caso es que sonó el teléfono. Era Jean, mi hermana mayor.

—¿Sabías que han encontrado muerto a un cantante en su coche en Londres? —me dijo.

Se me heló la sangre.

—¿Quién? ¿Cómo se llama?

—Bon Scott. —Iba leyendo el periódico a medida que hablaba— . Era del grupo AC/DC. ¿Lo conoces?

Después de escuchar su nombre, ya no oí nada más. Fue como recibir un puñetazo en plena cara.

Me dejó hecho polvo. ¡Pero si lo había visto hacía nada! No entendía cómo podía haber pasado. Sí, me había sorprendido verlo beberse de un trago aquel vaso gigante de Jack con Coca-Cola antes de salir al escenario, pero nunca lo había considerado un alcohólico tan grave.

Dijeron que se ahogó con su propio vómito mientras dormía. Pero en mi mundo, por aquel entonces, eso no parecía algo que pudiera matarte. Yo vomitaba dormido constantemente. En toda Inglaterra había gente haciéndolo cada viernes y sábado por la noche, y no todos se morían. Entonces, ¿por qué Bon?

Estaba en *shock*. Me dio una pena inmensa. Sabía exactamente lo agotado que debía de estar, la presión que debía de sentir, porque yo también había pasado por eso de estar siempre en la carretera. Los de AC/DC daban giras sin parar. Y cuando la gira se vuelve una

carga —los hoteles, las interminables horas de autobús, la comida de mierda, los retretes químicos, las discusiones tontas, día tras día, entrevistas, forzar la voz—, puede destrozarte. Cuando es bueno, es lo mejor del mundo. Pero si no haces pausas, puedes acabar muy mal. Su canción «It's a Long Way to the Top (If You Wanna Rock 'n' Roll)» lo resume mejor que yo.

Bon llevaba quince años en la carretera —empezó en 1964, mucho antes de entrar en AC/DC—, dejándose la piel para conseguirlo. Y con el álbum *Highway to Hell* por fin lo había logrado, a los 33 años, justo cuando muchos cantantes empiezan a dudar de si alguna vez lo conseguirán. Estaba a punto de convertirse en una de las mayores estrellas del rock del planeta. Tenía tanto por delante... tanto que dar. Fue una tragedia absoluta. Bon, te echamos de menos, colega.

Entonces, siete meses más tarde, recibí otra llamada.

Esta vez yo estaba en Liverpool, en el vestíbulo de un hotel, en una cabina telefónica, mientras mi mujer me contaba desde el otro lado de la línea que John Bonham había aparecido muerto en casa de Jimmy Page después de un día y una noche de borrachera, tras unos ensayos. Al parecer, John Paul Jones y el mánager de la banda fueron quienes lo encontraron al día siguiente, intentando despertarlo, y luego tuvieron que darles la noticia a Robert y a Jimmy.

No quiero ni imaginar esa escena.

La muerte de John me afectó profundamente. Tenía solo 32 años, y dejó viuda a su esposa Pat y huérfanos a sus dos hijos, Jason y Zoë. También supuso el final de Led Zeppelin. A finales de año, publicaron un comunicado que decía: «La pérdida de nuestro querido amigo y el profundo respeto que sentimos hacia su familia, junto con la sensación de armonía indivisible que existe entre

nosotros y nuestro mánager, nos han llevado a decidir que no podíamos continuar como antes».

John llevaba las cosas al límite. Era un tipo intenso. Bebía y bebía sin parar hasta perder el sentido. Yo, en cambio, bebía, luego me fumaba un porro y me quedaba dormido. John, en cambio, nunca paraba.

Según se supo después, el día en que murió se había bebido unos cuarenta chupitos de vodka, empezando en el desayuno. Dijeron que la causa de la muerte fue la misma que la de Bon: ahogarse en su propio vómito mientras dormía. Cuando lo oí, empecé a darme cuenta de lo fácil que es que te ocurra si conviertes en costumbre lo de beber hasta caer redondo.

Yo me tenía por un borracho listo, pensaba que me sabía todos los trucos para no acabar así. Pero una vez me quedé dormido dentro de mi Range Rover, en el camino de Bullrush Cottage, en una situación muy parecida a la que mató a Bon. Aquella noche alguien tuvo que venir a echarme un saco de dormir por encima. Al despertar, tenía los ojos pegados por la escarcha. Podría haber muerto de hipotermia, por no hablar de ahogarme en mi vómito. Cuando conocí a Sharon, ella no me pasó ni una. Me machacaba cada vez.

—¡Nadie piensa que le va a pasar a él! —me gritaba— . ¿Crees que Bon pensó que esa iba a ser su última noche? ¿O John? ¡Despierta, Ozzy!

El mensaje debió de calar, porque después de perder a Bon y a John empecé a dormir de lado, después de toda una vida durmiendo boca arriba. A día de hoy sigo durmiendo de lado, por si acaso vomito. Puto genio que soy.

En cuanto a eso de desaparecer con un gran estallido, en plena juventud, no sé. El problema es todo lo que te pierdes. Lemmy había

tenido una vida plena. Yo también la he tenido. Pero Bon y John se marcharon cuando todavía les quedaba mucho por hacer. Ojalá hubieran podido quedarse.

Muchos años después de que murieran, durante un descanso entre giras, volví en coche a Old Hyde Farm. Aparqué junto al pub, en la entrada del camino, y me quedé ahí sentado, mirando la valla blanca y los campos ondulados. La última vez que había estado en ese lugar, el padre de John, o alguno de los trabajadores de la granja, le había dado una mano de pintura blanca a la valla. Ahora estaba podrida, vieja, desconchada.

«Supongo que las buenas épocas siempre terminan tarde o temprano», recuerdo que pensé para mis adentros.

A veces, demasiado temprano.

11

ME HE TOMADO UNAS CUANTAS

Al final, el COVID-19 también nos alcanzó.

El primero en pillarlo fue Andrew. Tengo que decir que, hasta ese momento, jamás en mi vida había querido usar Zoom. Me refiero a que las reuniones ya son bastante malas de por sí. Pero una reunión a través de la pantalla de un ordenador me parecía como un nivel extra de tortura, un paso más allá de que te arranquen los dientes sin anestesia. Sin embargo, cuando Andrew me dijo: «¿Por qué no me paso por tu casa? Tranquilo, que llevaré una mascarilla», me sorprendí a mí mismo respondiendo: «Oye, ¿no has oído hablar de esto del Zoom?».

Con todos los demás problemas médicos que ya tenía encima, pillar el virus era lo último que necesitaba. A diferencia de mucha gente de mi entorno —incluida mi Kelly—, yo estaba deseando que me metieran la vacuna en el brazo cuanto antes. Kelly decía: «Ni de coña voy a ponerme esa mierda». Yo, en cambio, habría aceptado que me inyectaran gasolina. Me daba igual si la habían probado cinco minutos o cincuenta años. Lo único que quería era que no me volvieran a meter en una UCI. Y menos aún con un tubo en la tráquea para poder respirar. No, gracias.

Y entonces, justo antes de Navidad, Sharon también lo cogió. Es cuatro años más joven que yo y su estado de salud es mucho mejor que el mío, pero, aun así, el virus la tumbó con fuerza. Estuvo

hospitalizada un par de días. Luego pasó la cuarentena en casa de Elton John, en Beverly Hills. Lo increíble es que yo no me contagié.

—A lo mejor es cierto lo que dicen —me dijo Sharon una noche por teléfono, tosiendo y con la nariz congestionada— . A lo mejor es verdad eso de que eres indestructible.

—Será de tanto satanismo y adorar al diablo —le respondí.

Pero lo peor de la pandemia para Sharon aún estaba por llegar.

Tal como yo lo veo, mucha gente perdió la cabeza en aquella época. El mundo entero se había parado de golpe y había tenido que encerrarse en su casa, con la parienta y los críos durante casi un año, soportando el estrés, las peleas en familia, discutiendo de política, de vacunas o del origen del virus. Unos habían acabado arruinados mientras que otros se subieron al tren del dinero fácil del COVID-19. Pero, sobre todo, había muerto tanta gente que costaba de creer.

Fue una época de locos. Y mientras el mundo se volvía cada vez más chalado, se puso de moda destrozar a cualquiera que tuviera la opinión «equivocada». La cultura de la cancelación iba a toda máquina, a izquierda y derecha. Y claro, como Sharon salía todos los días en *The Talk*, comentando lo que estaba en las noticias —que era su trabajo—, le tocó a ella. No quiero remover demasiado la historia, pero básicamente defendió a su amigo Piers Morgan, al que conoce desde que coincidieron siendo jurados del programa *America's Got Talent*, hace ya muchos años. Piers había dicho que no se creía ni una palabra de lo que contaba la mujer del príncipe Harry, Meghan Markle. En cuanto lo dijo, claro, salieron los de siempre con las antorchas, llamándole racista y de todo lo que se te pueda ocurrir. Y Sharon simplemente dijo que su amigo tenía derecho a opinar, aunque ella no estuviera de acuerdo con él. Y que no creer a

Markle no te convierte automáticamente en racista. Eso fue todo, hasta donde yo sé.

La verdad es que Sharon estaba condenada en cuanto el tema salió. Lo que ocurrió fue una ejecución pública. Ella está convencida de que alguien la tendió una trampa —y no voy a dar nombres, porque lo último que quiero es reabrir esa mierda—, pero sabía muy bien lo que hacía. Y claro, Sharon, cuando siente que la acorralan, sale a pelear.

Como ya dije antes, el mundo de la tele es asqueroso. Se lo repetí a Sharon mil veces: «Cuidado, que las puñaladas siempre llegan cuando menos lo esperas». Y fue terrible verla pasar por aquello. Estaba destrozada. Porque en la tele piensas que tienes amigos... pero no lo son.

Fue durísimo. De verdad.

El caso es que Sharon ya venía cargando un peso enorme. Que si mi lesión, que si mi párkinson, que si las giras canceladas, y encima la pandemia. Llevaba una losa brutal sobre sus hombros. Y, ojo, Sharon nunca se queja. No va con ella. Está hecha de acero. Además, los dos hemos tenido suerte en la vida y sabemos que hay quien lo pasa mucho peor. A pesar de todo sigue siendo un ser humano.

Su curro en *The Talk* era una parte importantísima de su vida. Había estado allí once años, ¡once!, desde el principio. Eso, en la tele es casi una eternidad. Era de las presentadoras originales, se dejaba el alma en el programa, lo vivía, le encantaba. Era un trabajo hecho a su medida. Estar frente a las cámaras siempre fue su sueño tras tantos años trabajando como mánager entre bambalinas.

Al final, pusieron el programa en pausa unas semanas con la excusa de una «investigación», y poco después la echaron. Lo más hipócrita es que, apenas unas semanas antes, cuando Sharon había

estado hospitalizada por el COVID-19, los mismos tipos que la despidieron habían llenado Instagram con mensajes del tipo «Mrs. O, te queremos».

Panda de farsantes, vamos.

Lo peor fue que la llamaran racista por defender a Piers. Te puedo decir sin la menor duda que mi mujer no es racista. Sería ir contra todo lo que siempre ha defendido. Cualquiera que pase cinco segundos con ella lo sabe. Y sus compañeros en el programa también lo sabían. Pero una vez te ponen esa etiqueta, estás acabado en la tele. Nunca más te contratan. Y eso es algo que sabían perfectamente cuando se la cargaron.

Las primeras semanas estuvo destrozada. La afectó de verdad. Pero lo que siempre he admirado de Sharon es que llega un punto en que dice: «Ya está. Se acabó». Yo, en cambio, seguiría dándole vueltas en mi cabeza, recreando cada segundo, pensando en cómo vengarme. Ella no. Llora lo que tiene que llorar, pasa el duelo... y lo deja atrás para siempre. Ni lo menciona. De hecho, todavía se lleva bien con muchas de las chicas que trabajaban en el plató. Sharon es increíble, y no es porque sea mi mujer. Pero, mira por dónde, al final se hizo justicia, de la poética, claro: cancelaron *The Talk*.

Y cuando se quitó el cuchillo que le habían clavado entre los omóplatos, Sharon volvió más fuerte que nunca.

Muchas parejas se rompieron durante la pandemia, o eso me han contado. La nuestra, en cambio, salió reforzada.

De verdad creo que en la vida solo tienes un amor verdadero. Sharon es el mío. Ella es mi corazón y mi alma. Me salvó. No tengo ninguna duda de que sin ella no estaría vivo. No sabría sobrevivir sin Sharon.

Me sentí atraído por ella desde la primera vez que la vi. Pero fue en el verano de 1980, tras terminar la grabación de *Blizzard of Ozz*, cuando me enamoré perdidamente. En aquella época vivía con Randy en Londres, mientras preparábamos la gira. El primer concierto iba a ser a principios de septiembre, en una discoteca junto al hotel Norbreck Castle, en el paseo marítimo de Blackpool. Sharon quería que saliéramos con un nombre falso, «The Law», para generar expectación. Siempre iba un paso por delante en cuestiones de prensa.

El piso de Randy estaba en Shepherd's Bush, creo recordar, cerca de la rotonda. Sharon venía a casa y nos emborrachábamos hasta caer rendidos. Fue entonces cuando descubrí que estaba tan loca como yo. Cuando salíamos juntos, la gente creía que éramos hermanos por lo mucho que nos parecíamos en el carácter.

Una vez nos fuimos de pubs, pillamos una cogorza olímpica y apenas logramos atravesar la puerta de vuelta al piso antes de desplomarnos en el suelo. A la mañana siguiente, cuando Randy se levantó y nos vio tirados en el rellano, creyó que éramos dos cadáveres. Le dimos un susto de muerte —nunca mejor dicho— al pobre.

Otra vez, le preparé a Sharon un estofado de ternera y puede que, sin querer, le echara un poco de hachís negro. Cuando se dio cuenta de que empezaba a colocarse, se puso como loca conmigo. Recuerdo que agarró el teléfono —de esos grandes y pesados, con disco giratorio— y me lo tiró a la cabeza con todas sus fuerzas. Me agaché a tiempo, rebotó contra la pared y le dio en la mandíbula. Fue como una escena de película de Laurel y Hardy. Sharon estaba furiosa, sujetándose la cara y, al mismo tiempo, muerta de risa. Después cogió una de las guitarras de Randy y la estampó contra la pared, como si fuera Pete Townshend. Se quedó con el mástil en la

mano. No sé qué pensó Randy de todo aquello, si es que estaba presente, cosa que no recuerdo ahora mismo. Desde luego, no debió de hacerle mucha gracia.

Si echo la vista atrás, debo reconocer que era una época de locos. Yo andaba en un limbo extraño, sin saber si mi carrera en solitario despegaría, atrapado entre la mujer con la que seguía casado y la mujer de la que me estaba enamorando.

Y en medio de todo eso, llegó un momento surrealista: la visita de la madre de Randy, Delores, a la todos la llamaban Dee. Randy adoraba a su madre. Le había escrito una pieza acústica preciosa, «Dee», que incluimos en *Blizzard*. Es tan hermosa que no puedo escucharla sin emocionarme. Pues bien, Dee voló desde Los Ángeles para ver a su hijo y quiso conocerme también. La primera vez que supe de ello fue al despertarme en el sofá, tras una noche de borrachera, y ver a Randy entrar en el salón con una señora mayor, y soltarme:

—Oye, Ozz, te presento a mi madre.

Yo estaba hecho un asco: sudado, apestando, tirándome pedos, con una resaca monumental. Y justo entonces entraron Bob Daisley y Lee Kerslake —el bajista y el batería de la gira—, casi tan resacosos como yo. Me levanté a saludar y, en ese instante, comprendí que la buena señora no tenía ni idea de quiénes éramos, porque preguntó:

—Randall, ¿cuándo me vas a presentar a Aussie Osbourne y a tu nueva banda?

Y, claro, tenía lógica. Randy era el guapo, la estrella en ascenso, y allí estábamos nosotros, tres tíos gordos, viejos y borrachos con peor pinta que el equipo de dardos del club social del barrio. No era de extrañar que la madre de Randy nos confundiera con los pipas de la gira.

Unas semanas después, fuimos a los Estudios Shepperton, cerca del aeropuerto de Heathrow, para comenzar los ensayos. No suelo recordar esos detalles, pero aquel lugar se me quedó grabado porque allí empezó todo con Sharon. Nos alojábamos en el hotel de enfrente y una noche solté mi gran frase para ligar: «¿Oye, puedo ir a tu habitación a ver la tele?».

En mi habitación también había tele, claro. Sharon lo sabía. Así que cuando no me mandó a la mierda, supe que tal vez le gustaba tanto como yo a ella. Aunque seguía nervioso. Al rato ya estaba metiéndome en la bañera con ella.

—¿Y bien, vamos a echar un polvo o qué? —le pregunté.

—Tú sí que eres romántico —me contestó.

No sé si el primer beso lo di yo o lo dio ella, pero desde ese instante ya no pudimos despegarnos.

Y no parábamos de reír. Nos moríamos de risa juntos todo el rato.

Durante un tiempo intenté mantener las dos relaciones, con Sharon y con mi mujer, por los niños, o eso me repetía. Pero eso nunca funciona. La verdad es que no puedes casarte tan joven, pasarte casi una década de gira —desarrollando adicciones a la coca y al alcohol— y esperar que el matrimonio sobreviva. Mi mujer y yo llevábamos vidas opuestas. Sharon, en cambio, era la primera mujer que conocí a la que no le importaba mi locura, porque ella también estaba loca. Éramos como los pacientes que habían tomado el control del manicomio. Nos amábamos, nos deseábamos, nos lo pasábamos en grande. Éramos almas gemelas y saltaba a la vista para quien tuviera ojos en la cara.

Me divertía tanto con Sharon... Recuerdo una vez en Nueva York, con ella y Dave Tangye, el soldador que se convertiría en técnico de sonido y luego en asistente personal. Íbamos a un bar de la vieja escuela en Midtown East llamado P. J. Clarke’s, que creo que todavía

existe. Una noche, al cierre, solo quedábamos nosotros tres en la barra, junto a una pareja de recién casados y una prostituta. Resultó que la pareja llevaba suficiente coca encima como para hundir un portaaviones. Así que terminamos recorriendo Manhattan hasta el amanecer. Fueron buenos tiempos, tío.

Pero Sharon pronto se dio cuenta de que no podía seguir mi ritmo con la bebida.

No recuerdo cuánto tiempo pasó desde que empezamos a salir hasta que un día me dijo: «No quiero sentirme así nunca más. Uno de los dos tiene que estar sobrio». Yo pensé: «Sí, claro, mañana vuelve a caer». Pero salvo una copa de vino o un cóctel muy de vez en cuando, nunca volvió a tocar una gota. No sé cómo lo logró, de verdad. Supongo que cuando no eres adicto, no necesitas tocar fondo: ves el daño y paras.

Ojalá yo hubiera sido así.

Lo que no cambió fue el tiempo que pasábamos juntos. Éramos inseparables, y nos casamos el 4 de julio de 1982, apenas unos meses después de perder a Randy. Fue un gesto de belleza en medio de tanta tristeza. Sharon eligió la fecha para que nunca olvidara nuestro aniversario. Aunque eso no evitó que me olvidara de la boda: estaba completamente borracho, y lo lamento hasta hoy.

Con perspectiva, fue al casarme con Sharon cuando me convertí en Ozzy de verdad.

Mi primera esposa jamás aceptó llamarme Ozzy. Para ella yo era John. «Ozzy» era solo un mote del colegio, abreviado de Osbourne. Es cierto que mis compañeros de Sabbath me llamaban así. También en el pub Hand & Cleaver, junto a Bullrush Cottage. Y mis viejos colegas de Aston. Pero poco más. Para la familia de mi mujer, yo era John; también para mis padres, para mis hermanos, mis tíos, todos. Incluso hoy mi hermana Jean me sigue llamando John, y cuando lo

leo en sus mensajes me resulta extraño, porque ya no me siento un John. Si alguien grita: «¡Eh, John!» por la calle, ni me doy por aludido.

Antes de Sharon, Ozzy no era más que un personaje, el que salía al escenario, sudoroso, melenudo, sin camiseta, tatuado, con esa risa de loco y esa sonrisa diabólica. John era el que vivía en un pueblecito inglés, conducía un Range Rover y se ponía botas de goma para trabajar en el jardín. El que tenía una mujer normal y mandaba a sus dos hijos a un buen colegio. El que firmaba los contratos y sabía mantenerse limpio antes de un concierto.

Pero en cuanto empezaba a sonar *Carmina Burana* y se encendían las luces, John se transformaba en Ozzy, la bola de demolición humana. Y seguía siendo Ozzy toda la noche, destrozándose a base de drogas y alcohol. Luego pasaba un día encerrado a oscuras, recuperándose... y vuelta a empezar.

Al final tuve que dejar la bebida y las drogas, claro. Pero lo curioso es que, desde que me divorcié y me casé con Sharon, John no volvió.

Una vez le pregunté a Sharon por qué nunca me llamaba por mi nombre real.

—Me gustas como Ozzy —fue todo lo que dijo.

Y ahora soy Ozzy todo el tiempo.

En términos generales, no suelo creer en los remordimientos. Cuando salí del Birchfield Road Secondary Modern con nada más que un papel que decía: «John Osbourne asistió a esta escuela entre tales y tales fechas», jamás habría imaginado la vida que acabaría llevando después. Pasé de una casa de protección oficial, sin váter dentro, a tener más diamantes, coches y mansiones de lo que nunca me atreví a soñar. ¿Cómo iba a arrepentirme de algo si las cosas

salieron así? Debo de ser uno de los tipos con más suerte del planeta.

Dicho esto, a lo largo de todo ese tiempo libre que tuve tras mi lesión, y luego durante la pandemia, hubo momentos en los que no podía evitar mirar atrás y pensar en las veces que podría haber sido mejor marido, mejor padre, mejor hijo, mejor compañero de banda. Todos hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos, y yo acumulo una lista bastante larga. Pero, para mí, la vida trata precisamente de eso: de aprender a base de cagarla. Aunque, claro, hay errores más graves que otros. Y si hay una persona a la que de verdad le debo una disculpa, esa es Sharon.

Que mi mujer haya aguantado conmigo es increíble, porque he sido un cabrón en muchas ocasiones. Si hay algo de lo que me arrepiento de verdad, algo que desearía poder deshacer, es la noche de septiembre de 1989 en que salimos a cenar a un restaurante chino, cerca de nuestra antigua casa en Little Chalfont, en Buckinghamshire. Estábamos celebrando el sexto cumpleaños de nuestra Aimee. No recuerdo gran cosa de aquella velada. Acababa de volver del Moscow Music Peace Festival con Mötley Crüe y los Scorpions, y me estaba atiborrando de vodka ruso a palo seco con calmantes triturados de acompañamiento. Llevaba cinco días fuera de mí, sin parar. Era demasiado. Me había pasado tres pueblos. Estaba fuera de control.

Sharon y yo llevábamos un tiempo discutiendo por chorradas. Las típicas mierdas sobre el exceso de trabajo, porque entonces yo daba por sentadas las giras. Pero esas tonterías se iban acumulando y acumulando, hasta que, como siempre pasa, explotan en algo mucho más gordo.

Eso fue básicamente lo que ocurrió. Solo que, como iba tan colocado, la cosa casi acaba en tragedia.

Se me revuelve el estómago solo de pensarlo. No creo en el diablo con cuernos y rabo, pero estoy bastante seguro de que aquella noche me llevaba de la mano.

Lo primero que recuerdo es despertar en el suelo de un calabozo en la comisaría de Amersham, con la peor resaca de mi vida, con barrotes delante, un cubo al lado y las paredes llenas de mierda. Jamás olvidaré aquel hedor. Sobre todo, porque parte de él emanaba de mí, fijo. Entonces entró un poli con una sonrisa burlona y me dijo que estaba acusado de intento de asesinato. Mi primer pensamiento fue: «Joder, habré conducido borracho».

—No —me dijo— . Intentaste matar a tu mujer.

Era como una pesadilla. Cuando me leyeron los cargos, no podía creerlo.

«Quizá sí que estoy loco de verdad», recuerdo haber pensado.

Por lo visto, después de salir del chino, llevé a Sharon y a los niños a Beel House, la mansión en la que vivíamos por entonces. La había comprado a principios de los años ochenta. Allí habían vivido el duque de Buckingham y, más tarde, el actor Dirk Bogarde. Tenía cinco hectáreas, pista de tenis, piscina, todo lo que se puede pedir.

Mientras Sharon acostaba a Kelly y a Jack, yo debí de seguir bebiendo y metiéndome más pastillas. Luego, según declaró Sharon a la policía —porque yo casi no tengo recuerdos de aquello—, entré en el salón, completamente tranquilo, mientras ella estaba en el sofá leyendo. Y le solté algo así como:

—Hemos tenido nuestra pequeña charla, y está claro que tienes que morir.

Solo que no estaba de broma, como tantas otras veces. Lo que fuera que hubiera en esas pastillas que trituraba debía ser veneno puro. Estaba psicótico. Después me abalancé sobre ella y le eché las manos en el cuello.

Sharon contó que acabamos en el suelo, conmigo encima, intentando estrangularla. Ella entró en pánico, arañándome la cara, hasta que logró zafarse y pulsó el botón de alarma de nuestra alarma antirrobo. Dijo que, de haber tenido una pistola, me habría pegado un tiro en defensa propia. Y no lo dudo ni un segundo. Soy mucho más grande y fuerte que ella, y en aquel estado estaba fuera de mí, con los ojos vidriosos, ido. Debió de pasar un miedo atroz. Pocos minutos después, apareció la policía.

Intenté quitarle hierro al asunto mientras estaba encerrado, lo cual no fue muy inteligente dado lo serio de la situación. «Las cosas que hace uno por publicidad, ¿eh?», le solté a un agente. Pero Amersham no era Los Ángeles. Allí a nadie le impresionaban las tonterías de una estrella del rock. Les habría encantado mandarme treinta años a la prisión de Belmarsh.

Lo primero que hicieron los polis fue ir a Sharon y contarle mi bromita. Ella estaba furiosa. Durante los dos días que pasé en la celda no tuve ninguna comunicación con ella. Nada. Estaba convencido de que la había perdido para siempre, de que nunca más querría verme. Mientras tanto, su padre intentó llamarme —sin duda, para echar más leña al fuego—, pero no consiguió localizarme. Yo estaba en una celda, no en una *suite* de hotel.

Tras comparecer en el tribunal de Beaconsfield, en medio de un circo de periodistas y fotógrafos, me concedieron la libertad bajo fianza, con la condición de que ingresara en rehabilitación y me mantuviera alejado de Beel House, de Sharon y de los niños.

Fui a parar a un sitio llamado Huntercombe Manor, no muy lejos del juzgado. Pasé allí seis de los meses más largos de mi vida. El ansia de alcohol que sufrí en ese lugar fue la peor que recuerdo. Tiritaba, vomitaba, me cagaba encima. El paquete completo.

Sharon tardó cinco meses en volver a ponerse en contacto conmigo. Fue entonces cuando vino a visitarme y me dijo que retiraba los cargos. Me explicó que no creía que la versión sobria de mí fuera capaz de asesinar a nadie. Pero también dejó claro que no quería volver a ver al Ozzy borracho nunca más.

Un año después, yo estaba en el piso de Lemmy, en West Hollywood, llorando al leer las letras de «Mama, I'm Coming Home».

Sharon, lo siento.

Y gracias por darme otra oportunidad cuando casi cualquiera me habría abandonado.

Por desgracia, esa no fue la única vez que pensé que había perdido a mi mujer. La otra fue tras la última gira de Black Sabbath, cuando mi adicción me convenció de que era buena idea empezar a acostarme con otras mujeres.

Sharon tenía todo el derecho a dejarme cuando se enteró. Me había vuelto adicto al sexo, básicamente. No era diferente de cuando me volví adicto al alcohol, a las pastillas, a los puros, al helado o al puto té de Yorkshire. Cuando dices que eres adicto al sexo, la gente no te cree, claro. Piensan: sí sí, excusas para ser un putero. Pero lo que no entienden es que después lo odias, te odias a ti mismo. No es distinto a beberte cuatro botellas de coñac y terminar desmayado en un charco de tu propia meada. No tiene nada que ver con el amor ni con sentimientos románticos. Es una obsesión, un vacío que intentas llenar, y no puedes parar, aunque sepas que puede destrozar tu vida y herir a las personas que más quieres. Ojalá hubiera sido más fuerte.

Lo que descubrí es que, cuando empiezas a ver a otras mujeres de manera habitual, es como si fueras un crío en una tienda de golosinas. Coges las que más te gustan, te comes media bolsa de

golpe y luego piensas: «Hostia, me siento fatal». Pero, aun así, te zampas el resto, porque están ahí, y es lo que haces. Y llega un momento en que te quedas atrapado y no puedes dejar de verlas, porque piensas que igual van a ir a la prensa o a soltarlo todo. Que fue, básicamente, lo que pasó. Sharon me lo resumió así: «¿Qué coño esperabas, Ozzy? Si te acuestas con suficientes mujeres, habrá una que querrá algo más. Y esa es la que va a hacer que todo se derrumbe sobre nuestras cabezas».

Así que lo reconozco: me porté como un cabrón. Estuve de flor en flor durante un tiempo. Le rompí el corazón a mi mujer y tuve la suerte de que me perdonara. Solo espero que todos a los que herí sepan cuánto lo siento, incluidos mis hijos, que lo pasaron fatal.

Y no quiero decir más sobre ese tema, porque sacarlo a relucir solo causa más dolor.

La gente siempre nos pregunta a Sharon y a mí: «¿Cómo coño seguís juntos? ¿Cómo habéis sobrevivido a todo lo que habéis pasado, cuando tantos matrimonios se rompen por mucho menos?». Me refiero a que hay famosos que se separan porque no les gusta el calzado del otro. Algunos hasta se divorcian por WhatsApp. Otros ni siquiera aguantan unos días.

La verdad es que, cuando veo a esas parejas que fingen que todo es perfecto, que todo es amor y miel sobre hojuelas, pienso: «Venga ya». Nadie puede mantener esa fachada siempre. Eso no es la vida real. Tarde o temprano la máscara se cae. ¿Y entonces qué? Y si sales corriendo porque no soportas lo malo junto con lo bueno, ¿quién te asegura que la próxima vez será más fácil?

La gente es como es, y la vida es un caos. Y cuanto más vives, más caótica se vuelve. Y, oye, el matrimonio puede ser difícil, pero

un divorcio tampoco es precisamente un paseo por el parque, como sé por experiencia propia.

Lo único que añadiré sobre el matrimonio es que tardé mucho en darme cuenta de que el amor no va solo de buen sexo. Y de que puedes querer a tu mujer, aunque no estés de acuerdo con cada cosa que diga o haga.

Pero cuando el matrimonio funciona, y cuando tienes una familia llena de amor —como la nuestra—, es lo más grande del mundo. El otro día, por ejemplo, recibí un mensaje de Jack. Solo ponía: «Te quiero, papá». En otros tiempos, lo primero que habría pensado es: «Ufff... ¿y qué querrá ahora?». Pero ya no. Ahora simplemente me sentí bien el resto del día.

Quiero decir, ¿qué más se puede pedir?

A veces, no eres consciente de las cagadas que has hecho en tu vida hasta mucho tiempo después de haberlas cometido.

Por ejemplo, alguien me preguntó hace poco: «¿Cuál ha sido el mejor regalo que te han hecho?». No se me ocurrió qué decir. Como ya he dicho, soy un tío con suerte, no me falta de nada. Pero unos días después me vino de golpe. De repente, estaba otra vez en Birmingham, en 1967, yendo en autobús con mi viejo a la tienda de música de George Clay, junto al club Rum Runner. Después de dar vueltas por allí como en trance, escogí un sistema de música Vox de cincuenta vatios. Entonces mi padre sacó su pluma y su talonario de cheques y puso la entrada para un contrato de compra a plazos de 250 libras.

Para un hombre que vivía en una de esas miserables viviendas que el Ayuntamiento arrienda a los pobres, con seis hijos y un curro de mierda en una fábrica de herramientas, era una suma astronómica. Seguramente el equivalente a dos o tres mil libras de

hoy. Y ni siquiera le gustaba la música que yo quería tocar. A él lo que le iban eran las canciones de taberna, como «Knees Up Mother Brown». Decía que los Beatles «no tienen melodías».

Sin aquel equipo de altavoces, yo nunca habría salido de Aston. Nada de esto —Sabbath, mi carrera en solitario, *The Osbournes*— habría ocurrido jamás. Fue únicamente gracias a que tenía mis altavoces que Geezer respondió a mi anuncio en el escaparate de Ringway Music. Y Sabbath no habría existido si yo no hubiera conocido a Geezer.

Pero jamás me senté con mi padre para darle las gracias.

No me lo puedo creer.

En cuanto tuve aquel equipo, salí disparado sin mirar atrás. Luego, cuando Sabbath empezó a tener éxito, pensé: «Vale, a disfrutar de la juerga». De verdad creía que, con suerte, aguantaría un par de años como estrella del rock. Y de pronto habían pasado cincuenta años, mi viejo hacía tiempo que había muerto, y ahí estaba yo, preguntándome por qué coño nunca le dije lo mucho que apreciaba lo que había hecho por mí. Porque bien podría haberme dicho: «Hijo, fracasaste en la escuela, acabaste en la cárcel, ¿por qué debería comprarte nada? Cómpratelo tú». El tío incluso me dio un billete de diez chelines cuando Tony dejó Earth para unirse a Jethro Tull, porque vio lo hundido que estaba. Siempre cuidaba de mí, mi padre, y ojalá le hubiera dedicado un par de minutos a hacerle saber cuánto significaba todo aquello para mí.

Otro error que cometí en aquellos primeros tiempos fue no tomarme el tiempo de familiarizarme con las palabras que se ponían en los contratos. Aunque, siendo justos, no fue solo culpa mía. Ninguno de nosotros en Sabbath tenía ni idea. Y muchas veces quienes nos aconsejaban eran los mismos que intentaban estafarnos. Si pudiera volver atrás y enseñarle a mi yo joven un solo

término legal, sería el de «perpetuidad». Por culpa de esa palabrita perdimos el control de los derechos editoriales de Sabbath para siempre.

Los derechos editoriales son el pan y la mantequilla del negocio musical. Es la razón por la que cobras cuando una canción suena en la radio, en Spotify, en una película o una serie, cuando se prensa en vinilo o se publica en partitura. A veces puedes recuperarlos si los cediste en un mal contrato, cuando eras joven... salvo que aparezca la palabra «perpetuidad». En nuestro caso fueron a parar a una empresa llamada Essex Music, dirigida por un tipo llamado David Platz, que murió en los años noventa. Creo que ahora los tienen sus hijos.

Una vez le pregunté a nuestro administrador cuánto dinero habíamos perdido por culpa de esa palabra. Dio un hondo suspiro.

—Mira, ¿estás seguro de que quieres saberlo? —me preguntó.

—Sí.

—¿De verdad? ¿Seguro, segurísimo de...?

—¡Dímelo de una puta vez!

—Cien millones de libras. Aproximadamente.

Tuve que sentarme. Y, aun así, como ya he dicho, cuesta arrepentirse de no haber conseguido todo lo que merecíamos. Sinceramente, no creo que los cuatro hubiéramos seguido vivos de haber ocurrido. Éramos unos chavales que veníamos de la nada. Hace falta tiempo para aprender a manejar tanto dinero. Y, para nosotros, durante un tiempo tuvimos más del que podíamos imaginar. Después de nuestro primer adelanto discográfico —mi parte fueron 105 libras—, fue increíble la rapidez con que nos cambió la vida. Lo primero que compré fue una colonia, porque estaba paranoico con mi olor corporal. La peste de la pobreza no se va. Te persigue. Cuando era niño, mis padres ni siquiera me

compraban calzoncillos. Decían que era tirar el dinero. Pero de pronto podía comprarme todos los pares de ropa interior que quisiera. Otra cosa que podía permitirme eran cigarrillos, y en paquetes de veinte, no solo de diez. Y lo mejor de todo: entrar en un pub sabiendo que no tendría que pedir prestado ni rebuscar para pagarme una pinta. Ese era el lujo supremo en mi mundo de proletarios. Y de ahí en adelante fuimos subiendo de nivel. Primero vinieron los encierros en los pubs, quedándonos después del cierre para beber hasta reventar. Luego ya estábamos en Miami, bañándonos en una piscina en la azotea a medianoche, comiendo pollo del Coronel Sanders en un cubo y soltando cien pavos sin pestañear por un gramo de cocaína. Y cuando llegó nuestro primer cheque por nuestra gira por América, era diez veces lo que habíamos cobrado de adelanto.

El único verdadero arrepentimiento que tengo respecto a Sabbath es que Bill quedara fuera del álbum *13* y de la gira correspondiente. Nuestro último concierto fue en Birmingham, y debería haber sido un regreso a casa increíble y emotivo para todos nosotros. Pero en el escenario se notaba un peso, porque Bill no estaba allí. No lo comentamos mucho, pero todos lo sentimos. Se notaba. Fue triste, tío. Habíamos empezado juntos. Nos habíamos arrastrado por la mierda juntos. Habíamos tenido éxito juntos. Habíamos viajado por el mundo juntos. Nos habían estafado juntos. No hay vuelta de hoja: Bill debería haber estado, y debería haber estado en el álbum.

Sin él, no era Black Sabbath. Era solo una aproximación.

Supongo que todo esto lleva a lo que ocurrió con Randy y Rachel. No pasa un día sin que una parte de mí se pregunte: «¿Por qué ellos? ¿Por qué no yo?».

Como no me gusta hablar del asunto, empezaré por el final, cuando Sharon y yo intentábamos mantener en pie una banda y una gira, estando destrozados por dentro. Una de las cosas más raras tras dejar Sabbath fue convertirme en jefe, en responsable de todo. Intentaba dejarle cuanto podía a Sharon, pero al final del día, el nombre en las entradas y en los carteles de la gira era el mío, y era yo quien tenía que decidir quién entraba y quién salía. Y todo eso en un momento en que estaba en shock, de luto, y tratando de sobrellevarlo todo manteniéndome borracho a todas horas.

Tras el accidente hicimos una pausa de dos semanas en la gira de *Diary of a Madman*. Eso fue todo: dos semanas. En aquel entonces no había seguros de gira, así que nunca cancelabas una. Si lo hacías, te arruinaban y probablemente no te volvían a contratar nunca más. Además, todos pensamos que era lo que Randy habría querido: que el espectáculo continuara. Pero, en realidad, no estábamos en condiciones.

Hubo dos funerales durante esas dos semanas, y no pudieron ser más distintos.

El de Rachel fue como un servicio evangélico. Se celebró en algún lugar del sur de Los Ángeles. Rachel era muy de iglesia. Ni siquiera quería salir de gira con nosotros, pero nos secaba el pelo cada noche, nos cosía la ropa con la que salíamos a escena y también nos maquillaba. Creo que tenía 58 años, y no gozaba de buena salud. Echaba de menos Los Ángeles, a sus amigas de la iglesia. Aceptó el trabajo para reunir dinero y comprarle a su iglesia un tejado nuevo, o un ordenador o algo así.

Durante la ceremonia, Sharon, el resto de la banda y yo éramos probablemente los únicos blancos. Todo el mundo lloraba, cantaba, alababa a Dios. «¡Jesús te ama, Rachel!» Fue algo hermoso, lleno de

alegría. Pero devastador al mismo tiempo. Jamás había vivido nada igual.

Un día o dos después, estuvimos en el funeral de Randy, en una iglesia luterana de Burbank. Muy comedido, muy tradicional.

Yo fui uno de los portadores del féretro, junto con Tommy Aldridge y nuestro bajista Rudy Sarzo, que había tocado con Randy en Quiet Riot e incluso había enseñado con él en la escuela de música de su madre durante un tiempo. Íbamos todos de traje y corbata negros. En la iglesia solo se veían —y se olían— flores blancas. Gardenias, me dijeron. Y había fotos de Randy alrededor del altar. Fue desgarrador. Terrible. Simplemente terrible. Sobre todo, ver a su madre, Delores, intentando mantenerse entera. La peor pesadilla de cualquier madre, de cualquier padre, es sobrevivir a su hijo. Y Randy la adoraba, ¿sabes? Había tanto llanto... Y yo me sentía tan culpable. Él había estado en mi banda. Yo me lo llevé de su lado, a Inglaterra y de gira. Y mientras yo me pasaba el tiempo tentando al desastre, él había sido siempre el sensato.

Tras el servicio hubo un cortejo hasta San Bernardino, en el desierto. El cementerio se llamaba Mountain View. Allí estaban enterrados sus abuelos. Allí descansa él. Cada año envío flores a su tumba.

Y de repente estábamos en una sala de ensayos de Los Ángeles, intentando encontrar un nuevo guitarrista. Caminábamos como sonámbulos, con el estómago revuelto y el alma vacía. Te sentías bien un segundo, y de golpe volvían los recuerdos y te ponías a temblar y a llorar. Nadie dormía. Nadie decía gran cosa. Costaba aceptar que aquello era real.

La única forma que encontré de soportar aquellas oleadas de emoción fue ahogándolas en alcohol.

El guitarrista que encontramos —o que alguien de Jet Records encontró— fue Bernie Tormé. Era un irlandés que había tocado con Ian Gillan, de Deep Purple. Debió de ser durísimo para Bernie: bajarse de un avión desde Londres y aterrizar en medio una situación tan deprimente. Incluso tuvo que usar parte del equipo de Randy, porque había llegado con tan poca antelación. Y tuvo que aprenderse todos aquellos solos, nota por nota, en nada de tiempo —creo que fue nuestro teclista, Don Airey, quien se sentó con él a repasarlos— mientras Sharon le hacía un cambio de imagen completo. Tenía un aire bohemio de los años sesenta, y no pegaba nada con la estética gótica y victoriana de *Diary of a Madman*. Pero Bernie era un alma buena, entrañable, con un corazón enorme. Nos echó una mano cuando muy pocos músicos consagrados habrían querido aceptar aquel trabajo. Musicalmente, tenía un estilo más suelto, más bluesero que Randy. Pero nos sacó adelante seis o siete conciertos.

El único bolo que recuerdo con Bernie fue en el Madison Square Garden. Todos sabíamos que era el lugar donde Randy siempre había querido tocar, así que fue duro. Muy duro. Cada vez que miraba hacia un lado, esperaba ver a Randy allí. Y, por supuesto, todo el público trataba de apoyarnos. Todos llevaban carteles que decían «We love you, Randy» y «You can’t kill rock ’n’ roll». Era demasiado. He visto una foto de aquel concierto y se ve perfectamente lo entumecidos que estábamos. Fue una lucha para no derrumbarnos.

Lo raro es que Zakk estaba en el público aquel día. Solo tenía 16 años. Aún vivía con sus padres en Jackson, Nueva Jersey. Idolatraba a Bernie por ese concierto.

Vi una entrevista de Bernie una vez, en la que hablaba de cómo me comportaba en aquel periodo, de las cosas que decía. El tipo

estaba completamente sobrio, así que debió de pasar tal como él lo contaba. Pero yo no recordaba nada. No pude ver la entrevista entera. Tuve que apagarla. Era como revivir aquella época terrible otra vez.

De hecho, me encontré con Bernie al inicio de No More Tours II. Fue la primera vez que nos vimos desde aquellos conciertos tras la muerte de Randy. Coincidimos en el Sweden Rock Festival. Alguien entró y me dijo: «No te imaginas quién está fuera». Ni siquiera lo reconocí, de tanto tiempo como había pasado. Zakk estaba conmigo y nos hizo un selfie con él. Nos abrazamos todos. Fue bonito verle, pero el dolor volvió de golpe. Supongo que para él también. Un año después me dio mucha pena enterarme de que había muerto de una doble neumonía. Bernie, que Dios te bendiga, gracias por habernos salvado el culo en aquel tiempo tan horrible.

Después de Bernie, Brad Gillis tomó el relevo hasta el final de la gira. Eso sí, Bernie era tan caballero que se quedó mientras Brad aprendía las canciones. Incluso esperó entre bastidores en los primeros conciertos, por si hacía falta que saliera. Brad era un guitarrista muy distinto, pero lo hizo tan bien como cualquiera podía en aquella situación. Tenía un rollo más llamativo, de *whammy bar*, el estilo que Eddie Van Halen había puesto de moda. Pero también tenía su propio aire. Cuando terminó la gira, quiso marcharse a hacer lo suyo. No le culpo, con lo jodido que yo estaba. Terminó formando Night Ranger. Un par de años después pegaron fuerte con aquella canción, «Sister Christian».

La única cosa en la que Brad acabó metido, junto al resto de nosotros, fue en el álbum en directo *Speak of the Devil*, o *Talk of the Devil* como se llamó en el Reino Unido.

Odio ese puto disco.

Era un asunto contractual con el padre de Sharon. Básicamente, le debíamos un álbum en directo, así que la idea —que había surgido cuando Randy aún vivía— era grabar una selección de los temas de Sabbath que tocábamos en la gira. Sin embargo, tras la muerte de Randy, no había manera de sacar un directo tan pronto. A Randy nunca le había entusiasmado Sabbath, en realidad. «Iron Man» no era su estilo. Me decía: «Es tan simple que hasta lo podría tocar un crío». Y yo le discutía: «No todo tiene que tener diez mil notas. Mira "You Really Got Me". Eso también lo podría tocar un crío». Pero nunca lo convencí.

Al final guardamos las cintas en directo de Randy y nos llevamos a la nueva banda —con Brad a la guitarra— al salón de baile del hotel Ritz de Nueva York, donde grabamos los temas en directo de esa forma. Sabbath pensó que lo hacíamos para joderles, porque salió justo antes de su propio disco en vivo. Pero no tenía nada que ver con eso. Lo que queríamos era librarnos del contrato con Don, porque queríamos ponernos ya con *Bark at the Moon*. Eso era todo.

Rendimos homenaje a las interpretaciones en directo de Randy cinco años más tarde, con el álbum *Tribute*, grabado en su mayor parte durante la gira de *Blizzard of Ozz*. «Randy estaría muy orgulloso de esto —escribió su madre en las notas del disco, antes de agradecer a los fans todo el cariño y apoyo que le habían dado—. Consiguió tanto en tan poco tiempo. Solo el Señor sabe cuánto más podría habernos dado. Que Dios os bendiga a todos.»

Después de Brad, sabíamos que teníamos que encontrar un sustituto permanente para Randy: no podíamos seguir cambiando de guitarrista cada cinco minutos. Pero era difícil, porque lo único que queríamos era tener de vuelta a Randy. Llegamos a hacer audiciones a cientos de personas.

Y entonces apareció Jake E. Lee. En ese momento pensamos: vale, ya no hace falta seguir buscando.

No era solo que Jake fuese un gran guitarrista. Era el paquete completo, ¿sabes? El tipo era mitad galés, mitad japonés, lo que le daba un trasfondo y un aire muy distintos a la mayoría de los músicos de ahí fuera. Tenía una melena enorme de pelo negro azabache, apenas sonreía y llevaba la guitarra baja y bien abierta. Muchos guitarristas de metal de entonces empezaban a ponerse un poco teatrales, pero Jake no. Jake era sencillamente jodidamente *cool*. Y lo que hizo en *Bark at the Moon* y *The Ultimate Sin* habla por sí solo.

El mayor problema que tuvimos en la banda tras la llegada de Jake fue con el bajista. Sobre todo, porque tuvimos que contratar a alguien muy rápido después de que Rudy Sarzo se marchara. Rudy había sido muy cercano a Randy, y el accidente lo destrozó. No pudo seguir. Dijo que necesitaba un descanso. Así que acabamos con un tipo llamado Don Costa, que acababa de dejar W.A.S.P.

Ahora bien, Don era un gran bajista. El problema era que estaba loco.

Y quiero decir loco de verdad.

Llevaba un rallador de queso atornillado a la parte trasera del bajo, y durante los conciertos lo usaba para despellejarse los nudillos. Y otras partes de su cuerpo. El dolor debía de ser indescriptible. Tenía una mata enorme de pelo encrespado, y nunca llevaba camisa: solo un pantalón vaquero blanco que al final de la noche estaba salpicado de su sangre. Yo pensaba: «Don, ¿qué coño te pasa?». ¿Te imaginas? El tío literalmente se rallaba como si fuese un pedazo de cheddar. Y, mientras tanto, era el tipo más salido que he conocido en mi vida. Se tiraba a todo lo que se moviese. Se habría follado a un abejorro si conseguía que dejase de zumbar.

Nada le parecía demasiado disparatado. Creo que incluso había sido *stripper* en algún momento, lo cual cuadraba bastante. También coleccionaba bragas. Me recordaba a Rasputín, el monje loco.

Una vez fui con él a Texas y, en una noche libre, nos fuimos a ver a ZZ Top. A mitad del concierto, se armó un follón frente al escenario. Trozos del decorado empezaron a moverse, pero a destiempo con la música. Así que entraron los de seguridad, y ahí estaba Don, debajo del escenario, con los pantalones bajados, dándole a una mujer, mientras ZZ Top tocaban justo encima.

Don fue demasiado desde el principio. Su etapa en la banda terminó cuando intentó morrearse conmigo en la parte trasera del autobús. No era una broma. Estaba encima de mí, intentando meterme la lengua hasta la garganta. No sé por qué lo hizo, más allá de que estaba jodidamente loco. Y no me hizo ninguna gracia. Mi culo es de salida solamente. Así que le arreé un puñetazo en la nariz.

No volví a verle en al menos veinte años. Hasta que una mañana fui a la cabaña de troncos de West Hollywood para una reunión de Alcohólicos Anónimos a las ocho, y ahí estaba él, merodeando por el aparcamiento. Me llamó al verme. Le pregunté:

—¿Estás en el programa?

Y él me dijo:

—Oh no, solo vengo aquí a por un café.

Pensé: vale, un poco raro. Pero claro, estábamos hablando de Don Costa. Y entonces caí en la cuenta: AA da café gratis en todas sus reuniones. Y Don no solo estaba merodeando en el aparcamiento. Parecía que vivía allí. Antes de que pudiera decir nada, soltó:

—Ahora estoy sin hogar.

No supe qué contestar. Me dio pena el tipo. Así que le dije:

—Lo siento, Don.

Y le di todo el dinero en efectivo que llevaba encima, unos cientos de dólares. Esa fue la última vez que lo vi.

Lo único que sí lamento de aquella época fue la forma en que Jake E. Lee dejó la banda.

El caso es que, después de Randy, y después del circo con Don, ya no me mezclaba demasiado con la banda. Todas esas quejas y piques entre bastidores me empezaban a sonar a peleas de patio de colegio.

El problema es que, para mí, la conexión personal con alguien es muy importante. Piensa en Tommy Aldridge. Siempre fue un batería al que respeté y admiré. Subía al escenario noche tras noche y siempre hacía un trabajo perfecto. Incluso tenía un solo en el que tocaba con las manos. Era fenomenal. No podía reprocharle nada en cuanto a profesionalidad. Pero nunca se quedaba después a pasar el rato. No era ofensivo. No me hacía el vacío ni nada. Simplemente, me daba la sensación de que no le caía bien. Y pensé: bueno, si no le caigo bien, lo mejor es que siga adelante. Así que acabó marchándose a Whitesnake. Al final del día, se trataba solo de compañeros de trabajo. De mercenarios, vamos.

Con Jake fue lo mismo. Nunca llegué a conectar con él a nivel personal. Y en esa época tenía en el grupo a un inglés llamado Phil Soussan al bajo, con Randy Castillo —que más tarde se uniría a Mötley Crüe— a la batería. Y Phil y Randy tenían algún tipo de problema con Jake. Qué era exactamente, no lo sé. Yo nunca tuve un problema con él. Pero un día vinieron a decirme que Jake estaba diciendo un montón de cosas malas sobre mí. Le estaban tendiendo una trampa, ¿sabes? Y como yo no tenía mucha relación con Jake, me tragué la mierda. Fue triste, la verdad, y me sentí mal cuando descubrí lo que realmente había pasado.

Nunca volví a hablar con Jake después de aquello. Sé que tuvo una banda llamada Badlands, muy respetada. Pero, ya sabes, todo pasa por algo. Fue cuando Jake se fue que tuve que salir otra vez a buscar guitarrista. Y entonces alguien me dio una maqueta grabada por aquel chaval de Nueva Jersey que había estado en el concierto del Madison Square Garden. Para entonces tenía 20 años.

Me quedé de piedra al escucharla, y lo contraté en el acto. Era 1987.

Casi cuarenta años después, Zakk sigue conmigo.

He evitado el tema todo lo posible hasta ahora. Así que supongo que, por última vez, debería hablar de lo que ocurrió el 19 de marzo de 1982.

No me hace falta mucho para que vuelva a aquella mañana en Leesburg, Florida. Antes de internet podía pasar semanas sin que esa cinta se pusiera en marcha en mi cabeza. Pero hoy es imposible evitarlo, sobre todo en torno al aniversario de la muerte de Randy y Rachel. Estoy buscando algo en Google, viendo vídeos en TikTok o en YouTube, y de pronto aparece una imagen. Y de inmediato estoy otra vez en aquel campo con los caballos, sin saber dónde coño estoy, qué ha pasado, con la pesadilla empezando de nuevo.

La fotografía que siempre me deja destrozado es la de mi viejo autobús de gira, marrón y naranja, con el lateral de acero inoxidable. Randy y Rachel están de pie junto a él: Randy con un sombrero de paja, Rachel con una especie de gorra de capitán, rodeando a Randy con los brazos. No sé si se tomó la misma mañana del accidente o no. Si fue así, yo estaría desmayado en mi litera dentro del bus, y ellos estarían a punto de subirse al avión.

En cuanto veo esa foto, caigo en la madriguera del conejo. La mansión blanca calcinada. El garaje destrozado con el ala de la

avioneta saliendo de dentro. Los informes toxicológicos. Las páginas de la investigación del accidente. El poli de Florida dando la rueda de prensa. O aquel puto reportaje del *Channel Nine Eyewitness News* sobre que Randy había hecho un «paseo matutino de placer tras estar más de veinticuatro horas despierto», lo cual me cabrea cada vez que lo escucho. Es duro, porque no puedes evitar mirarlo, pero cada vez que ves o lees un nuevo detalle, estás perdido: vienen las lágrimas, se te acelera el corazón, y ya has echado a perder el resto del día.

La noche antes del accidente habíamos tocado en el Knoxville Civic Coliseum, en Tennessee. Nunca nos quedábamos después de un concierto —esa era la regla número uno de Sharon—, así que subimos directamente al autobús y emprendimos el viaje de diez horas hasta lo que entonces era el Tangerine Bowl en Orlando, Florida. El bus se fue poniendo cada vez más y más caliente a medida que avanzábamos hacia el sur. Al parecer, el aire acondicionado estaba roto. Yo no lo sabía en ese momento. Esa noche estuve con la ginebra, botella tras botella. Tampoco sabía que el conductor y el mánager de la gira habían estado hablando de parar para arreglar el aire.

Lo único que recuerdo es estar en la zona de descanso del autobús con Randy y la banda. Él me decía que quería ir a la universidad, sacar un máster en guitarra clásica. Yo no lo entendía. Le dije: «Randy, si sigues haciendo lo que haces, podrás comprarte tu propia puta universidad».

Él se rio, y luego se fue a dormir. Las literas estaban detrás de una puerta, en medio del autobús, cada una con su cortinilla para la privacidad. Yo seguí bebiendo hasta que vi salir el sol. Y entonces me fui detrás de Randy. Probablemente fui el último en meterme en la litera.

Sharon ya dormía. También Randy, Rachel, Tommy y Rudy. Mientras tanto, el conductor estaba al frente, mascando chicle y con la vista fija en la carretera.

Mientras me quedaba dormido, sentía las hendiduras del asfalto al avanzar por la autopista por la autopista.

Orlando aún estaba a unas horas de distancia.

¡¡¡CRAAASH!!!

Casi me caigo de la litera con el impacto.

—¿Qué coño...?

Hemos chocado, pienso, mientras parpadeo y abro los ojos.

Joder. ¡Esto es lo último que nos faltaba!

Miro por la ventanita de ojo de buey. ¿Dónde estamos?

¿Dónde está la autopista?

Todo lo que veo es... No sé, hierba. El olor es insoportable. Algo arde. Algo se está quemando. Combustible. Gasolina, no. Más fuerte que la gasolina. Empiezo a ahogarme con él...

¿Dónde coño estamos? ¿Por qué no nos movemos?

¿Dónde está la autopista?

Sharon y Rudy están despiertos y salen de sus literas.

Están confusos, con los ojos vidriosos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Rudy— . ¿Dónde estamos?

Y entonces, gritos.

Afuera.

Vienen de fuera.

Gritos horribles, desesperados.

Me pongo en pie.

La cabeza me estalla por la puta ginebra.

Trasteo con el pestillo de la puerta del salón. Embisto con el hombro...

¿Qué coño...?

Hay una grieta de casi dos metros en el lateral de la zona que hace de salón, justo donde estaba sentado un par de horas antes. Como si alguien lo hubiese rajado con un cuchillo. Las ventanas están reventadas. Hay cristales por todas partes. El asiento del conductor está vacío.

Bajo del autobús.

La luz cegadora del sol.

Respiro el aire pesado y húmedo de Florida.

¿Caballos? Estoy viendo caballos. Una mujer con ropa de montar pasea uno como si fuera lo más normal del mundo, en medio de un campo lleno de gente de rodillas, gritando y llorando.

¿Cómo es que nos hemos salido tanto de la autopista?

¿Dónde están los otros coches?

¿Contra qué hemos chocado?

¿Por qué todo el mundo está tan alterado?

¿Por qué no se oyen sirenas?

¿Dónde está el conductor?

¿QUÉ COÑO ESTÁ PASANDO?

Ahora veo los restos. Metal retorcido. Una rueda. Plásticos rotos. Más piezas...

Y me fijo en el hangar y en la pequeña pista de aterrizaje, como clandestina o de traficantes de droga a lo lejos. Una bandera donde ondea el lema Flying Baron Estates. Un cartel de advertencia de caimanes.

El olor del combustible me está afectando. Me cuesta respirar. Don corre delante de mí con el extintor más pequeño del mundo.

Me doy la vuelta y veo la gran mansión blanca detrás de mí. Está en llamas. El techo empieza a derrumbarse. El garaje, totalmente

arrasado. Humo negro elevándose en columnas. Como si hubieran lanzado una bomba.

El extintor de Don escupe un hilillo de espuma en dirección al fuego. Sería cómico si no fuese tan jodido.

Veo otros restos entre los árboles. La punta de lo que parece un ala entre las llamas.

Don ya está de rodillas, como todos los demás.

Nada tiene sentido.

Íbamos por una autopista. ¿De dónde ha salido un avión? ¿Por qué estamos en un campo?

Sharon intenta hacer el recuento. No sé dónde están Tommy ni Rudy. Todos nos encontramos en estado de shock, con esa mirada muerta, perdida. Sharon se quita un zapato y empieza a golpear en la cabeza a nuestro tour mánager, Jake Duncan, para que diga algo con sentido. El tío es incapaz de articular palabra.

—¿Qué ha pasado? —grita Sharon— . ¿Dónde están Randy? ¿Dónde está Rachel?

Él solo señala el fuego.

Voy tambaleándome hacia la mansión, aún en calzoncillos, para comprobar que no haya nadie dentro.

Dos meses antes, estaba en el bar de un hotel en Chicago.

El conductor del autobús se había sentado a mi lado. Se llamaba Andrew Aycock. Llevaba esas gafas de aviador medio tintadas, como Hunter S. Thompson. Me contó que había trabajado en Oriente Medio llevando en avión a ejecutivos, porque, además de conductor era piloto. Dijo que su mujer se había largado con uno de ellos y que estaba en proceso de divorcio. También me dijo que no podía verla ni en pintura, aunque no se expresó con tanta delicadeza.

Mientras me contaba todo esto, se acercó Randy. Me preguntó cuánto se tardaba en coche de Nueva York a Georgia. Teníamos un descanso en la gira y cada uno volvería a sus quehaceres antes de reunirnos de nuevo. Sharon nos había reservado billetes de avión para encontrarnos en Atlanta diez días después, para el siguiente concierto. Randy era el único que pensaba alquilar un coche en lugar de volar.

—Serán trece o catorce horas en coche —le dije— . ¿Para qué quieres hacer eso?

—No creo que vuelva a subirme nunca más a un avión —respondió.

No hacía falta que lo explicara. Mucha gente sentía lo mismo. Había habido un accidente espantoso en Washington D. C.: un avión de Air Florida había despegado con hielo en las alas, no consiguió altura y se estrelló contra el puente de la calle 14. Para más horror, había un helicóptero de noticias grabándolo en directo. Solo sobrevivieron seis personas. Uno de ellos murió ahogado después de quedarse en el río ayudando a los demás a salir. Hoy el puente lleva su nombre: Arland D. Williams, Jr.

No volví a pensar en aquella conversación hasta el día del concierto en Knoxville, cuando una mujer desconocida apareció de repente en el autobús.

—¿Y esa quién coño es? —le pregunté a Jake, el tour mánager.

—Es la mujer del conductor —me dijo— . Creo que se llama Wanda. Necesita que la acerquemos.

—¿No se estaban divorciando?

—Creo que intenta reconciliarse con ella.

—Pues la última vez que hablé con él la llamaba de todo menos bonita.

—Quizá solo estaban pasando una mala racha.

—Era algo más que una mala racha si estaban tramitando el divorcio. Pero bueno.

Ahí empezó todo.

Tras recoger a su mujer y ver que el aire acondicionado estaba jodido, el conductor le dijo a Jake que vivía en un sitio llamado Leesburg, de camino a Orlando. Yo no sabía nada de esto en aquel momento, me enteré después. También de que resultaba que la empresa propietaria del autobús además tenía allí su base. Así que el conductor propuso parar en los talleres y arreglar el aire acondicionado. Flying Baron Estates era eso: la sede de la empresa de autobuses, al parecer propiedad de un dúo country llamado The Calhoun Twins. Y no solo tenían autobuses, también helicópteros y avionetas, todo un montaje. De ahí el hangar y la pista de aterrizaje. La gran mansión blanca era donde vivían los Calhoun.

El autobús debió de llegar a Leesburg sobre las ocho de la mañana, poco después de que yo me metiera en la litera. Como Randy y Rachel se habían acostado pronto, ya estaban despiertos. También Jake y Don.

Lo que nadie sabía era que el conductor, cuando trabajaba en Oriente Medio, había tenido un accidente de helicóptero en el que murieron varias personas. Y, aunque estaba cualificado para pilotar avionetas, su certificado médico había caducado. Pero, claro, a ninguno de nosotros se nos había ocurrido que fuese a pilotar nada. Simplemente, era nuestro conductor.

Los Calhoun estaban fuera de la ciudad y, según le dijeron después a la policía, jamás habían dado permiso a ese hombre para pilotar ninguno de sus aviones. Y, sin embargo, eso fue lo que hizo. Nada más llegar al depósito, empezó a ofrecer vuelos panorámicos en una pequeña Beechcraft Bonanza monomotor que guardaban allí, un avión que era de otro cliente; y eso a pesar de que llevaba toda

la noche sin dormir, y encima —como se supo después— metiéndose cocaína.

Don y Jake fueron los primeros en subir con él. Al parecer, Aycock hizo una pasada baja sobre el autobús, pero nada demasiado loco. Luego les preguntó a Randy y a Rachel si también les apetecía un paseo.

Jamás entenderé por qué dijeron que sí. Randy tenía tanto miedo a volar que prefería trece horas de coche antes que una hora de avión. Rachel rondaba los 60 años y tenía problemas de corazón. Ni siquiera se llevaban tan bien: Randy era desordenado y Rachel siempre estaba detrás recogiendo. Lo que he oído es que Randy llevaba una cámara y quería hacer fotos aéreas para su madre. Y supongo que el Aycock le prometió a Rachel que no haría tonterías, porque de lo contrario no habría aceptado.

Qué coño tenía en la cabeza aquel conductor de autobús mientras pilotaba la avioneta es algo que nadie sabrá nunca. Según la policía, hizo tres pasadas a ras de suelo sobre el autobús. Todo mientras su mujer estaba en la puerta del vehículo y Don sacaba fotos desde el suelo.

Pero en la cuarta pasada bajó tanto que se habría estrellado contra los árboles incluso si hubiese intentado remontar. Estaba a dos o tres metros del suelo, lo cual es de locos. Don tuvo que agacharse, según me contaron. También se ha dicho que vieron algún forcejeo en la cabina, pero circula tanta mierda que no sé qué creer. Algunos piensan que Randy intentaba obligar al conductor a levantar el avión. Otros que Rachel pudo sufrir una emergencia médica.

Lo único cierto es que las alas oscilaban arriba y abajo cuando el avión se acercó al autobús, y una de ellas lo rozó. Eso provocó la brecha en el lateral. El ala se desprendió, la avioneta salió dando

tumbos y se estrelló contra los árboles, rebotó y explotó al caer de morro sobre el garaje.

Según los investigadores, todo acabó al instante por la violencia del impacto. Al menos eso consuela un poco. El fuego obligó a identificar los cuerpos por las joyas y los registros dentales.

Tardaron una eternidad en llegar los bomberos. Y cuando por fin lo hicieron, el agua que llevaban era ridícula. Se les acabó en nada. El fuego terminó apagándose solo.

Después llegaron los polis, y naturalmente se mostraron suspicaces desde el primer momento. Según ellos, Randy y Rachel se habían subido a la avioneta medio drogados para montarse una juerga. De ahí debió de salir aquel reportaje de *Eyewitness News*. Pero cuando se publicaron los análisis toxicológicos, lo único que tenía Randy en el cuerpo era nicotina. Que yo sepa, no se llegó a hacer autopsia a Rachel, porque cuando le pidieron autorización a Sharon ella no pudo enfrentarse a ello. En cambio, al conductor sí le encontraron cocaína en la orina.

No recuerdo gran cosa de lo que pasó después. Nos refugiamos en un hotel cutre, el Hilco Inn. Tuvimos que encerrarnos en la habitación porque la prensa acampaba fuera. Sharon consiguió llamar a su padre, que cogió el primer vuelo disponible. La policía no parecía demasiado interesada en esclarecer nada; lo único que querían era quitarnos de en medio. Sharon tuvo que llamar a la madre de Randy. No quiero ni imaginármelo. Y luego a la mejor amiga de Rachel, Grace.

Sharon se quedó hecha polvo tras esas llamadas. Ya no le quedaban lágrimas. Y no quiero ni pensar lo que debe de ser recibir una llamada como esa. Nadie debería vivir algo así.

Mientras tanto, en casa, todos estaban en shock. Mi madre vio en un quiosco un periódico con el titular «Horror: accidente aéreo de

Ozzy» o algo así, y pensó que el muerto era yo. En aquellos días no era tan fácil enterarse de lo que pasaba en Estados Unidos Los de Sabbath pensaron lo mismo. Todos me llamaron, igual que los de AC/DC, que sabían lo que se sentía después de su propia tragedia con Bon dos años antes.

Esos mensajes significaron mucho para mí.

Unos días después, cuando el padre de Sharon ya había llegado, tuvimos que volver al lugar del accidente para la investigación. Aún estaba todo acordonado. Al salir del hotel vi a un grupo de chavales, y de reojo me fijé en que uno llevaba un chándal de Ozzy Osbourne. Los habíamos mandado hacer solo para la banda y el equipo. Le pregunté a Sharon: «¿Estamos vendiendo eso?». Me dijo que no. Así que fui directo al chaval, y resultó que lo había robado del autobús. Perdí los papeles, tío.

Rabia, pura rabia.

Se me tuvieron que llevar de allí a la fuerza.

No era solo que el crío hubiese burlado la cinta policial, entrado al autobús y robado nuestras cosas. Era toda la situación. La puta injusticia. Randy y Rachel habían sido las dos personas más sensatas de toda la gira. Y mientras tanto yo llevaba un año comportándome como un loco, bebiendo hasta el límite.

¿Por qué murieron ellos?

¿Por qué no yo?

Tendría que haber sido yo.

Yo, tenía que haber sido yo.

Cuanto más viejo me hago, más creo en el destino.

Cuando te toca, te toca.

Aunque sea cruel. Aunque sea injusto. Aunque sea demasiado pronto. No hace que duela menos perder a los que amas. Pero quizá

ayuda a aceptarlo.

Lo que sí sé, sin ninguna duda, es que si hubiera estado despierto cuando Randy y Rachel subieron a ese avión, no solo habría ido con ellos: me habría sentado en el ala. Eso me atormenta hasta el día de hoy.

Para que conste, no tengo una teoría sobre la causa del accidente. Es raro que el conductor volara tan bajo que no pudiera remontar, aunque hubiese querido, y que su mujer —a la que me dijo que detestaba semanas antes— estuviera en la puerta del autobús. Pero que intentara matarla, impresionarla, asustarla o hacer alguna mierda en plan kamikaze, quién sabe. También es posible que simplemente estuviera flipado, presumiendo, y la cagase, porque llevaba toda la noche metiéndose coca.

Después de tantos años, sigo sin tener forma de escapar de esos recuerdos.

Cada vez que escucho «Flying High Again», del álbum *Diary of a Madman*, veo la sonrisa de Rachel. Dondequiera que fueramos, recogía las botellas de alcohol del camerino, las guardaba en una bolsa especial y las escondía en su litera para mí. Cuando me quedaba sin nada, se le iluminaban los ojos y decía: «¡Tengo licor!». Y después añadía que no me pasara, porque «mamá se va a preocupar». Es una línea de la canción.

En cuanto a Randy, como he dicho tantas veces, fue el único músico verdadero con el que he tocado. El único capaz de estar tan a gusto enseñando en la escuela de su madre como dando un recital de clásica o haciendo un solo de heavy metal con botas de tacón ante veinte mil fans. Yo tenía ocho años más que Randy y, a diferencia de él, ya había estado en una banda exitosa. En teoría, yo debía ser su mentor. Pero la mayoría de las veces era al revés. Incluso daba clases a nuestros teloneros cuando estábamos de gira.

Cuando lo incluyeron en el Salón de la Fama del Rock & Roll, hace cuatro años —me habría encantado estar allí, pero no pude viajar por mi lesión—, Tom Morello subió al escenario y dijo: «Podrías estudiar las canciones de Randy en una clase de musicología en la universidad y, al mismo tiempo, seguir el ritmo con la cabeza con ellas en el aparcamiento de un 7-Eleven».

Para mí, eso lo resume a la perfección.

No pude aceptar la pérdida de Randy durante mucho tiempo. Fue parte de la razón por la que pasé el resto de la década casi bebiendo hasta morir.

No podía enfrentarme a la realidad.

Y una parte de mí todavía sigue sin poder.

12

DOCTOR ARREGLATODO

Casi dos años y medio después de mi operación de columna, por fin me decidí a pedir una segunda opinión.

Para entonces, estábamos a comienzos del verano de 2021. Las listas de espera del COVID-19 empezaban a despejarse. Los sitios volvían a abrir. El único problema era que el médico al que Sharon quería que fuera se encontraba a tres mil kilómetros de distancia, en un centro especializado a las afueras de Mineápolis.

Volar a cualquier sitio seguía siendo un auténtico coñazo. Básicamente tenías que enfundarte un traje de contención biológica antes de poner un pie en un aeropuerto. Pero no me quedaba elección. Era obvio que necesitaba otra operación, además de la que había hecho el doctor Sin Calcetines. No era solo que la fisioterapia no me funcionase, es que mi condición estaba empeorando. Unos meses antes había conseguido reunir la fuerza suficiente para dar ocho vueltas a la manzana con mi bastón. Ahora apenas podía hacer una. Mientras tanto, cada vez que movía la cabeza, seguía sintiendo como si me la estuvieran arrancando en pedazos. Al ritmo que iba, no solo iba a necesitar un andador para el resto de mi vida. Iba a acabar en una silla de ruedas y con un collarín hasta que me metieran en una caja de pino.

Sharon no paraba de decirme que no me hiciera demasiadas ilusiones con los nuevos médicos. Pero yo no podía evitarlo. Tenía

esa fantasía en la cabeza en la que me ponían una anestesia local, me ajustaban un par de tornillos del cuello y salía dando saltitos de allí, camino del Madison Square Garden.

Así que allá fuimos, a Minnesota.

Fuera el hospital que fuese, estuve allí tres días. Una prueba tras otra y tras otra. Me pincharon, me apretaron, me escanearon, me apretujaron, me enchufaron a todo tipo de cacharros, me pasaron por la máquina de resonancia, me sacaron radiografías, otra resonancia más. Me extrajeron suficiente sangre como para llenar una piscina. Me preguntaron absolutamente todo sobre mi salud y mi historial médico. Mientras tanto, llamaron a Sharon y le preguntaron... cuánto queríamos donar al hospital.

La gente en Gran Bretaña no sabe lo bien que lo tiene con la Seguridad Social, de verdad que no. En Estados Unidos te miran el saldo en el banco antes de mirarte el pulso. Supongo que por eso inventan tratamientos de última generación, claro. Pero se pasan un huevo. Y luego está el sistema de los seguros sanitarios. Después de cualquier operación te llega la factura de hasta el último mono que estaba en el quirófano. Más otra por el uso del quirófano. Y otra más del tío que te manda las facturas. Y, por supuesto, todo con un recargo del diez mil por ciento. Seguro que cada tornillo de los que me metieron en la columna costaba unos cuantos miles de miles de dólares. Yo soy un tío con suerte y puedo pagarlo. Pero hay gente que acaba arruinada.

Por fin, cuando terminaron todas las pruebas, nos sentamos con el médico jefe.

—Bien, después de revisar sus escáneres, su historial médico y sus síntomas, recomendamos otra operación —dijo.

«Gracias a Dios —pensé— . Pueden arreglarme.» Podía soportar una operación más. Vale, no me hacía gracia volver a quedar

postrado y pasar otra ronda de rehabilitación, pero si servía para volver a ponerme en pie...

—¿Una operación para hacer qué? —saltó Sharon.

—Bueno... le implantaríamos varillas metálicas en el cuello a su marido para mantenerlo en su sitio. Eso aliviaría el dolor que siente al mover la cabeza.

—¿Y para andar? —preguntó ella. Tiene que volver a salir de gira.

El médico suspiró.

—Bueno, por desgracia, debido al párkinson del señor Osbourne...

Ya empezamos, pensé.

—Pero esas varillas ¿me arreglarán el cuello? —quise saber—. Al menos eso. Es lo que más dolor me causa.

—Lo estabilizarán, sin duda —dijo el médico.

Mejor que nada, pensé. Pero entonces caí en la cuenta.

—Un momento —dije— . Si me sujetan el cuello con varillas, ¿cómo voy a moverlo?

—Bueno, esto... Quedaría fijado.

—¿Qué quiere decir con «fijado»? —saltó Sharon, con ese tono suyo, cuando empieza a cabrearse.

—No habría movimiento autónomo del cráneo. Estaría bloqueado, por así decirlo.

—¿Quiere decir que tendría la cabeza totalmente rígida? —dije, sin poder creer lo que me estaban proponiendo— . ¿Me está diciendo que me pasaría la vida mirando en una sola dirección?

—Correcto. No tendría movilidad lateral —respondió él— . Tendría que mover el torso.

—¿Y hacia arriba o abajo?

—También. Tendría que usar el torso. Pero ya no tendría tanto dolor.

—Mire, sin ánimo de ofender —le dije—, pero no he venido hasta aquí para que me metan en el reparto de los *Thunderbirds*.[1] ¡Me convertiría en una jodida marioneta!

—Mire, sé que no es fácil de asimilar —dijo él— . Pero con su lesión y el párkinson, no hay muchas opciones. ¿Por qué no se lo piensan?

Yo ya me lo había pensado.

Una hora después estábamos en el aeropuerto, otra vez enfundados en los trajes anticontaminación, rumbo a Los Ángeles.

Una vez más, lo que me salvó de perder la esperanza fue trabajar en un nuevo disco. Cada vez que me pillaba regodeándome en la autocompasión —lo cual pasaba a menudo, no me enorgullece—, lo canalizaba en una canción. Si hay un tema en el álbum *Patient Number 9* que resume a la perfección cómo estaba de cabeza, es «God Only Knows». Lo inspiró ese momento en el que volvía arrastrándome por la puerta trasera, después de la primera operación, dándome cuenta de que la rehabilitación no funcionaba.

Claro, el problema era que el álbum *Ordinary Man* me había salido como si tal cosa y había sido recibido de puta madre. ¿Cómo íbamos a superarlo? Me refiero a que nadie dice nunca algo como: «Vale, como me ha ido bien, ahora voy a sacar un disco de mierda.» Pero es algo que pasa constantemente. Como dice Sharon: «Cuando subes a lo más alto, solo hay un camino, y es hacia abajo».

Esa era una de las razones por las que siempre he tenido tanto respeto por David Bowie.

Recuerdo perfectamente cuando salió *The Rise and Fall of Ziggy Stardust and the Spiders from Mars*. Debió de ser en 1972, el mismo año que *Vol. 4*. Fue lo más grande del planeta, un álbum absolutamente monstruoso. Cualquier otro cantante habría exprimido aquello hasta el final de su carrera. Bowie no. Mató a

Ziggy en su punto más alto. Se largó y empezó de cero. El valor que debió de necesitar para hacer algo así, la fe en sí mismo, era increíble. Y le funcionó. Si no hubiera matado a Ziggy, nunca habría hecho *Young Americans*, *Station to Station* ni los discos de Berlín, y mucho menos *Let's Dance*.

Podías notar que las apuestas eran más altas con *Patient Number 9*, porque Sharon y Andrew discutían mucho más. Sharon llegó a llamarlo «pequeño cabroncete cabezota», lo cual no le sentó demasiado bien. Pero Andrew también sabía defenderse. Y al menos eran auténticos el uno con el otro. ¿Sabes?, siempre que trabajas duro en algo importante, saltan chispas.

Otra dificultad de estar a la altura de *Ordinary Man* fue que habíamos contado con Elton John en el *single* principal. No podíamos simplemente llamarle y decirle: «Hola Elton, ¿te pasas otra vez por el estudio?».

Mientras tanto, Andrew no paraba de lanzar nombres: Eric Clapton esto, Jeff Beck aquello. Yo le decía: «Tío, esos juegan en otra liga. Son megastrellas». Sí, vale, Elton también lo es, pero se cuenta entre los mejores amigos de Sharon.

Lo más loco fue que todos dijeron que sí. Incluso Tony Iommi. Y eso nos planteó un problema distinto.

—¿Y ahora cómo cojones vamos a hacer otro disco? —le dije a Andrew en un momento dado— . ¡Si ya hemos usado a todos!

A día de hoy todavía miro los créditos del álbum y casi no me creo la alineación que conseguimos. Aparte de la santa trinidad de Eric, Jeff y Tony a la guitarra, tuvimos otra vez a Duff McKagan y a Chad Smith, junto con la colaboradora de Andrew en las letras, Ali Tamposi. También a Robert Trujillo, de Metallica. A Ryan Tedder, de OneRepublic. A Chris Chaney y Dave Navarro, de Jane's Addiction. A Josh Homme, de Queens of the Stone Age. Y al grandísimo Mike

McCready, de Pearl Jam. Y, por supuesto, Zakk estuvo en casi todo el disco, tocando la mayoría de los temas, tanto guitarra rítmica como solista. Incluso se encargó del órgano en «Nothing Feels Right». La única razón por la que Zakk no estuvo en *Ordinary Man* fue porque aquello pasó tan deprisa. Si hubiera sido un álbum normal, lo habría llamado enseguida.

De los temas que hice con Tony, dos fueron de lo mejor para mí. «No Escape from Now» nos llevó de vuelta a «Planet Caravan» e «Into the Void». El *riff* de Tony es simplemente descomunal. Pero también tiene ese punto moderno, melódico. Mientras tanto, con «Degradation Rules» nos lanzamos de cabeza. No estoy seguro de que Tony supiera que la canción trataba de un pervertido dándose placer, porque cuando grabó la guitarra las letras aún no estaban terminadas. Pero fue toda una sorpresa para él en las entrevistas, je, je, je. Una de las frases que suelto ahí —«¡Red Tube[2] rules!»— me la pasó Taylor Hawkins, de Foo Fighters, que en paz descanse.

Taylor no tocó en esa canción, pero sí en «Parasite», «Mr. Darkness» y «God Only Knows». Por desgracia, fueron de las últimas cosas que grabó antes de morir de un infarto. Estaba en Bogotá, Colombia, para un concierto de Foo Fighters cuando sucedió. Taylor tenía un espíritu joven, juguetón. Era como un crío. Y qué batería tan fenomenal.

Solo tenía 50 años cuando murió. Otro gran talento que perdimos demasiado pronto.

Cuando Eric Clapton decidió colaborar en el álbum, casi me emocioné más de la cuenta. En su día, yo había sido un fan enorme de Cream. Lo sigo siendo, de hecho. Cada vez que escucho «White Room» me transporta al verano de 1968. Le dije a Andrew: «Hace tanto que no oímos al viejo Eric bluesero y psicodélico... ¿por qué no

escribimos algo de ese estilo para él?». Y entonces se me ocurrió: «¿Y por qué no le pedimos que use el pedal de *wah-wah*?». El *wah-wah* es ese efecto que hace que la guitarra suene como si hablara, por si no lo sabes.

Andrew no necesitó mucha persuasión.

Lo bueno de Eric es que pone tanto sentimiento en cada nota que solo tiene que tocar, y ya está. Y lo increíble es que lo reconoces al instante, aunque no ponga su nombre en el disco. Es de esa época mágica, anterior a que los guitarristas tuvieran que inventar toda clase de trucos para destacar.

La canción en la que acabó tocando se llamó «One of Those Days».

Antes de que grabara su parte, empecé a ponerme paranoico con que Andrew se olvidara del *wah-wah*. Ese pedal está por todas partes en los discos de Cream y en un montón de psicodelia de la época y, por supuesto, Isaac Hayes lo utilizó y lo popularizó en la banda sonora de la película *Shaft*.

—Estoy en ello —me repetía Andrew— . Voy a hablar con Eric.

—Es que de verdad quiero el *wah-wah* —insistía yo.

—¡Lo sé! Yo también quiero el *wah-wah*.

No podía dejar de pensar en ello. Me convencí de que Andrew iba a olvidarse, o de que Eric aparecería en el estudio con un pedal de distorsión o de coros en su lugar. Día sí, día no, le mandaba un mensaje: *«¿Wah-wah?».* Y él me contestaba enseguida: «¡SÍ! ¡*wah-wah*!».

Hasta le mandé un par de correos a medianoche cuando no podía dormir:

De: Ozzy
Para: Andrew
Asunto: WAH-WAH*...?!*

El caso es que, al final me puse tan pesado que Andrew acabó diciéndome:

—Mira, estamos hablando de Dios, del mismísimo *Slow Hand*, de uno de los tres guitarristas más grandes de todos los tiempos. No podemos insistir tanto con lo del *wah-wah*. Tendremos que ver con qué humor llega ese día y conformarnos con eso.

Pero yo me había obsesionado tanto que no iba a dejarlo al azar. Así que busqué la dirección del estudio donde iba a grabar —los Estudios Church, de Crouch End, en Londres, creo— y le mandé por FedEx un pedal *wah-wah*, por si se olvidaba de llevar el suyo.

Lo usó, gracias a Dios. Que fuera el mío o el suyo, eso ya no lo sé.

Es una de mis canciones favoritas del disco. Suena absolutamente increíble.

Fue curioso trabajar con Eric, porque durante mucho tiempo —en lo peor de mi etapa paranoica de cocaína— pensé que no me podía ni ver. Todo por una foto en la que los dos posamos juntos con Grace Jones en los International Rock Awards. Debió de ser en 1989. Ella y yo íbamos a presentar un premio esa noche. Grace llevaba solo ropa interior y una malla negra por encima. Estaba increíble.

El caso es que, cuando posamos para la foto, justo al dispararse el *flash* puse mi «cara de Ozzy», esa mueca de loco que hago. Y, aunque Eric estaba sonriendo, tuve la sensación de que se había cabreado. Luego, como no vi la foto en ningún sitio, me convencí de que había llamado a su equipo de prensa para retirarla. Eso se puede hacer: compras los derechos y listo. Durante semanas y semanas busqué en revistas y nada. Me sentí como uno de esos generales de la Rusia de Stalin, borrados de la historia.

Años me pasé pensando que me había granjeado la enemistad de uno de los guitarristas más famosos del planeta por poner una cara estúpida en mal momento. Cada vez que lo veía en un evento, me

escondía. Hasta que un día coincidimos en la cabaña de West Hollywood, en una reunión de AA. Me senté justo detrás de él. Así que, en cuanto terminó la sesión, salí corriendo para no cruzarnos. Pero volvió al día siguiente. Y esta vez me siguió hasta el coche.

—¡Eh, Ozzy! —oí a mi espalda.

«Joder —pensé—, va a echarme en cara lo de la foto.» Me volví, listo para decirle: «Mira, Eric, lo siento muchísimo, había estado bebiendo, esa cara es algo que hago delante de las cámaras, de verdad que no quise estropearte la foto», pero Eric solo me saludó, me dijo que se alegraba de verme y charlamos un buen rato, tan tranquilos.

Me quedé pensando: «Un momento... ¿y si nunca estuvo cabreado conmigo?».

Y unos días después, en una emisora de radio de Los Ángeles, encontré la foto. Allí estaba, con Grace Jones, Eric sonriendo y yo poniendo mi cara de loco en la portada de una vieja revista. No recuerdo si colgada en la pared o sobre una mesa. Pero ahí estaba. Eric no había retirado nada. Simplemente, yo no la había visto. Luego supe que había aparecido en varias publicaciones más.

De locos. Gracias a la cocaína me pasé sin ningún motivo casi una década evitando al tío que, precisamente, cantaba «Cocaine».

Después de que el tipo de Mineápolis propusiera convertirme en una marioneta de los *Thunderbird*, me empeñé en pedir una tercera opinión y una cuarta y hasta una quinta, si hubiera sido necesario.

El problema era dar con un cirujano que no sacara el taladro y el destornillador a la mínima. El caso es que, como la combinación de una lesión de columna y el párkinson no es lo más común del mundo, tampoco había mucho donde elegir.

No sé dónde encontró Sharon el nombre del doctor Robert Bray, de Marina del Rey, cerca de Santa Mónica. Puede que en internet. Según tengo entendido, antes, Bray había estado en el Cedars-Sinai, pero en esos momentos tenía su propia clínica. A Sharon le gustó porque su filosofía era ser lo menos invasivo posible. Además, era neurocirujano especialista en columna, no solo traumatólogo, que es lo que necesitas cuando el párkinson anda de por medio. Y muchos de sus pacientes eran surfistas, escaladores y pilotos de motocross. No digo que ser estrella del rock sea nada parecido, pero ser yo mismo ya es casi un deporte extremo. De modo que me pareció que iba a ponerme en buenas manos.

Aun así, después de lo de Mineápolis, no tenía muchas esperanzas con nuestra primera visita.

Era principios de agosto de 2021 cuando nos presentamos en su consulta. Y en dos minutos ya notamos que el doctor Bray era distinto a todos los demás. Me pasó por la máquina de resonancia, me hizo radiografías —a esas alturas, a mi columna le habían hecho más fotos que a Marlyn Monroe—, y luego me explicó lo que pasaba.

Primero, que las placas que me había puesto el doctor Sin Calcetines estaban demasiado apretadas. Eso significaba que cada vez que movía la cabeza no solo sentía como si me desgarrase los músculos del cuello, es que ¡realmente me los estaba desgarrando! Normal que viviera en permanente agonía. Casi me puse a llorar de alivio, porque me había llegado a preocupar que todo estuviera en mi cabeza, que fuese alguna de mis adicciones jugándome malas pasadas.

Dijo también que, en su opinión, aquellas placas eran demasiado para lo que yo necesitaba. Y luego me señaló unas manchas en una radiografía. «Escombros óseos», me dijo. Básicamente, como los tornillos estaban demasiado apretados, empezaban a aflojarse y a

desintegrar el hueso a su alrededor, y esos fragmentos quedaban atrapados entre las vértebras.

—¿Ha notado molestias más abajo, en la espalda?

Estuve a punto de derrumbarme otra vez.

—Todo el rato, doctor. Lo mío es como vivir metido en una de esas máquinas de tortura medievales, solo que nadie sabe lo que es salvo yo.

No tengo palabras para explicar el alivio que sentía por saber, finalmente, el porqué estaba tan jodido.

—¿Y qué se puede hacer? —preguntó Sharon.

—Lo primero de todo es retirar las placas y los tornillos —dijo el médico— . Y a partir de ahí vamos viendo, despacio, procurando no dañar más esas pobres cervicales.

—Doctor, sea sincero conmigo —le dije, todavía intentando mantenerme entero— . ¿Cree que puede arreglarlo?

—Para ser lo más sincero posible, Ozzy —me respondió—, es pronto para decirlo. Pero ya sabe cómo me llaman.

Me quedé confundido.

—¿Qué? ¿Cómo lo llaman?

—Me llaman «Doctor Arreglatodo» —dijo con una gran sonrisa, señalando algo en la pared sobre mi cabeza.

Me volví para mirar. Y entonces lo vi: un artículo enmarcado de una revista. Una foto del doctor Bray con su ropa de quirófano azul, sus gafas de aumento especiales y el gorro quirúrgico, bajo el titular: DOCTOR ARREGLATODO

De repente, me vino a la memoria. Sharon, por pura casualidad, había dado con el mismo tío que Zakk me recomendó el día después de mi caída.

El tipo al que nunca llegamos a llamar.

Hasta ahora...

No me lo podía creer. Si mis piernas hubieran funcionado como es debido, me habría pegado una patada a mí mismo.

Mientras tanto, a Sharon también se le había encendido la bombilla y la oí maldecir por lo bajo.

Cuando por fin cruzamos la mirada, estallamos en carcajadas. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? El doctor debió de pensar qué coño nos pasaba, hasta que se lo explicamos. Yo quería llamar a Zakk en ese mismo momento para disculparme por no haberle hecho caso.

Pero bueno, a ver...

Todo pasa por algo.

Y como dice el refrán: «Más vale tarde que nunca».

Ese verano Sharon se puso muy seria con la idea de mudarnos a Las Vegas. La pandemia estaba volviendo loco a todo el mundo. La gente se mudaba de casa a diestro y siniestro. Jack incluso se había comprado una granja en el norte de Idaho, junto al Parque Nacional de Yellowstone. Yo le decía: «Jack, ¿qué coño vas a hacer con cincuenta y tantas hectáreas? ¿Hacerte pastor?». Pero él y su nueva novia, Aree —esto fue justo antes de que se comprometieran— querían intentarlo. Lo llamaron Welders Ranch, en homenaje a nuestra Welders House, de Buckinghamshire.

Fuimos a visitarlo un fin de semana. Es un sitio de una paz increíble, tío. Puedo entender por qué le gusta. Yo también disfrutaba como un lord en el campo a su edad. Pero, sobre todo, fue maravilloso ver a Jack tan feliz, enamorado y entusiasmado.

Para Sharon, mudarnos a Las Vegas significaba conseguirme un contrato fijo allí, lo que llaman una «residencia». Estaba desesperada por sacarme de casa. Pero tengo que ser sincero: yo nunca lo vi claro. No habría aguantado haciendo el mismo concierto una y otra vez. Mi amigo Billy Morrison, que tocó un tiempo con Billy

Idol, me contó que no estaba mal; encontraban formas de variar el repertorio para no sentirse atrapados en plan el *Día de la Marmota*. Pero yo soy de los que hace un bolo y pasa al siguiente. No me importaría dos semanas en el mismo sitio, pero una residencia exige más tiempo que eso.

Además, no termino de pillar el rollo de Las Vegas de ahora. Es un aburrimiento del copón. Vale, está el Strip con todas sus luces y tal. Pero antes era más auténtico, más gamberro. Tenía ese aire de *saloon* del Lejano Oeste. Las habitaciones de hotel eran de los años treinta. Ahora, en cambio, parece un Disneyland gigante para adultos. Se han cargado todo el carácter de la ciudad, ya te digo.

En los primeros tiempos de Sabbath, además, le teníamos mucho respeto a Las Vegas. Si te pillaban con coca allí, estabas jodido. Los polis no eran como los de Los Ángeles. Te metían directo al talego. O a alguna prisión en medio del desierto si tenías mala suerte. Todo el mundo recuerda la foto policial de Jim Morrison cuando lo arrestaron allí. Y ni siquiera fue por drogas, según tengo entendido. Estaba por la calle, fingiendo que fumaba un porro —o eso decía la prensa— y lo entrullaron, no te lo pierdas, por vagancia. Y por ir hasta arriba de alcohol, claro.

Hoy en día la marihuana es legal en Las Vegas, me cuenta Jack. Eso me preocupa, de verdad. Es fortísima ahora. Y vale, no todo el mundo es adicto como yo, pero una vez empiezas con la hierba, tiendes a pasar a otras cosas.

Peor aún son las armas, que las hay por todas partes. En Las Vegas puedes comprarte una ametralladora automática, siempre que haya sido fabricada antes de cierta fecha. Es de locos. Y eso que el tirador del festival de música Route 91 Harvest se limitó a modificar un rifle semiautomático corriente para que hiciera prácticamente lo mismo. Según las noticias disparó más de mil balas. Murieron

sesenta personas y hubo cerca de novecientos heridos. Una atrocidad absoluta. Para mí, la música es de las pocas cosas que aún pueden unir a la gente, de manera que cuando algo así pasa en un concierto... No hay palabras. La violencia con armas en Estados Unidos —sobre todo los tiroteos en los colegios— está completamente fuera de control, tío. Me deprime cada vez que oigo hablar de nuevas matanzas.

Siguiendo con el tema, me quedé helado al enterarme de que a Jake E. Lee lo habían tiroteado cerca de su casa en Las Vegas hace no mucho. Al parecer salió de madrugada a pasear al perro, y un loco le vació un cargador encima. Recibió varios impactos, pero por algún milagro sobrevivió. Gracias a Dios. Jake es un tío con un talento increíble, y como ya dije antes, lamento cómo salió de la banda en aquella época tan jodida. Jake, que Dios te bendiga. Te deseo una recuperación completa de tus heridas.

La única otra cosa que diré sobre la residencia en Las Vegas es que la gente olvida que el primer gran bolo de Black Sabbath fue precisamente una residencia: en el Star-Club de Hamburgo, en Alemania. El mismo sitio donde los Beatles hicieron su famosa temporada, en 1962, cuando todavía estaban Stuart Sutcliffe y Pete Best en la banda. Sutcliffe fue el que dejó a los Beatles para ser artista, y luego murió de una hemorragia cerebral seis meses antes de que saliera *Love Me Do*.

Cuando nosotros llegamos al Star-Club —siete años después, a comienzos de agosto de 1969—, el local ya estaba en decadencia. Fuimos de las últimas bandas en tocar allí. Cerró unos pocos meses después. Ahora ya no queda nada. El edificio entero ardió.

Qué verano más loco fue aquel, tío. El alunizaje. Woodstock. Los asesinatos de la familia Manson en Los Ángeles. La guerra de Vietnam rugiendo todavía al otro lado del mundo. Nosotros aún nos

llamábamos Earth y tocábamos versiones de blues, pero ya habíamos decidido rebautizarnos como Black Sabbath. Recuerdo haberle contado lo del nuevo nombre a mi madre en una postal. En las fotos de la banda de entonces parezco un crío. Tony, Geezer y Bill lucían sus bigotes cutres y sus chaquetas de cuero, y yo con cara de niño, un jersey viejo y unas sandalias.

Por ahí deben de circular unas cintas de esas actuaciones. Tocábamos cosas como «Early One Morning» de Little Richard. Es raro, porque sonamos como Black Sabbath haciendo un cover de Little Richard. También hacíamos *jams* larguísimas que luego se convirtieron en canciones como «N.I.B.» y «War Pigs».

Mientras tanto, el Hamburgo de aquella época sí que era una verdadera ciudad del pecado. Tiendas porno de mala muerte. Salas de striptease y *peep shows*. Olor a humo y sudor. Y aquella callejuela adoquinada con escaparates empañados y luces rojas, donde posaban las prostitutas.

Me alegro de haberlo hecho, pero fue de esas cosas de «una vez y punto». Empezábamos a tocar al mediodía y terminábamos a las dos de la madrugada. A veces hacíamos siete pases al día, alternándonos con las otras bandas. Acabábamos reventados. Estoy casi seguro de que tocamos más bolos allí que los propios Beatles. Tomábamos lo que hiciera falta para aguantar despiertos: alcohol, speed, montones de porros. Y al final de cada noche, caíamos rendidos en algún hotel de mala muerte, lleno de pulgas, a la vuelta de la esquina.

Eso sí, no hay mejor manera de aprender a ser una banda sólida. Aprendes a leerte unos a otros. A calcular cuántas copas puedes beber antes de perder el compás. A levantar al público cuando se aburre. Siempre que los parroquianos empezaban a impacientarse, Tony me gritaba: «¡Ozzy, organiza una rifa!».

Pero lo mejor de aquella residencia era cobrar un sueldo fijo, algo con lo que hasta entonces solo habíamos soñado.

Si hay un tema en *Patient Number 9* que me lleva de vuelta a los días del Star-Club, es «Darkside Blues». Durante buena parte de la pandemia, me pasaba cantando por la casa, una y otra vez, un verso al estilo Muddy Waters, hasta que Jack me soltó: «Papá, ¿cuántas veces más vas a cantar eso? ¿Por qué no lo conviertes de una vez en canción?». Así que lo hice. Incluso toco la armónica en ella. Si alguien quiere saber cómo habría sonado Sabbath si hubiéramos seguido como Earth e hiciéramos un disco de blues..., eso es lo más cerca que va a estar nunca.

Podría decirse que la perspectiva de someterme a mi primera operación de cirugía correctiva, en septiembre, casi me hacía ilusión. Habría hecho cualquier cosa que redujera el dolor y lograra que pudiera volver a caminar. Así que entré en el hospital del doctor Bray, en Marina del Rey, esperando un nuevo comienzo. Fue como la noche y el día en comparación con mi primera operación. No hubo estancia prolongada en la UCI. Ni sondas. Ni alucinaciones con Elvis. No recuerdo cuánto tiempo estuve dormido, pero no fue nada parecido a las cinco horas que pasé con el doctor Sin Calcetines. El doctor Bray simplemente entró ahí, quitó los tornillos, quitó las placas, aspiró los restos de hueso, hizo los ajustes que necesitaba y me cerró otra vez. Fácil.

Pero al final las noticias no fueron tan buenas.

Aunque mi cuello estaba ahora en mucho mejor estado —y mejoraría con la fisioterapia—, todavía quedaba mucho trabajo por hacer para reparar mis pobres cervicales. Además, mi viejo accidente con el quad estaba empezando a fastidiarme de una manera que no tenía nada que ver con mi caída de dos años atrás. Según me dijo el doctor Bray, más abajo en la espalda tenía dos

vértebras, justo donde me golpeó el quad, que básicamente se habían desintegrado.

La conclusión era que iba a necesitar al menos dos operaciones correctivas más. Y no iban a ocurrir rápido. Todo el mundo había retrasado sus tratamientos durante la pandemia, así que era casi imposible reservar un quirófano para algo que no fuera de vida o muerte. Siendo realistas, me esperaban un par de años antes de que todo el trabajo estuviera terminado. Fue un golpe duro de encajar, sobre todo cuando aún estaba hecho polvo por la operación.

Pero al menos había un plan.

Claro, lo que no sabía —y me alegro de no haberlo sabido— era que cada operación borraba de un plumazo todos los avances de la fisioterapia anterior. Lo que significaba que tendría que empezar de cero cada vez. Y, por supuesto, yo no me estaba haciendo más joven, y mi párkinson seguía avanzando, lo que haría aún más difícil recuperarme. Lo único que tenía claro era que no iba a dar más conciertos en un futuro cercano.

No es que importara demasiado. El mundo estaba muy lejos de volver a la normalidad. Las restricciones por el COVID-19 seguían en pie para las grandes multitudes. Y volar al extranjero era un riesgo enorme, porque si pillabas el virus allí, te quedabas atrapado. Así que en noviembre pospusimos la gira europea un año más.

Los conciertos se programaron para mayo de 2023.

Ya había decidido que no habría más aplazamientos. Si no podíamos dar los conciertos entonces, era hora de echar el telón. Pero aún tenía esperanza, aunque no mucha, para ser sincero. Y se desvanecía día a día. No obstante, mientras hubiera siquiera una mínima posibilidad de que pudiera volver a subirme a un escenario, no iba a rendirme.

Lo único que me hacía ilusión esa Navidad era ver *The Beatles: Get Back*, el documental del tío que había dirigido *El señor de los Anillos*, Peter Jackson. Como fan de toda vida de los Beatles, estaba impaciente por ver todas esas imágenes sin filtro, entre bastidores, de John, Paul, Ringo y George grabando el álbum *Let It Be*.

Después de todos mis altibajos con Sabbath a lo largo de los años, esperaba encontrar reconfortante saber que incluso los Beatles tenían que lidiar con la misma mierda. Especialmente, cuando Yoko Ono empezó a asistir a las sesiones de grabación.

Todo lo que puedo decir es... ¡menudo chasco! No me pareció auténtico. ¿Me vas a decir en serio que en las sesenta horas de metraje que tenía el director, siempre estaban contentos y eran encantadores los unos con los otros? Si en Sabbath alguien hubiera dicho: «Vale, a partir de ahora mi novia va a participar en todo esto», habría corrido sangre por el suelo del estudio. Pensaba que iba a ser de esos documentales tipo cámara espía. Pero la cámara debía de estar averiada o el espía sordo y ciego, porque no vio ni oyó nada interesante.

Mi ánimo no mejoró mucho con la llegada de 2022.

Iba a ser un año grande para mí, en muchos sentidos. El cuarenta aniversario del asunto del murciélago. De la muerte de Randy y Rachel. Desde luego, lo que no quería era quedarme en casa pensando en el pasado. Que le den. Nunca he sido de los que miran atrás. Siempre he ido a por lo siguiente. Pero había momentos en los que la única cosa importante que me esperaba parecía ser una lápida con mi nombre. Eso me cabreaba. Quería pelear. Pero solo puedes luchar hasta cierto punto cuando es tu cuerpo el que se está rindiendo.

Y entonces, de la nada, llegó una llamada telefónica.

No sé exactamente quién fue el que contactó con Sharon, pero trabajaba para el príncipe Carlos, como todavía se le llamaba entonces, porque sería rey apenas unos meses después.

Querían hablar sobre los próximos Juegos de la Commonwealth, que el príncipe Carlos iba a inaugurar. También era el patrocinador de toda la organización, aunque eso lo supe después. Yo no lo sabía en ese momento, porque estaba bastante fuera de combate con mi lesión y mi recuperación, pero los juegos de 2022 se iban a celebrar en Birmingham. La sede principal sería el estadio Alexander, en Perry Barr, justo al lado de donde estaba mi antigua escuela. Incluso estaban ampliando las gradas del estadio para la ocasión. La idea era que cupieran unas treinta mil personas, el doble de lo habitual.

Sharon estaba eufórica cuando colgó el teléfono. Me dijo que iban a ser los juegos más grandes de la historia de la Commonwealth. Estaban gastando ochocientos millones de libras en ellos. Participarían setenta y dos países. Cinco mil atletas. Mientras tanto, ya se habían vendido un millón de entradas para el estadio principal y las demás sedes de la ciudad. Era un acontecimiento enorme, decía Sharon. A la altura de los Juegos Olímpicos.

Pero yo estaba confundido.

—¿Y para qué nos llaman a nosotros? —pregunté— . Yo no estoy precisamente para correr los cien metros. Como mucho, supongo que podría cortar una cinta o algo así.

—En realidad... —dijo Sharon. Y entonces se detuvo.

De repente la vi afectada. Como si tuviera malas y buenas noticias a la vez. Tuvo que respirar hondo y secarse una lágrima. Yo empezaba a asustarme.

—¿Qué pasa? —dije— . ¿Qué ha ocurrido?

—Querían saber... —continuó, recomponiéndose—, si estarías interesado en actuar en los juegos. Con Black Sabbath.

—¿Cómo? ¿En la inauguración o algo así?

—No.

—Entonces... ¿qué? ¿Un evento paralelo?

—En la ceremonia de clausura. —Sharon ya estaba llorando del todo— . El acto final. Mientras explotan los fuegos artificiales. En tu ciudad natal, Ozzy. Literalmente, a unas calles de donde ibas al colegio. Preguntan si estarías dispuesto a cantar «Paranoid».

—Joder... —Ahora era yo el que estaba llorando. Y sonriendo tanto que me dolía la cara.

—La fecha es el 8 de agosto —dijo Sharon— . PERO, Ozzy...

No escuché nada más de lo que dijo. Yo ya estaba en las nubes, pensando en mi barrio de Aston, pensando en cómo daría la noticia a Tony, a Geezer y a Bill, pensando en el príncipe Carlos. Lo he visto muchas veces. Siempre nos echamos unas risas. Es un gran tipo. Tras mi accidente con el quad, me mandó una botella de whisky, lo cual fue un detalle muy bonito. El único problema fue que Sharon la confiscó antes de que yo pudiera ponerle las manos encima. Fue a parar al Desván de Irás y no Volverás, donde guarda todas esas cosas que quiere conservar, pero no quiere que yo vea.

Si de niño le hubiera dicho a alguien que el futuro rey de Inglaterra iba a enviarme una botella de alcohol por correo, habrían llamado a los loqueros. Cuando nací, el rey era el abuelo de Carlos, Jorge VI, pero yo era demasiado pequeño para recordar su reinado. Mi primer recuerdo, curiosamente, es de la Coronación de la reina Isabel. Yo debía de tener 4 años.

Si lo recuerdo es únicamente porque mi padre se disfrazó del que entonces era su héroe, Al Jolson, e incluso se pintó la cara con ese horrible maquillaje negro. Solo poner esto por escrito me parece espantoso, pero estábamos en 1953. Era el tipo de mierda de *music*

hall victoriano con el que mis padres habían crecido, aunque incluso entonces la gente ya empezaba a entender lo malo que era aquello.

A mis 4 años, todo lo que sabía era que no quería tener nada que ver con eso. Lloré, pataleé y no dejé que mis hermanas me pusieran ni una mancha de esa porquería en la cara.

Lo que más me ilusionaba de aquella llamada de los juegos era simplemente la posibilidad de volver a casa. Hacía ocho o nueve años que no pisaba Inglaterra, y mucho más que no iba a Birmingham. Aun así, mi ciudad natal me había estado rondando por la cabeza desde mi caída, sobre todo durante todos los meses que pasé postrado.

En los viejos tiempos, cuando vivía en Staffordshire y luego en Buckinghamshire, me subía al coche y conducía hasta Aston cada vez que me entraba algún ataque de pánico. Aunque fueran las cuatro de la mañana. Aparcaba mi Range Rover en Lodge Road y me quedaba allí media hora, recordando los días en los que era joven y pasaba hambre. Y digo hambre de verdad. Teníamos un dicho en casa: «El que se levanta primero, come primero». Las comidas escolares fueron una auténtica salvación para mí. Muchos de los otros críos ni tocaban la comida que servían. Yo me zampaba tres raciones de un puré tibio y unos pocos trozos de una carne chunga y dura como una piedra.

Aunque parezca increíble, la casa del 14 de Lodge Road todavía sigue en pie. La última vez que fui por allí, me di cuenta de lo diminuta que era, la muy puñetera. Todavía se podía ver donde yo había grabado *Irom Void* en un ladrillo, junto al escalón de la entrada. Debía de tener 15 años cuando lo hice. Pensé que sería un nombre cojonudo para una banda. También se veían los clavos que habían puesto en la pared para colgar los banderines de la Coronación.

Es curioso cómo las cosas más tontas te hacen viajar al pasado. El olor de la nube de azúcar, por ejemplo. Solo con olerlo, me transporto a la antigua feria de cebollas de Aston, que se celebraba cada año en los Serpentine Grounds, antes de que construyeran encima una autopista de siete carriles. Me contaron que la feria recibió ese nombre porque al principio realmente se vendían cebollas allí. Venía gente incluso de Francia a montar sus puestos. Luego se convirtió en una feria victoriana de verdad. Boxeadores famosos peleaban allí. Traían exposiciones itinerantes de leones y tigres, y atracciones de feria, como la mujer más fea del mundo, o el caballo con dos cabezas. Pero para cuando yo era niño, ya se había transformado más en un parque de atracciones. Tenían casetas de tiro y de lanzamiento de aros. Pero lo que más me gustaba eran los autos de choque y los tiovivos.

Y de pronto desapareció, todo arrasado para hacer sitio a la Aston Expressway. Eso sí, trazaron una curva en la carretera para salvar la fábrica de cerveza Ansells y tendieron una tubería por encima para llevar vinagre entre distintas partes de la fábrica de salsa HP. Pero no sirvió de mucho. Tanto Ansells como HP llevan mucho tiempo desaparecidas.

El olor de las casas viejas también me devuelve muchos recuerdos. Cuando era niño, aún quedaban un montón de viejas mansiones victorianas en Aston que habían sido bombardeadas durante el Blitz de Birmingham. Eran ruinas, básicamente. Pero para mí y para mi amigo Patrick Murphy no eran ruinas, eran un parque de juegos. Rompíamos ventanas, encendíamos fuegos, abríamos agujeros en las paredes, levantábamos los suelos.

Lo que más recuerdo es que todas las ventanas estaban pintadas de negro. Lo hicieron durante los apagones, en lugar de colgar cortinas. No querías que se escapara ninguna luz, porque entonces

dabas a los pilotos alemanes un blanco al que disparar. Nuestra imaginación volaba en aquellas casas. Pero ahora me estremezco al pensar lo peligrosas que debían de ser, por no hablar de toda la porquería tóxica que debíamos estar respirando.

Es increíble pensar cómo debía de ser vivir en las Midlands durante los casi tres años que duró el Blitz. Fuego y muerte cayendo sobre ti cada noche. No saber si te despertarías al día siguiente. O de qué vecinos tendrías que sacar los cuerpos entre los escombros. Y, aun así, ir cada día a trabajar a la fábrica para producir más Spitfires, tanques y armas. Siempre que pienso que las cosas están fuera de control en este mundo, recuerdo aquello, y me ayuda a ponerlo todo en perspectiva.

—¡Sí! —le dije a Sharon— . ¡Llámales y diles que sí! ¿La ceremonia de clausura? ¿De los Juegos de la Commonwealth? ¡Eso es increíble! ¿Lo pondrán en la tele? ¿Podemos tocar también «Iron Man»? Tengo que llamar a Tony. ¡Me muero de ganas de volver!

—¡Ozzy! Ozzy...

No entendía por qué Sharon tenía esa cara tan seria. Pensaba que estaría emocionada.

—¿Qué pasa? —le dije— . Puedo hacerlo, ¿no? Solo tendré que sentarme cuando cante.

—Es el doctor Bray —dijo.

—¿Qué pasa con él?

—Que hablé con él. Tiene que volver a operarte. A mediados de junio. Es lo más rápido que puede meterte en quirófano. Es una operación importante, la que decidirá tu calidad de vida a partir de ahora.

—Pero el concierto es en agosto.

—Tendrías solo siete semanas. Siete semanas para recuperarte por completo.

—Eso es suficiente... ¿verdad?

—Ozzy, es una operación de columna importante. Va a arreglar vértebras hasta la mitad de tu espalda. Vas a estar postrado mucho tiempo. Empezarás la fisioterapia desde cero. No sabemos si acabarás otra vez en la UCI. Ni cuánto durará la hinchazón. Ni cuánto tiempo pasará antes de que siquiera puedas empezar la fisioterapia. Hay demasiadas incógnitas, Ozzy. Lo sabes. Lo has vivido durante estos últimos tres años y medio de mierda. Todos lo hemos vivido. Y, aun así, les dirías al príncipe Carlos y a todos en los juegos que sí, que puedes hacerlo, aunque en el fondo sepas que hay muchísimas probabilidades de que no estés listo. Y no es solo la actuación, Ozzy. Es el vuelo de once horas. El *jet lag*. El trayecto en coche. El hotel...

Tuvo que parar, estaba demasiado emocionada.

Yo también me sentía muy tocado.

Sharon tenía razón.

Sentí como si me hundiera hasta el fondo de un océano de mierda.

Iba a tener que rechazar lo que habría sido uno de los conciertos más grandes de mi vida.

13

NO PUEDE SER MEJOR

Había tocado fondo unas cuantas veces en mi vida, pero siempre había sido por culpa del alcohol y las drogas.

En junio de 2022 toqué fondo a causa de mi operación de columna y de mi párkinson.

Todo empezó en abril, cuando por fin pillé el puto COVID-19. Por suerte, para entonces ya me habían metido en el cuerpo como un litro entero de vacunas, porque, como ya dije antes, mi párkinson me convierte en un caso de alto riesgo. Sharon se puso a temblar y temió lo peor cuando perdí el sentido del olfato y empecé a resfriarme. Pero al final no me puse grave. No pillé una neumonía. Fue como un resfriado muy fuerte que se alargó un poco.

No obstante, como siempre me pasa ahora, sufrí una especie de efecto dominó. Como pasé tanto tiempo en la cama, me salieron coágulos de sangre. Si tienes el estómago delicado, quizá quieras saltarte esta parte. Básicamente, un hematólogo tuvo que hacerme un agujero en la ingle, localizar una vena gorda y meterme un catéter. Luego introdujo por ahí una especie de filtro plegado y lo empujó hasta dentro de la vena. Una vez colocado, se abría como un paraguas. Vamos, que básicamente tengo un colador de té junto a mi huevo izquierdo. Deja pasar la sangre, pero atrapa los coágulos antes de que viajen al corazón. Y una vez atrapados, se van

deshaciendo de manera natural. O el médico entra y te los saca a mano.

Pero claro, aquello fue un puto desastre, porque a mitad del procedimiento un coágulo se me fue al estómago. Y ahí me tienes, con todas las enfermeras corriendo alrededor, enchufándome anticoagulantes —fluidificadores de sangre— mientras sonaban como diez alarmas distintas. Los efectos secundarios fueron horribles: meaba sangre, me sangraban las encías, tenía hemorragias nasales y moratones por todas partes.

Cuando por fin acabó todo, pensé que ya podría relajarme.

Pues ni de coña.

En cuanto me recuperé, ya me estaban metiendo en quirófano para mi segunda cirugía correctiva con el doctor Bray. ESTA ERA LA GORDA. Medio esqueleto metido en obras. Iban a necesitar conos de tráfico, de esos cascos amarillos y martillos neumáticos. Esta vez estaba nervioso de verdad. Una parte de mí esperaba despertar en la UCI. O no despertar en absoluto. Aunque saliera bien, sabía que me esperaba un camino largo y duro de recuperación. Y estaba cansado, joder. Tenía 73 años. Oficialmente, demasiado viejo para esta mierda.

Decir que estaba hecho polvo cuando salí del quirófano, sería quedarme corto.

Me sentía como si me hubieran estampado contra una pared. Nada funcionaba. Ni el brazo. Ni las piernas. El cuello estaba algo mejor sin los tornillos, pero seguía hecho mierda. Todo yo estaba hecho mierda.

Volví a perder la esperanza.

El problema es que, si cada vez que das dos pasos hacia adelante, luego vienen ocho hacia atrás seguidos, llega un punto en que ni siquiera quieres dar esos dos putos pasos. Ese es el problema de

pasar por múltiples operaciones. Pierdes las ganas, de verdad. Porque lo que empecé a descubrir es que cada vez que te meten en cama, todo el vigor que has logrado desarrollar hasta entonces se esfuma en una semana. Y eso significa que tienes que volver a escalar la montaña desde cero... sabiendo que te vas a caer de nuevo en cuanto llegue la siguiente operación. Acaba pareciendo un esfuerzo fútil. Piensas: «Que le den». Te rindes a medias. Dejas de tener ganas de hacer el esfuerzo. No es que llegara al punto de querer acabar con todo. Sé que, con mi suerte, la cagaría si lo intentara. En vez de matarme acabaría prendiéndome fuego o algo así y quedando aún peor de lo que ya estaba.

Mientras yacía allí, me di cuenta de que era mi sexta operación en cuatro años. La operación de la mano por la infección de estafilococos. La de la clavícula. La primera de cervicales con el doctor Sin Calcetines. La primera correctiva con el doctor Bray. La del paraguas para los coágulos. Y ahora esta, la segunda correctiva de columna. Había subido y bajado esa jodida escalera de recuperación tantas veces que ya no quería más.

Cuando volví a casa, las piernas se me hincharon tanto que la fisioterapia ni siquiera era una opción.

Tuve que guardar cama, sintiéndome como una mierda.

Naturalmente, en Instagram intenté poner buena cara, diciendo que estaba «recuperándome cómodamente» y «sintiendo el amor y apoyo de todos mis fans». Y, por supuesto, agradecí a todo el mundo sus mensajes.

Pero la verdad era que nunca me había sentido peor.

Y para colmo, esa misma semana salió «Patient Number 9», una canción sobre estar atrapado en un manicomio y querer escapar. Justo lo que sentía. Fue el primer sencillo del álbum que habíamos anunciado para septiembre, con Jeff Beck a la guitarra.

Oír la canción en la radio me levantó un poco el ánimo, al menos por un momento. Me alegraba saber que aún podía trabajar, seguir sacando discos. Y fue un honor enorme tener a Jeff Beck ahí. Su solo es de otro puto nivel. Me quedé de piedra cuando lo perdimos seis meses después, a causa de una meningitis. Qué pérdida. Era, de verdad, el guitarrista de los guitarristas. Tratándose de alguien que había estado en The Yardbirds, y montado una banda con Rod Stewart y Ronnie Wood, siempre mantuvo un perfil bajo. Pero no hay duda de que estaba al nivel de Clapton, Page o Hendrix. No la hay. Entretanto, sacamos un videoclip que dirigieron el creador de cómics Todd McFarlane y el animador M. Wartella. Hicieron un trabajo fenomenal. Incluso animaron uno de esos demonios que yo había dibujado a mano. Fue genial verlo cobrar vida.

Ojalá pudiera librarme igual de los que habitan en mi cabeza.

Nuestro cuarenta aniversario de boda llegó un par de semanas después de la operación.

Yo no estaba en condiciones de hacer de Romeo. Sharon y yo no íbamos a poner los viejos discos de Lionel Richie y colgarnos de los postes de la cama, eso seguro.

Era una locura pensar que hacía cincuenta y dos años que nos conocíamos. Primero conocidos. Luego amigos. Después, mánager y cliente. Luego amantes. Después marido y mujer... Luego padres... Y ahora abuelos.

Aunque no pudimos celebrarlo, me alegraba mucho que cinco años antes, en 2017, hubiéramos renovado nuestros votos en la capilla del hotel Wynn de Las Vegas. Lo hicimos en el Día de la Madre, que era la ocasión perfecta, porque siempre estaré agradecido a Sharon por darme a nuestros tres hijos.

Lo mejor de aquella renovación fue que estaba sobrio. Así que fue el Ozzy real quien dijo: «Sí, quiero», no el Ozzy borracho. Y, además, pude recordarlo al día siguiente.

La primera vez que nos casamos fue en la isla de Maui, en Hawái. Me puse hasta el culo. Solo la tarta de bodas llevaba siete botellas de Hennessy. También estaba colocado como una cometa, gracias a la marihuana local —una hierba que llaman *Maui-wowy*— . Tommy Aldridge fue mi padrino. Mi madre y mi hermana mayor Jean volaron para estar allí. El padre de Sharon andaba merodeando por algún lado.

No hubo consumación aquella noche. Lo único que consumé fue todas las botellas de alcohol del bar del hotel. Me quedé dormido en el pasillo a las cinco de la mañana. El director del hotel tuvo que llamar a Sharon para que viniera a recogerme, porque las limpiadoras no podían pasar y se quejaban del olor. Hasta me perdí mi propia despedida de soltero porque me desmayé antes de que empezara. ¿Quién hace eso? Lo gracioso es que, por mi pasaporte británico, tuve que hacerme un análisis de sangre antes de que nos dieran el certificado de matrimonio.

—¿Y qué buscan exactamente? —le preguntó Sharon al tipo que vino a sacarme la muestra— . ¿Rastros de sangre en su alcohol?

Al volver Los Ángeles, hicimos una boda judía de verdad. Y, una vez más, yo estaba totalmente fuera de juego. Apenas tengo recuerdos de aquello.

Cuando renovamos nuestros votos, Sharon dijo que fue como volver a enamorarse. Pero yo no necesitaba enamorarme otra vez. Por muy jodido que estuviera en esas dos primeras ceremonias, Sharon es la única mujer que he amado. Sin ella, no soy nada. No me malinterpretes: no digo que ahora todo sea perfecto. Siempre que escucho eso de «nosotros nunca discutimos» pienso: «Pues

debéis de estar en coma». Lo que entiendo ahora es que estar casado es como montar un caballo salvaje. Si consigues aguantar en la montura, todo va a mejor. Claro que aún discutimos. Pero ahora, cuando eso pasa, yo digo: «Lo siento» y lo desactivo. No me encierro en mi terquedad como antes. Y es liberador, poder meter de nuevo tu ego en su caja y no dejar que te robe tiempo y energía.

Además, tenemos hijos y nietos de los que ocuparnos. No podemos perder el tiempo peleando entre nosotros. Y justo unos días después de nuestro aniversario llegó otro nieto: Maple, la hija de Jack y Aree. Era mi noveno nieto. El cuarto de Sharon. Mientras tanto, Kelly anunció que estaba embarazada de su pequeño Sid. Su chico, también llamado Sid, toca en la banda de metal Slipknot. Se hizo amigo de Kelly durante una Ozzfest, en 1999. Y años más tarde volvieron a encontrarse cuando ella entró en su tienda de discos, en Melrose Avenue. Lo que me flipa es que él es de Des Moines, Iowa. El mismo sitio donde yo le di un mordisco a un... Bueno, ya sabes lo que hice. Vaya casualidad. Casi tan raro como cuando le pregunté a Sid qué tocaba en Slipknot y me dijo:

—Soy el DJ.

Y yo:

—¿Qué coño hace un DJ en una banda de *metal*?

Entonces Kelly me recordó que yo mismo había cantado «Iron Man» con Busta Rhymes.

Y tuve que admitirlo: buen punto.

Seis semanas después de la última operación, por fin empezaba a sentirme un poco humano otra vez.

De hecho, estaba desesperado por salir de casa.

Fue entonces cuando Sharon sugirió hacer un viaje a San Diego, a un par de horas al sur de Los Ángeles. Justo era la semana de la

Comic-Con, a la que siempre había tenido curiosidad por ir, pero nunca había estado.

Según me enteré después, la Comic-Con lleva existiendo tanto tiempo como yo llevo cantando. Empezó siendo una pequeña reunión de fans de los cómics y la ciencia ficción en el sótano de un hotel, pero ahora es un megaevento de cuatro días que llena por completo el Centro de Convenciones de San Diego. Más de cien mil personas de todo el mundo van cada año. Venden todo tipo de cosas, hay proyecciones y paneles especiales, firmas de cómics, apariciones de gente como Chris Pratt, de *Guardianes de la Galaxia* y Patrick Stewart, de *Star Trek*, gente disfrazada de los personajes de Marvel o de los videojuegos que te puedas imaginar. Una locura.

Sharon me dijo que Todd McFarlane estaría allí firmando un cómic que había hecho para una de las ediciones limitadas del álbum *Patient Number 9*.

—¿Por qué no firmáis juntos? —me dijo— . El sitio es cerca de casa, y estarías sentado. Es la manera perfecta de volver poco a poco.

La verdad, habría ido a firmar un cheque en blanco con tal de cambiar de aires.

Al poco, me vi subido en uno de esos carritos eléctricos, atravesando el centro de convenciones tras ver el Ozzy hinchable de siete metros que habían puesto fuera. Era otro mundo. Gente adulta paseando con capas, cascos y pelucas de neón, con espadas de gomaespuma. Me encantó. Nuestro stand estaba a reventar. La cola salía del edificio. Había gente que llevaba esperando horas. Una locura. Al final Sharon me dijo que había sido la firma más grande de toda la convención.

Apenas volvimos a casa, sonó el teléfono.

Eran otra vez los Juegos de la Commonwealth. Alguien de la organización era fan de la ciencia ficción y había estado siguiendo las noticias de la Comic-Con. Y claro, me habían visto, vivo y coleando, firmando pósters, con mucho mejor aspecto del que esperaban. Aunque no sé si eso era un cumplido. Parecía que esperaban verme como una mezcla entre Herman Munster y uno de esos tíos de la Edad de Hierro que desentierran de las turberas en Dinamarca.

Cuando Sharon me contó que habían llamado, lo primero que pensé fue: «Mierda, seguro que los he cabreado, rechazando el concierto y luego apareciendo en una convención». Pero no, en absoluto.

—Vale, Ozzy, no hay ninguna presión, fueron muy claros con eso —me dijo Sharon— . Pero querían que supieras que, por si acaso hubiera alguna posibilidad. —Sharon ya sonreía, porque sabía perfectamente lo que yo iba a contestar— . Si todavía quisieras actuar en la ceremonia de clausura...

No me lo podía creer. No me lo podía puto creer. ¿Qué probabilidades había de que volvieran a pedírmelo? Estaba que casi daba saltos.

—¡Voy a hacerlo! —dije.

—¿Estás absolutamente seguro de que...

—¡Voy a hacerlo! ¿Cuándo dices que es?

—Sobre eso, Ozzy... —me miró con cara de duda— . Es bastante pronto.

—¿Qué tan pronto?

—Dentro de seis días. Contando hoy.

Para mí no había opción. Tengo una regla: si alguna vez me piden hacer algo por Birmingham, lo hago. Aunque ya no viva allí, Birmingham forma parte de mi corazón y de mi alma. En cuanto

paso por la aduana de Heathrow y empiezo a conducir por la M6, vuelvo a ser un *Brummie*.

Claro que decir «sí» era la parte fácil. Este iba a ser mi primer concierto en directo desde mi aparición con Post Malone, y de eso ya hacía tres años. También iba a ser el primero desde las dos operaciones correctivas con el doctor Bray y desde que me habían puesto el puto colador de té en la ingle.

La verdad era que ya no podía caminar bien y tenía bastantes temblores. Así que había que pensar en un montón de cuestiones prácticas. Sharon estaría ahí para ayudarme, claro, igual que una enfermera. Y probablemente tendrían que subirme al escenario con una grúa o algo. Además, como no podía estar de pie mucho rato, necesitaría apoyarme en algo mientras cantaba. Era raro pensarlo. Siempre me ha gustado sentirme parte del público cuando doy un concierto. Pero ahora estaba en un mundo nuevo. Y así iba a ser en adelante.

Mientras tanto, no sabía si habría manera de reunir a los miembros de Sabbath con tan poca antelación. Pero Sharon ya había llamado a Tony, y él dijo que sí enseguida. También había llamado a Tommy Clufetos, que aceptó al instante, igual que Adam Wakeman, que incluso se ofreció a tocar el bajo en lugar de sus teclados habituales.

No puedo poner en palabras lo emocionante que fue.

Y lo cagado que estaba también.

No podía dejar de pensar: ¿de verdad esto puede salir bien? ¿Seré capaz de hacerlo? ¿Podré lograrlo?

Aunque, en realidad, eso ya no importaba.

Mientras siguiera respirando, nada iba a impedirme intentarlo.

No había ningún jet privado esperándonos en el aeropuerto de Van Nuys para llevarnos de vuelta a Londres. Cuando no estás trabajando —o al menos de gira— la cuenta del banco empieza a adelgazar. Así que para Sharon y para mí fue un vuelo comercial normal y corriente desde LAX.

En los viejos tiempos, claro, lo de «vuelo comercial» significaba el Concorde, y eso no tenía nada de normal y corriente. Es de locos que hayamos retrocedido en el tiempo en lo que a aviones se refiere. ¿Quién habría dicho que hoy volar sería más lento que en los años setenta y ochenta? El Concorde era todo un espectáculo, tío. Lo echo de menos.

Aunque, ojo, era bastante más espartano de lo que la gente cree. Si te sentabas atrás, podías oler el queroseno. Aquello era básicamente una bomba voladora. Y era pequeño por dentro. Como ir metido en una probeta. Pero era rápido, y era divertido.

Yo pensaba en el Concorde como un coche deportivo para surcar los cielos, aunque no se oían los motores porque ibas tan rápido que dejabas atrás el sonido. Era increíble. Notabas un par de sacudidas al romper la barrera del sonido y ya estaba: ¡BOOM!, te habías esfumado. Y si te dejaban ir delante, el capitán te mostraba la cabina y podías ver la curvatura de la Tierra, con la oscuridad del espacio arriba. Una experiencia brutal, tío.

Y claro, era la forma perfecta de viajar si eras un alcohólico en plena forma. Lo bueno de la sala de espera de Concorde en Heathrow era que podías pasar la aduana norteamericana estando aún en Londres, lo que significaba que podías llegar en el último minuto y, aun así, tomarte un par de vodkas dobles en el bar. Luego despegabas a las nueve y media de la mañana, volabas tres horas a la velocidad de un caza F-16 mientras te servían una perdiz en una vajilla Wedgwood, seguida de una tabla de quesos, una botella de

oporto y un par de maltas de veinte años, y al aterrizar en Kennedy ya ibas dando tumbos. Y como cruzabas el Atlántico más rápido que el desfase horario, técnicamente estabas pedo antes incluso de empezar a beber.

Créeme, nunca perdía la gracia.

El mayor problema del Concorde eran los baños: solo cuatro para más de cien pasajeros bien regados. Y como nadie quería perdérselo justo antes del aterrizaje —no fuera a ser que sirvieran un vino de Madeira del siglo XVIII en un decantador de cristal tallado—, todos se aguantaban hasta el último momento. Siempre había cola. Una vez me quedé allí y acabé meándome encima. Me había bebido una botella entera de armagnac francés añejo, además de algo así como tres litros de cerveza belga. No aguantaba más. Y pensé: «Bah, que le den». Increíble que en British Airways no me prohibiera volar. Supongo que era demasiado buen cliente. Hubo una época en que usaba el Concorde como si fuera un taxi de Londres.

Pero ya te digo, no todo el mundo estaba cómodo con el nivel Buckingham Palace del servicio a bordo del Concorde. Bill Ward era uno de ellos. Se subía con dos bolsas de plástico llenas de provisiones. Yo le decía:

—Bill, ¿por qué coño estás comiendo un pastel de carne reseco y bebiendo sidra barata? ¿Qué te pasa? ¡Si en un minuto van a servir champán de la bodega privada de Napoleón!

Y él murmuraba:

—No quiero darles trabajo.

El calibre de la gente que volaba en Concorde era increíble: magnates, realeza, políticos. Una vez estaba en la sala de espera y entró Paul McCartney. Lo había visto en directo semanas antes en el Forum de Los Ángeles. Me quedé como un crío. Era la época en que Hamish Stuart, de la Average White Band, tocaba con él, y como yo

conocía a Hamish, le dije: «Dile a Paul que acabo de veros en Los Ángeles y que estuvisteis de puta madre». Luego me escondí. Paul se sentó delante al despegar, pero yo no me atreví a acercarme.

Yo ya había dejado de volar en el Concorde cuando se estrelló. No hubo una razón lógica, fue pura superstición. Vi en las noticias a un presentador decir que el avión llevaba más de veinte años sin un accidente mortal y pensé: «Vale, acaban de tentar al destino». Una vez en pista, aquella cosa era tan rápida que no había marcha atrás. Sentí tanta pena por la gente del vuelo que cayó a las afueras de París... Sabían que estaba en llamas, debía de ser horrendo. No tuvieron ninguna oportunidad. Y claro, en cuanto uno se cayó, los retiraron todos. Eso me dijo algo: que ya era un cacharro anticuado, y mantenerlos en vuelo debía de costar un dineral. Fue triste, el fin de la era supersónica. Dudo que viva para ver al próximo..., si es que llega a existir.

Es muy loco cómo, con los años, ha cambiado esta historia de volar. Al principio de mi carrera no había escáners de cuerpo entero. Ni siquiera te registraban. Podías llevar encima de todo, mientras no fueras tan idiota de intentar pasarlo por la aduana.

Después de que Leslie West, de Mountain, nos introdujera a Black Sabbath en la coca —abríamos para él, así que sería en 1971, seguramente en Seattle o Denver—, acabamos viajando a todas partes con nuestro camello. Así de tranquilos estábamos. Era prácticamente un miembro más del grupo.

Recuerdo perfectamente cómo lo conocí: volvía de un bolo en Australia, y nuestro avión se pasó de largo en la pista al aterrizar en Hawái. Me llevé tal susto que casi no subo para continuar a Los Ángeles. Pero lo hice. Y al llegar, me fui en limusina a Beverly Hills, al Beverly Wilshire —el hotel que luego saldría en la peli *Pretty*

Woman—, y allí me encontré a Glenn Hughes de Deep Purple en el bar. Acababa de entrar en el grupo, así que debía de ser un par de años después de lo de Mountain. Charlamos, le conté lo bien que me lo había pasado con la coca, y me dio el número de un tío que podía conseguírmela.

Lo llamé, y aquello fue el inicio de una larga y hermosa amistad. El tío no se separaba de nosotros. Era como nuestro mayordomo de la coca. Incluso cuando regresé a Inglaterra tras la gira, me mandaba el material por correo. Estoy casi seguro de que así fue como conseguí la coca que escondí en el granero de John Bonham, cuando me marché de vacaciones con la familia a Canarias. Por eso la protegía tanto: en Inglaterra no se conseguía, solo te la podían mandar de Estados Unidos.

Inclusos en aquellos tiempos de seguridad laxa, meterse coca en el aeropuerto nunca era la idea más brillante. Pero si tenías que encadenar varios vuelos internos, necesitabas un chute para no desplomarte. Recuerdo estar en un aeropuerto de Texas —ya no me acuerdo cuál—, con un bajón tremendo: escalofríos, dolor de cuerpo, fatiga y paranoia.

Así que me fui al baño a arreglarlo. Encontré un retrete libre, cerré la puerta, me senté. Cogí una caja de cerillas y me fabriqué una cucharilla improvisada. Saqué un poco de coca de mi cajita de rapé y me dije: «Ahhh, esto me va a arreglar». Y justo cuando iba a meterme un buen chute, vi unas botas relucientes entrar al cubículo de al lado.

Me detuve en el acto.

¿Y si es un...?

Bah, seguro que no. Pero mejor comprobarlo.

Guardé la cucharilla, me agaché un poco y, bajo la separación, vi la pernera de un pantalón azul oscuro de un uniforme. ¡Joder! Casi

me dio un infarto cuando el resto de los pantalones —con cinturón, llaves, funda y esposas— cayeron al suelo. El poli se había sentado a hacer lo suyo.

No me lo podía creer.

Necesitaba ese chute, estaba temblando, sudando a chorros. Pero no podía meter un SSSNNNIIIFFF en un baño en silencio con el Capitán Cagadero a cuatro pasos. Casi renuncio. Pero otra parte de mí dijo: «A tomar por culo, estoy aquí y me lo merezco».

Entonces oí un pasar páginas. ¡Aquel poli estaba leyendo un libro mientras se aliviaba! Al final decidí esperar. Debió de leerse medio *Moby Dick* antes de que, por fin, sonó el plof. Y yo ahí, con la cucharilla todavía en la mano.

Y cuando por fin tira de la cadena, yo aprovecho el SWOOOOOSH y aspiro todo mi polvo de golpe, para que no oyera mi SSSNNNIIIFFF... ¡AAAH!

Salimos del baño al mismo tiempo.

Yo me sentía como si flotara a un palmo del suelo, con un arcoíris doble saliéndome del culo.

—Hola, agente —le dije con mi mejor sonrisa.

Él me miró de arriba abajo con desprecio. A los polis no les gustaban los rockeros melenudos en aquella época. Nos tomaban a todos por yonquis. Lo cual, para ser sincero...

Me di el piro a toda prisa.

No mucho después, volviendo del festival California Jam, coincidí en primera clase con Glenn Hughes y otros de Deep Purple. Yo llevaba como cuatro gramos de coca escondidos en el calcetín cuando subí al avión. Eran otros tiempos, desde luego, muy distintos de ahora. Y claro, en cuanto despegamos, calcetín fuera, coca fuera y venga fiesta.

En un momento dado se me acercó la jefa de azafatas y me dijo:

—¿Puedo hablar un momento con usted, por favor? En la parte de atrás, mejor.

Yo pensé: «Joder, hasta aquí hemos llegado». Ojos como platos, corazón a mil. Farfullando excusas ininteligibles. La tía me lleva al final del 747. Había más azafatas reunidas. Esperaba que me cantaran las cuarenta, que me dijeran que habría polis esperándome al aterrizar.

—Sabemos lo que estás tomando —me suelta.

Se me heló la sangre. Estaba convencido de que me había jodido.

—¿De qué hablas? —digo, intentando no sorberme los mocos— . Yo no he tomado nada...

—¿Nos das un poco? —responde.

Fue uno de los mejores vuelos de mi vida. Íbamos tan colocados que casi llegamos a Heathrow antes que el avión. Pero luego llegó lo de la cola de inmigración, y me entró el peor bajón que había tenido. Estaba tan pálido y era tan evidente lo que me pasaba que Glenn Hughes me llevó a un aparte y me dijo:

—Mira, Ozzy, me quedan dos rayas de mi reserva especial, pensaba guardármelas, pero no hay manera de que cruces la aduana con esta cara; acabarás un mes con un guante de goma metido por el culo.

Me dio el resto de su coca y crucé por la puerta de «Nada que declarar» como flotando, con todos los aduaneros mirándome mal.

Ese era el truco: nunca llegar a aduanas con algo encima. Más en mi caso, porque ya me habían pillado con drogas en Inglaterra y mi pasaporte tenía un código especial que me marcaba para registros adicionales. Recuerdo que, de vuelta a Los Ángeles, un agente lo vio y me preguntó de qué me habían acusado.

—Posesión de drogas —tuve que admitir.

—Pues escucha bien, hijo: ni se te ocurra traer nada a este país. Te encerraríamos y tiraríamos la llave.

Y yo pensando: «¿Traer coca a Los Ángeles en 1975? ¡Sería como llevar carbón a Newcastle en 1913!».

—No, agente, por supuesto que no, agente, ni lo soñaría, agente.

THUMP. Me estampó el sello con más fuerza de la habitual.

—Que tenga un buen día.

Fue increíble aterrizar en Inglaterra después de ocho o nueve años fuera, sabiendo que iba a representar a mi país y a mi ciudad natal.

De todas maneras, el miedo escénico volvió con fuerza, sobre todo porque la clausura de los juegos se iba a emitir en directo por la BBC. Incluso sin cámaras, un evento así es distinto a una gira: solo tienes una oportunidad. Si la cagas, la has cagado. Y con cámaras de por medio, el canguelo se multiplica. Nueve de cada diez veces que hay cámaras, la acabo jodiendo. Y no hay nada peor que verte después. Recuerdo exactamente en qué estaba pensando en cada momento y si veo que me tiembla la voz o desafino en una canción, me muero de vergüenza. Igual que con las entrevistas. No soporto oírme, tengo que apagarlas.

El *jet lag* no me preocupaba. Tengo un truco infalible: en cuanto aterrizo, cambio al horario local. Da igual lo duro que sea el primer día. Si lo pillo desde el principio, todo bien. Si no, me duermo a deshora.

Lo que sí me sorprendió fue el tiempo. Cuando yo era crío, en agosto siempre llovía a mares. Pero esta vez me encontré cielos azules y sol, un calor digno del sur de Francia. Tanto calor que tuvimos que usar un hotel como vestuario, porque en el estadio no había aire acondicionado. Se lo dije a Sharon:

—Tenemos que poner aire en Welders House, o será imposible quedarnos allí en verano.

Yo pensaba que esto del calentamiento global estaba haciendo Inglaterra más calurosa, y que debía de ser lo normal ahora. Pero desde entonces, cada vez que le pregunto a alguien de Inglaterra qué tal el verano, la respuesta es siempre la misma: «No ha habido verano».

Mi familia estaba allí para recibirme antes del concierto. Fue genial verlos. Pero también muy extraño, porque mi hermano Tony había muerto en 2014; y mi hermana, Iris, dos años después. Mi hermana Jean también había perdido a su marido, Norman —que fue como el hermano mayor que nunca tuve— justo antes de empezar la gira No More Tours II. Así que quedábamos solo Jean, mi otra hermana Gillian y mi hermano Paul. Era rarísimo: siempre habíamos sido seis en las reuniones familiares, y de repente éramos cuatro. Y la mayoría de mis viejos amigos de Aston tampoco estaban ya.

El trayecto al estadio Alexander también fue raro. Conocía Perry Barr al dedillo, igual que Birchfield y Newtown, mis otros territorios de juventud. Pero desde los años setenta habían reconstruido tantas calles y edificios que hasta me costaba orientarme. Esperaba que me asaltaran los recuerdos, pero todo era tan distinto que podría haber estado en cualquier sitio. La verdad era que estaba nervioso y eso hacía que me costara concentrarme mucho tiempo en algo.

Lo curioso es que no llegué a ver gran cosa del estadio, y eso que hicimos un ensayo y una prueba de sonido unas horas antes. El *backstage* estaba básicamente bajo el escenario. Otro mundo allí abajo: malabaristas, gimnastas, bailarines calentando. Todo cerrado, invisible para el público.

Lo primero fue hablar con el director de escena.

Todo lo que tenía que hacer, me dijo, era subirme a una plataforma mecánica que saldría por una trampilla del suelo. Así haría mi entrada. Parecería que estaba de pie —y lo estaría, técnicamente— pero tendría un respaldo curvado sujeto a un poste para apoyarme. Y no se vería, porque llevaría un abrigo largo y negro. Además, bajo el abrigo habría un arnés especial, por seguridad.

Desde luego, saltos frente al público no iba a hacer.

Sharon seguía aterrada por la posibilidad de que me cayera en mitad del show, con medio mundo mirando. Yo le repetía: «¡Todo va a ir bien! ¡No me va a pasar nada!».

Tony tardó un montón en llegar. Ahora ya no vive en Birmingham, así que le pillaba lejos. Cuando apareció, todo fue rápido, muy profesional. Nada antipático, ojo. Teníamos un trabajo que hacer, y Tony estaba seguramente tan nervioso como yo. Y había cámaras por todas partes, grabando cada palabra.

Me costaba creer que volvía a estar en acción. Me sentía como Douglas Bader, aquel piloto famoso que perdió las piernas en un accidente, pero aun así volvió para luchar en la batalla de Inglaterra. Era tan fuerte que era capaz de salir de la carlinga del avión empujándose solo con los brazos. Al final lo derribaron y lo capturaron. Pero incluso los alemanes dijeron: «Joder, este tío ha estado pilotando sin piernas, se merece un respeto».

Las horas entre la prueba y el concierto fueron de las más largas de mi vida.

Pura tortura.

Me senté en un rincón, concentrándome en la respiración, intentando mantener la calma.

—Recuerda —me dijo Tony justo antes de salir—, hacemos el inicio de «Iron Man», sin estrofa, solo el *riff*... y luego «Paranoid»,

¿vale?

—Vale.

—Mucha mierda, Ozzy.

—Mucha mierda, Tony.

Más allá de la prueba de sonido, no habíamos ensayado nada. Ni siquiera nos lo planteamos. Me refiero a que llevábamos cincuenta años tocando esas dos canciones casi cada noche.

Si no nos las sabíamos ya de memoria, nunca nos las sabríamos.

Oscuridad total. Poco a poco virando al rojo.

Humo.

THUD. THUD. THUD. THUD...

Un rugido ensordecedor se alza cuando la multitud reconoce la canción.

Gritos.

Aplausos.

Vítores.

Un océano de las diminutas luces de treinta mil móviles.

THUD. THUD. THUD. THUD...

Cada golpe del pie derecho de Tommy sobre el bombo suena como un obús de mortero cayendo.

Aquí viene...

DDNNNNNEEEEEEEOOOOOOOWWWWWWW...

Esa primera nota de «Iron Man» siempre me pone los pelos de punta, tío. La sientes en las tripas. En los dientes. En los huesos. Es como las puertas del infierno crujiendo al abrirse. Como el gemido de los bombarderos Heinkel al descender por debajo de las nubes para intentar volar la fábrica de los Spitfire de Castle Bromwich, noche tras noche. Como el estruendo de la maquinaria pesada que manejaban nuestros padres. Y los padres de nuestros padres.

DDNNNNNEEEEEEEOOOOOOOWWWWWWW…

THUD. THUD. THUD. THUD…

DDNNNNNEEEEEEEOOOOOOOWWWWWWW…

—I… AM… IRON… MAN.

Estoy en la plataforma, elevándome entre la bruma roja incandescente. No es solo que me sienta parte del público... ES QUE SOY el puto público.

Proyecciones de vídeo parpadean en las columnas de altavoces, que se alzan a quince metros de altura a ambos lados de donde estoy.

DUUHG-NUUUUUGH, DUH-NUH-HUH… D-N-D-N-D-N-DUH, DUH-NUH-NUH

Columnas de fuego estallan desde el escenario mientras Tony desgarra el *riff*.

Miro hacia Perry Barr, hacia Aston. Hacia el lugar donde crecí, hace sesenta, setenta años. Hacia una multitud que parece extenderse hasta Wolverhampton. Estamos en directo por la BBC One. El príncipe Carlos está aquí. Y lo único que pienso es: «Qué honor. Qué vida. ¿Qué probabilidades había de que las cosas me pudieran salir así?».

—¡¡VAMOS A ENLOQUECER!! —grito a pleno pulmón.

Explosiones por todas partes. Cientos de cohetes disparándose desde cada rincón del estadio hacia el cielo nocturno. Brillan con tanta intensidad que parece de día.

Y ya estamos en «Paranoid».

Automatismo puro a estas alturas. Estoy saltando arriba y abajo. Sonrisa de oreja a oreja. Brazos en alto. Aplaudiendo al ritmo del público. Sin soltar gallos ni desafinar. Fogonazos cegadores de rojo, naranja, blanco y azul a mi alrededor y sobre mí. Despachamos la canción como si tuviéramos 23 años.

Entonces Tony entra en el solo. Tan imperturbable como el día en que lo conocí. Americana de cuero. Gafas oscuras. Deslizándose entre las notas, las manos apenas moviéndose, como si fuera lo más fácil del mundo, aunque las puntas de sus dedos sigan siendo tapas de botellas de Fairy.

Entramos en la última estrofa. Termina casi antes de haber empezado. Estoy eufórico, tío. Colocado como una cometa. Y todo sin ayuda de ninguna droga ni gota de alcohol.

—¡¡BIRMINGHAM PARA SIEMPRE!! —grito entre los estampidos y truenos de los cohetes, mientras el horizonte de la ciudad donde nací resplandece y vibra.

Y entonces se acaba.

Un último fogonazo de luz.

Y otra vez oscuridad.

DING.

Las puertas del ascensor se abren en la planta del aparcamiento.

Habrán pasado veinte o treinta minutos desde el final del show.

—Nos vemos, Tony —dije.

—Nos vemos, Ozzy.

Él se fue por un lado, yo por otro. No había mucho más que decir. Estábamos los dos atontados. De lo que no me di cuenta en ese momento —pero Sharon me lo señaló más tarde— fue que había dejado olvidado el bastón en la zona de camerinos. Tenía tanta adrenalina en el cuerpo que caminaba solo, sin darme cuenta.

Más tarde, mientras subíamos a la limusina-furgón que nos llevaba al aeropuerto, Sharon me contó que Brian May, de Queen, había publicado en Instagram que se había puesto a llorar viendo la actuación. Yo también solté unas lágrimas cuando estallaron todos aquellos fuegos artificiales. Tony probablemente también, pero

llevaba sus gafas, así que no hay forma de saberlo. Fue total y absolutamente abrumador. No hay palabras que hagan justicia a lo que se siente estando ahí arriba. Estaba en casa. Lo había conseguido. Todo lo que me había pasado en los últimos años..., ¡puf! Se desvaneció. Solo deseé haber podido tocar más temas. Estábamos tan metidos en el rollo que podríamos haber hecho medio repertorio.

Al salir del aparcamiento, Sharon no paraba de contarme lo que yo no había podido ver desde el escenario. La pieza central de todo aquello, decía, era un toro mecánico gigantesco, de unos diez metros de altura, hecho de lo que parecía metal chamuscado. Lo había creado una empresa londinense de efectos especiales llamada Artem.

No dejaba de alabar al toro:

—¡Tendrías que haberlo visto, Ozzy, podía andar, se alzaba sobre las patas traseras, incluso echaba vapor por la nariz!

El toro era de metal para simbolizar la industria pesada de Birmingham, dijo. Y era un toro porque, en la plaza donde hoy está el centro comercial Bullring & Grand Central, antiguamente se celebraban espectáculos con toros. Una jodida barbaridad. Ataban al toro a un poste y le lanzaban perros que lo atacaban hasta matarlo o dejarlo destrozado. Aunque sobreviviera, al pobre toro lo sacrificaban después. Para eso se criaban los auténticos bulldogs británicos: para enfrentarse a un toro. Por eso eran tan duros. Supongo que era lo que la gente entendía por entretenimiento en aquellos tiempos.

Me costaba prestar atención a lo que Sharon me decía porque, salimos del estadio por una ruta distinta de la que habíamos utilizado para entrar y, de repente, al girar a la izquierda, pensé: «Hostia puta, ¡sé exactamente dónde estamos!».

Estábamos a solo un par de manzanas de mi viejo colegio, el Birchfield Road Secondary Modern.

Al verme allí le pedí al chófer que diera algunas vueltas por allí y, de pronto, me encontré ante el viejo Methodist Mission Hall donde ensayábamos, o pasando ante la Church Tavern, situada a la vuelta de la esquina. Es de los pocos pubs antiguos que siguen en pie. La mayoría han desaparecido, lo cual tiene sentido porque Aston es ahora un barrio musulmán. Después nos metimos en Villa Park y, doblando la esquina desde allí —apenas a un paso de Witton Road —, en mi vieja calle, Lodge Road.

En cambio, la calle donde vivía Tony —Park Lane— había desaparecido del mapa, junto con la antigua tienda de sus padres, Iommi's. Todo eran edificios nuevos allí.

El chófer nos explicó que la fachada de la vieja fábrica de GEC, donde trabajaba mi padre, aún se conserva —es uno de esos edificios de valor arquitectónico, por lo visto—, pero la fábrica ya no existe. Ahora es un almacén de compras *online*. Los últimos lugares ante los que pasamos fueron Lizzie's, donde yo solía comprar tabaco y cerillas, y la lavandería donde mi madre lavaba la ropa. Hoy hay un chino de comida para llevar y una tienda de móviles.

Después pusimos rumbo a Heathrow para volar de vuelta a Los Ángeles. Mientras tanto, en el estadio, ya estaban desmontando las gradas suplementarias y retirando el toro mecánico, listo para desarmarlo y echarlo al desguace.

Una vez en el avión, Sharon y yo decidimos dar un paso que llevábamos mucho tiempo planeando. Queríamos devolverle algo a Birmingham, darle las gracias de manera significativa. Sharon soñaba con abrir una escuela de música en un almacén rehabilitado, en consonancia con las raíces de Sabbath. Allí no solo se enseñaría música, sino también teatro, escenografía y grabación. Habría

conferencias de gente reconocida, y una colección permanente con mis recuerdos de las giras. Un museo interactivo. Una cafetería. Todo eso.

—Suena increíble —le dije—, pero tardaremos diez años en llevarlo a cabo. Y yo no tengo diez años.

—Dame tres —respondió— . Y, ¿sabes qué, Ozzy? Dado que, oficialmente, vuelves a actuar, ¿por qué no hacemos un último concierto con Sabbath para la inauguración?

Solo pude reírme. A mi edad, con mi lesión y con el párkinson, ya era bastante difícil hacer planes para el mes que viene, no digamos para 2025.

Pero no iba a llevarle la contraria.

—Vale —le dije—, cuenta con ello.

Por un momento, tras los juegos, me pareció que podría adaptarme a esta nueva forma de actuar. Cuando *Patient Number 9* salió oficialmente en septiembre —exactamente un mes después de mi aparición en la ceremonia de clausura de los Commonwealth Games — hice un show más, actuando en el descanso del partido inaugural de temporada de Los Angeles Rams. Habían ganado la Super Bowl el año anterior, así que el ambiente era inmejorable. Zakk y Andrew estaban a las guitarras. Tommy a la batería. Chris Chaney, de Jane's Addiction, al bajo. Tocamos dos canciones: «Crazy Train» y el *single* principal, «Patient Number 9».

Mientras tanto, empecé con una terapia de lo más futurista, llamada «Tratamiento cibernético», inventada en Japón. Básicamente llevas puesto un traje biónico durante la fisioterapia. Lo llaman Hybrid-Assistive Limb, o HAL. La idea es que tu cerebro ordena al traje que se mueva y, cuando tu cuerpo lo hace con ayuda de motores y engranajes, eso manda una señal de vuelta a tu

cerebro. Con el tiempo, ayuda a «regenerar tus vías neuronales» o lo que quiera que signifique eso. No era una cura milagrosa, pero yo estaba dispuesto a probar lo que fuera.

El problema fue que, a medida que se acercaban las fechas de la gira europea —la primera iba a ser en Helsinki, en Finlandia—, me di cuenta de que la montaña era demasiado empinada. Especialmente cuando el doctor Bray me dijo que no podría hacerme la última de las operaciones antes de esas fechas. Se había acabado el tiempo. Tuve que enfrentar la realidad: nunca iba a terminar la gira No More Tours II.

El 1 de febrero de 2023 publiqué esto en Instagram:

> Probablemente, esta sea una de las cosas más difíciles que he tenido que compartir con mis leales fans. Como muchos sabéis, hace cuatro años sufrí un grave accidente en el que me dañé la columna. Mi único propósito desde entonces ha sido volver a los escenarios. Mi voz sigue bien. Sin embargo, después de tres operaciones, tratamientos con células madre, interminables sesiones de fisioterapia y, más recientemente, un innovador tratamiento cibernético (HAL), mi cuerpo sigue estando físicamente débil.
>
> Estoy sinceramente conmovido por la manera en que habéis aguantado pacientemente con vuestras entradas todo este tiempo, pero, en conciencia, ahora he llegado a la conclusión de que no me encuentro físicamente capacitado para afrontar mi próxima gira por Europa y el Reino Unido, porque sé que no podría soportar los viajes que conllevan.
>
> Creedme cuando os digo que la idea de decepcionar a mis fans me JODE más de lo que jamás podríais imaginar. Nunca habría pensado que mis días de gira acabarían así. Mi equipo está trabajando en ideas para que pueda seguir actuando sin tener que viajar de ciudad en ciudad ni de país en país. Quiero dar las gracias a mi familia, a mi banda, a mi equipo, a mis viejos amigos de Judas Priest, y por supuesto, a mis fans por su interminable entrega, lealtad y apoyo, y por darme la vida que jamás soñé que tendría. Os quiero a todos.

—¿Estás listo, Ozzy? —me preguntó el doctor Bray— . Será la última, lo prometo.

Yo estaba otra vez en una camilla. Era septiembre de 2023, y había pasado más de un año después de mi actuación en los

Commonwealth Games.

Todo me era tan familiar ya. La bata desechable. Las medias de compresión. El olor del jabón antibacteriano con el que me habían fregado la noche anterior. La pulsera de plástico con la inscripción «John Michael Osbourne, nacido el 03/12/1948» escrita con rotulador negro. La ampolla llena de «zumo de Jackson» colgando a mi lado —«la leche de la amnesia», lo llamó una enfermera.

Y allá me llevaron, rumbo al quirófano... para mi séptima operación en cinco años.

¿Quién lo habría dicho?

Yo no, tío. Yo no. Pero esta vez fue distinto. Para empezar, no estaba nervioso. A estas alturas, meterme en un quirófano era como ir a cortarme el pelo. Y como habíamos dado oficialmente por muerta la gira No More Tours II, ya no tenía que preocuparme por el tiempo de recuperación, porque no estaba dejando a nadie colgado con una entrada en la mano.

Incluso mis médicos habían perdido la esperanza de que volviera a andar. «Después de esto —me había dicho el doctor Bray— quedarás todo lo bien que podrás quedar. Más operaciones solo causarían más dolor y sufrimiento, y creo que ya has tenido suficiente.»

Extrañamente, me alegré de oír que se acababa todo. Es la esperanza lo que te mata, ¿sabes? A veces, lo mejor del mundo es que te digan que no hay luz al final del túnel. Quiero decir que por muy duro que haya sido, no tengo nada de lo que quejarme. Estoy vivo —o al menos lo estoy mientras escribo estas líneas— . Tengo a mi Sharon. Tengo a mi familia. Conservo la cabeza, o la poca cabeza que alguna vez tuve. Y lo más increíble: mi voz está intacta. Nadie va a impedirme cantar. Estaré cantando hasta mi último aliento.

Al menos, antes de la operación hubo una buena noticia.

Todo empezó con una llamada del Ayuntamiento de Birmingham. Le dijeron a Sharon que había una petición para salvar el toro de los Commonwealth Games. Tuvo que recordarme qué era, porque yo ni lo había visto. Ni siquiera tuve una visión completa del estadio. Pasé toda la noche encima o debajo del escenario.

Me alegró saber que quizá no lo mandaban al desguace, pero no le di más importancia al tema.

Hasta que, días después, Sharon entró corriendo en la habitación con una sonrisa enorme:

—¿Sabes, lo de la petición? ¡Pues funcionó!

—Vale —le dije—, ¿y eso qué significa?

Me explicó que llevarían el toro al taller de la empresa que lo había construido, lo modificarían para convertirlo en una instalación permanente y lo colocarían en la explanada de la estación de New Street. Ya no se movería, pero sus ojos seguirían iluminándose. Sería una de las mayores piezas de arte público del país.

Al poco rato, Sharon volvió corriendo otra vez:

—¡Y van a hacer una votación para ponerle nombre al toro!

Yo en plan:

—Ah, pues muy interesante, pero... ¿por qué tanto alboroto? Lo llamarán cualquier chorrada tipo Bully o McBullface, como siempre.

—¡No, Ozzy, no lo entiendes! Han hecho una lista corta de tres nombres, a partir de sugerencias del público.

—Vale, ¿y...?

—Pues que el primero es *Brummie*[1] .

—Es lógico.

—Y el segundo es *Bostin*. Que significa «genial» en...

—Soy un jodido Brummie, Sharon, sé lo que significa. Pero nadie más lo sabrá.

—Y el tercero es... —se quedó plantada ante mí, sonriéndome.

—¿Cuál?

—¡Ozzy!

Esa exclamación me sonaba a reproche.

—¿Qué? ¿Qué he hecho ahora?

—¡¡No, Ozzy!!

—¡Estoy aquí, ¿qué?

—¡¡TE ESTOY DICIENDO QUE EL NOMBRE OZZY ESTÁ EN LA LISTA!!

Al fin entendí lo que me decía.

Me hizo ilusión, claro. Pero me parecía imposible que le pusieran mi nombre a un símbolo tan grande. Me refiero a que hay más de un millón de *brummies*, y solo hay un Ozzy. Así que para mí estaba claro que ganaría *Brummie*.

Pero un par de días después contaron los votos y... ¡Mátame, camión! ¡«Ozzy» había ganado!

—No hubo competencia —dijo Sharon— . Tu nombre arrasó.

El teléfono de casa estalló en cuanto se anunció el resultado. Fue increíble. Pero, para ser sincero, no me lo creí del todo hasta que instalaron el toro y lo mostraron al público. Por desgracia, no pude asistir a la ceremonia. Viajar se me hace cada día más cuesta arriba. Pero Sharon voló hasta allí, y fue con mi hermana Jean. Ella no se pierde nada, siempre aparece para apoyarme, da igual con qué. Incluso fue a ver un *ballet* sobre Black Sabbath. Creí que me estaba vacilando cuando me lo dijo. Pero era verdad. El Birmingham Royal Ballet montó el espectáculo, y ahora hasta lo está llevando de gira, hasta el Kennedy Center de Washington D.C.

Sharon y Jean me llamaron desde la estación de New Street, tras la inauguración. Pero apenas podían hablar de lo mucho que lloraban.

—No lo entiendes, Ozzy —repetía Sharon—, es enorme. ¡Ocupa medio vestíbulo! Y la gente lo adora. Va a estar aquí durante

generaciones.

Cuando colgué, me quedé en shock un buen rato. Luego vi las imágenes en las noticias y pensé: «Hostia puta, no tenía ni idea». Sharon me lo había intentado explicar, pero yo creía que quería decir que era solo un poco más grande que un toro normal. Pero no, era del tamaño de un puto edificio de tres plantas.

Que el toro llevara mi nombre, que ganara esa votación, que hubiera podido tocar en la clausura de los Commonwealth Games con Tony, que Sabbath se hubiera convertido en parte de la identidad de Birmingham... me resulta increíble. A mis 76 años, formar parte de lo que hace que Birmingham sea lo que es, con su puente, su paseo, su *ballet*, incluso con su Paseo de la Fama, es algo que me deja sin palabras. La verdad es que me quedé como de piedra después de la llamada de Sharon y de Jean. Iba dando vueltas por la casa sin saber qué hacer.

En lo único en que podía pensar era en lo mucho que tengo en común con ese toro. Hecho en Birmingham y hecho de hierro. Ya no puedo caminar, pero sigo atrayendo multitudes a pesar de que mi tiempo ha pasado. Y también agacho la cabeza y miro con ojos chispeantes. Todavía me queda cuerda. Y lo más gracioso de todo, según me contó Sharon, cuando ensamblaron el toro, encontraron que le faltaba un tornillo de la cabeza.

Cuando escuché eso, fue en plan, vale, ahora está claro que es oficial.

Yo soy ese toro.

Y ese toro soy yo, definitivamente, Ozzie.

ABAJO EL TELÓN
Verano de 2025

Bueno... lo conseguí.

De vuelta a Inglaterra.

De vuelta a Birmingham.

De vuelta al comienzo, como se llamó mi último concierto.

Durante un tiempo estuve convencido de que mi último viaje a casa sería en una puta caja de pino.

Quiero ser sincero: cuando Sharon me mencionó por primera vez la idea de organizar el concierto Back to the Beginning, por la época de los Commonwealth Games, no creía que tuviera muchas posibilidades de llegar vivo a 2025. También pensé: «Nadie va a querer hacer esto, y nadie lo va a ver». Pero mi mujer es imparable. Cuando decide hacer algo, lo hace y punto. Estaba absolutamente decidida a ofrecerme una última oportunidad de despedirme de mis fans —con Sabbath, reuniéndose de nuevo para la ocasión y con un montón de bandas más— y, además, donando la recaudación al Birmingham Children's Hospital, a Cure Parkinson's y a Acorns Children's Hospice. Aún no me creo que lo lograra.

Por increíble que parezca, después de mi última operación a manos del doctor Bray, los problemas con mi columna solo fueron a peor. Se suponía que debíamos salir de Los Ángeles rumbo a Inglaterra a

principios de diciembre de 2024, lo cual me daba siete buenos meses para prepararme de cara a mi gran despedida en el Villa Park. El plan era que yo me mudara de nuevo a Welders House mientras Sharon llevaba a los hijos y a los nietos a ver a Papá Noel a Laponia. Mientras tanto, un fisioterapeuta me iba a patear el culo cada día para que adquiriera la resistencia necesaria que me permitiera aguantar dos números seguidos, primero con mi propia banda y luego otro con Sabbath.

Pero dos días antes de subirnos al avión, de repente estaba otra vez con un dolor insoportable. Esta vez era la espalda. No tenía ni idea de qué se había estropeado, pero me dolía tanto que casi lloraba. Así que volví con el doctor Bray, que me pasó por una máquina de rayos X, luego me sentó y me contó el percal. La vértebra que me había arreglado en 2023 estaba bien, dijo. Pero la de debajo estaba completamente jodida, por usar el término técnico. Al parecer me estaba desmoronando, ya fuera por la edad, por el viejo accidente con el quad, o porque no he tratado muy bien a mi cuerpo que digamos, no lo sé. El caso es que no estaba en condiciones de viajar, ni de coña.

Mientras el doctor Bray pensaba un plan, Sharon se fue a Laponia y yo me quedé en el hospital. Y ahí fue cuando pillé una neumonía. Y si una mierda de estas ya es bastante mala para una persona normal, no digamos para alguien con párkinson.

Así que Sharon tuvo que acortar el viaje y volver a Los Ángeles. Todos se prepararon para lo peor, pero me recuperé lo suficiente para salir del hospital justo antes de Navidad. Y cuando estaba pensando que, joder, me había librado por los pelos, de repente me encontré con que no podía respirar. Esa sensación de no meter suficiente aire, como si te estuvieras ahogando en tierra firme, es aterradora.

La neumonía había vuelto. Solo que esta vez había desembocado en un enfisema, que hizo que uno de mis pulmones colapsara. Todo yo estaba colapsando. Hacía uno o dos días que había salido del hospital y, de repente, me veía otra vez dentro y peor que antes. ¡Menuda Navidad!

Cómo o por qué pillaba una neumonía tras otra, de verdad que no lo sé. Parece algo que pillas en los hospitales. También soy un poco rata de sofá y, cuando estoy tumbado, la comida se me va por el camino equivocado y eso puede iniciar una infección y, como mi sistema inmune está hecho polvo, paso de estar totalmente bien a al borde de la muerte en cinco segundos.

Tras la segunda neumonía, el doctor Bray dijo que no podía hacer nada por mi espalda. Se negó en redondo a operarme. Dijo que estaba demasiado débil y que la recuperación podría matarme. Pero yo no quería oírlo. Sharon tampoco. Así que buscamos una segunda opinión, y luego una tercera, hasta que un equipo en Cedars dijo que lo intentaría.

Mis coágulos complicaron las cosas. En la última operación me habían colocado aquel coladorcito de té al lado de mi huevo izquierdo para atrapar los coágulos antes de que llegaran al corazón. Pero hay que reemplazarlo de vez en cuando. Y cuando lo sacaron, no pudieron volver a meterlo, y entre intento e intento me quedé solo con anticoagulantes como protección.

Hicieron falta tres intentos hasta que por fin lograron colocarlo.

Me operaron a mediados de enero. Me durmieron. Me abrieron la espalda. Luego rellenaron las grietas de la vértebra chunga con una especie de pegamento orgánico. Y digo yo, si ya tengo tantas placas y tornillos dentro, oye, ¿por qué no echar también un buen chorro de hormigón?

Cuando desperté, era como si alguien me hubiera levantado y estampado contra una roca. El dolor era descomunal. No ayudaba que lo único que podía tomar para aliviarlo era Tylenol, porque si no estaría flotando hacia el país del sueño eterno sin billete de vuelta. Era tan bestia que me entró otra vez esa paranoia de que Sharon me ocultaba algo. Yo estaba en plan:

—Dímelo de una vez, puedo soportarlo. Me estoy muriendo, ¿verdad?

—Tranquilo, Ozzy, te lo estoy contando todo —me repetía ella— . No te estás muriendo.

Y entonces me dio sepsis. Causada por el maldito pegamento óseo, me dijo Sharon. A esas alturas nadie fingía que todo estaba bien. Fue realmente cuestión de vida o muerte. Quiero decir, a mi edad, con párkinson, coágulos y toda la demás mierda en curso, tenía casi tantas posibilidades de sobrevivir a una sepsis chunga como de ganar la próxima temporada de *La isla de las tentaciones*. Y, por supuesto, cuando me pusieron antibióticos, me revolvieron las tripas de tal forma que no podía probar bocado, así que me debilitaba día a día. Sharon no me lo contó en ese momento, pero la familia básicamente me daba por perdido. Se sentaron al pie de la escalera y lloraron a lágrima viva. Yo, por mi parte, estaba en plan: «Bueno, ha sido un buen viaje, pero hasta aquí hemos llegado».

Pero no. Tras dos meses de antibióticos —dos veces al día por vía intravenosa—, de algún modo remonté. No me lo podía creer. La sepsis no me había matado. Iba a vivir para hacer mi último show.

Lo celebré cogiendo otra neumonía.

Fueron días desesperados, tío.

Lo único que quería era llegar vivo a ese último concierto. Y volver a caminar, supongo. No lograba asumir que pasaría el resto de mi

vida en una silla de ruedas o agarrado a un andador.

Pero el problema de estar desesperado es que la gente intenta aprovecharse de ti, especialmente esos médicos de pacotilla que venden curas milagrosas.

No me enorgullece decir que nos engañaron un par de charlatanes de manual. Primero, un tipo en Canadá que dijo que, si le pagábamos 170.000 dólares, me haría pasar por un nuevo tipo de TAC que mostraría todo lo que no funcionaba en mi interior. Sharon le transfirió el dinero y fuimos a su clínica. Pero la máquina era una puta máquina de rayos X normal. Luego me dio una caja de «medicamentos especiales» que no eran más que un montón de hierbas y cosas de esas, lo mismo que puedes comprar en Amazon.

Menudo farsante.

Al menos recuperamos el dinero, sobre todo, después de que Sharon se pusiera en modo nivel cinco de cabreo.

Luego nos volvieron a colar otra. Esta nos costó 100.000 dólares destinados a otro «sanador» que tenía algo llamado máquina PAPIMI, capaz, supuestamente, de curar cualquier cosa con ondas electromagnéticas. Pasé seis días en ese trasto, tres horas al día, para enterarme después de que no se ha demostrado que sea segura y que, encima, es ilegal en Estados Unidos.

Después de todo eso pensé: «A la mierda, me quedo con el puto Tylenol».

A finales de mayo, por fin salimos hacia Inglaterra. Me encontraba mucho mejor, pero no tenía ni idea de si estaría lo bastante bien como para hacer el show. No es que pudiera hacer mucho más. Lo tendrían que decidir los dioses.

Viajábamos cinco: yo, mi enfermera, Sharon, Aimee y nuestro guardaespaldas privado. Y, por supuesto, fue el desastre habitual,

como casi todo en mi familia.

La ironía es que habíamos reservado una de esas *suites* privadas en LAX, que son como una terminal exclusiva para socios, donde puedes pasar el control de seguridad tranquilo, tomar algo y tal, y luego un coche te lleva al avión. Se supone que facilita las cosas. Y un cuerno.

El problema principal fue que no sabíamos ni cuándo ni si volveríamos. Y a Sharon se le había metido en la cabeza que, como la gente sabría que estaríamos en Inglaterra por el concierto, intentarían robarnos la casa mientras estábamos fuera. Quiero decir que ya nos habían robado antes. Fue hace más de veinte años, cuando vivíamos en Inglaterra. Pillé a uno de los cabrones en plena faena, lo agarré del cuello cuando intentaba salir por una ventana abierta, pero no tuve fuerza para meterlo de vuelta. Así que lo solté y cayó al césped desde diez metros de altura. El cabrón se fue cojeando con su colega y con dos millones de libras en joyas en una bolsa. Nunca los pillaron. Pero dudo que volviera a caminar recto.

Total, que, por culpa de aquella experiencia, Sharon pensó que debíamos llevarnos en el avión todas las cosas de más valor. Literalmente todo lo de la caja fuerte iba en mi equipaje de mano. Todo tipo de relojes, cadenas, anillos de diamantes, lo que quieras. Más veinticinco mil dólares en efectivo.

Pero, claro, los que hacen la seguridad en esas *suites* son trabajadores normales de la TSA. Y casi les da un infarto cuando vieron en su máquina de rayos X pasar las joyas de la corona de los Osbourne. Pararon la cinta, hubo que sacar todo, y empezaron a revisar cada pieza de joyería, a contar todo el efectivo, a asegurarse de que todo fuera legal.

Mientras, Sharon se dio cuenta de que alguien la había cagado con nuestra reserva y no íbamos todos sentados juntos. Lo cual era

más grave de lo que parece, porque yo no podía pedirle a un desconocido que me levantara del asiento y me llevara al baño cada cinco minutos durante el vuelo. Así que Sharon se fue a por las chicas de los billetes, gritando como una fiera y ellas la miraban como si estuviera loca. Pero al final consiguió arreglarlo, justo a tiempo para que los de la TSA declararan que iban a confiscar quince de nuestros veinticinco mil dólares, porque el límite es de diez mil por persona.

—¡Pero si somos cinco! —les dijo Sharon.

—Sí, pero todo iba en la maleta de una sola persona.

—¡PUES REPARTIDLO ENTRE LAS DEMÁS!

La guinda fue cuando me hicieron levantar de la silla de ruedas y pasar por el arco «caminando». Un poco más y me caigo de culo. Pero como tenía algo en el bolsillo, me tuvieron que cachear de todos modos. Y, de repente, tenía la mano de un tío de 200 kilos entre mis nalgas mientras me susurraba al oído: «Ahora estoy en sus glúteos, señor, y voy hacia la parte interior de su muslo», y a todas estas Sharon se puso a gritar otra vez, y el resto de los de la TSA tuvo que empezar a contar de nuevo los billetes porque entre una cosa y otra habían perdido la cuenta.

Recuerdo que pensé: «Bueno, esto va como la seda».

Aguanté tres días en Welders antes de volver al hospital. Esta vez, eso sí, no fue por una urgencia. Solo era parte del cambio del sistema sanitario norteamericano al inglés. Curiosamente, quien me lo arregló fue Robbie Williams. Es buen amigo de Sharon. Cuando se enteró de que volvía, le dijo: «Ozzy debería ver a mi médico». Así que el médico de Robbie, un tipo muy amable, vino a casa y repasó todo mi historial. Dijo que la mejor manera de trazar un plan era que yo pasara por su clínica y me hiciera un montón de pruebas. Total,

que cuando quise darme cuenta, ya estaba ingresado en el Wellington Hospital, en St John's Wood, al norte de Londres.

Al final pasé allí ocho días. Todo parecía bajo control salvo la tensión. Me puede pasar de 83 a 300 en una hora, lo cual es una puta locura. Con solo levantarme demasiado rápido, me puedo desmayar. Se llama «hipotensión ortostática» o algo así. Por lo visto, es frecuente en gente con párkinson, porque todas esas cosas que el sistema nervioso debería hacer en piloto automático se desajustan.

A esas alturas faltaban solo unas semanas para el concierto. A Sharon la aterraba que se supiera que yo estaba en el hospital, aunque fuera solo para pruebas, porque la gente pensaría que acabaríamos anulando el concierto. Al principio, creímos que mi visita al Wellington sería entrar y salir. Pero, según se iban alargando los días, empezamos a arrepentirnos seriamente de haberme registrado como John Osbourne. Vamos, que no hacía falta llamar a Sherlock Holmes para deducir que era yo. Cada día Sharon suplicaba al personal que cerrara el pico y que no se filtrara nada. Y al quinto o sexto día nos llaman de recepción:

—Tenemos un mensaje para John Osbourne —nos dice la recepcionista— . Su hermano ha venido a verlo.

Entramos en modo pánico. O sea, sí, tengo un hermano, Paul, pero no tenía ni idea de dónde estaba. Así que aquello era un fan o un periodista intentando colarse. Casi seguro un periodista. Lo que significaba que la noticia ya corría por ahí. Cuando vi el fuego en los ojos de Sharon, casi me dio pena el tío. Pensé: «Joder, este pobre no sabe la que se le viene encima».

En vez de bajar ella, Sharon mandó a nuestro equipo de seguridad. Exmilitares, todos. Uno de ellos mide dos metros quince. Tienen brazos como Popeye. Así que agarran al tipo, le gritan a la cara, le piden identificación, le registran de arriba abajo, le pegan un

susto de muerte y, al final, lo único que le encuentran es una bandeja de fruta del supermercado y una tarjeta de «mejórate pronto». Y cuando revisan su carnet de conducir, resulta que se llama Bob Osbourne o algo así y que, de verdad, había venido a ver a su hermano, que de verdad se llamaba John. ¿Cuáles eran las probabilidades de que hubiera dos John Osbourne en el mismo hospital?

Si estás leyendo esto, Bob, lo siento muchísimo. Dale recuerdos a John.

Una vez concluidas las pruebas médicas, me tocaba lidiar con el pánico escénico.

No sabía qué era peor: la idea de no poder hacer el concierto o el estrés de tener que salir después de Guns N' Roses, Metallica, Steven Tyler, Ronnie Wood y Sammy Hagar tras romperme el cuello y llevar seis años sin salir de gira. Mientras tanto, el show no paraba de crecer. Sharon estaba haciendo un trabajo increíble. Y también Tom Morello, que estaba de director musical, decidiendo quién tocaba qué y en qué orden. A medida que se anunciaban todos esos nombres enormes yo pensaba: «La hostia, esto va a estar a la altura del homenaje a Freddie Mercury. Va a ser como el Live Aid del heavy metal».

Debo decir que no ayudó que durante mis ocho días en el hospital no tuviera nada que hacer salvo preocuparme.

Después de toda la mierda que había pasado a comienzos de año, no paraba de pensar: «¿Y ahora qué me va a tocar?». Siempre pillo algo en los hospitales. Están llenos de bichos. Un episodio más de neumonía, pensé, y adiós Ozzy; olvídate del concierto.

Que no se me malinterprete: cuando tenía la cabeza clara pensaba: «Todo va a salir bien». Pero por las noches en la cama era

en plan «no puedo ir, no puedo hacer esto». Le repetía a Sharon que mejor grabáramos un vídeo, porque iba a haber un escenario vacío. Ella me miraba como si estuviera loco. Me conoce mejor que yo. Cuando ve que me pongo apocalíptico, me deja desahogarme.

Sabía que lo que tenía era miedo.

Durante un tiempo intenté emparejar mis audífonos con el iPhone para escuchar música y que la cabeza no me jugara malas pasadas. No funcionó. Un día le decía a Sharon: «No puedo hacer dos números, haré solo el de Sabbath». Y al siguiente: «A la mierda Sabbath, haré solo el mío». Iba y venía. Me torturé.

Al final Sharon me dijo:

—Mira, no habrá plan B. Ni vídeo. Ni nada pregrabado. Si la noche del concierto no puedes cantar, sales y se lo dices a la gente y les das las gracias. Todo lo que tienes que hacer es subir y ser Ozzy.

Los ensayos con Sabbath empezaron unas tres semanas antes del concierto. Fuimos a un estudio que era propiedad de uno de los tíos de The Prodigy. Estaba en algún lugar del campo. Nadie sabe dónde es, así que es muy tranquilo.

Fue genial ver a los chicos otra vez. Es increíble que sigamos todos aquí —¿cuántas bandas pueden decir eso después de cincuenta y siete años?—, pero claro, cada uno tenemos nuestra propia mierda. Yo no camino. Bill tiene el corazón tocado. Tony tiene un problema en el hombro. El más sano es Geezer, quizá porque es vegetariano. Nos costó un poco quitarnos las telarañas y volver a sonar como antes. Pero al final lo conseguimos. Y encima lo pasamos bien, bromeando como si aún fuéramos críos en Aston.

Lo mejor fue tener allí a nuestro antiguo equipo de carretera. Fue como una gran reunión familiar. Y claro, ellos también se hacen mayores. Todos con su barriguita. Todos más encogidos día a día. Lo

triste es que uno de nuestros pipas más veteranos, Bobby Thompson, un escocés de puta madre, ya no está. Cuando se murió, la invitación al funeral fue una acreditación de *backstage* con su foto. Me conmovió un montón que muchos aparecieran en el ensayo con esa misma acreditación al cuello. Fue muy especial.

Con mi propia banda —Zakk a la guitarra, Adam Wakeman a los teclados, Tommy Clufetos a la batería y Mike Inez de Alice in Chains al bajo— solo ensayamos un día. Ni falta hacía, sonaba de puta madre.

Luego tocó mudarnos a Villa Park. Y, por supuesto, se abrió el cielo y empezó a llover a cántaros. Había tenido un verano inglés raramente bonito hasta entonces. Pensé: «Oh, Dios, ya estamos. Unos días así y estaré escupiendo un pulmón». Pero los dioses debían de sonreírme, porque al día siguiente volvió a hacer calorcito y se mantuvo así hasta el día del concierto.

Las puertas se abrieron a las 11 de la mañana del sábado 5 de julio, un par de horas antes de que saliera la primera banda. Yo, mientras, me quedé en el hotel con mi coach vocal, intentando mantener la cabeza en su sitio. Nunca veo a las bandas que tocan antes que yo. Igual es mala idea, pero si me distraigo, se me va lo que tengo que hacer. Y como el show se estaba grabando entero, sabía que podría verlo luego.

Llegué al bolo a las 6 de la tarde. La sensación fue increíble. En el camerino entraba y salía gente a todas horas. Todo mi viejo equipo de carretera trabaja ahora para Metallica, así que fue genial verlos, igual que a Martha, mi maravillosa encargada de vestuario. Recuerdo que estaba Slash, y todos mis hijos. Todo el mundo lloraba. Pero de alegría, ¿sabes? Yo también solté alguna lagrimilla.

No dejaba de pensar lo loco que era que la casa donde crecí, el 14 de Lodge Road, estuviera a solo 400 metros de allí. Sharon me contó que había una cola de fans en mi antigua puerta, esperando para hacerse un selfie delante. Algunas bandas incluso se habían pasado por allí. El timbre debía de sonar sin parar. Mi padre se habría puesto furioso. Dormía de día porque hacía el turno de noche en la fábrica.

El escenario era giratorio —como en Live Aid—, así que colocarse fue fácil. Mucho más que el elevador que tuve que usar en los Commonwealth Games. Pero, como desde entonces he perdido aún más movilidad, no había forma de que pudiera ponerme en pie como hice allí, ni siquiera con apoyo, así que me sentaron en un trono negro enorme.

El trono ese era un mal necesario, pero hicieron lo posible por mejorarlo. Montaron una calavera en cada reposabrazos y alas de murciélago en el respaldo. En algún momento se habló de hacerlo volar por encima del escenario y que disparara agua al público, pero menos mal que no, porque con mi suerte, seguro que habría acabado estrellándome.

Cuando empezó a girar el escenario, lo único que pensé fue: «¿De verdad me va salir la voz?». El párkinson te fastidia las cuerdas vocales, y solo empeora con el tiempo. Si no recibiera terapia de voz y del habla constantemente, no podría afinar nada. Tengo suerte de que Sharon me haya obligado a hacerlo durante años, incluso cuando no quería.

Pero en cuanto se abrió el telón, se me olvidaron los nervios.

De pronto me hallaba frente a cuarenta y dos mil caras, con otros 5,8 millones viéndolo *online*, aunque lo del *streaming* ni se me pasó por la cabeza, allí arriba. Fue entonces cuando me golpeó de verdad la emoción. Nunca había asimilado que tanta gente me quisiera...o incluso supiera quién soy.

Abrumador, tío. De verdad.

Empezamos tocando «I Don't Know», «Mr. Crowley» y «Suicide Solution». El show iba del regreso a los orígenes, por eso elegimos esas primeras canciones. Alguien dijo que tocar «Suicide Solution» debía de interpretarse como una reivindicación, después de todo aquello en los años ochenta, cuando intentaron llevarme a juicio por la letra, acusándome de animar a la gente a suicidarse. Pero ni se me pasó por la cabeza allí arriba. Me limité a cantar la canción. Me lo estaba pasando de puta madre.

Pero, cuando empecé «Mama, I'm Coming Home», me atraganté de tanta emoción. Es la canción de Sharon, ¿sabes? Una de sus favoritas. Y, claro, Lemmy la escribió pensando en los dos. Solo eso ya me pone los ojos vidriosos. Pero lo que sentía era más que eso. Era mi última cabalgada. Había vuelto a subir al escenario después de seis años traumáticos, después de perder la capacidad de caminar o de hacer las cosas por mí mismo. Era todo el conjunto de situaciones, y todas las piezas parecían encajar.

Ya no pude contenerme.

Y el público, joder. Todos alzaban sus móviles, con la luz encendida. En los periódicos, alguien dijo que parecía que estaba asistiendo a mi propio velatorio, lo cual sería muy heavy metal. Pero el ambiente no era en absoluto de funeral. Era una celebración. Había tanto amor en ese estadio, tío. Lo notaba venir en oleadas. Era como imagino que debió de ser el primer Woodstock. Tenía lágrimas corriéndome por la cara y al mismo tiempo estaba teniendo un subidón tremendo por todo aquello. Y claro, la gente se dio cuenta de que me había emocionado y me costaba cantar y empezó a corear la letra. He tenido una suerte tremenda con fans maravillosos. Dios os bendiga a todos.

Por suerte, al final de la canción, conseguí recomponerme.

Luego fue un último viaje en el «Crazy Train» y le tocó el turno a Sabbath.

Los de Sabbath estaban tan nerviosos como yo por lo de tener que hacer dos números seguidos. No tenían ni idea de si podrían con ello. También les preocupaba el escenario giratorio. En la última gira de Sabbath, en California, tocamos en un escenario parecido y, cada vez que giraba, se nos caían todos los putos amplis o se desenchufaban los cables. Y créeme: no quieres estar cerca de Tony cuando pasa algo así.

Mi mayor problema con Sabbath fue el trono. El respaldo era tan alto que no escuchaba el *backline* —la hilera de amplis al fondo del escenario, por si no estás familiarizado—, así que tuve que depender de los monitores. Nunca había hecho un bolo así. En un sitio más pequeño, en otro escenario o sentado en un taburete, habría tenido la sensación de que formaba parte de la banda. En vez de eso, me sentía que estaba solo, ahí fuera. Además, me quité los audífonos porque temía que las frecuencias se alteraran y acabara cantando desafinado, que fue algo que ya me pasó algunas veces, durante el The End Tour, en 2017.

Sin embargo, las cosas no pudieron salir mejor. Cuando el público coreó la melodía de «War Pigs» como si animara a Inglaterra en el Mundial de Fútbol, fue electrizante. Luego hicimos «N.I.B.», «Iron Man»... y «Paranoid».

La gente me pregunta qué pensé de que Bill Ward se quitara la camiseta, y solo puedo decir que lo que me habría preocupado es que no lo hubiera hecho. Vale, no es precisamente Míster Universo, es un señor de 77 años. Pero es Bill, es lo que hace. Y lo ha hecho en todos los conciertos desde 1968. ¿Por qué coño iba a dejar de hacerlo ahora?

Lo único que me resultó frustrante de verdad fue que tenía unas ganas locas de saltar y correr por el escenario. Lo intenté un par de veces. Creo que se ve en la grabación. Quería levantarme de ese trono con todas mis fuerzas. Pero mis piernas ya son demasiado débiles. Y mi equilibrio es una mierda. Mi entrenador me dijo que, si ponía las piernas en cierta posición, podría intentarlo, a ver qué pasaba. No pasó nada, y me jodió muchísimo. Pero ¿qué le vas a hacer? Todo lo demás del concierto fue perfecto. Esos fuegos artificiales después de «Paranoid» fueron los mejores que he visto.

Geezer me dio una tarta al final, como habréis visto en el vídeo. Pero el problema es que ninguno hemos cambiado desde que teníamos 20 años. Somos unos vacilones. Nunca dejamos de hacer bromas. Estaba convencido de que Geezer me la iba a estampar en la cara o algo así. Cuando apareció de la nada con lo de que parecía una tarta de nata y dijo: «Venga, toma», lo único que pensé fue: «Pero ¿qué coño haces?». Estaba seguro de que era una broma. Luego, cuando terminó el show, no podía ver qué ocurría detrás del respaldo del trono, así que por un momento me sentí ahí fuera solo. Por eso se me oye gritar «¡GIRAD EL PUTO ESCENARIO!» a quien quisiera escuchar.

Fue un caos, como siempre ha sido.

Pero eso es el rock'n'roll.

Y para mí no puede ser de otra manera.

«Back to the Beginning» ha sido la mejor medicina que he tomado desde que empezó toda mi mierda médica en 2019. Fue una noche mágica. No pudo haber salido mejor.

Sharon trabajó durísimo para hacerlo realidad. Dos años, sin parar. Es como la nueva Bob Geldof. Hizo un trabajo fenomenal. Igual que Tom y todo el montón de gente que estuvo implicada. Lo mío fue

fácil: solo tenía que actuar. Casi no participé en la planificación. Después de tantas cosas que me habían salido mal desde aquella gran operación de 2023, parecía que cada día me limitaba a despertarme, hacer lo que me decían y volver a la cama. Toda mi vida era que me empujaran dentro y fuera de una habitación. Apenas sabía qué hora era, y no digamos qué día.

«Back to the Beginning» fue el mayor concierto de heavy metal de la historia, o eso me han dicho. Y, aunque las primeras cifras de recaudación que dio la prensa, de 140 millones de libras para las tres organizaciones fueran algo engañosas —me refiero a que Live Aid solo recaudó 40 millones el día del evento—, debieron de ser decenas de millones. El show incluso acabó antes de tiempo. Nada en la historia del rock'n'roll termina antes de tiempo. Fue como una operación militar. Solo puedo decir gracias y que Dios bendiga a todos los que participaron. Ninguna banda cobró por actuar, y todas vinieron desde muy lejos. En cuanto a qué banda borró Sharon de la lista por pedir un caché, no quiero saberlo. Bueno, creo que lo sé, pero prefiero no pensar en eso.

Disfruté como un enano viéndolo después.

Cuando Sharon me dijo que Yungblud iba a actuar, no me imaginaba que tuviera un rango vocal así. Pero joder, el tío canta. Todos quedamos anonadados con su versión de «Changes». Fue fenomenal. La cantó de maravilla. Por lo visto la van a sacar como *single* y lo recaudado irá a caridad.

También me alegró mucho ver a Jake E. Lee sobre el escenario, como parte del supergrupo estelar de Tom. Como dije antes, dejó mi banda en 1987 en circunstancias desafortunadas. Después de eso, estuvo volando un tiempo. Pero ha tenido una mala suerte tremenda. Perdió a su mujer, luego al cantante de su banda, Badlands. Y, además, está los tiros que le pegaron en Las Vegas,

cuando por lo visto se encaró con dos tíos que intentaban robarle la moto a un vecino. Estaba mucho más grave de lo que pensé. Una de las balas le atravesó el pulmón. Por lo visto, el arma estaba vinculada a un par de asesinatos, así que lo bueno es que los que lo hicieron, probablemente, se pasarán mucho tiempo entre rejas. Llevaba treinta y ocho años sin hablar con Jake cuando lo vi en el concierto. Había mucha gente a mi alrededor, así que apenas pudimos cruzar unas palabras, pero luego le mandé un mensaje y le dije que, cuando estuviera más centrado, deberíamos vernos. Me dijo que encantado.

Los vídeos que se proyectaron durante el show también significaron mucho para mí. Gracias a todos los que os tomasteis el tiempo de grabar algo. Me dejaron sin habla tantas palabras bonitas. Elton John, los chicos de AC/DC, Billy Idol, Cyndi Lauper, Def Leppard, Jonathan Davis, Marilyn Manson, incluso Dolly Parton. Ojalá tuviera grandes anécdotas de Dolly que contar, pero soy un fan más, como todo el mundo. La conocí en un ascensor una vez. No me podía creer que tuviera una voz tan enorme siendo tan menuda. Y Ricky Gervais hizo que me partiera el culo de risa haciendo su mensaje desde el baño. Nunca olvidaré cuando coincidimos en *The Graham Norton Show*. Le susurré a Sharon que tenía que mear —porque siempre me entran ganas de mear en momentos así—, de modo que Sharon se lo dijo a Graham, y entonces Ricky dijo que él también tenía que ir a mear. Ese videoclip se ha hecho clásico en YouTube.

El otro vídeo cojonudo fue Jack Black interpretando «Mr. Crowley». Es un tío con un talento brutal. En su día, asistí al estreno de su peli *Escuela de Rock*. Me encantó. Y los chavales que hicieron «Mr. Crowley» con él me dejaron como loco. Roman, el hijo de Tom

Morello, tocaba una de las guitarras de Randy Rhoads, y fue fabuloso.

No pude evitar darme cuenta de que al público no le gustó cuando salió Marilyn. Pero es buen amigo mío, un tipo majo. Yo pensé: «Vamos, dadle un respiro».

La gran sorpresa después del show fue que Sid le pidió matrimonio a Kelly. No tenía ni idea de que iba a hacer eso. Pero me alegra que lo hiciera, porque tienen a su pequeño Sid juntos, y Sid está bien, es buen tipo. Ya es como de la familia. Cuando empezó con aquello de «Kelly, ya sabes que te quiero más que a nada en este mundo», pillé al instante lo que iba a hacer, así que le solté: «¡Vete a la mierda, tú no te casas con mi hija!». Estaba bromeando. Fue muy bonito que le propusiera matrimonio. Y ahora no puede echarse atrás: tiene seis millones de putos testigos.

Después de más de treinta años moviéndonos en los mismos círculos, por fin conocí a Axl Rose. Es increíble que nunca nos hubiéramos cruzado, teniendo en cuenta lo mucho que he compartido con Slash y Duff McKagan.

Tiene gracia. Te montas una imagen mental por lo que oyes de alguien, pero Axl no era nada de eso. En su día, cuando se hizo famoso, la gente decía que era raro, igual que decían: «Oh, Ozzy está loco». Pero era un crío. Y cuando la fama te llega a esa edad, es una droga bastante tóxica. Igual que el dinero. Y los de Guns N' Roses ganaron más dinero del que probablemente sabían manejar. Pasar de no tener nada a tenerlo todo es de esas cosas que te vuela la cabeza. Yo tuve suerte. Me echaron una mano con mis problemas de dinero porque me casé con mi mánager. No todo el mundo tiene eso. En fin, fue un gran momento conocer a Axl; es un tío de lo más majo. Ojalá podamos pasar más tiempo juntos en el futuro.

La última parte del show fueron los *meet and greet* que hicimos el fin de semana siguiente en la Comic-Con Midlands, en el NEC de Birmingham. Fue realmente especial para mí, porque, como ya dije, me encanta conocer a los fans cara a cara. Lo que de verdad me vuela la cabeza es que tanta gente joven esté tan metida en mi música. Saben tanto de Sabbath y de mis discos en solitario como sus padres y sus abuelos. Me refiero a que si mi propio padre me hubiera dicho alguna vez: «Mira este tal Al Jolson, tienes que escucharlo, es genial», el hecho de que a mi padre le gustara ya me habría echado para atrás. En cambio, ahora me vienen veinteañeros con mi cara tatuada por todas partes. O quieren que firme mi nombre para tatuárselo encima. Y vienen de todas partes del mundo. Una familia voló veinte horas desde Malasia. Había gente de Arabia Saudí, Australia, Sudamérica, Canadá, Francia, lo que quieras.

Gracias a todos los que vinisteis, y que Dios os bendiga. Significó el mundo para mí.

Así que ahora estoy de vuelta en Welders, todavía en una nube después del espectáculo.

Tiene su gracia que Welders fuera antes un hogar de convalecencia. Enviaban aquí a oficiales de la Segunda Guerra Mundial para recuperarse de las heridas recibidas en combate. En cambio, ahora hay un tipo muy distinto de paciente: yo.

Lo gracioso es que la razón principal por la que Sharon quería comprar esta casa era porque estaba muy lejos del pub más cercano. Pero ahora que por fin hemos vuelto, podría haber un pub a mitad del camino de la entrada y yo necesitaría una puta grúa y un camión plataforma para llegar.

Pero estoy cómodo aquí. Tengo mi cabina de teléfono roja en la entrada. Sid se ha comprado un fabuloso Land Rover Serie I de 1948

que aparca justo al lado. Tengo a mis dos amigos de cuatro patas, *Wesley* y *Pickles*, que vinieron de Los Ángeles en una aerolínea especial solo para perros, a los que no hay nada que les guste más que cagarse en las alfombras favoritas de Sharon. Y lo mejor de todo: tengo un andador hecho a medida, dorado y adornado con un murciélago con corona y dos pelotas de tenis negras en las patas para no rayar el suelo. Pronto llegará una silla de ruedas a juego.

Aunque no volveré a salir al escenario, ya tengo una idea para un nuevo álbum. Mientras tanto, resulta que el primer mánager de Sabbath —un tipo que ya pasa de los 80 años— nos ha hecho la pirula y planea sacar una demo nuestra de 1968 sin nuestro permiso. También está vendiendo camisetas y todo tipo de mierda con nuestras caras. Es increíble. Legalmente no podemos hacer gran cosa, gracias a las leyes sobre derechos de autor del Reino Unido, pero es curioso cómo, cincuenta y siete años después, nada cambia. Entiendo que la gente tenga que ganarse la vida. Pero ¿no podía habernos llamado antes?

No volveré a Los Ángeles durante un tiempo. Igual nunca, quién sabe. Hoy por hoy, volar es un coñazo. Necesito una semana de pruebas médicas solo para que me den permiso para subirme a un avión. Además, Los Ángeles no es precisamente un sitio para jubilarse. Aquí, en el campo inglés, me ensordece el silencio. No hay helicópteros de la policía dando vueltas por el cielo, día y noche. No hay sirenas. No hay tráfico a todas horas. Me gusta. He tenido una vida ruidosa. Ahora estoy listo para un poco de calma.

Dicho esto, donde vaya Sharon, iré yo. En cualquier caso, si ella quiere quedarse aquí, me vale perfectamente. La comida en Inglaterra es mejor, al menos para mi gusto. La sanidad también es mejor, porque no sientes que te están exprimiendo la cartera. Además, Inglaterra es tan frondosa y verde que, comparada con

ella, Los Ángeles es seca y marrón. Es curioso, como siempre estaba de gira mundial en verano, hacía décadas que no pasaba tiempo en Inglaterra cuando hace buen tiempo. Ha sido una revelación lo bonita que es cuando no está lloviendo a cántaros o soplando un vendaval. Hace más de treinta años que compramos la finca de Welders y es ahora cuando empiezo a apreciarla de verdad.

Ayer salí al jardín a tomar el sol. Me he comprado un cacharro todoterreno —un Polaris, se llama— para que el encargado de la casa me lleve por la finca.

Tenemos más de ciento veinte hectáreas por aquí, si te lo puedes creer. Uno de los granjeros locales pastorea su ganado en los prados. Cuando las piernas me respondan un poco más, iré a pescar a mi lago. Es un lago artificial. Sharon mandó excavarlo y luego lo llenó de peces. Lago Ozzy, lo llamo yo.

También tengo un gimnasio nuevo y grande en casa, lleno de aparatos. Y lo uso: veinte minutos de ejercicio, dos veces al día. Hago bici estática. Pesas. Piernas un día, brazos al siguiente. Sharon dice que mi tensión se ha estabilizado, pero, con mi salud no es que esté hecho lo que se dice un roble. El puto párkinson es una enfermedad progresiva. Y eso es solo una de las muchas mierdas que tengo.

Cada día me pregunto ¿qué será lo siguiente? Las cosas que me ocurren nunca son tonterías. Siempre son de vida o muerte. Mi último problema es que tengo mal una válvula cardiaca, por culpa de la sepsis. Según me han dicho, la puta válvula está bloqueada al 80 por ciento. La sepsis también me dejó algo llamado arritmia —que es como si el corazón no llevara el compás, igual que un batería novato—, así que gracias por eso.

Los médicos están dispuestos a operarme, pero para eso yo tendría que dejar los anticoagulantes, y eso sería demasiado

peligroso. Por otra parte, los anticoagulantes significan que, si me caigo y me hago un corte, me desangro en cinco segundos. He perdido la cuenta de todas las formas de envejecer que hay. Envejecer es una mierda. Ya te digo.

Y por si todo lo anterior fuera poco, me estoy desintegrando, literalmente. Me ponen inyecciones para reforzar la densidad de mis huesos, pero solo es cuestión de tiempo que se me vaya al carajo otra vértebra. Me siento como una estatua que se desmorona. Mis problemas de columna, mi párkinson, mi enfisema, mi arritmia, mis coágulos, mi válvula cardiaca... La vejez es como una puta carcoma que te va royendo por dentro. Me refiero a que, si me acostara hoy y mañana no me levantara, a nadie le sorprendería. La muerte lleva seis años llamando a mi puerta, cada vez más fuerte. Y en algún momento tendré que dejarla entrar.

Lo que tiene su guasa es que me preocupaba más mi mortalidad cuando era joven. Es raro. Te acercas al final —justo a eso que te ha dado tanto miedo toda tu vida— y de repente se te quita un peso de encima. No es que esté listo para irme, pero he tenido una buena vida. Creo que he dejado huella en el mundo. Y me alegro de no haberme ido antes, como tantos otros.

Es una locura lo rápido que pasa una vida. Les digo a mis hijos: salid ahí fuera, viajad, haced lo vuestro, porque cuando empiezas a ir cuesta abajo, el mundo se vuelve otro puto mundo, créeme. La vida es corta. La gente dice que siempre te quedan los recuerdos. Pero eso también tiene su reverso. Por mi manera de ser, tiendo a recordar lo malo, como cuando Randy y Rachel murieron en aquel puto accidente. Eso lo llevo grabado a fuego en mi memoria y mi corazón.

Cuando llegue el final, no quiero que me incineren. Es como si nunca hubieras estado y solo eres una bolsa llena de polvo. Eso no

es para mí. Quiero dar alimento a las flores. Es lo que digo, aunque mi familia no quiere que hable de la muerte jamás. Cada vez que sale el tema, empiezan a agitar los brazos y a decir: «¡No! ¡No! ¡No hables de eso!». No quieren ni pensarlo. La única conversación que he tenido sobre eso con Sharon fue para decirle que quería que nos enterraran juntos. También le he dicho que ni se le ocurra irse antes que yo. Es mi mayor miedo en estos momentos, que Sharon se vaya antes. Si lo hace, yo no iré muy detrás. Vivo por esa mujer. Cuando hizo aquella gran dieta hace un tiempo, me aterraba que saliera mal. Perdió tanto peso que pensé que iba a desaparecer. Sé que se ha hablado de que tenemos algún tipo de pacto suicida, pero eso es basura. Lo único que no queremos es un final alargado artificialmente con un tubo de respiración. Le he dicho a Sharon que, si me pasa eso, por favor, que me apague o que me lleve a Suiza o que me dé un último sorbo de una pócima de esas y me mande al otro barrio en plan vikingo.

La gente me pregunta qué creo que pasa en la otra vida. Yo les digo: «No tengo ni puta idea, pero creo que no tardaré mucho en averiguarlo, así que si esperáis un poco, quizá pueda volver para haceros una visita y daros la respuesta». En cuanto a lo que quiero en mi lápida, ese es uno de los temas que mi familia definitivamente no me deja tratar.

Entre tú y yo, estoy pensando en algo corto y cariñoso.

«Ya os dije que no me encontraba bien» debería valer.

La gran bendición ahora es que por fin tengo mis adicciones bajo control. Hay tal cantidad de médicos y enfermeras rondándome a todas horas que ni siquiera tengo una oportunidad. Eso sí, en Los Ángeles —en los meses previos a mi regreso a Inglaterra— estuve un tiempo enganchado a las manzanas.

Pero no a cualquier manzana, ojo. Tenían que ser Pink Lady. Nada de esa mierda de Granny Smith. Y tenían que ser de Erewhon, esa tienda pija de Los Ángeles. Lo bueno de las Pink Lady es que no son muy dulces, pero tampoco muy ácidas. Están en un punto medio. Algunas noches llegué al extremo de comerme hasta doce. Incluso contraté a un tío especial para que cogiera el coche y fuera hasta Erewhon a comprarlas. No quería que me las mandaran, por si me llegaban marrones o golpeadas.

Total, que este tío compraba tantas que empezaron a racionárselas. Llegó un momento en que pensé en apuntarme a Anónimos de las Pink Lady. Es un milagro que no me despertara un día con un manzano saliéndome del culo.

Pero es raro, porque en cuanto llegué a Inglaterra dejaron de apetecerme. Igual fue alguna de mis medicaciones lo que provocó la adicción. El otro día me pusieron un par de rodajas de manzana con la comida y no me interesaron. Supongo que ahora soy un «manzanólico» en recuperación.

Lo que he comprendido es que el único lugar donde estoy libre de todos mis demonios es un escenario. En Back to the Beginning, sentado en ese trono, me sentí en casa, en paz..., cómodo. Voy a echar de menos eso, salir al escenario. Es el único mundo que he conocido a lo largo de cincuenta y siete años. No hay nada mejor que un buen concierto. ¡El rugido del público es tan contagioso, tan adictivo! Ahí está la magia.

Tiene guasa, la cosa. Me he pasado la vida intentando colocarme con todas las sustancias conocidas por el hombre; pero, visto retrospectivamente, ahora me doy cuenta de que lo que intentaba era recuperar la sensación de estar ahí arriba, en el escenario, haciendo mi trabajo.

El recinto a rebosar.

El golpe del bombo que sientes en las tripas.
Cuarenta o cincuenta mil voces coreando tus palabras.
Eso es lo que he perseguido todo el tiempo.
Ha sido la mejor droga que he tomado en mi vida.

Después de *Soy Ozzie*, jamás, ni en un millón de años, se me ocurrió que volvería a escribir otras memorias. Como no me canso de repetir, mi memoria no es lo que era, especialmente en todo lo relacionado con mis problemas de salud y mis continuas visitas a los médicos. Por eso quiero daros las gracias a todos los que me habéis ayudado a poner orden en los detalles y conseguido que este libro no sea un interminable y soporífero parte médico. Ya sabéis a quiénes me estoy refiriendo.

Una cosa sí os aseguro. Este es el último libro que escribiré.

Que Dios os bendiga.

Os quiero a todos.

Ozzy

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a los que siguen:

A mi familia: Sharon, Aimee, Jack, Kelly, Louis; mis hermanas, Jean y Gillian, mi hermano Paul, my sobrino Terry. A mis nietos, Pearl, Andy, Minnie, Maple, Sidney, Maia y Elijah. Gina, Dean, Ollie y Amelia Maszlin.

A mis médicos: doctor Randy Schnittman, doctor Robert Bray, doctor Luke Macyszyn, David Wexler, doctor Dominique Fradin-Read, doctor Michele Tagliati, doctor Lawrence doctor Piro, Natalia Rusadze and Gary Viles.

A mi leal equipo (que lleva conmigo demasiado tiempo): Lynn Seager, Michael Guarracino, John Fenton y Melinda Varga.

A mis amigos: Zakk y Barbaranne Wylde, Billy Morrison, Slash, Jonathan Davis, Colin y Mette Newman, Adam Wakeman, Robert Trujillo, Tony Iommi, Geezer Butler, Bill Ward, Tommy Clufetos, Andrew Watt, Chad Smith, Steve Hewlett, Eddie Mendoza, Bill y Tani Austin, y a todos los de Starkey Hearing y a todos mis amigos de Utah Airguns.

Y, por último, a mis fans: Habéis estado a mi lado en lo bueno, en lo malo y en lo feo. Siempre os llevaré en el corazón.

NOTAS

3. La mano de la maldición

1. El lema *Meet and Greet* viene a ser el equivalente de «Conoce y saluda». *(Nota del T.)*

7. Con la cabeza bien alta

1. [N. del E.] Jeremy James Anthony Gibson-Beadle, MBE, fue un presentador, escritor y productor de radio y televisión inglés.

8. Hasta arriba de mierda

1. Famoso comentarista radiofónico británico, especializado en boxeo. *(Nota del T.)*

9. Muerto para Navidad

1. *Jim lo arreglará* era el nombre de una serie infantil de la BBC, que duró casi dos décadas, cuyo presentador, Jimmy Savile, fue posteriormente condenado por múltiples delitos de pedofilia. *(Nota del T.)*
2. Falso documental de tono paródico, dirigido en 1984 por Rob Reiner, sobre las andanzas de un grupo de rock ficticio. *(Nota del T.)*
3. Referencia a la posición del potenciómetro de volumen de un amplificador. *(Notal del T.)*

10. Explosión contra gemido

1. [N. del E.] Guy Fawkes, también conocido como Guido Fawkes, fue un integrante del grupo de católicos ingleses que, descontentos con la no restauración del catolicismo por Jacobo I, atentaron contra el rey en la fallida conspiración de la pólvora en 1605.

2. Película de ciencia ficción dirigida en 1971 por Robert Wise, que plantea la hipótesis de un virus del espacio que llega a la Tierra. *(Nota del T.)*

3. Película de aventuras de capa y espada dirigida en 1981 por Rob Reiner y considerada actualmente un clásico del género. *(Nota del T.)*

4. Serie satírica de TV sobre las locas y, a veces surrealistas, aventuras cómicas de cuatro estudiantes, muy diferentes entre sí, en la Gran Bretaña de Thatcher. *(Nota del T.)*

12. Doctor Arreglatodo

1. Serie de televisión de los años sesenta, de ciencia ficción, protagonizada por marionetas, que llegó a ser muy popular. *(Nota del T.)*

2. Nombre de una famosa web de vídeos porno. *(Nota del T.)*

13. No puede ser mejor

1. Apelativo popular de los habitantes de la ciudad de Birmingham. *(Nota del T.)*

Últimos ritos
Ozzy Osbourne

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Esta obra fue publicada originalmente en 2025 por Sphere, un sello de Hachette, en Reino Unido, bajo el título *Last Rites*.

Diseño de portada: Hannah Wood – LBBG Ross Halfin
Fotografías de portada: © Ross Halfin
Letras de las canciones: «Ordinary Man» de Duff Rose McKagan, Ozzy Osbourne, Chad Gaylord Smith, Andrew Wotman y Billy Walsh. © EMI April Music Inc., Pimp Music, Avanails Publishing, Andrew Watt Music, Nyannkingmusic, Wmmw Publishing. Mama, «I'm Coming Home», de Zakk Wylde y John Osbourne. © Monowise Ltd.

© Ozzy Osbourne, 2025

© de la traducción: Fernando Garí

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-480-4553-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta